

SANTA TERESA DE LISIEUX
“UN CAMINO ENTERAMENTE NUÉVO”

M. M. PHILIPON

PROFESOR DE TEOLOGÍA

SANTA TERESA DE LISIEUX

«UN CAMINO ENTERAMENTE NUEVO»

VERSIÓN DEL TEXTO FRANCÉS

POR

FRANCISCO JAVIER YSART



EDITORIAL BALMES

Durán y Bas, 11. - BARCELONA

1952

NIHIL OBSTAT

El Censor

DR. GABRIEL SOLÁ, Canónigo

Barcelona 28 de enero de 1952

IMPRIMATUR

† GREGORIO, Obispo de Barcelona

Por mandato de S. Excia. Rvma.

ALEJANDRO PECH, Pbro.

Canciller Secretario

A LA REINA DEL CARMELO

INTRODUCCIÓN

FUENTES Y MÉTODO

Encontrar la mirada de Dios en el alma de los santos.

SUMARIO

1. *Manera de estudiar el alma de los santos.*—2. *El caso de santa Teresa de Lisieux.*

Sólo Dios conoce el alma de los santos, y todas nuestras indagaciones han de tender a encontrar esta mirada de Dios.

1. — *Manera de estudiar el alma de los santos*

Escribir la vida de los santos a la luz de la historia y de la psicología ayuda a entender, por las manifestaciones exteriores, su poderosa personalidad. Pero no basta un método puramente *descriptivo*. No hay verdadera ciencia sino por las causas más profundas. ¿A quién hay que dirigirse para pedir este conocimiento adecuado del misterio del alma de los santos? Un método exclusivamente doctrinal, que considerase, desde un punto de vista muy elevado, estas vidas humanas como un caso de aplicación de la teología mística, se privaría de todas las riquezas de una psicología concreta, síntesis viviente de una multitud de móviles secretos que, por sí solos, dan la explicación de una fisonomía irreductiblemente in-

dividual. El verdadero método exige el empleo integral de todos estos elementos.

Se trata, en primer lugar, de *constatar*; después, de *explicar*.

La primera fase, la *constatación*, acude a todos los procedimientos de la historia y de la psicología comparada. Exige una objetividad rigurosa, el afán por una documentación completa, el culto de los más insignificantes pormenores. Una vez en posesión de los documentos, sigue su interpretación. Aquí interviene el sentido crítico, el «olfato» del psicólogo y del historiador, bajo la luz directora de la fe.

A esta fase de constatación sucede una tarea más importante: la *explicación de las causas*. Es el punto decisivo: la comprensión de un alma. Ninguna causa se ha de descuidar: temperamento, educación, ambiente, influencias recibidas de los hombres, toques personales de Dios. ¡Hasta tal punto depende el ser humano del mundo que le envuelve, en el orden de la naturaleza y de la gracia! Hay que emplear un método realista, que tenga en cuenta el alma y el cuerpo, lo individual y lo social, según los principios de una mística integral de la Encarnación. También hay que penetrarse de que no está uno en presencia de almas desencarnadas, sino de hombres y de mujeres, de tal edad, de tal herencia, de tal medio social o espiritual, sujetos a las mil fluctuaciones de la vida. Se requiere aquí más finura de espíritu que geometría, una observación atenta a los más pequeños pormenores que muchas veces son los más reveladores, un sentido teológico muy seguro.

Insistamos sobre esta cualidad, rara e insospechada para una multitud de hagiógrafos, y que nos parece capital: la necesidad de un sentido teológico avisado. Se exige a un médico psiquiatra que conozca la psiquiatría cuando nos habla de sus enfermos, y parece que se supone que no es menester ser teólogo para tratar de las operaciones divinas en el

alma de los santos. Sin embargo, no se puede explicar la santidad sin la gracia, ni seguir el progreso de un alma en su camino hacia la perfección sin un conocimiento profundo de las virtudes cristianas y de los dones del Espíritu Santo.

Se ha desconocido demasiado hasta ahora el indispensable papel de la teología en el estudio del alma de los santos. Sería injusto achacar a la teología en sí misma los errores de método, las lagunas y las deficiencias de los teólogos, de la misma manera que no hay que achacar a la doctrina de la Iglesia las taras intelectuales y morales de los cristianos. La teología es la única ciencia que explica el orden sobrenatural. La tarea del teólogo, verdaderamente gigantesca y siempre trabajo de cantera, no queda limitada al análisis y a la síntesis de los principales misterios de la fe, sino que ha de seguir paso a paso el largo camino de la Revelación a través de la historia, y nos ha de procurar el conocimiento integral del plan de Dios, no sólo en el gobierno exterior del mundo, sino también en la más secreta dirección de las almas. Se extiende a toda la historia de la vida de la gracia en la Iglesia y en el cuerpo místico de Cristo.

Los progresos sorprendentes de la psicología religiosa exigen una nueva presencia de teólogos en el estudio de la psicología de los santos. Una hagiografía así renovada por el método histórico, e iluminada desde lo alto por los principios rectores de la teología mística, sería para la Iglesia la fuente de incomparables riquezas doctrinales. Nuestra teología escolar, con harta frecuencia esquemática y abstracta, cuando no cae en la casuística, ganaría mucho con un estudio profundo—no sólo histórico y *descriptivo*, sino también verdaderamente teológico y *explicativo*—de la psicología de los santos. La investigación y la explicación de sus ejemplos, de sus experiencias místicas, de las formas tan variadas de su actividad humana, permitirían a la ciencia teológica

adquirir un mejor conocimiento del juego tan matizado de las virtudes y de los dones del Espíritu Santo en las almas; de las imperfecciones y malas tendencias que con él se mezclan; del desequilibrio moral, de los estragos que el pecado puede causar en nuestra naturaleza caída y de las maravillosas rectificaciones de la gracia de Dios.

Los santos, con sus actos y sus enseñanzas, son para nosotros verdaderos maestros de espiritualidad.

En primer lugar con sus ejemplos. El teólogo atento a reducir los actos de los santos a los principios que los inspiran, descubrirá en ellos la realización concreta de las leyes más profundas de la gracia, la conexión y el acrecentamiento simultáneo de todas las virtudes, la acción entrelazada de nuestras facultades sensibles y espirituales, armonizadas en un organismo sobrenatural, que no destruye la naturaleza sino que la perfecciona, dejándole toda la libertad de acción bajo la moción primordial y universal de la Causalidad de Dios. Un santo es una encarnación del Evangelio y de los principios más elevados de la espiritualidad cristiana.

Concebida así la hagiografía, sería, a la vez, una viva lección de teología y una escuela de santidad.

También por sus enseñanzas, porque los santos han formulado su doctrina espiritual de una manera explícita, bajo la forma de reflexiones, de máximas, de consejos, de conversaciones familiares y, a veces, de tratados espirituales. Juana de Arco, Germana de Cousin, Bernardita, nos presentan su doctrina de una manera sencilla y espontánea, sin aires de doctoras, pero con una rara profundidad. Harto lo dice una sola frase salida de sus labios: «Combatiremos y Dios nos dará la victoria.» ¡Qué enseñanza tan magistral sobre la necesidad de la fuerza cristiana al servicio de su patria y de su Dios! «La santísima Virgen es tan hermosa, que cuando se la ha visto una vez quisiera uno verla siempre.» ¡Qué evocación tan rápida de la belleza de María!

A veces la misión espiritual de los grandes siervos de Dios es un mensaje de santidad. Los escritos de Teresa de Ávila, de Catalina de Sena, de Margarita María, de Teresa de Lisieux pertenecen a esta categoría. Para penetrar todo su sentido, es menester situarlos con exactitud en su contexto histórico y psicológico: la doctrina espiritual de los santos es siempre la efusión de sus almas.

Un caso privilegiado, pero más complejo, es el de los grandes doctores místicos, en quienes la ciencia y la experiencia andan aparejadas en un común esfuerzo de penetración y de explicación de puntos hasta entonces oscuros en los caminos del Señor. Tal es el caso de san Juan de la Cruz, de san Francisco de Sales y de muchos fundadores de órdenes religiosas.

Se adivina el inmenso trabajo que surge de tales perspectivas y el beneficio que de él podría sacar nuestra teología espiritual, enriquecida en su campo de observación por una multitud de pacientes monografías, que nos encaminarían hacia una más vasta historia de la espiritualidad. Tendríamos también a nuestra disposición una teología moral ilustrada por la vida de los santos, pues la hagiografía encontraría por sí misma su profunda *explicación* en la teología.

Mas esto no es todo. Una penetración puramente intelectual del alma de los santos nunca corresponde a la realidad. Es necesario entrar en el alma de los santos con alma de santo, «*por connaturalidad*», si se quiere conocer a fondo su doctrina y su vida. Este estudio requiere de parte del teólogo una doble fase: una intelectual y otra afectiva, con frecuencia cronológicamente unidas.

Sobre ambos planos se impone un mismo procedimiento: desaparecer, «*convertirse en el otro*», es decir, hacer abstracción de sus juicios personales, de sus prejuicios, de la propia manera limitada de ver el mundo; eliminar por lo tanto, entre el sujeto

y el objeto, toda proyección deformante del «yo»: ser objetivo.

«Convertirse en el otro»: es también habituarse a ver las cosas como él, a identificarse con su «visión del universo».

La doctrina tomista del conocimiento, que exige rigurosamente esta *«identificación con el otro»*, nos parece la única actitud viable para entrar en una realidad, que, de suyo, es para nosotros extraña. Un alma es para nosotros otro mundo, otro universo.

A la docilidad de la inteligencia hay que juntar las intuiciones del amor: hay que *«identificarse con el otro»* por el corazón, revestirse de su personalidad moral y mística, proceder en presencia de los hombres y de las cosas *«como otro yo»*, con su alma en él. Un simple croquis intelectual no basta para procurarnos toda la verdad de un alma. Para comprender en toda su riqueza y su complejidad otra personalidad, hay que habitar en ella durante largos años, vivir de su propia vida. Solamente el que vive en Dios puede llegar a formar un «solo espíritu» con él. Lo mismo ocurre proporcionalmente con el alma de los santos.

Y, sin embargo, hay que continuar siendo lo que cada uno es, saber conservar la propia personalidad, quedar fijo en ella como en el punto central de todos los juicios críticos. Esto es lo difícil.

Este ideal de trabajo exige cualidades complementarias, que raras veces se encuentran juntas en una misma personalidad: el sentido del método histórico y el cuidado por la explicación doctrinal; una visión clara de los principios directivos de la espiritualidad cristiana y mucha sutileza de espíritu, para entrar por intuición en la doctrina y en el alma de los santos. «Comprender es igualar», decía Rafael. Para comprender el alma de los santos, sería menester verlos con la misma mirada de Dios.

2. — *El caso de santa Teresa de Lisieux*

Nos hemos inspirado en estos principios en nuestro estudio del alma y de la espiritualidad de santa Teresa de Lisieux.

Los nuevos métodos utilizados por la Iglesia en las causas de canonización permiten recoger una cantidad considerable de palabras, de escritos, de hechos y de hazañas, que procuran al historiador, al psicólogo y al teólogo una documentación de un valor imposible de reemplazar.

El proceso de sor Teresa del Niño Jesús se benefició de este método riguroso en condiciones excepcionales de precisión y de autenticidad, pues los testigos, en su mayor parte, habían conocido los más insignificantes pormenores de su existencia y habían penetrado profundamente en su intimidad.

La encuesta de este proceso, dirigida por el señor Dubosq, hombre de rara sagacidad, pudo acumular un manojo de testimonios de un valor único. Solamente el proceso informativo (diocesano) de la causa de santa Teresa del Niño Jesús, que se desenvolvió del 10 de agosto al 12 de diciembre de 1910, cuenta con no menos de *ciento nueve* sesiones de una duración de cinco a seis horas cada una. A quince años de distancia, era alabada todavía, en la Sagrada Congregación de Ritos, la manera magistral como habían sido conducidos en la diócesis de Bayeux los dos procesos de la sierva de Dios.

Hemos bebido largamente en este tesoro, acudiendo, para la utilización de las fuentes, al comentario vivo de sus hermanas, de su Carmelo, particularmente de la madre Inés, a quien la santa de Lisieux pudo decir antes de morir: «Sólo vos conocéis todos los repliegues de mi alma.» Hemos multiplicado las citas directas y explícitas, porque nada nos revela tanto el alma de los santos como sus propias palabras o sus propios actos; pero una multitud de re-

flexiones y observaciones nos han sido inspiradas también por lo que hemos podido oír de estos testigos privilegiados¹.

Después de esta labor de documentación, nuestro esfuerzo se dirige hacia lo principal de nuestro trabajo: *la mirada del teólogo, que sondea las profundidades de un alma para descubrir en ella una doctrina espiritual* en su brote y seguirla en su evolución. Poco a poco se van dibujando las líneas de fuerza de un pensamiento cada vez más seguro de sí mismo en sus intuiciones de genio, de un genio de la talla de Pascal.

En los santos, como en los grandes maestros, las más amplias perspectivas se reducen siempre a algunos elementos simples pero decisivos, que juegan, en la síntesis concreta de su alma, el mismo papel que los principios directivos de una ciencia. Cuando han sido cogidos, se tiene la clave de todo.

En la espiritualidad de santa Teresa de Lisieux, estos principios se reducen a cuatro o cinco temas fundamentales, cuya influencia universal se extiende a los actos más insignificantes de su vida: pequeñez, amor, confianza y abandono, fidelidad absoluta y sonriente, en el cuadro de la existencia más ordinaria, sin jamás pretender deslumbrar, con la espontaneidad y sencillez de un niño.

Estos principios básicos se reducen por sí mismos a una intuición central, quinta esencia del mensaje teresiano: *la infancia espiritual*, forma característica

¹ Nos hemos sentido en gran manera alentados, en el decurso de nuestro trabajo, por unas palabras espontáneas recibidas de dos hermanas de la santa, y que, en alguna manera, declaran como auténtica, por la autoridad de su testimonio, nuestra interpretación de la vida y de la doctrina de la santa de Lisieux: «*Pedimos a nuestra santa hermanita, que tan bien os ha hecho comprender «su caminito», que os ayude a conducir por él un gran número de almas.*» Sor Inés de Jesús. Sor Genoveva de la Santa Faz, c. d. 1, 30 de diciembre de 1943.

de una nueva era de espiritualidad, inaugurada por la gran santa de Lisieux.

Ésta es la idea directriz y todo el plan de nuestro trabajo.

Hace algunos años que un crítico católico, después de una mirada de conjunto sobre la inmensa literatura teresiana, hacía notar que la santa de Lisieux no dejaba a sus hagiógrafos en reposo, y añadía: «¿Será posible una síntesis?»

¿Responderá este libro a dicho deseo? Tenemos conciencia de muchos defectos; sería demasiado feliz si hubiese logrado trazar las líneas esenciales de una espiritualidad gigante, cuyas virtualidades, como aquellas de los más grandes pensamientos humanos, se desenvolverán por sí mismas según los problemas del porvenir. Parece que la influencia de Teresa de Lisieux está llamada a dominar durante muchos siglos la espiritualidad moderna, aportando un «nuevo mensaje» a los hombres de nuestro tiempo.

El «camino» de infancia espiritual señala una nueva época en la historia de la santidad cristiana, haciendo accesible a todos la más sublime perfección evangélica.

Saint-Maximin, 15 de octubre de 1946.

En la fiesta de santa Teresa de Ávila.

CAPÍTULO PRIMERO

“LA SANTA MÁS GRANDE DE LOS TIEMPOS MODERNOS”

«Llegar a ser una gran santa.»

SUMARIO

I. EL MEDIO FAMILIAR. — II. EL CARMELO. — 1. Formación espiritual. — 2. El encuentro con san Juan de la Cruz. — 3. El descubrimiento del Evangelio. — 4. En busca de un «nuevo camino». — 5. Su alma de carmelita. — III. LA CONSUMACIÓN EN EL AMOR. — 1. La ofrenda al Amor. — 2. El dardo de fuego. — 3. La muerte de Amor. — IV. EL HURACÁN DE GLORIA.

Según los peligros y las diversas necesidades de la historia del mundo, ha suscitado Dios en su Iglesia grandes santos llamados a sostenerla y a servirla con sus luces, sus trabajos, sus méritos y el ejemplo de su vida. En las épocas de las grandes herejías multiplica los doctores. En las horas de crisis interior, que amenazan a la santidad de la Iglesia y a la unidad cristiana, le envía fundadores de Órdenes, reformadores, jefes espirituales necesarios para la salvaguarda del cuerpo místico de Cristo. La historia de su vida espiritual, apareciendo progresivamente a través de los siglos, nos descubre nuevas fórmulas de perfección cristiana mejor adaptadas a las

condiciones de su tiempo. Así, una Teresa de Lisieux encarna en la Iglesia un nuevo tipo de santidad más accesible a todos, donde el prestigio de los carismas y el brillo del milagro, tan habituales en la existencia de los santos, ceden el lugar a una fidelidad silenciosa y sonriente a los deberes del propio estado, dentro del marco de la vida ordinaria. La infancia espiritual deja caer todo lo que es accesorio en la santidad. Teresa de Lisieux es la santa de la vocación bautismal y de la gracia de adopción «común» a todos los cristianos.

I. — EL MEDIO FAMILIAR

Hace algunos años que, en el cementerio de Lisieux, sobre la tumba del padre y de la madre de sor Teresa del Niño Jesús, se podía leer esta reflexión conmovedora, escrita sobre un exvoto, con yeso y con caracteres desaliñados: «Gracias, queridos padres cristianos, por habernos dado una santa para que nos proteja.»

Ciertamente es así: en gran parte, debemos la sorprendente santidad de Teresa a la santidad de sus padres. Su hogar familiar fué de verdad para ella una escuela de santidad¹.

La señora Martín fué, en medio de su familia, un perfecto modelo de esposa y de madre. Llevó al hogar sus cualidades de orden y de trabajo, una gracia exquisita, un gran deseo de santidad. Fué una madre admirable. Una abundante correspondencia de unas doscientas cartas nos revelan, de día en día, sus goces y sus angustias maternas, sus proyectos, sus sueños para el porvenir. Su alma resplandece en ellas. Al leer estas páginas familiares, de tan alta

¹ El marco familiar de «Teresita» ha sido perfectamente ilustrado con gran riqueza de documentación, en la *Historia de una Familia*, por el R. P. Piat, O. F. M.

inspiración cristiana, se ve hasta qué punto la educación de los hijos se esboza en el alma de los padres, sobre todo en el alma de una madre. Es en este cuadro del hogar de los señores Martín donde comienza a escribirse la *Historia de un alma*.

«Teresita» sacó del ejemplo y del recuerdo de su madre algunas de sus disposiciones fundamentales de su alma de niño: una confianza absoluta en la Providencia y el desasimiento de todo lo que no es eterno.

La *Historia de un alma* ha popularizado también algunos de los episodios de la infancia de Teresa, que ponen de manifiesto los rasgos principales de la fisonomía moral del señor Martín: su espíritu de fe, por encima de toda prueba, su generosidad heroica en dar todos sus hijos a Dios, la ternura y las delicadezas de su corazón de padre para su pequeña reina, su fin humillado y sublime. El recuerdo de su padre ayudará a Teresa a comprender y a gustar el misterio de la Paternidad divina, clave de todas sus relaciones con Dios. Al enviudar el señor Martín, dejó con sus hijos Alençon, para ir a vivir a Lisieux. Todo aquel pequeño mundo se instaló en los Buissonnets. Fué allí donde se deslizaron la infancia y la adolescencia de Teresa hasta su entrada en el Carmelo. No se puede entender el alma de la gran santa de Lisieux sin entrar con ella en la intimidad de los Buissonnets. *La infancia es capital en santa Teresa del Niño Jesús*. Ella misma nos la recuerda sin cesar. Estos primeros acontecimientos de su vida, profundamente grabados en su memoria y en una inteligencia de una precocidad excepcional, jugaron un papel decisivo. Estos relatos infantiles nos muestran el fondo de su psicología: «una voluntad indomable», «una sensibilidad extrema» casi enfermiza, una ternura de corazón increíble, «una franqueza extraordinaria», un ser todo de una pieza, resuelto a emprender a fondo su destino. «Con semejante naturaleza, me doy perfectamente cuenta de que, si hu-

biese sido educada por unos padres sin virtud, hubiera llegado a ser muy mala; tal vez también hubiera corrido hacia mi perdición eterna»¹.

Una educación familiar fuerte y suave, que apelaba a la conciencia y a lo sobrenatural, la disciplinó. Le enseñaron a vencerse por un principio de amor. El amor será siempre el alma de su doctrina y de su vida. Fué iniciada desde sus primeros años en el hábito de los «pequeños sacrificios». — «Hasta Teresa, que quiere dedicarse a hacer sacrificios, escribía su madre. Hay que verla meter la mano en su pequeño bolsillo y correr un grano de sus cuentas, cada vez que hace un sacrificio»².

Teresa lo quiere todo o no quiere nada. «Un día — refiere ella misma —, pareciéndole a Leonia que era demasiado crecida para jugar con la muñeca, fué al encuentro de Celina y de mí, con una canastilla llena de vestidos, de hermosos trozos de tela y de otros adornos, sobre los cuales acostó su muñeca, y nos dijo: «Tomad, hermanitas, y escoged.» Celina miró, y tomó un puñado de presillas. Después de unos momentos de reflexión, yo alargué la mano diciendo: «Lo escojo todo», y sin más ceremonias me llevé la canastilla y la muñeca.

»Este rasgo de mi infancia es como el resumen de mi vida entera. Más tarde, cuando se puso ante mis ojos la perfección, entendí que para llegar a ser santa es menester sufrir mucho, buscar siempre cuanto hay de más perfecto y olvidarse de sí mismo. Entendí que en la santidad los grados son numerosos, que cada alma es libre para responder a las insinuaciones de Nuestro Señor, para hacer poco o mucho por su amor, en una palabra, para «escoger» entre los sacrificios que nos pide. Entonces, como en los días de mi infancia, exclamé: ¡Dios mío, lo escojo todo! No quiero ser santa a medias. No me

¹ *Historia de un alma*, I, 13.

² *Historia de un alma*, I, 14.

da miedo el sufrir por Vos; sólo temo una cosa, y es conservar mi voluntad. Tomadla, porque he escogido todo lo que Vos queráis»¹.

En este marco familiar, tan idealmente cristiano, se iba abriendo su alma. No estaba exenta de pequeños caprichos ni de pequeños defectos, pero estos defectos, *reprimidos a tiempo*, le servían para crecer en la perfección»². Teresa pertenece al tipo de santidad de las almas vírgenes, siempre fieles a la gracia de su bautismo, las cuales se elevan, de día en día, hacia Dios por un movimiento continuado: «Desde la edad de tres años, nunca negué cosa alguna a mi buen Dios»³.

La Providencia había colmado a Teresa de dones excepcionales: una inteligencia viva; una sensibilidad exquisita, cuya ternura ardorosa reservará toda para Dios en una vida de puro amor; un rostro hermoso, y, a pesar de las fluctuaciones de una impresionabilidad todavía excesiva, un bello equilibrio de todas sus facultades, «un gran dominio sobre sus acciones»⁴. La Iglesia, que había de canonizarla, la llamará verdadera «obra maestra de la naturaleza y de la gracia»⁵.

Teresa se prepara con fervor para su primera comunión con «un gran número de sacrificios y actos de amor»⁶. — ¡Ah! ¡Qué dulce fué el primer beso de Jesús a mi alma! Sí, fué un beso de amor. Me sentía amada, y decía a mi vez: «¡Os amo y me entrego a Vos para siempre! Largo tiempo hacía que Él y Teresita se habían mirado y comprendido. Aquel día nuestro encuentro no podía llamarse una

¹ *Historia de un alma*, I, 16.

² *Historia de un alma*, I, 14.

³ *Historia de un alma*. Consejos y recuerdos, 266. — Proceso Diocesano, 2.744, Sor Genoveva.

⁴ *Historia de un alma*, I, 17.

⁵ Pío XI, Discurso de 30 de abril de 1923.

⁶ *Historia de un alma*, IV, 56.

simple mirada, sino una *fusión* . No éramos dos. Teresa había desaparecido como la gota de agua que se pierde en el océano» ¹. En su segunda comunión, el día de la Ascensión, su intimidad fué todavía mayor. «Recordaba y repetía sin cesar estas palabras de san Pablo: «No soy yo quien vivo, sino que es Jesús quien vive en mí» ². La vida mística de santa Teresa del Niño Jesús buscará siempre en la Eucaristía el medio por excelencia de su transformación en Cristo.

Poco tiempo después, vedla de nuevo en retiro para su Confirmación. «Me había preparado con mucho cuidado para la visita del Espíritu Santo. No podía entender que se dejase de poner gran atención para la recepción de este sacramento de amor» ³. Dios, que derrama las gracias sacramentales en las almas según sus disposiciones, comunicó a Teresa el Espíritu de fortaleza, que iba a serle necesario, porque, como ella misma nos lo dice, «el martirio de mi alma debía comenzar» ⁴.

Durante el retiro para su segunda comunión, Teresa fué asaltada por la «terrible enfermedad de los escrúpulos». — «Es menester haber pasado por este martirio para entenderlo bien. Decir lo que padecí por espacio de dos años, sería imposible. Todos mis pensamientos y todas mis acciones, aun las más sencillas, se convertían, para mí, en motivo de turbación y de angustia. No tenía reposo, sino después de haberlo confiado todo a María, lo cual me costaba mucho, pues me creía obligada a manifestarle todos mis pensamientos, aun los más extravagantes. Inmediatamente después de haberme sacudido la carga, gustaba de unos instantes de paz, pero esta paz pa-

¹ *Historia de un alma*, IV, 59.

² *Historia de un alma*, IV, 61.

³ *Historia de un alma*, IV, 62.

⁴ *Historia de un alma*, IV, 62.

saba como un rayo, y mi martirio comenzaba de nuevo»¹. Teresa acabó por caer enferma, y se vieron obligados a sacarla del pensionado a los trece años. Debió la liberación de esta crisis de escrúpulos a la intercesión victoriosa de sus hermanitos y hermanitas «que la habían precedido allá arriba»².

En la noche de Navidad de 1886, Dios la curó para siempre de los excesos de su «extremada sensibilidad», obrando lo que ella llamará su «completa conversión»³. «En aquella noche luminosa comenzó pues, el tercer período de mi vida, el más hermoso de todos, el más lleno de gracias del cielo. Jesús, contentándose con mi buena voluntad, realizó en un instante lo que yo no había podido hacer durante muchos años. Podía decir como los Apóstoles: «Señor, he pescado toda la noche sin coger nada»⁴. Más misericordioso conmigo que con sus discípulos, el mismo Jesús tomó la red, la arrojó y la sacó llena de peces; hizo de mí un pescador de almas... La caridad entró en mi corazón con la necesidad de olvidarme de mí misma para siempre, y desde entonces fui feliz»⁵.

Otra gracia, no menos preciosa y que debía marcar su alma con un sello profundo, no tardó en despertar un celo ardiente por la salvación de los pecadores: «Un domingo, al cerrar mi libro al fin de la misa, una fotografía, que representaba a Nuestro Señor en la cruz, se deslizó un poco hacia fuera de las páginas, y me dejó ver tan sólo una de las manos divinas atravesada y sangrando. Advertí entonces un sentimiento nuevo, inefable. Mi corazón se partió de dolor a la vista de aquella Sangre preciosa, que caía en tierra, sin que nadie se apresurase a recogerla.

¹ *Historia de un alma*, IV, 65.

² *Historia de un alma*, IV, 70.

³ *Historia de un alma*, IV, 74.

⁴ San Lucas, V, 5.

⁵ *Historia de un alma*, V, 75.

Hice la resolución de permanecer continuamente en espíritu al pie de la cruz, para recibir el divino rocío de salvación, y derramarlo en seguida sobre las almas. Desde aquel día, el grito de Jesús moribundo: «¡Tengo sed!», resonaba a cada instante en mi corazón, para encender en él un ardor desconocido y muy vivo. Quería dar de beber a mi muy Amado; también me sentía devorada de sed de almas, y quería, a toda costa, arrancar a los pecadores de las llamas eternas»¹.

Con toques sucesivos de su gracia, Dios enriquecía el alma de Teresa con aquellos elementos múltiples, tan variados, que formarán, más tarde, la síntesis de su personalidad. «Hacia mucho tiempo» que Teresa Martín sustentaba su vida espiritual con la lectura de la *Imitación de Cristo*: «Era el único libro que me hacía bien, porque aun no había descubierto los tesoros ocultos del santo Evangelio. Este pequeño libro nunca me dejaba. En la familia nos entreteníamos mucho con él, y, con frecuencia, mi tía, abriéndolo al acaso, me hacía repetir el capítulo que se presentaba ante nuestros ojos»². Gustaba también profundamente de las conferencias del abate Arminjón sobre «el fin del mundo presente y los misterios de la vida futura». «La lectura de esta obra sumergió a mi alma en una felicidad que no es de la tierra. Presentía ya lo que Dios tiene reservado para los que le aman, y, al ver estas recompensas eternas, tan desproporcionadas con los ligeros sacrificios de esta vida, quería amar, amar a Jesús con pasión, darle mil muestras de ternura, mientras todavía me era posible»³.

Desasida de las cosas efímeras, el alma de Teresa no soñaba en otra cosa que «vivir de amor» en Dios. Particularmente después de aquella gracia del

¹ *Historia de un alma*, V, 76.

² *Historia de un alma*, V, 78.

³ *Historia de un alma*, V, 79.

día de Navidad, Celina era la confidente íntima de sus pensamientos. «Jesús, que quería hacernos avanzar juntas, formó en nuestros corazones unos lazos más fuertes que los de la sangre. Nos hizo «hermanas de alma». «¡Con qué dulzura recuerdo nuestras conversaciones de entonces!» «Cada noche, en el mirador, fijábamos juntas nuestras miradas al cielo tachonado de estrellas de oro. Me parece que recibíamos grandes gracias...»¹.

«No sé si me engaño, pero me parece que la expansión de nuestras almas se parecía a la de santa Mónica con su hijo, cuando, en el puerto de Ostia, permanecían sumidos en éxtasis a la vista de las maravillas del Creador. Me parece que recibíamos gracias de un orden tan elevado como las concedidas a los grandes santos»².

Pertenece a esta época la siguiente consideración de Teresa: «¡Ah! si los sabios, después de haber pasado su vida en los estudios, hubiesen venido a interrogarme, sin duda se hubieran maravillado al ver que una niña de catorce años entendía los secretos de la perfección, secretos que toda su ciencia no puede descubrirles, porque para poseerlos es menester ser pobre de espíritu»³.

Al recordar estas gracias, sor Genoveva de la Santa Faz declaraba lo siguiente a un teólogo, que la interrogaba sobre el carácter de estos toques divinos: «Jamás eché de ver en Teresa, ni durante el verano de 1887, ni antes ni después, ningún estado psicológico algún tanto singular, ni un recogimiento de un orden especial. Todo era en ella sencillo, todo ordinario.»

Teresa aspiraba cada vez más al Carmelo; mas ¿cómo hablar de esto? «Para hacer mi gran confidencia

¹ *Historia de un alma*, V, 79.

² Texto inédito.

³ Recuerdos inéditos.

escogí la fiesta de Pentecostés. Durante todo el día pedí las luces del Espíritu Santo, y supliqué a los Apóstoles que rogasen por mí, que me inspirasen las palabras que iba a decir. ¿No eran, en efecto, ellos los que habían de ayudar a una niña tímida, a quien Dios destinaba para ser el apóstol de los apóstoles por la oración y el sacrificio?

»Por la tarde, al volver de vísperas, encontré la ocasión deseada. Papá había ido a sentarse en el jardín; allí, con las manos juntas, contemplaba las maravillas de la naturaleza. El sol, en su ocaso, doraba con sus últimos fuegos las copas de los grandes árboles y las avechillas gorjeaban la oración de la noche. Su hermoso rostro tenía una expresión celestial. Yo sentía que la paz inundaba su corazón. Sin decir palabra fuí a sentarme a su lado, con los ojos humedecidos en lágrimas. Me miró con una ternura indefinible, apoyó mi cabeza sobre su corazón y me dijo: «¿Qué tienes, mi pequeña reina? Confiame esto...» Después, levantándose como para disimular su propia emoción, caminó lentamente, oprimiéndome siempre sobre su corazón.

»A través de mis lágrimas, le hablé del Carmelo, de mis deseos de entrar pronto en él. También él lloraba. Sin embargo, nada me dijo que pudiera desviarme de mi vocación. Me hizo notar simplemente que era todavía demasiado joven para tomar una decisión tan grave. Y, como yo insistiese, defendiendo bien mi causa, mi incomparable padre, con su natural recto y generoso, en seguida quedó convencido. Proseguimos durante largo tiempo el paseo; mi corazón estaba aliviado: mi padre ya no derramaba lágrimas. Me habló como un santo»¹.

Sabemos con qué audaz confianza pidió Teresa al papa León XIII el favor de entrar en el Carmelo a los quince años. El jefe de la Iglesia, fijando en

¹ *Historia de un alma*, V, 84.

ella los ojos, le respondió simplemente, pronunciando cada sílaba con un tono penetrante: «Ea... Ea... Entrarás si Dios así lo quiere»¹.

El viaje a Italia no fué inútil para su alma. Dios se sirvió de él para descubrirle el profundo sentido de la vida carmelitana. «La segunda experiencia que hice se refiere a los sacerdotes. Hasta entonces no había podido entender el fin principal de la reforma del Carmelo. Rogar por los pecadores me encantaba, pero rogar por los sacerdotes, cuyas almas se me presentaban más puras que el cristal, me parecía desconcertante. ¡Ah! entendí mi vocación en Italia. No me parecía haber tenido que ir demasiado lejos a buscar un conocimiento tan útil»².

El paso por Suiza, «con sus altas montañas, sus profundos valles llenos de helechos gigantes y de matorrales rosados»³, ensanchaba hasta el infinito su horizonte. El espectáculo grandioso de las bellezas de la naturaleza elevaba su alma «hacia Aquel» que, como quien juguetea, se había complacido en derramar sobre una tierra tan efímera «semejantes obras maestras»⁴.

Por contraste, estas vastas perspectivas la ponían en guardia contra el temible peligro de encogimiento de horizontes, que acecha a la carmelita — y a toda contemplativa — de vivir «de cara a sí misma», si no logra mantenerse «de cara a Dios». «La vida religiosa se me presentaba tal como es, con sus sujeciones, sus pequeños sacrificios cotidianos hechos en la sombra. Entendía cuán fácil es replegarse sobre sí mismo y olvidarse del fin de la vocación, y me decía: «Más tarde, en la hora de la prueba, cuando, prisionera del Carmelo, sólo podré ver un rinconcito del cielo, me acordaré de hoy. Este cua-

¹ *Historia de un alma*, VI, 106.

² *Historia de un alma*, VI, 94.

³ *Historia de un alma*, VI, 97.

⁴ *Historia de un alma*, VI, 97.

dro me dará alientos. No haré caso de mis pequeños intereses, pensando en la grandeza y en el poder de Dios. Amaré únicamente a Él, y no caeré en la desgracia de adherirme a lo que no es más que paja, cuando mi corazón entrevé lo que tiene reservado a los que le aman»¹.

El alma de Teresa estaba presta a darse a Dios. El lunes, 9 de abril de 1888, en la fiesta de la Anunciación, después de una última mirada a los Buissonnets, Teresa se dirigió hacia el Carmelo, cuyas puertas se cerraron tras de ella para siempre.

II. — EL CARMELO

A su entrada en el Carmelo, los rasgos esenciales del alma de Teresa comienzan ya a esbozarse: una humildad profunda, que la mantiene en el sentimiento de su pequeñez, un ardiente deseo de la Eucaristía, una ternura enteramente filial a María, una audaz confianza en sus relaciones con Dios, una disposición permanente para no dejar escapar ningún sacrificio, y, por encima de todo, un gran amor a Jesús, un amor desinteresado, que la mueve a hacer todas sus acciones únicamente para complacerle y salvar almas. En su corazón arde un celo apostólico insaciable. ¿Qué ha ido a buscar al Carmelo? La suma perfección del amor. Quisiera «amar a Dios como jamás ha sido amado». Viene a inmolarse por los pecadores «y, sobre todo, por los sacerdotes».

Estos rasgos primitivos se acentuarán, se desenvolverán y enriquecerán con nuevas perspectivas, y se fijarán definitivamente, a la manera que el rostro impreciso de una joven se dilata cuando llega la maternidad. Muchas almas jóvenes, al entrar en la vida religiosa, pasan por una transformación análoga. La «pequeña Teresa» llegará a ser una gran santa.

¹ *Historia de un alma*, VI, 98.

Al tratar de sor Teresa del Niño Jesús no se puede hablar, en esta época, de «doctrina espiritual» propiamente dicha. Su alma posee deseos inmensos, infinitos, de amar a Dios. Su primera actitud, en este período, que va desde el postulante hasta la profesión, consiste principalmente en hundirse en su nada y en «pasar inadvertida»¹.

Todas las primeras cartas a Celina nos la muestran cuidadosa en fijarse en esta «pequeñez», de la cual hará la base de su espiritualidad. — «Quiero poner manos a la obra sin aliento, sin fuerza, y esta misma impotencia me facilitará la empresa»². «Quisiéramos no caer nunca: ¡qué ilusión! ¿Y qué me importa a mí caer a cada instante? Así siento mi debilidad y saco de ello gran provecho»³. Esta niña de dieciséis años ha entendido el lugar primordial de la humildad en la busca de la perfección. Habla como un maestro de espiritualidad.

1. — *Formación espiritual*

Es difícil precisar en sus pormenores la génesis y la evolución de la doctrina espiritual de santa Teresa del Niño Jesús. A medida que avanza en la unión divina, las luces afluyen a su alma. El Espíritu Santo fué siempre su maestro espiritual, pero santa Teresa del Niño Jesús debe también mucho a su ambiente carmelitano. La formación espiritual que se recibe en las grandes órdenes religiosas, transforma rápidamente una personalidad. La disciplina religiosa traza un ideal; la vida de comunidad acarrea gracias cotidianas y retoques incessantes que ayudan a realizarla. Según su grado de fervor, el alma se amolda a una regla viva que pronto se convierte en la forma de su santidad.

¹ Proceso Diocesano, 2.045, Sor María de los Ángeles.

² Carta a Celina, 28 de febrero de 1889.

³ Carta a Celina, 12 de marzo de 1889.

2. — El encuentro con san Juan de la Cruz

Sor Teresa del Niño Jesús no había de tardar a encontrar, en el Carmelo, al gran maestro de espiritualidad que iba a tener sobre su vida interior una importancia decisiva: san Juan de la Cruz. No es el doctor de la Noche Obscura ni el de la Subida al Carmelo el que seduce al alma de Teresa, sino el doctor del amor, el místico incomparable, que ha cantado su experiencia de la unión divina en la *Llama de Amor Viva* y en el *Cántico espiritual*. «¡Ah! ¡Qué luces no he sacado de las obras de san Juan de la Cruz! A la edad de diecisiete y dieciocho años, no tenía otro alimento»¹.

A esta edad, cuando las impresiones se graban tan profundamente en el alma de una jovencita, estos escritos no la dejan. A la lectura ávida de sus dos grandes libros añadirá la meditación de sus «Poesías» y de sus «Avisos», cuyas advertencias le servirán de máximas prácticas para su proceder en el noviciado. El pensamiento teresiano debe a la doctrina mística de san Juan de la Cruz la primacía del amor, que comunica al camino de infancia espiritual aquella simplicidad liberadora, aquel vuelo hacia Dios, aquella fuerza de inmolación en el gozo. Fué el contacto con san Juan de la Cruz el que procuró al genio personal de santa Teresa de Lisieux la ocasión de desplegar sus propias alas. Aun inspirada por él, a la manera de los grandes artistas creadores, continuará siendo ella misma, mirando todas las cosas con su mirada límpida de niño. Se puede decir que, después del Evangelio, ningún maestro tuvo sobre el alma y la doctrina de santa Teresa del Niño Jesús una influencia igual a la de san Juan de la Cruz.

«Un día — refiere su maestra de novicias — (no sé si tenía diecisiete años) habló de ciertos pasajes mis-

¹ *Historia de un alma*, VIII, 146.

ticos de san Juan de la Cruz, con una comprensión tan por encima de su edad, que quedé maravillada»¹. En sus conversaciones con las novicias, las máximas del santo acudían constantemente a sus labios, al mismo tiempo que el Evangelio. «Es el santo del amor», repetía.

Gustaba de referir «su caminito» de humildad y de amor a la doctrina de la «nada» de la criatura y al «todo» de Dios, a esta «pobreza espiritual» tan fuertemente marcada en la síntesis mística de san Juan de la Cruz.

Al llegar al término de su corta vida, y consumada en santidad, para expresar sus sentimientos interiores y la acción divina en su alma, santa Teresa del Niño Jesús no encontrará otro medio que recurrir a los estados de alma descritos por el santo doctor. «¡Ah! ¡Es increíble cómo se han realizado todas mis esperanzas! Cuando leía, antes, a san Juan de la Cruz, pedía a Dios que obrase en mí lo que él describe, es decir, que me santificase en pocos años, de la misma manera que si hubiese llegado a una extrema vejez, a fin de consumirme rápidamente por amor... He sido escuchada»². Repetía con frecuencia a sus novicias la célebre frase de san Juan de la Cruz: «Al atardecer de la vida seréis juzgadas sobre el amor.»

Los escritos de su santa Madre Teresa de Ávila no ejercieron un influjo comparable con el del gran doctor místico, pero la ayudaron a unir en su vida profunda de carmelita el ideal apostólico de la gran reformadora y el pensamiento espiritual de san Juan de la Cruz³. Más tarde podrá expresar las más altas realidades místicas con palabras de una simplicidad evangélica e introducir así en su mensaje doctrinal

¹ Proceso Apostólico, 1.155, Sor María de los Angeles.

² *Novissima Verba*, 31 de agosto de 1897.

³ R. P. LUIS DE LA TRINIDAD: *Santa Teresa de Lisieux en la espiritualidad del Carmelo*. (Estudios y Documentos Teresianos. Julio de 1939.)

lo esencial de la espiritualidad del Carmelo, poniéndola al alcance de todos.

3. — *El descubrimiento del Evangelio*

Por grande que sea el lugar de san Juan de la Cruz en la formación doctrinal de santa Teresa del Niño Jesús, no se puede comparar con la influencia única del Evangelio en su pensamiento y en su vida. Para Teresa, el Evangelio es todo. Lo escudriñaba sin cesar, para descubrir «el carácter de Dios; le interrogaba en las horas decisivas de su existencia y le consultaba en todas las ocasiones»¹. Cuando fué en busca de un «camino nuevo», se volvió hacia el Evangelio, para encontrar en las palabras de Jesús la respuesta a sus dudas y a todas las preguntas que interiormente formulaba su alma. «A veces, cuando leo ciertos tratados, en los cuales la perfección se muestra a través de mil trabas, mi pobre y pequeño espíritu se fatiga muy pronto. Cierro el libro, pues sé que me quiebra la cabeza y me seca el corazón, y tomo la Sagrada Escritura. Entonces todo me parece lumino-

¹ «Sor Teresa del Niño Jesús llevó constantemente el Evangelio sobre su corazón e hizo que siguiéramos su ejemplo.» (Proceso Apostólico, 880, Sor Genoveva.) Esta costumbre no existía en el Carmelo de Lisieux antes de la llegada de Teresa. Fué la primera en pedir permiso y en hacerlo. Como que entonces no había ninguna edición manejable de los Evangelios, la santa arrancó de su *Manual del cristiano* los cuatro Evangelios y pidió a su hermana Celina, todavía en el mundo, que los hiciese encuadernar. Siendo esta edición demasiado grande para ser llevada continuamente encima, le aconsejaron que tomase otra de un tamaño más cómodo. Así lo hizo. En abril de 1896 (al comienzo de sus grandes penas interiores) puso en la primera página la copia del Credo, escrita y firmada con su sangre, por consejo del director, para combatir sus tentaciones contra la fe. En junio de 1897 escribió allí este versículo del salmo XCI: «Señor, me llenáis de gozo por todo lo que hacéis.»

so; una sola palabra descubre a mi alma horizontes infinitos; la perfección me parece fácil; veo que basta reconocer la propia nada y abandonarse como un niño en los brazos de Dios»¹.

«Los libros de la Sagrada Escritura, particularmente el Evangelio, hacían sus delicias. Su sentido oculto se hacía para ella luminoso. Los interpretaba admirablemente»². «Nunca sentía embarazo en la elección de los pasajes que más convenían a las almas. Se veía que cada día hacía de ellos el alimento de su vida interior»³. «En sus conversaciones, en su dirección, siempre algunos pasajes de estos libros divinos brotaban, como de un manantial, en apoyo de lo que decía. Era de creer que los sabía de memoria»⁴. La santa «copiaba los diversos textos, para coordinar los relatos de los evangelistas»⁵. Y, no contenta con establecer esta concordancia, en una época en que nuestro monasterio no la poseía, hubiera deseado, si hubiese sido sacerdote, «aprender el griego y el hebreo, para conocer el pensamiento divino tal como está expresado en lenguaje terreno»⁶. Su método de interpretación, de tendencia mística, atiende siempre al sentido natural y verdadero.

«En los últimos años de su vida, únicamente el Evangelio ocupaba su espíritu y alimentaba su alma»⁷. «Por encima de todo, es el Evangelio el que me enseña durante mis oraciones. De allí lo saco todo»⁸.

¹ Carta a un misionero

² Proceso Apostólico, 1.324, Sor María de la Trinidad.

³ Proceso Apostólico, 1.055, Sor Teresa de San Agustín.

⁴ Proceso Apostólico, 1.324, Sor María de la Trinidad.

⁵ Proceso Apostólico, 880, Sor Genoveva.

⁶ Proceso Apostólico, 880, Sor Genoveva.

⁷ Proceso Apostólico, 589, Sor Genoveva.

⁸ *Historia de un alma*, VIII, 46.

4. — En busca de un «nuevo camino»

Con el Evangelio tocamos el punto decisivo de la evolución de la doctrina espiritual de santa Teresa del Niño Jesús.

Desde su entrada en la vida religiosa, sor Teresa del Niño Jesús había comenzado a alimentarse de las Sagradas Escrituras. Por el breviario, el misal y la vida litúrgica; por la lectura de los autores espirituales, un alma de Carmelita está en permanente contacto con la Palabra de Dios. Pero en la vida de Teresa, postulante o novicia, el Evangelio no ocupaba aún el primer plano en su pensamiento. Su alma contemplativa encontraba su principal alimento en la lectura de san Juan de la Cruz.

Después del retiro liberador de octubre de 1891, se vuelve, al contrario, hacia el Evangelio de una manera absoluta. Su alma dilatada, rebosante de confianza y de amor, gustaba de beber directamente en estas fuentes divinas. A partir de 1892, la Sagrada Escritura, sobre todo el Evangelio, se convierte en su libro único de cabecera. Pronto será el todo para ella. Teresa lleva, día y noche, el Evangelio sobre su corazón. Vive de él intensamente. Es en el Evangelio donde, poco a poco, por penetración afectiva e infusa, bebe los principios fundamentales de su espiritualidad.

Los textos de la infancia evangélica han pasado ya y han vuelto a pasar ante sus ojos, pero sin que, tal vez, hayan llamado toda su atención. Teresa busca siempre «el medio de ir al cielo», y de llegar a una encumbrada santidad «por un camino muy recto, muy corto y enteramente nuevo». Ruega, pide luz y recurre al Libro de Dios. «Entonces pedí a los Libros Sagrados que me indicasen el ascensor, objeto de mis deseos, y leí estas palabras salidas de los mismos labios de la Sabiduría eterna: "Quien sea PEQUEÑITO, que venga a mí"¹. Me acerqué, pues, a Dios, adivi-

¹ Proverbios, IX, 4.

nando que había descubierto lo que buscaba»¹. No-temos esta confesión capital: «*había descubierto lo que buscaba*». Unas palabras, sobre todo, la han deslumbrado: «*Quien sea PEQUEÑITO.*» Ha sido la centellita que la ha iluminado. Esta palabra: «*pequeñito*», se convierte en seguida en el centro polarizador de todas sus reflexiones. «*Queriendo, pues, saber lo que Dios haría con el "PEQUEÑITO"*», continué mis indagaciones, y he aquí lo que encontré: «*Como una madre acaricia a su hijo, así yo os consolaré, os llevaré sobre mi seno y os meceré sobre mis rodillas*»². ¡Ah! Jamás palabras más tiernas, más melodiosas han regocijado mi alma. El ascensor, que ha de elevarme hasta el cielo, son vuestros brazos, oh Jesús. Para esto no tengo necesidad de crecer. Al contrario, es menester que me conserve *pequeña*, que lo sea cada día más»³. Luego, para llegar a la santidad no es ne-

¹ *Historia de un alma*, IX, 154.

² Isaías, LXVI, 13.

³ *Historia de un alma*, IX, 154. En el hermoso desenvolvimiento del pensamiento del capítulo once encontramos el pasaje sintético más rico, el que mejor ilumina, donde Teresa reúne todos los textos que esclarecen su intuición central: «*Jesús se complace en mostrar el único camino que conduce a este horno divino; este camino es el abandono del niño pequeño, que se duerme en los brazos de su padre. «Quien sea pequeñito, que venga a mí», dice el Espíritu Santo por boca de Salomón; y este mismo Espíritu de amor dice que «la misericordia se concede a los pequeños». En su nombre, el profeta Isaías nos revela que en el último día «el Señor conducirá su rebaño a los pastos; que reunirá los corderitos y los oprimirá contra su seno». Y como si todas estas pruebas no bastasen, el mismo profeta, cuya mirada inspirada se sumergía ya en las profundidades eternas, exclama en nombre del Señor: «Como una madre acaricia a su hijo, así yo os consolaré, os llevaré sobre mi seno y os meceré sobre mis rodillas.»* (*Historia de un alma*, XI, 209.) Este lugar paralelo nos procura uno de los textos más típicos del verdadero espíritu de la infancia espiritual.

Importa, sin embargo, completarlo con el testimonio de

cesario esforzarse en subir con las propias fuerzas «la ruda escalera» de la perfección; basta con dejarse llevar por Dios y abandonarse en Él como un niño «pequeñito». Este Ascensor no puede ser otro que Jesús, su Salvador. El alma de la Santa rebosa reconocimiento. Salta de gozo y canta con lirismo esta gracia iluminativa: «¡Dios mío! Os habéis excedido a mis deseos y quiero cantar vuestras misericordias»¹.

Que vuelva, ahora, Teresa al Evangelio. Todos los textos de la infancia se iluminan; acaban de recibir la plenitud de la luz. «Si no os volvéis y os hacéis semejantes a los niños, no entraréis en el reino de los cielos»². «Dejad que los niños vengan a mí, porque el reino de los cielos es de quienes se les asemejan»³. «En verdad os digo que quien no recibiere el reino de Dios como un niño no entrará en él»⁴. «El que de entre vosotros se hiciere pequeñito, será el más grande»⁵. «Os bendigo, Padre, porque habéis ocultado estas cosas a los sabios y a los prudentes, para revelarlas a los pequeños»⁶.

Estos textos fueron en adelante el tema de «sus meditaciones preferidas»⁷. «Teresa gustaba mucho de hablarme de estas palabras sacadas de los Libros santos: “Dejad que los niños pequeños vengan a mí, pues el reino de los cielos les pertenece...” “El que se hi-

la madre Inés de Jesús en el proceso de canonización: «Apoyaba su pequeña doctrina, como ella decía, en la misma doctrina de Nuestro Señor, y su meditación preferida y sus delicias eran estas palabras del Evangelio, que profundizaba sin cesar: «En verdad os digo que, si no os hiciereis como niños...», etc. (Siguen todos los textos clásicos de esta infancia evangélica.) (Proceso Apostólico, 630.)

¹ *Historia de un alma*, IX, 154.

² San Mateo, XVIII, 3.

³ San Mateo, XIX, 14; San Marcos, X, 14.

⁴ San Marcos, X, 15.

⁵ San Mateo, XVIII, 4.

⁶ San Mateo, XI, 25; San Lucas, X, 21.

⁷ Proceso Apostólico, 630, Madre Inés.

ciere *pequeño como un niño* será el más grande en el reino de los cielos"»¹.

¡Cuántos exégetas habían leído y releído antes que ella este «*sicut parvuli*» sin encontrar en él un programa integral de perfección cristiana! Ésta fué la gracia propia de Teresa de Lisieux, el haber sabido descubrir en estas enseñanzas de Jesús el secreto de un «nuevo camino» de santidad.

5. — *Su alma de carmelita*

En la vida exterior de sor Teresa del Niño Jesús, todo es sencillo. Busca la realización de su ideal de carmelita en el silencio y en el recogimiento, siempre fiel a los más insignificantes deberes cotidianos.

Un alma de carmelita, separada del mundo y desasida de todo lo creado, no sueña sino en vivir «sola con el Solo» en el espíritu eremítico del desierto. Como el profeta Elías, permanece en la presencia de Dios vivo para amarle y adorarle. Agota todo su ser en cantar la gloria del Eterno, y se abrasa en un celo ardiente por el Dios de los ejércitos. Su vida es una oración continuada que sube hacia Dios y que, unida a un gran espíritu de sacrificio, merece para la Iglesia militante las gracias de salvación que el cuerpo místico de Cristo necesita. Una carmelita es un ser de silencio, de oración y de sacrificio, que se consume día y noche por la salvación del mundo ante la faz de Dios «en alabanza de su gloria».

Es en el fondo de este cuadro donde es menester

¹ Teresa hizo un día esta confidencia a la madre Inés: «Es curioso que casi siempre que abro el Evangelio, voy a parar sobre «los pequeñuelos». Y añadía con su sonrisa y jovialidad habitual: «... cuando no es sobre «la raza de víboras».

Teresa llevaba también ante sus ojos, en el breviario, una imagen con la fotografía de sus hermanitos y hermanitas, muertos en su tierna edad, y había escrito sobre ella, con su propia mano, estos textos de la infancia evangélica.

ver cómo se dibujan los rasgos espirituales de la santidad tan auténticamente carmelitana de sor Teresa del Niño Jesús. Fué durante nueve años una humilde carmelita, antes de llegar a ser la gran santa que nos deslumbra.

Ávida de soledad y de olvido, esforzándose en permanecer inadvertida aun en su comunidad, sueña en pasar por la tierra «desconocida de toda criatura». Quiere poner en práctica la «pobreza espiritual» y el despojo absoluto descritos por san Juan de la Cruz. Pero ¡qué libertad en este desasimiento total! «¡Soy libre!»¹, puede exclamar al fin, triunfalmente; libre de no amar más que a Dios; de no pensar sino en Él. El radical despojo de sí misma, en que la mantiene la conciencia de su pequeñez y de su nada, la hace maravillosamente apta «para las operaciones del amor que transforma». No piensa en otra cosa que en «vivir de amor», para «morir de amor», pero en la cruz.

Su vida de oración es de una extrema simplicidad y «se reduce», en definitiva, «a la práctica de su camino de infancia espiritual»². Vive continuamente

¹ *Historia de un alma*, IX, 161.

² Proceso Apostólico, 629, madre Inés de Jesús. Hay que notar íntegramente aquí el testimonio de la madre Inés de Jesús en el proceso de canonización: «Su unión con Dios era tan grande, que decía: «No veo bien lo que tendré de más en el cielo que ahora. Veré a Dios, es verdad; pero, en cuanto a estar con Él, ya estoy enteramente con Él en la tierra.»

En efecto, su unión con Dios no consistía únicamente en hacer las dos horas de oración que prescribe la regla, a la cual, por otra parte, era muy fiel, sino que hemos de decir que *su oración era continua*. Al responder a una pregunta precedente, ya he hablado de su recogimiento, y, con toda verdad, decía al fin de su vida: «Creo que no he dejado pasar tres minutos sin pensar en Dios.»

En cuanto a su método de oración y a su género de piedad, todo se reduce a lo que ella llama su «camino de infancia espiritual». Es éste un punto tan importante, que he

en Dios con sentimientos de amor, de ternura, de fidelidad de corazón de niño. Mas ¡qué increíble intimidad con su Padre celestial! «No pasan tres minutos sin que piense en Él»¹. Y al maravillarse su hermana mayor de una tal asiduidad de presencia: «¡Cuando se ama!...», se contenta con responderle sonriendo.

Un celo devorador, de horizontes tan vastos como el mundo, animan su vida de oración y de sacrificio. Después de santa Teresa de Ávila, jamás se han sorprendido en un alma tales acentos apostólicos. «Quiero ayudar a los sacerdotes, a los misioneros, a toda la Iglesia»². Al fin de su vida no se explicará la intensidad de sus sufrimientos sino por su «amor a las almas»³. Darse por la Iglesia militante no le basta; quiere «pasar su cielo haciendo el bien sobre la tierra» y no consentirá en darse punto de reposo hasta que quede completo el número de los elegidos⁴. No ha sido sin razón que la Iglesia, asistida por el Espíritu de Dios, ha escogido a esta carmelita por patrona de todas las misiones.

En su vida religiosa, sor Teresa del Niño Jesús

creído que era un deber preparar un informe del mismo por escrito y con la cabeza reposada. Lo presento al Tribunal». (Proceso Apostólico, 630.)

¹ Proceso Apostólico, 774, Sor María del Sagrado Corazón; Proceso Diocesano, 1.729, Sor Genoveva; Proceso Apostólico, 863, Sor Genoveva; Proceso Apostólico, 629, madre Inés de Jesús; Proceso Apostólico, 928, Sor Genoveva.

² *Novissima Verba*, 12 de julio de 1897. Fué el Carmelo de Lisieux el que fundó el primer Carmelo en las Misiones, en Saigón, de donde salieron otros carmelos: Hanoi (Tonquín), Phnom-Penh (Cambodge), y por ellos sucesivamente: Hué (Annam), Bui-Chu (Tonquín), Ilo-Ilo (Filipinas), Bangkok (Siam), Manila (Filipinas), Than-Hoa (Tonquín), Yunnan-Fu (China) y Singapur (Malaca). En el Carmelo de Lisieux rogaban y se inmolaban por los misioneros.

³ *Novissima Verba*, 30 de septiembre de 1897.

⁴ *Novissima Verba*, 17 de julio de 1897.

permanece «fiel a su regla hasta el agotamiento de sus fuerzas»¹. La práctica de la caridad fraterna, difícil en la vida de toda comunidad por la diversidad de caracteres, lo es más en su Carmelo, por causa de la presencia de tres o cuatro personas mediocres, que están allí sin vocación; por causa principalmente de ciertas escenas provocadas por los celos de una priora, dotada, por otra parte, de grandes cualidades y de un poder de seducción, del cual aun la misma Teresa podrá, a duras penas, defenderse². Sor Teresa del Niño Jesús sufrirá por este estado de cosas³. Sin embargo, también encuentra en su Carmelo grandes apoyos, dentro del marco de una vida regular, en medio de almas fervorosas, algunas de ellas consumadas en santidad. ¡Cuántos conven-

¹ Proceso Apostólico, 1.379, Sor María de la Trinidad.

² «Recuerdo que, siendo postulanta, tenía, a veces, tan violentas tentaciones de darme satisfacción y de encontrar algunas gotas de gozo, que me vela obligada a pasar rápidamente por delante de vuestra celda (la de la madre María de Gonzaga, priora) y de agarrarme fuertemente a la barandilla de la escalera para no volver atrás. Acudían a mi espíritu gran cantidad de permisos que pedir y mil pretextos para dar la razón a mi naturaleza y contentarla. ¡Qué feliz soy ahora por haberme privado de ello desde los comienzos de mi vida religiosa!» (*Historia de un alma*, X, 182.)

³ Sobre la actitud y los sentimientos de sor Teresa del Niño Jesús para con la madre María de Gonzaga, he aquí el testimonio de su maestra de novicias: «No recuerdo haberle oído decir jamás una palabra contra nadie, ni murmurar cuando nuestra reverenda madre priora se le mostraba severa. Siempre le sonreía y le guardaba mil atenciones. Más tarde, con ocasión de las elecciones de 1896, la reverenda madre María de Gonzaga fué elegida priora por una muy exigua mayoría, y la sierva de Dios, entreviendo la pena que la reverenda madre sentiría, se esforzó en consolarla con una ternura encantadora y una delicadeza angélica, y le escribió una carta magnífica, que la pobre madre recibió muy de buen grado.» (Proceso Diocesano, 2.004-2.005, Sor María de los Angeles.)

tos y comunidades religiosas de nuestros días se parecen al Carmelo de santa Teresa del Niño Jesús! No hay que dramatizar ni disminuir nada. Sería hacer traición a la verdad histórica y falsificar la verdadera fisonomía moral de sor Teresa del Niño Jesús, imaginarla dolorosamente martirizada por su priora o viviendo en una atmósfera de perpetuas contradicciones e incomprensiones. Las faltas al silencio y al espíritu de comunidad, de que fué testigo, desarrollaron en su corazón una increíble delicadeza de su caridad. Con una fuerza sin réplica, prohibía a las novicias todo juicio desfavorable a la autoridad, y ella misma, dentro del juego imprevisible de una vida cotidiana y común, se esforzaba en mostrarse «un ángel de caridad y de paz»¹.

Nada hay en ella que huela a la actitud de una reformadora que juzga con severidad su medio ambiente y se yergue para reaccionar. Se mostraba severa, severísima y muy exigente con las novicias, pero, en cuanto al resto de la vida de comunidad, andaba su camino, sin ver nada de las infidelidades exteriores, cuya corrección no era de su incumbencia.

Sin embargo, su espíritu observador supo descubrir, en ciertas religiosas que la rodeaban, la persistencia del amor propio y de otras pasiones, a pesar de sus sangrientas austeridades. Soportará caritativamente las imperfecciones de estas religiosas de edad más avanzada, pero se sentirá movida a buscar otro camino de santidad, dando la preferencia a una mortificación menos violenta, más interior y más accesible a todos.

Profesaba, al contrario, una ternura enteramente filial y una admiración maravillosa a la fundadora de su Carmelo, la madre Genoveva de Santa Teresa, prototipo de santidad, velada bajo la práctica de las virtudes comunes. ¡Afinidad de almas entre los san-

¹ Proceso Diocesano, 2.246, R. P. Godofredo Madelaine.

tos! Encontraba en este ejemplo la confirmación de sus propias luces interiores. Antes de morir manifestaba repetidas veces a la madre Inés «su dicha, por haber vivido muchos años con una santa, no en manera alguna inimitable, sino santificada por las virtudes ocultas y ordinarias. ¡Ah! Esta santidad me parece la más verdadera, la más santa. Es ésta la que deseo, porque en ella no se encuentra ninguna ilusión»¹.

En su dirección del noviciado, la joven maestra guarda como máxima el «conformarse con los usos». Se adapta sin resistencia a todos los reglamentos en vigor. No introduce ninguna innovación. Ni siquiera parece darse cuenta de que podría hacerse mejor. Todo su ideal la lleva a acomodarse a las costumbres de la vida común, por un principio de caridad profunda, y a permanecer fiel a la Regla, «como si toda la perfección de la orden dependiese de su conducta personal». Se siente libre, independiente de estas condiciones exteriores, aun de las gravosas. Su genio le ha hecho descubrir que el amor es el todo, que se ríe de las contingencias y que es menester saber amar todas las cosas con un alma nueva. Se explica un día sobre este punto capital en una consideración, donde la madre Inés ve el movimiento más profundo de la espiritualidad teresiana: «La santidad no está en tal o cual práctica, sino que consiste en una *disposición del corazón*, que nos hace humildes y pequeños en los brazos de Dios, conscientes de nuestra debilidad y confiados hasta la audacia en su bondad de Padre»².

He aquí el espíritu que anima la renovación espiritual obrada en la Iglesia por el camino de infancia de Teresa del Niño Jesús, y que «consiste ante todo en la práctica heroica de las virtudes comunes»³.

¹ *Historia de un alma*, VIII, 137.

² *Novissima Verba*, 3 de agosto de 1897.

³ Proceso Apostólico, 1.140, Sor María de los Angeles.

A sus ojos la santidad está en el interior. Ninguna alma religiosa ha sido más fiel y, a la vez, más libre dentro del marco exterior de su vida.

III. — LA CONSUMACIÓN EN EL AMOR

A medida que el genio alcanza su apogeo, tiende hacia la unidad. Así, en santa Teresa del Niño Jesús vemos que los múltiples actos de su vida cotidiana se reducen más y más a la unidad por el amor. Dios la encaminaba por aquí hacia este acto supremo, verdadero término de convergencia de todo el movimiento de su espiritualidad: su consagración al Amor.

1. — *La ofrenda al Amor*

Fué tan sólo dos años antes de su muerte, cuando la santa de Lisieux se sintió inspirada a hacer este acto, que había de tener tan gran resonancia en la Iglesia y había de suscitar tantos discípulos. «En el año 1895 recibí la gracia de entender más que nunca cuánto Jesús desea ser amado. Pensando un día en las almas que se ofrecen como víctimas a la justicia de Dios, para desviar sobre sí los castigos reservados a los pecadores, me pareció esta ofrenda grande y generosa, pero estaba muy lejos de sentirme inclinada a hacerla.

» ¡Oh mi divino Maestro!, exclamaba desde el fondo de mi corazón, ¿solamente vuestra Justicia ha de recibir hostias de holocausto? ¿No tiene también necesidad de ellas vuestro Amor Misericordioso? En todas partes es desconocido y rechazado... Los corazones, a los cuales deseáis prodigarlo, se vuelven hacia las criaturas, pidiéndoles la felicidad con el miserable afecto de un instante, en lugar de echarse en vuestros brazos y de aceptar el fuego delicioso de vuestro Amor infinito.

» ¡Oh, Dios mío! ¿Va a quedar en vuestro cora-

zón vuestro Amor despreciado? Me parece que si encontraseis almas que se ofreciesen como *víctimas de holocausto a vuestro Amor*, las consumiríais rápidamente y seríais feliz al no comprimir las llamas de infinita ternura que están encerradas en Vos.

»Si vuestra Justicia, que sólo se extiende sobre la tierra, gusta de desarmarse, ¡cuánto más desea abrazar a las almas vuestro Amor misericordioso, puesto que vuestra misericordia se eleva hasta el cielo! ¡Oh, Jesús! Haced que sea yo esta dichosa víctima. Consumid vuestra pequeña hostia en el fuego de vuestro divino Amor»¹.

Y el 9 de junio de 1895, durante la misa de la fiesta de la Santísima Trinidad, sor Teresa se consagra para siempre al Amor. «¡Ah! Desde aquel día el Amor me penetra y me rodea. A cada instante este Amor misericordioso me renueva, me purifica y no deja en mi corazón rastro alguno de pecado. No, no puedo temer el purgatorio. Sé que ni siquiera merecería entrar con las almas santas en aquel lugar de expiación. Pero sé también que el fuego del amor es más santificante que el fuego del purgatorio; sé que Jesús no puede querer para nosotros sufrimientos inútiles y que no me inspiraría los deseos que siento, si no quisiera colmarlos»².

2. — El dardo de fuego

Algunos días más tarde, un «dardo de fuego» vino a poner como el sello divino a este acto sublime, iniciador, en alguna manera, de la misión doctrinal de santa Teresa del Niño Jesús en la Iglesia. «Comenzaba en el coro el «Vía Crucis», cuando me sentí de repente herida por un dardo de fuego tan ardiente que creí morir. No sé cómo explicarlo. Fué como si una mano invisible me hubiese sumergido

¹ Historia de un alma, VIII, 148.

² Historia de un alma, VIII, 148.

toda entera en el fuego. ¡Oh! ¡Qué fuego y qué dulzura al mismo tiempo! Ardía de amor, y sentía que durante un minuto, un segundo de más, no hubiera podido soportar aquel ardor sin morir. Entendí entonces lo que dicen los santos de estos estados, que, con tanta frecuencia, soportaron. En cuanto a mí, sólo lo sentí una vez y por un solo instante; después caí de nuevo en mi sequedad habitual»¹.

«Hace notar san Juan de la Cruz que es muy reducido el número de las almas que reciben esta divina herida. Son aquellas cuya virtud y espíritu se han de propagar en la sucesión de sus hijos. Dios da a los jefes de familia espiritual riquezas, en proporción con los designios providenciales de su descendencia según la gracia»².

Fué en el decurso de estos dos últimos años, cuando sor Teresa del Niño Jesús, establecida ya en las más altas cumbres de la unión transformadora, para responder a las preguntas de sus novicias y después a las de su hermana mayor, fué inducida a precisar lo que ella llamaba «su caminito», «su pequeña doctrina», sin que la santa de Lisieux hubiese jamás soñado en sistematizar el conjunto de sus pensamientos y de sus intuiciones.

Las páginas que dirigió en esta época a sor María del Sagrado Corazón, en septiembre de 1896, y que forman el capítulo undécimo de la *Historia de un alma*, constituyen un documento de inapreciable valor, al cual hay que juntar, a título de complemento, su carta de 17 de septiembre de 1896, verdadera pequeña Suma de su doctrina espiritual, en el momento en que la gran santa de Lisieux la posee con un perfecto dominio y toca ya la cima de la santidad. Estos textos igualan las páginas más profundas y más sublimes de la literatura cristiana. Toda el alma de la espiritualidad teresiana resplandece en ellos.

¹ *Novissima Verba*, 7 de julio de 1897.

² *Llama de amor viva*, estrofa II.

«¿Cómo podéis preguntarme si os es posible amar a Dios como yo le amo...?

»Mis deseos de martirio nada son; no debo a ellos la ilimitada confianza que siento en mi corazón. Estos deseos son un consuelo que, a veces, concede Dios a las almas débiles como la mía, y estas almas son numerosas... ¿Cómo podéis pensar ahora que mis deseos son la señal de mi amor? ¡Ah! Siento muy bien que no es en manera alguna esto lo que agrada a Dios en mi pequeña alma. Lo que le agrada es *ver que amo mi pequeñez y mi pobreza; es la esperanza que tengo en su Misericordia...* He aquí, querida madrina, mi único tesoro. ¿Por qué este tesoro no puede ser el vuestro?»

«¡Oh mi querida hermana, os ruego que me comprendáis! Comprended que para amar a Jesús, para ser su víctima de amor, *cuanto uno es más débil y miserable, más cerca está de las operaciones de este amor, que consume y transforma...* El solo deseo de ser víctima basta. Pero es menester consentir en permanecer siempre pobre y sin fuerza, y he aquí lo difícil, porque «¿dónde se encontrará el verdadero pobre de espíritu? Hay que buscarlo muy lejos»¹, dice el autor de la *Imitación*... No dice que hay que buscarlo entre las grandes almas, sino muy lejos, es decir, en la bajeza, en la nada... ¡Ah! Mantengámonos muy lejos de todo lo que brilla, gustemos de nuestra pequeñez, de no sentir nada. Entonces seremos «pobres en espíritu» y Jesús irá a buscarnos, por lejos que estemos. Nos transformará en llamas de amor. ¡Ah! ¡Cuánto quisiera haceros comprender lo que siento! Es la confianza, y nada más que la confianza, la que ha de conducirnos al Amor...»²

Estas líneas escritas de un solo trazo y en un solo vuelo del corazón, pero bajo el impulso del Es-

¹ *Imitación de Cristo*, lib. II, cap. XI, 3.

² Carta a sor María del Sagrado Corazón, 17 de septiembre de 1896.

píritu de Dios, encierran como la síntesis viviente de la espiritualidad teresiana en un maravilloso compendio. Pequeñez y confianza, abandono total y fidelidad absoluta: todo está aquí, bajo la luz superior e iluminativa del amor. Después de estas intuiciones y de estos esplendores, solamente le quedaba a la santa de Lisieux el poner sobre su doctrina el sello supremo de la verdad: el testimonio de su muerte.

3. — *La muerte de Amor*

La muerte de los santos es, con frecuencia, la más alta revelación de su vida. Los últimos actos, las últimas palabras de los moribundos expresan los sentimientos supremos de los que van a partir. ¿No pasaba, acaso, el alma toda entera de Cristo en sus últimas palabras de Crucificado: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu»? Un abandono total en la voluntad del Padre: todo el misterio de Jesús está aquí.

El sentido providencial de la vida y de la misión de santa Teresa del Niño Jesús en la Iglesia, el mejor comentario de su camino de infancia espiritual, están contenidos en el relato de sus últimos días de sufrimiento y en su muerte.

Jamás la santa de Lisieux fué, a la vez, más humana y más divina. Todas las virtudes características de su camino de infancia espiritual son llevadas a un grado sumo de perfección: conciencia de la miseria y de la pobreza de sus obras en el momento de comparecer delante de Dios; aceptación gozosa y sonriente de los sufrimientos más agudos por la redención de las almas; abandono total en la voluntad de Dios; delicadezas de su caridad fraterna y olvido de sí misma, procurando tan sólo, por encima de todo, complacer a las que la rodean; amor, un amor consumidor, que a nada se niega, sino que se entrega a Dios sin reserva, únicamente por las intenciones de su gloria y por los intereses de la Iglesia. El

sufrimiento acaba de transformar esta vida en una obra maestra de santidad y de puro amor.

Mientras todo su ser físico, agotado, corre hacia la destrucción, ni una murmuración, ni una queja, sino el abandono más filial y más amante en las manos de Dios. «No temo, en manera alguna, los últimos combates, ni los sufrimientos, por grandes que sean, de la enfermedad. Dios me ha ayudado y llevado de su mano desde mi más tierna infancia, y cuento con Él. Estoy segura de que continuará socorriéndome hasta el fin»¹.

Y, en una crisis de ahogo, que excitaba en torno suyo la tristeza y la compasión: «¡Ah! No tengáis pena. Si me ahogo, Dios me dará fuerza. Le amo. Jamás me abandonará»².

A estos dolores físicos de un cuerpo consumido por la fiebre, se añadían los más terribles, aquellos sufrimientos purificadores y redentores descritos por san Juan de la Cruz y los autores místicos, por los que Dios acaba de moldear el alma de los santos a imagen del Crucificado. «Creeréis, sin duda, Madre mía venerada, que exagero un poco la noche de mi alma. A juzgar por las poesías que he compuesto este año, debo pareceros inundada de consolaciones, una niña ante la cual se ha rasgado el velo de la fe. Y, sin embargo..., no es un velo, sino un muro el que se levanta hasta los cielos y cubre el firmamento estrellado... Ya no me es posible ni siquiera encontrar en mí la imagen tan dulce de mi patria... ¡Todo ha desaparecido...! Cuando quiero dar reposo a mi corazón, fatigado por las tinieblas que lo envuelven, con el recuerdo alentador de una vida futura, mi tormento se redobra. Me parece que las tinieblas, empleando la voz de los impíos, me dicen burlándose de mí: «Tú sueñas en la luz, en una patria perfumada; sueñas en la posesión eterna del Creador de estas

¹ *Novissima Verba*, 28 de mayo de 1897.

² *Novissima Verba*, 27 de julio de 1897.

maravillas; crees que un día saldrás de las nieblas donde languideces. ¡Adelante! ¡Adelante! Regocíjate de la muerte, que te dará, no lo que esperas, sino una noche todavía más profunda: ¡la noche de la nada...! No quiero escribir más, pues temería blasfemar»¹.

El camino de la infancia espiritual no sería evangélico si no pasase por el Calvario en pos del Crucificado. «No creáis encontrar el amor sin el sufrimiento», decía «Teresita». «He sufrido mucho acá abajo. Será menester darlo a conocer a las almas»².

Teresa había deseado la muerte de Jesús en la cruz. Fué plenamente escuchada.

— «¡Sí, Dios mío, todo lo quiero!»³

— «¡Oh, Madre mía, os aseguro que el cáliz está lleno hasta rebosar. Pero Dios no me abandonará. Jamás me ha abandonado»⁴.

— *No, no me arrepiento de haberme entregado al amor.*

— «Todo lo he dicho... todo se ha cumplido... Sólo cuenta el Amor»⁵.

Por la mañana del día 30 de septiembre, la madre Inés se acercó a ella. Teresa no hablaba palabra, agotada, jadeante, presa de inexplicables sufrimientos. Vióselas juntar las manos y mirar la imagen de la Santísima Virgen colocada frente a su cama:

— «¡Oh! He rogado con un fervor!... Es la agonía enteramente pura, sin mezcla de consuelo alguno.»

— «¡Santísima Virgen, venid en mi ayuda!»

— «¡Sí, Dios mío, todo lo que queráis! ¡Tened piedad de mí!»

— «Hermanitas mías, rogad por mí.»

— «¡Dios mío, Dios mío! ¡Vos que sois tan bueno!...»

¹ *Historia de un alma*, IX, 160, 161.

² *Novissima Verba*, 31 de julio de 1897.

³ *Novissima Verba*, 29 de septiembre de 1897.

⁴ *Novissima Verba*, 30 de septiembre de 1897.

⁵ *Novissima Verba*, 29 de septiembre de 1897.

Hacia las tres de la tarde, la santa enferma puso los brazos en cruz. La Madre priora colocó sobre sus rodillas una imagen de Nuestra Señora del Carmen. Teresa miró a su priora, y, con gran espíritu de fe, le dijo:

— «Madre mía, presentadme muy pronto a la Santísima Virgen. Preparadme para bien morir.»

— «Jamás hubiera creído que fuera posible sufrir tanto. Sólo puedo explicarme esto por mis ardientes deseos de salvar almas.»

— «¡Deseo sufrir todavía!»

— «Dios ha realizado mis más pequeños deseos... Entonces lo será el mayor de todos: ¡morir de amor!»

Al atardecer, hacia las cinco, su rostro cambió repentinamente. En su fisonomía aparecieron los rasgos de la suprema agonía. La comunidad entró y se puso en oración para ayudar a aquel ángel de la tierra en sus últimos combates. Teresa acogía a todas con una dulce sonrisa. Después, su mirada se posó sobre el Crucifijo. Lo apretaba tan fuertemente entre sus manos, que, después de su muerte, a duras penas pudieron retirarlo.

Durante más de dos horas un estertor terrible sacudía y desgarraba su pecho. El rostro tan puro de Teresa estaba entonces congestionado: sus manos estaban amoratadas. Todos sus miembros temblaban. Abundantes gotas de sudor se deslizaban sobre su frente. Bajo la creciente opresión, la pobre enferma dejaba escapar, a veces, ligeros gemidos involuntarios.

A las seis de la tarde tocaron el Ángelus. Sus ojos suplicantes se volvieron hacia la imagen de la «Virgen de la sonrisa» que la había curado en su infancia. Teresa había querido que la pusieran junto a ella en la enfermería. — «Tú, que me sonreíste en el amanecer de mi vida, sonríeme también ahora... Madre mía, he aquí el atardecer»¹.

¹ Poesía: *Pourquoi je t'aime, ô Marie!*, mayo 1897.

Teresa preguntó: «Madre, ¿no es esto la agonía...? ¿No voy a morir?... ¿Pero no quisiera sufrir menos!

Más tarde, después de una suprema mirada al Crucifijo, se la oyó murmurar:

—«¡AH! LE AMO... ¡DIOS MÍO...! ¡OS AMO!»

Volvió suavemente la cabeza atrás, hacia la derecha. Su hermoso rostro recuperó su matiz de azucena. Se incorporó. Los ojos elevados al cielo, radiantes, reflejaban una beatitud divina. Hizo todavía algunos movimientos, como un ser colmado de felicidad. El éxtasis duró por espacio de un *Credo*. Después Teresa cerró dulcemente los ojos. Había muerto de amor.

IV. — EL HURACÁN DE GLORIA

El 4 de octubre de 1897 una comitiva muy pobre acompañaba al cementerio de Lisieux los despojos mortales de una joven carmelita, fallecida a los veinticuatro años: sor Teresa del Niño Jesús.

Las gentes de Lisieux, que hacía algunos años la habían podido encontrar por las calles de su ciudad dando la mano a un venerable anciano, tiempo hacía que los habían olvidado a los dos. Ingresada en el convento, «la pequeña Teresa» Martín había pasado por él sin ruido. Y, ahora, acababa de volar al cielo en un ímpetu de amor, como tantos otros cuya vida sobre la tierra jamás se escribirá.

Después que los sepultureros hubieron echado apresuradamente las últimas paletadas de tierra sobre el cadáver de esta joven religiosa, hubiérase dicho que su nombre pronto iba a desaparecer del recuerdo de los hombres. Todo parecía terminado.

Mas he aquí que asoma la *Historia de un alma*. Este libro, instrumento principal de sus conquistas, pasa de mano en mano y trastorna las vidas. Todos quieren seguir su «camino de confianza y de amor». Se invoca a la que ha prometido «pasar su cielo ha-

ciendo el bien sobre la tierra». Teresa responde con milagros. Pronto se multiplican los prodigios en Francia y en el mundo entero. Sor Teresa anda por todas partes, sembrando la «lluvia de rosas» de sus beneficios, ayudando a las almas, sanando los cuerpos, inclinándose sobre todas las miserias morales y espirituales, acudiendo a todos con su sonrisa e incansable bondad. No aguarda a que la llamen. Ella misma había dicho: «Descenderé»¹. — «Pronto habré dado la vuelta al mundo»².

Con las manos pródigas de gracias de todas clases, va no sólo tras los fieles, sino también entre los cismáticos, entre los incrédulos y aun entre los mahometanos. Obtiene milagrosamente para los pequeñuelos paganos la gracia del bautismo. A todos sonríe. Basta hacerle una seña, y acude presto. Los misioneros la aman, la invocan. Siempre corre en auxilio de sus aprietos. Su culto se desenvuelve de una manera inexplicable. Dirigen a ella sus preces en todos los continentes, en todas las regiones, en todas las lenguas. Cada nación puede decir lo que aquel soldado bávaro: «Es una santa de nuestra casa.» La «voz del pueblo» proclama por todas partes las maravillas obradas por la intercesión de esta santa incomparable. «*Vox populi, vox Dei.*»

La Iglesia observa, anima; y, a través de los milagros, sabe discernir rápidamente las señales auténticas de la voluntad de Dios. Y ved ahora cómo esta misma Iglesia, tan prudente en su lentitud, suprime, en favor de esta hija privilegiada, su procedimiento habitual. Es la carrera hacia la gloria.

Apenas fallecida Teresa, se abre su proceso de canonización. El papa Benedicto XV atestigua la heroicidad de sus virtudes, y, hecho único en los anales de la santidad, es, para el mismo papa Pío XI, con un intervalo de dos años, su primera beata y

¹ *Novissima Verba*, 12 de julio de 1897.

² A Sor Genoveva, septiembre de 1897.

su primera santa. Este mismo Pontífice, que la elevó tan rápidamente a los honores de la canonización, la llama en su ayuda en el gobierno de la Iglesia, confía a su protección Méjico, Rusia y los grandes problemas de la cristiandad, la llama familiarmente «la estrella de su Pontificado», la declara, finalmente, «patrona de todas las misiones católicas».

Por último, S. S. Pío XII la proclama patrona secundaria de Francia en una de las horas más sombrías de su historia.

¿Cuál es el sentido de esta prodigiosa supervivencia, de este «huracán de gloria»? ¹

La Iglesia lo ha comprendido: *la misión esencial de Teresa es un mensaje de santidad.*

«En el camino de la infancia espiritual está el secreto de la santidad para los fieles del mundo entero», afirmaba Benedicto XV, en un célebre discurso consagrado a ensalzar y a definir este nuevo camino de perfección. «Deseamos que este secreto de santidad no quede oculto para ninguno de nuestros hijos» ².

A su vez, Pío XI invitaba al mundo a escuchar a la santa de Lisieux, «Palabra viviente», «Palabra de Dios a los hombres de nuestro tiempo». — «Dios nos dice, y Teresita con Él, que hay una cosa superior al poder y a la acción del genio: es la santidad, es decir, la humilde fidelidad a los deberes cotidianos, la disposición a todos los sacrificios, el abandono confiado en la Bondad de Dios, por encima de todo: el amor. — «Milagro de virtudes y prodigio de milagros» ³; pura «obra maestra de la naturaleza y de la gracia» ⁴, su «santidad en miniatura» ⁵ está «al alcance de todos» y puede conducirlos,

¹ Pío XI, Discurso de 18 de mayo de 1925.

² Benedicto XV, Discurso de 14 de agosto de 1921.

³ Pío XI, Discurso de 11 de febrero de 1923.

⁴ Pío XI, Discurso de 30 de abril de 1923.

⁵ Pío XI, Discurso de 11 de febrero de 1923.

en medio de las ocupaciones más sencillas, hasta la más encumbrada perfección.»

— «Si este camino de la infancia espiritual, añade, se generalizase, ¿quién no ve cuán fácilmente se realizaría la reforma de la sociedad humana?»¹

Conocemos la devoción personal, tan profunda, del papa Pío XII a la santa de Lisieux, cuyo genio espiritual e influjo sobre las almas se ha atrevido a comparar con el genio y la acción de un san Agustín, de un san Francisco de Asís, de un santo Tomás de Aquino. Es un hecho indudable que la «santita de Lisieux» ha llegado a ser la santa más popular de la catolicidad. Ella misma lo había predicho: «Todo el mundo me amará.»

Es menester hacer un retroceso de varios siglos para medir en toda su amplitud la misión espiritual y doctrinal de la gran santa de Lisieux. Desde ahora, en medio del resplandor deslumbrante de su gloria, aparece como la creadora de una nueva era de espiritualidad.

La Iglesia, iluminada por Dios, ha sabido discernir, desde el principio, su trascendente grandeza, designándola ya como «la santa más grande de los tiempos modernos»².

¹ Pío XI, Homilía de la Misa de Canonización, 17 de mayo de 1925.

² Discurso del Papa, durante una audiencia concedida a un obispo misionero.

CAPÍTULO II

PEQUEÑEZ

«Reconocer la propia nada.»

SUMARIO

1. *Humildad: fundamento de toda santidad y base de la espiritualidad teresiana.* — 2. *La concepción teresiana de la humildad.* — 3. *«Ser pequeñuelo.»* — 4. *«Reconocer la propia nada.»* — 5. *«La humildad: es la verdad.»* — 6. *«Me regocijo de ser imperfecta.»* — *«Estoy apasionada por el olvido.»* — *«Si no os hicieréis como niños pequeños».*

Los maestros de la espiritualidad cristiana han subrayado con fuerza el lugar primordial de la humildad en el edificio de nuestra perfección. San Jerónimo nos dejó la fórmula tradicional: «La humildad es el fundamento y la salvaguarda de todas las virtudes»¹. Es la primera virtud que se aprende en la escuela de Cristo: «Bienaventurados los humildes, los pobres de espíritu»². Con ocasión de la parábola del fariseo, todo él lleno de sí mismo y engreído de orgullo, y del publicano, consciente de su miseria y que se retiró perdonado, tuvo Jesús cui-

¹ «Humilitas est fundamentum custosque virtutum.» (Ep. ad Eustoch.)

² San Mateo, V, 3.

dado de deducir por sí mismo, con su autoridad divina, la lección esencial de su enseñanza: «El que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado»¹.

Fieles al espíritu de su Maestro, los santos de todos los tiempos han visto en la humildad la disposición fundamental del alma cristiana en marcha hacia la santidad. Sin ella todas las demás virtudes se derrumban.

1. — *Humildad: fundamento de toda santidad y base de la espiritualidad teresiana*

La humildad desempeña un doble papel en la economía de la vida espiritual.

En primer lugar, *remueve el mayor obstáculo para la santidad: el orgullo*². ¿No decía el Cura de Ars: «Es nuestro orgullo el que nos impide ser santos»? Por un amor desordenado a la propia excelencia, el orgulloso hace de su «yo» el centro del universo. Actitud ridícula, de la cual únicamente él no se da cuenta. Se le ve erguir su vanidad en presencia del Todopoderoso, que, si quisiera, lo aniquilaría de un soplo de su boca. Se ensalza más allá de sus fuerzas, olvidando los límites de criatura sacada de la nada, con frecuencia cubierta de pecados, llena de malas inclinaciones, limitada de todas maneras, enteramente dependiente de Dios en su ser y en sus posibilidades de acción. «Si alguno cree que es algo, siendo nada, se engaña a sí mismo»³. — «Por nosotros mismos no somos capaces de tener el menor buen pensamiento: todo nuestro apoyo viene de Dios»⁴. «¿Cómo es posible, sin la gracia divina, pronunciar tan sólo

¹ San Lucas, XVIII, 14.

² «Per superbiam homines maxime a Deo avertuntur.» Santo Tomás, 2-2, q. 162, art. 6.

³ Gálatas, VI, 3.

⁴ II Corintios, III, 5.

el nombre de Jesús?» ¹ «Sin mí nada podéis» ².

La humildad, que elimina el mayor obstáculo para nuestra perfección, el orgullo, *desempeña un papel muy activo en la adquisición de todas las virtudes*. Como dice santo Tomás de Aquino ³, ocupa, además, el primer lugar entre las virtudes, a título de «disposición» necesaria a todo ser creado, que va en pos de la perfección. Cuando el amor propio no existe en un alma, Dios es libre para comunicársele en toda su plenitud. Ya no hay que temer que el alma se apropie la menor partecita de la gloria divina: Dios la colma de sus dones. De esta manera la humildad conduce a la santidad.

La Virgen de la Encarnación supo expresar en sus palabras y en su vida esta actitud fundamental del alma bajo las gracias de Dios. Su *Magnificat* es la expresión suprema de la humildad cristiana, que canta los beneficios de Dios. La Madre de Dios no trata de negar las gracias de que el Eterno se ha mostrado pródigo con ella. Se limita simplemente a remontar el origen de las mismas hasta el Todopoderoso. «Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu salta de gozo en Dios, mi Salvador,

»Porque se ha dignado mirar la bajeza de su sierva,

»En adelante todas las criaturas me llamarán bienaventurada,

»Porque el Omnipotente ha hecho en mí cosas grandes, y su nombre es santo.»

María lo ve todo a la luz de su propia nada y de los atributos divinos. Es el *Todopoderoso* quien obra en ella, y «su misericordia se extiende de generación en generación sobre los que le temen».

Su Providencia ensalza a los humildes y quebranta a los orgullosos:

¹ I Corintios, XII, 3.

² San Juan, XV, 5.

³ 2-2, q. 161, art. 5.

«Deshizo las miras del corazón de los soberbios,
»Derribó del solio a los poderosos y ensalzó a los humildes,

»Colmó de bienes a los hambrientos y a los ricos los despidió con las manos vacías.»

Por la Encarnación del Verbo, el Dios de amor acaba de realizar en la Virgen de Nazaret la gran promesa mesiánica: «Acordándose de su misericordia, acogió a Israel su siervo, según la promesa que hizo a nuestros padres, a Abraham y su descendencia por los siglos de los siglos»¹.

No le queda otra cosa que hacer a la Madre de Dios, sino ensalzar al Dios Salvador que ya se estremece de gozo en sus entrañas.

He aquí el verdadero espíritu de la humildad cristiana: no negar los dones de Dios, sino hacer remontar a Él toda la gloria.

Penetrada enteramente del espíritu del Evangelio, santa Teresa de Lisieux no podía dejar de poner en el punto de partida de su «camino espiritual» esta virtud fundamental del cristianismo. Fué sobre la humildad donde estableció la BASE de su «caminito de infancia»². — No cesaba de repetir que «para andar por este «caminito» es menester ser humilde y pobre de espíritu»³. — «En sus instrucciones a sus novicias, *volvía siempre sobre este punto*. El fondo de estas instrucciones siempre era enseñarnos que no nos hemos de afligir al ver que somos la misma debilidad, sino que más bien nos hemos de gloriarnos en nuestras flaquezas»⁴. — «Seamos siempre «niños pequeños», según el deseo de Nuestro Señor. ¿Acaso no nos ha dicho en el Evangelio que el reino de los cielos pertenece a los niños y a quienes se les pa-

¹ San Luc., I, 46-55.

² Proceso Diocesano, 1.871, Sor Genoveva.

³ Proceso Apostólico, 974, Sor Genoveva.

⁴ Proceso Apostólico, 974, Sor Genoveva.

recén?»¹ — «Los privilegios de Jesús son para los pequeñuelos»².

«Sor Teresa del Niño Jesús nunca agotaba su caudal hablando de la confianza, el abandono, la simplicidad, la rectitud, la humildad del niño pequeño, proponiéndonosla siempre como modelo»³.

Creadora de un «nuevo camino» de espiritualidad, la gran santa de Lisieux, fiel a la tradición mística de la Iglesia, escogió deliberadamente la humildad como base de su doctrina espiritual.

2. — La concepción teresiana de la humildad

Todos los grandes sistemas basados en un pensamiento contienen una intuición central en torno de la cual gravitan y se organizan todas las ideas secundarias. Tenemos la clave de la filosofía cartesiana en el «cogito»; la de Leibnitz y la de Spinoza en la definición de la mónada y de la substancia. Lo mismo ocurre en la espiritualidad. A los ojos de san Pablo, «todo es basura fuera de Cristo»⁴. San Benito está todo entero en su *Regla*, como santo Tomás de Aquino en su *Suma Teológica*, san Francisco de Sales en su *Tratado del Amor de Dios*, santa Teresa de Ávila en su *Castillo del Alma*, san Ignacio de Loyola en sus *Ejercicios Espirituales*, santa Teresa de Lisieux en su *camino de infancia*. Nada escapa en estos grandes genios espirituales a la universal dominación de su intuición creadora.

Hay que inspirarse en esta ley de método para determinar la nota característica de la humildad teresiana. Cada una de las virtudes específicas de la infancia espiritual lleva el sello de una potente originalidad. No es el despojo grandioso descrito en la

¹ Proceso Diocesano, 2.095, Sor Marta de Jesús.

² Proceso Diocesano, 2.191, Sor María de la Trinidad.

³ Proceso Diocesano, 2.191, Sor María de la Trinidad.

⁴ Filipenses, III, 8.

gráfica de san Juan de la Cruz lo que la «pequeña Teresa» exigirá al alma ávida de santidad. No empujará a esta alma a emprender por sí misma el sendero de la «nada», para elevarse por una ascensión heroica hasta las cumbres tan luminosas y tan puras «donde sólo habitan el honor y la gloria de Dios»¹. Temería demasiado que la «pequeña alma» se desalentara al intentar subir por sus propias fuerzas esta «montaña de la perfección». Dejará, pues, al gran doctor místico su famosa antítesis, tan fuertemente evocadora del espíritu de su espiritualidad: «Todo y nada.» «Dios es TODO, y la criatura NADA.» Teresa irá a buscar en el Evangelio los textos familiares que revelarán a los «pequeñuelos» el sentido de esta humildad tan recomendada por Jesús. «Volverá siempre sobre los mismos pasajes fundamentales, objeto de su meditación preferida»². «En verdad os digo, que si no os hacéis como estos pequeñuelos, no entraréis en el reino de los cielos.» «El que se hiciere humilde como este niño, será el mayor en el reino de los cielos»³.

3. — «Ser pequeñuelo»

Hasta el fin de su vida, sor Teresa del Niño Jesús se esforzará en imitar al «pequeñuelo»⁴, permaneciendo delante de Dios como él: «pobre, desnudo de todo y perpetuamente dependiente»⁵. Llegada a la cumbre de la unión transformadora, explicará a una de sus hermanas lo que entiende por esta fórmula: «ser pequeñuela». Estas frases, dictadas un mes antes de su muerte y textualmente anotadas por la madre Inés, han de retener toda nuestra atención. Ellas nos

¹ Divisa escrita en lo alto de la célebre gráfica de San Juan de la Cruz.

² Proceso Apostólico, 630, Madre Inés de Jesús.

³ San Mateo, XVIII, 4.

⁴ Carta a Leonia, 12 de julio de 1896.

⁵ Proceso Apostólico, 630, Sor Inés de Jesús.

ofrecen el pensamiento más íntimo de la sierva de Dios sobre una de las virtudes más características de su infancia espiritual.

«Ser pequeñuelo es RECONOCER LA PROPIA NADA, esperararlo todo de Dios, como un niño pequeño lo espera de su padre. Es no inquietarse por nada, no allegar caudal. Aun entre los pobres, se da al niño lo que necesita; pero en seguida que ha crecido, su padre no quiere sustentarle más, y le dice: “Ahora trabaja; puede bastarte a ti mismo.”

»Para no tener que oír esto, no he querido crecer, sintiéndome incapaz de ganarme la vida: la vida eterna del cielo. Permanezco, pues, “pequeñita”, sin otra ocupación que la de coger flores, las flores del amor y del sacrificio, a fin de ofrecerlas a Dios para complacerle...

»Ser pequeño es también NO ATRIBUIRSE A SÍ MISMO las virtudes que uno practica, creyéndose capaz de alguna cosa, sino reconocer que es Dios quien pone este tesoro de la virtud en manos de su hijito, para que se sirva de él, cuando tenga necesidad; pero siempre es el tesoro de Dios.

»Finalmente, es NO DESALENTARSE POR LAS FALTAS, porque los niños caen con frecuencia, pero son demasiado pequeños para hacerse mucho daño»¹.

Este texto capital nos procura los rasgos esenciales de la humildad teresiana: reconocer la propia nada, esperararlo todo de Dios, es decir, recibirlo todo de él, sin intentar negar sus dones; no desalentarse por la propia debilidad, sino antes bien alegrarse, porque ella nos manifiesta mejor la Bondad y la Misericordia de Dios. Un solo rasgo faltará por completar: el deseo de pasar desconocida y olvidada: entonces tendremos el alma verdaderamente humilde, cuando Dios vaya a buscarla en su pequeñez, para hacer de ella el teatro privilegiado de sus operaciones divinas.

¹ *Novissima Verba*, 6 de agosto de 1897.

4. — «Reconocer la propia nada»

El mundo moderno, tan orgulloso del desarrollo de su potencia industrial y de su dominio sobre la materia, mira con desprecio al hombre que se golpea el pecho o se arrodilla delante de Dios. Esto le parece una capitulación de la independencia y de la grandeza de la inteligencia humana. En realidad, el hombre moderno se hincha a sí mismo de orgullo ante una caricatura de la verdadera humildad. No se trata, en efecto, de simples ademanes exteriores o de protestas ridículas de miseria y de incapacidad. La mirada del humilde es amplia, considerando todas las cosas según la dimensión de Dios. Se aprecia a sí mismo en su verdadero lugar en el plan divino.

¿Qué es el hombre, para quien lo mira bajo el resplandor de la luz creadora? «Pequeñez del hombre en presencia de la infinita grandeza de Dios», diría Pascal. «*Noverim Te, noverim me*», gemía la grande alma de san Agustín, indicándonos las auténticas perspectivas de la humildad cristiana: «Conoceréis, para amaros, y a mí para despreciarme.» Cristo formulaba la misma enseñanza a santa Catalina de Sena a la despiadada luz de su Verdad increada: «Yo soy el que soy, y tú la que no eres.»

Causa maravilla, al abrir la *Suma Teológica*, descubrir con qué amplitud de visión el genio de santo Tomás de Aquino precisaba la naturaleza íntima de esta virtud fundamental de toda santidad. A sus ojos, sitúa al hombre ante todo en la presencia de Dios; por sí mismo, nada: totalmente dependiente en su ser y en su obrar de la soberana y primordial moción de la Causalidad creadora: «Sin mí, nada podéis, nada»¹. Todo el bien procede de Dios y todo el mal de nosotros.

En santa Teresa de Lisieux encontramos esta concepción clásica de la humildad cristiana. En ella, nada

¹ San Juan, XV, 5.

de ademanes forzados, ni de palabras exageradas en la confesión de sus miserias, sino la actitud verdadera y liberadora que hace remontar hasta Dios todo el bien que ha puesto en nosotros. Bajo las imágenes familiares a su espiritualidad, Teresa nos enseña el secreto de hacerse humilde delante de Dios: «Ser pequenuelo es reconocer la propia nada y esperar lo todo de Dios como el niño pequenito lo espera todo de su padre»¹.

Dios la había fundado tan bien en el conocimiento de su nada, que ninguna cosa lograba deslumbrarla. «Desde hace algunos meses —escribía—, el divino Maestro ha cambiado completamente su manera de hacer brotar su “pequeña flor”. Todas las criaturas podrían inclinarse ante ella, abrumarla de alabanzas: jamás esto añadiría una sombra de vana satisfacción al verdadero goce que saborea en su corazón, al verse a los ojos de Dios como una pequeña nada, y no otra cosa»².

Encargada de la dirección del noviciado, con confianza y humildad se refugia en Dios. «En seguida que penetré en el santuario de las almas, juzgué, a la primera ojeada, que la tarea rebasaba mis fuerzas, y poniéndome muy pronto en brazos de Dios, imité a los niños pequeños, que, bajo el imperio de algún temor, esconden su rubia cabeza sobre las espaldas de su padre, y le dije: “Señor, como veis, soy demasiado pequeña para alimentar a vuestras hijas. Si queréis darles por medio de mí lo que conviene a cada una, llenad mi pequeña mano, y, sin dejar vuestros brazos, ni tan sólo volver la cabeza, distribuiré vuestros tesoros al alma que venga a pedirme alimento. Si lo encuentra conforme a su gusto, sabré que no lo debe a mí, sino a Vos. Al contrario, si se queja y le parece amargo lo que le presento, mi paz no será turbada; me esforzaré en persuadirle que este

¹ Proceso Diocesano, 2.639, Madre Inés de Jesús.

² *Historia de un alma*, IX, 152.

alimento viene de Vos y me guardaré bien de buscar otro para ella».

»Entendiendo de esta manera que me era imposible hacer cosa alguna por mí misma, la tarea me pareció simplificada. Me ocupé interiormente y únicamente en unirme más y más con Dios, sabedora de que lo restante se me daría por añadidura. En efecto, mi esperanza nunca salió defraudada: mi mano se vió llena cuantas veces fué necesario para alimentar el alma de mis hermanas. Si hubiese obrado de otra manera, si me hubiese apoyado en mis propias fuerzas, sin tardanza hubiera rendido las armas. Desde lejos, parece cosa fácil hacer bien a las almas, hacer que amen a Dios, modelarlas según las propias miras y pensamientos. De cerca, al contrario, se siente que hacer el bien es una cosa tan imposible sin el auxilio divino, como llevar el sol a nuestro hemisferio durante la noche»¹.

Como la felicitaran por los magníficos resultados obtenidos respondía cortésmente: «Es Dios quien me da todo lo que necesito»². «Jamás he podido hacer nada sola»³.

Teresa de Lisieux se incorpora a la tradición de los grandes apóstoles siempre conscientes de su propia impotencia, en el mismo momento en que Dios prodiga por sus manos los milagros y los prodigios de su gracia. Un san Vicente Ferrer escribía en su *Tratado de la vida espiritual*: «Nada soy. Nada valgo. Nada puedo. Siempre os sirvo mal, y en todas las cosas soy un siervo inútil»⁴.

La sierva de Dios «consideraba a los demás por encima de ella en inteligencia y en virtud»⁵. Para

¹ *Historia de un alma*, X, 183.

² *Proceso Apostólico*, 1.042, Sor Genoveva.

³ *Historia de un alma*, XII, 247.

⁴ *Tratado de la vida espiritual*, cap. XVI: «Quindecim perfecciones...» etc.

⁵ *Proceso Apostólico*, 1.041, Sor Genoveva.

ponerse con sinceridad debajo de los demás, según el consejo de san Pablo, basta considerar lo que somos *por nosotros mismos* delante de Dios: nada y pecado, y comparar nuestro estado de nada y de pecado con lo que hay de divino en nuestro prójimo. Siempre podemos decir sin mentira que pueden ocultarse en él dones de Dios presentes o futuros, que nosotros desconocemos. Finalmente, ¿qué son nuestras cualidades personales sino riquezas prestadas, que, en un instante, puede Dios retirar?

Como los santos, Teresa de Lisieux sentía estas cosas. «Estaba persuadida de que, sin un auxilio particular de Dios, no hubiera obrado su propia salvación»¹. «Con una naturaleza como la mía, si hubiese sido educada por unos padres sin virtud, hubiera sido muy mala; tal vez hubiera corrido hacia mi condenación eterna»². «¡Ah! Lo sé muy bien: Nuestro Señor me veía demasiado débil para exponerme a la tentación. Indudablemente, me hubiera quemado a la engañosa luz de las criaturas, pero jamás ha brillado ante mis ojos. Allí donde las almas fuertes encuentran gozo, pero se apartan de él por fidelidad, yo no he encontrado sino aflicción. ¿Dónde está, pues, el mérito, de no haberme entregado a estos lazos tan frágiles, habiendo sido preservada de ellos únicamente por un efecto de la misericordia de Dios? Sin Él, lo reconozco, *hubiera podido caer tan bajo como Magdalena*, y la profunda expresión del divino Maestro a Simón el Fariseo resonó en mi alma con gran dulzura. Sí, lo sé: “aquel a quien se perdona menos, ama menos”. Pero sé también que Jesús me ha perdonado más que a santa Magdalena. ¡Ah! ¡Cómo quisiera poder explicar lo que siento!»³.

Estas confidencias revelan a qué profundidad Teresa del Niño Jesús había establecido como base de

¹ Proceso Apostólico, 1.039, Sor Genoveva.

² Proceso Apostólico, 1.039, Sor Genoveva.

³ *Historia de un alma*, IV, 64.

su vida espiritual la humildad. Con ella siempre hay que volver a la pequeñez, a la conciencia de nuestra flaqueza y de nuestra fragilidad. «Coloquémonos humildemente entre los imperfectos. Tengámonos por “almas pequeñas” a las cuales Dios ha de sostener a cada instante. Al punto que nos ve bien convencidos de nuestra nada, nos tiende la mano. Si queremos intentar alguna cosa grande, aun so pretexto de celo, nos deja solos»¹.

Un día, en la enfermería, al decirle las hermanas que era una santa, oyeron salir de los labios de la enferma esta vehemente protesta: «No, no, no soy una santa. Nunca he hecho las acciones de los santos. Soy un “alma pequeña”, a la que Dios ha colmado de gracias. Esto que digo es la verdad; en el cielo lo veréis»².

La Iglesia, que juzga todas las cosas a la luz de Dios, ha respondido a esta maravillosa humildad con un «huracán de gloria»³.

5. — «La humildad es la verdad»

La humildad ocupa un lugar privilegiado en la mística del Carmelo. «Esta virtud —escribía santa Teresa de Ávila— ha de estar siempre en primera línea, para hacernos comprender que nuestras fuerzas no proceden de nosotros. Es menester también —añadía— formarse una idea exacta de esta virtud, porque el demonio acarrea serios perjuicios a las almas de oración y les impide hacer grandes progresos, sugiriéndoles un falso concepto de la humildad, representándoles que hay orgullo en querer imitar a los santos y en desear el martirio»⁴. Luego la virtud de la humildad es perfectamente compatible con las aspiraciones más magnánimas, con el deseo de traba-

¹ Proceso Apostólico, 974, Sor Genoveva.

² *Novissima Verba*, 9 de agosto de 1897.

³ Pío XI, Discurso de 18 de mayo de 1925.

⁴ Santa Teresa, *Vida por ella misma*, cap. XIII.

jar por la gloria de Dios hasta el martirio. Algunos se imaginan que hacen un acto de humildad cuando niegan los dones del Señor. Tengamos bien entendido, porque es la pura verdad, que estos dones nos los concede Dios sin mérito alguno de nuestra parte. Pero, sin esta conciencia acerca de las generosidades de Dios para con nosotros, nada nos invitaría a amarle. Cuanto más ricos nos vemos de los dones de Dios —confesando a la vez nuestra pobreza personal— más nuestra alma avanza en santidad, por la práctica de una humildad verdadera. Cualquiera otra doctrina sólo es apta para desalentarnos. Amamos en la medida que nos vemos colmados de beneficios. Y la santa reformadora del Carmelo enumera las proezas de la bondad de Dios: los beneficios propios de la Creación, a cada momento continuada por el gobierno divino; los beneficios de la Encarnación y de la Redención, beneficios que Dios prodiga a cada una de nuestras almas en particular. «El reconocimiento de una tal liberalidad —concluye la gran santa— nos da más ánimo para servirle y para no mostrarnos ingratos con Él»¹.

Se respira a pleno pulmón en la atmósfera de esta doctrina: es el gran soplo del cristianismo, que ya atravesó el alma de san Pablo. El Apóstol reconoce sin ambages que ha trabajado más que los otros en medio de mil peligros en tierra y en el mar. Por Cristo ha rozado con la muerte, ha sido azotado, apedreado, ha naufragado, «permaneciendo un día y una noche en el abismo. Peligros en innumerables viajes, peligros en los ríos, peligros de parte de los de su nación y de los extranjeros, de bandidos y de falsos hermanos, peligros de todas clases. Sin contar todos los demás trabajos: sus ayunos, sus prolongadas vigilias, el hambre, la sed, la desnudez y, además, la solicitud por todas las Iglesias»².

¹ Santa Teresa, *Vida por ella misma*, cap. X.

² II Corintios, XI, 23-28.

¿Qué apóstol podría mostrar tal hoja de servicios? San Pablo los reivindica enérgicamente, pero añade con emocionante sinceridad: «En cuanto a mí, sólo me gloriaré en mis flaquezas, porque mi debilidad hace que resplandezca mejor la gracia de Cristo, que habita en mí»¹. Jamás la antítesis de grandeza y de miseria, que está en el fondo de todo el cristianismo, ha sido expresada con un lenguaje más patético y más verdadero.

Teresa de Lisieux toma prestadas las fórmulas del gran Apóstol para redactar las suyas: «Es mi debilidad la que hace toda mi fuerza»². En lugar de gemir continuamente sobre su miseria, como aquél descubre en ella el secreto para glorificar a Cristo. Todo en ella, virtud o fragilidad personal, ha de servir para glorificar la misericordia de Dios. Teresa no sutiliza sobre sí misma. Gusta de repetir con santa Teresa de Ávila: «La humildad es la verdad»³. «Ahora soy demasiado pequeña para tener vanidad. También soy demasiado pequeña para redondear hermosas frases, con el fin de dar a entender que tengo mucha humildad. Gusto más de convenir simplemente “en que el Todopoderoso ha hecho en mí cosas grandes, y la más grande es el haberme mostrado mi pequeñez, mi impotencia para todo bien”»⁴.

Estas frases suenan con pureza y claridad. Teresa no anda con rodeos consigo misma. «Jamás encontré un alma más veraz»⁵, declaraba un testigo, en el proceso de canonización. Echa sobre sí misma aquella mirada verídica de los santos, que saben contemplarse a la luz de Dios. Pero que nadie intente desviarla de la convicción de su propia nada. Al recordarle la doctrina de san Juan de la Cruz, el cual

¹ II Corintios, XII, 9.

² Carta a la Madre Inés, 1889.

³ Proceso Apostólico, 1.032, Sor Genoveva.

⁴ *Historia de un alma*, IX, 156.

⁵ Proceso Apostólico, 1.032, Sor Genoveva.

enseña que «las almas perfectas pueden considerar sin peligro su sobrenatural belleza», «¿Qué belleza? —replica—. Yo no veo en manera alguna mi belleza; sólo veo las gracias recibidas»¹.

Podríamos multiplicar las citas hasta el infinito; su alma siempre aparecería en ellas viviendo a la misma luz de la verdad. «Os ruego, hermano mio —escribía a un misionero—, que me creáis: Dios no os ha dado por hermana una gran alma, sino un alma “muy pequeña” y muy imperfecta. No creáis que sea la humildad la que me impide reconocer los dones de Dios. Sé «que ha hecho en mí cosas grandes», y lo canto todos los días con felicidad. Me acuerdo de que “aquel debe amarle más a quien más se le ha perdonado”; me esfuerzo, pues, en hacer de mi vida un acto de amor y no me inquieta el que sea un alma “pequeña”; al contrario, *me alegro de ello*. He aquí por qué me atrevo a esperar que mi destierro será corto. Mas no es porque esté preparada, pues siento que no lo estaré jamás, si el Señor no se digna transformarme en Él. Puede hacerlo en un instante... Después de todas las gracias de que me ha colmado, espero también la de su Misericordia infinita»². Es manifiesto que una tal humildad solamente puede venir del Espíritu de Dios.

6. — «*Me regocijo de ser imperfecta*»

La concepción teresiana de la humildad ha dado valor a un aspecto del Evangelio hasta ahora inexplorado: *saber encontrar en la propia pequeñez el principio de la propia grandeza*. Esto es nuevo en la espiritualidad. No porque Teresa haya inventado una doctrina nueva, ya que no ha habido un alma más evangélica y más tradicional que la suya, sino porque, con la audacia de su, entendió maravillosa-

¹ Proceso Apostólico, 763, Madre Inés de Jesús.

² Carta de 29 de abril de 1897.

mente que «hay faltas que no causan pesar a Dios», y que, por decirlo así, «no le ofenden»: tales son todas las pequeñas caídas «que sólo sirven para humillarnos y para hacer más fuerte nuestro amor»¹. **DESCUBRIMIENTO CAPITAL**, que trae a la memoria aquella expresión de san Agustín al comentar a san Pablo: «Todo coopera al bien de los que aman a Dios, todo, *aun nuestros pecados.*» Esta doctrina teresiana revela una psicología en extremo realista. ¿Cuál es el director que no se ha encontrado con estas almas laberínticas, que viven perpetuamente replegadas en sí mismas ante el recuerdo de su miseria, y que, por esta causa, son incapaces de lanzarse hasta Dios, para fijarse definitivamente en Él? El reconocimiento leal de su flaqueza las liberaría para siempre. La espiritualidad teresiana con su «caminito» de infancia nos recuerda muy oportunamente la utilidad de estas caídas y recaídas cotidianas: «Veis cómo los niños «pequeñitos» no cesan de romper, de rasgar, de caer, mientras aman mucho a sus padres. ¿Dejan, por esto, los padres, de colmarlos de caricias? Cuando yo caigo como un niño, esto me hace tocar con el dedo mi nada y mi debilidad. Entonces digo: “¿Qué sería de mí, qué haría si me apoyase en mis propias fuerzas?” Comprendo muy bien que san Pedro cayera. ¡Pobre san Pedro! Se apoyaba en sí mismo, en lugar de apoyarse en la fuerza de Dios. Nuestro Señor quiso mostrarle su debilidad, para que, al gobernar a toda la Iglesia llena de pecadores, sintiese por sí mismo lo que puede el hombre sin la ayuda de Dios»².

Tocamos aquí una de las enseñanzas más importantes de la espiritualidad cristiana: *es necesario saber aceptar la propia miseria y aun encontrar en ella el gozo.* «La pena que abate nace del amor propio»³. «Cuanto más reconocemos humildemente que somos

¹ Carta a la madre Inés de Jesús, 1890.

² *Novissima Verba*, 7 de agosto de 1897.

³ Proceso Apostólico, 1.403, Sor María de la Trinidad.

débiles y miserables, tanto más Dios se inclina hacia nosotros, para colmarnos con magnificencia de sus dones»¹. Con una delicadeza exquisita, santa Teresa encamina a un alma misionera hacia esta verdad fundamental, con la cual la sierva de Dios se abraza siempre como con uno de los puntos esenciales de su «camino de infancia»: «Soy enteramente de vuestro parecer: al Corazón de Jesús le entristecen más las mil imperfecciones de sus amigos que las faltas más graves que cometen sus enemigos. Pero, hermano mío, me parece que esto ocurre tan sólo cuando los suyos hacen un hábito de sus infidelidades y no le piden perdón. En cuanto a los que le aman y se echan a sus pies, pidiéndole perdón después de cada caída, Jesús salta de gozo. Él dice a sus ángeles lo que el padre del hijo pródigo dijo a sus criados: "Ponedle un anillo en el dedo y alegrémonos." ¡Ah! ¡Qué poco conocidos son la bondad y el amor misericordioso del Corazón de Jesús! Es verdad que, para gozar de estos tesoros, es menester humillarse, reconocer la propia nada, y he aquí lo que muchas almas no quieren hacer»².

«Los mismos santos dejan escapar una multitud de pequeñas faltas, que les recuerdan su culpable fragilidad y su nada. Podría escribirse un libro magnífico y muy consolador sobre las imperfecciones de los santos: en su mayor parte, faltas veniales indeliberadas, a las cuales ninguna criatura ha podido substraerse, excepción hecha de la Madre de Dios y de san José. Un gran doctor, que al mismo tiempo fué un gran santo, hace notar que los más heroicos siervos de Dios no pueden substraerse a esta ley común de la debilidad humana. Todos los santos tienen sus minutos de fragilidad»³.

Por una intuición excepcional de los dones de sa-

¹ Proceso Apostólico, 1.403, Sor María de la Trinidad.

² Carta del 13 de julio de 1897.

³ Santo Tomás, III p. 79, art. 4, ad 2.

biduría y de consejo, *santa Teresa de Lisieux* supo hacer de esta amada visión de su miseria la base de su espiritualidad. «Quisiéramos no caer nunca. ¡Qué ilusión!» Y añade esta exclamación sublime: «¡Y qué me importa a mí caer a cada instante! Así siento mi debilidad y saco de ello gran provecho»¹. Tales acentos caracterizan una espiritualidad.

En lugar de soñar en una perfección imposible, que, por reacción, produciría desquites terribles en la naturaleza, sumergiéndonos en el desaliento, Teresa prefiere confesar simplemente su fragilidad, para que Dios encuentre ocasión de glorificarse en su nada. «Siento muchas debilidades, pero nunca me admiro de ello. No siempre me sobrepongo tan pronto como quisiera a las nonadas de la tierra. Por ejemplo: estoy tentada de inquietarme por una necedad que haya dicho o hecho. Entonces entro simplemente dentro de mí misma y digo: “¡Ah! Todavía estoy en el primer punto como antes.” Pero lo digo con grande paz, sin tristeza. ¡Es tan dulce sentirse débil y pequeña!»².

El proceso de canonización de sor Teresa del Niño Jesús está lleno de estos rasgos cotidianos, que nos la muestran avanzando siempre hacia la más alta perfección, sin dejarse desalentar ni aun retrasar por las inevitables faltas nacidas de su naturaleza sensible. «En lugar de afligirse por ello —refiere la madre Inés—, estaba pronta para reparar sus debilidades. La vi pidiendo perdón con una humildad conmovedora a las hermanas, a quienes creía haber contristado. El 29 de julio de 1897 en la enfermería, se expresó a una de ellas con santa vehemencia: «¡Ah! Os pido perdón; rogad por mí», dijo con lágrimas. En seguida su rostro apareció tranquilo, y añadió: «Siento un gozo muy vivo, no sólo de saber que soy imperfecta, sino particularmente de sentirlo y de tener

¹ Carta a Celina, 12 de marzo de 1889.

² *Novissima Verba*, 5 de julio de 1897.

tanta necesidad de la misericordia de Dios en el momento de la muerte»¹.

Un día en que sor Teresa del Niño Jesús padecía un fuerte acceso de fiebre, una de las hermanas fué a pedirle su ayuda inmediata para un trabajo de pintura difícil de realizar. Una ligera emoción se traslució en su rostro, dejando entrever el combate interior. La madre Inés de Jesús, que estaba presente, lo advirtió. Por la noche, Teresa le escribió esta carta: «Muy amada Madre: En seguida vuestra hija ha derramado dulces lágrimas: lágrimas de arrepentimiento, pero más aún de gratitud y de amor. ¡Hoy os he mostrado mi virtud y mis tesoros de paciencia, yo que tan bien predico a los demás! *Estoy contenta de que hayáis visto mi imperfección*. No me habéis reprendido..., sin embargo, lo merecía. Pero en cualquier circunstancia, me habla más hondo vuestra mansedumbre que si fueran palabras severas. Sois para mí como la imagen de la misericordia divina. Al entrar en mi celda, me he preguntado lo que Jesús pensaba de mí. En seguida me he acordado de lo que dijo un día a la mujer adúltera: «¿Alguien te ha condenado?» Y también, con las lágrimas en los ojos, le he respondido: «Nadie, Señor, y sé muy bien que puedo retirarme en paz, porque tampoco Vos me condenaréis.» Os lo confieso: *soy mucho más feliz por haber sido imperfecta*, que si, sostenida por la gracia, hubiese sido un modelo de paciencia. ¡Me hace tanto bien ver que Jesús es siempre tan dulce y tan tierno conmigo! Verdaderamente hay para morir de agradecimiento y de amor. Comprenderéis que el vaso de la misericordia divina ha rebosado esta noche sobre vuestra hija»².

Se siente uno feliz al oír sobre este punto capital de espiritualidad las confidencias de una santa tan grande. La Iglesia, al canonizarla, ha canonizado su

¹ Proceso Apostólico, 758, madre Inés de Jesús.

² Carta a la madre Inés, 28 de mayo de 1897.

doctrina. La infancia espiritual va dirigida a todas las «almas débiles e imperfectas». Les enseña a no afligirse por las flaquezas cotidianas, sino a utilizarlas para elevarse siempre más alto hacia la santidad.

«Estoy apasionada por el olvido»

Un último rasgo acaba de caracterizar la concepción teresiana de la humildad: a la humillación y al desprecio Teresa prefiere el olvido, más radicalmente destructor de nuestro propio «yo». «Vivir desconocida y ser tenida en nada, fué el programa de su perfección»¹.

«Sor Teresa del Niño Jesús gustó siempre de permanecer desconocida. Como la Santísima Virgen, “lo guardaba todo en su corazón”, y nadie, ni aun en el mismo Carmelo, sospechaba los tesoros que en ella se ocultaban»². Muchas religiosas hubieran podido repetir este testimonio del proceso de canonización: «Lo que particularmente me ha impresionado en la vida de la sierva de Dios ha sido su humildad y su modestia. Ha sabido pasar inadvertida y mantener ocultas las gracias y los dones de Dios, que muchos, como yo, no han conocido sino hasta después de su muerte»³. «No buscaba ni las miradas, ni la estimación, ni las alabanzas: sólo Dios»⁴. Había tomado como consigna: «*Ama nesciri et pro nihilo reputari*», de su libro preferido. «Las criaturas no verán mis esfuerzos. Procurando hacerme olvidar, no quisiera otra mirada que la de Jesús. ¿Qué importa parecer pobre y despojada de espíritu y de talento? Quiero poner en práctica el consejo de la *Imitación*: “¿Queréis aprender alguna cosa que os aproveche? Gustad de ser ignorado y de ser tenido en nada”»⁵.

¹ Proceso Apostólico, 479, Madre de Jesús.

² Proceso Dioeciano, 842, Sor María del Sagrado Corazón.

³ Proceso Apostólico, 1.264, Sor Amada de Jesús.

⁴ Proceso Apostólico, 1.232, Sor María de los Angeles.

⁵ Proceso Diocesano, 1.910, Sor Francisca Teresa.

«Fué en el Carmelo, en el momento de nuestras grandes pruebas relativas a la enfermedad cerebral de nuestro padre, cuando se abrazó más con el misterio de la Pasión y obtuvo el juntar a su nombre el de la Santa Faz»¹. Dios se sirvió de esta gran prueba de familia para descubrirle las riquezas redentoras de su Rostro velado. «¡Nuestro querido padre! ¡Ah! Mi corazón está desgarrado, mas ¿cómo quejarnos, puesto que el mismo Señor fué considerado como un hombre herido por Dios y humillado?»².

En su vida espiritual produjo esto una transformación profunda: Quiso también rivalizar con Cristo y perderse con Él en una total obscuridad. — Estas palabras de Isaías: «Está sin brillo, sin belleza; su rostro está oculto y nadie le ha reconocido», han sido el fondo de mi devoción a la Santa Faz, o, mejor dicho, el fondo de toda mi piedad. También yo deseaba estar sin brillo, sola en pisar el vino en el lagar, desconocida de toda criatura»³. «Hasta entonces no había sondeado las profundidades de los tesoros encerrados en la Santa Faz. Fué mi madrecita quien me enseñó a conocerlos. Ella me los descubrió, y comprendí... Comprendí mejor que nunca en qué consiste la verdadera gloria. Aquel «cuyo reino no es de este mundo» me mostró que la única realeza apetecible consiste en querer «ser ignorada y tenida por nada», y en poner el gozo en el desprecio de sí mismo. ¡Ah! Quería que mi rostro, como el de Jesús, estuviese oculto a todos los ojos y que, sobre la tierra, nadie me conociese. Tenía sed de padecer y de ser olvidada»⁴.

El día de su profesión, Teresa llevaba sobre su corazón un billete con estas palabras: «Que nadie

¹ Proceso Apostólico, 580, Madre Inés de Jesús.

² Carta a Celina, 18 de julio de 1890.

³ Proceso Apostólico, 580, Madre Inés de Jesús.

⁴ *Historia de un alma*, VII, 121.

se acuerde de mí, que sea hollada bajo los pies, olvidada como un granito de arena.» «Ser el granito de arena, oscuro, hollado bajo los pies de los que pasan»¹, será su gran deseo. «Este apelativo se le hizo familiar y lo ponía delante de su firma»². Durante el retiro de 1892 explicaba a la madre Inés su nuevo ideal de vida. «He aquí el sueño de un grano de arena: ¡Sólo Jesús...! nada sino Él...! ¡Qué dicha estar tan ocultas, que nadie piense en nosotras, ser desconocidas, aun para las personas que viven con nosotras! ¡Cómo deseo ser ignorada de todas las criaturas! Nunca he deseado la gloria humana: el desprecio había tenido atractivo para mi corazón, pero, habiendo reconocido que era demasiado glorioso para mí, ME APASIONÉ POR EL OLVIDO»³.

Ésta será su manera de introducirse en la escuela del Maestro «manso y humilde de corazón». En su lenguaje místico, Teresa de Lisieux no hablará ni de «anonadamiento», ni aun de «desprecio», como san Juan de la Cruz. Estas grandes expresiones no son para las «almas pequeñas». La fórmula de su santidad es ésta: el olvido. La multitud de los humildes podrá seguirla por este camino de ocultación total, multitud anónima de gentes sencillas, que agotan todas sus fuerzas en una existencia trabajosa, ignorada del mundo, sin que sospeche siquiera su propia grandeza. Es hacia los pequeños adonde se dirigirán siempre las preferencias de Teresa: «¡Es menester ser tan pequeño para acercarse a Jesús! ¡Ah! ¡Cuán pocas son las almas que aspiran a ser pequeñas y desconocidas!»⁴

¹ *Historia de un alma*, IX, 153.

² Proceso Apostólico. 1.036, Sor Genoveva.

³ Carta a la Madre Inés, 1892 (Retiro).

⁴ Carta a Celina, 25 de abril de 1893.

«Si no os hicieréis como niños...»

De esta manera, como los grandes espirituales, Teresa de Lisieux, según su genio propio y bajo las apariencias de una simplicidad de niño, supo poner en la base de su «caminito» la humildad, como principio radical, eliminador del mayor obstáculo de la santidad: nuestro «yo», tan tenaz en su orgullo. Cuanto más santos queramos ser, tanto más humildes debemos hacernos.

San Agustín dirigía a sus fieles la misma advertencia: «El fin que nos proponemos es muy elevado: es Dios, a quien buscamos; Dios, a quien queremos alcanzar; Él, en quien está nuestra felicidad eterna. No podemos llegar a este fin sublime sino por medio de la humildad. ¿Deseas elevarte? Comienza por rebajarte. ¿Sueñas en construir un edificio que se lance hacia los cielos? Procura ante todo establecer su fundamento en la humildad»¹.

El mismo punto de partida encontramos, sin excepción, en todos los maestros de la vida espiritual. La ascética benedictina se reduce a la práctica de la obediencia y de la humildad. El famoso capítulo de la *Regla* de san Benito sobre los grados de humildad encierra como una visión de conjunto de toda la vida monástica; es el código de la perfección cristiana. Por una sumisión cada vez más completa a Dios y a los superiores, el monje se eleva rápidamente hasta las más altas cumbres de la unión divina: estos doce grados de humildad son como una escalera hacia la santidad. Santo Tomás, que, en su infancia, fué oblat benedictino, los jerarquizaba así:

1. Tomar una actitud velada, con los ojos modestamente bajos.
2. Tener una manera de hablar discreta, con palabras medidas, sin gritar.

¹ San Agustín, Sermón 10, «de Verbis Domini».

3. Evitar las risas estrepitosas y la disipación alborotada.

4. Ninguna precipitación por tomar parte en las conversaciones y callarse hasta que se haya de responder a una pregunta.

5. Pasar por el monasterio como todo el mundo, sin singularizarse.

6. Creerse, con toda sinceridad, más miserable que los demás.

7. A la vista de las deficiencias personales, reconocer la propia insuficiencia para desempeñar los cargos más elevados, y considerarse siervo indigno e inútil en todas las cosas.

8. Reconocerse pecador.

9. Aceptar con paciencia, dentro de una humilde obediencia, las duras crucifixiones de la vida.

10. Tomar por regla el juicio de los superiores.

11. No complacerse en la voluntad propia.

12. Vivir en el temor de Dios y en la sumisión a todos sus preceptos.

En una palabra: hay que vigilar primero el exterior: palabras y ademanes. Pero la actitud modesta ha de proceder de un alma humilde y ha de reflejar la virtud interior, que es lo principal. El supremo grado de la humildad no está en la visión de la propia miseria, ni aun en la convicción absoluta de que el prójimo es superior a nosotros: la humildad se mide según Dios. En su grado sumo de perfección es la conciencia de la propia nada delante de Dios, el más bello homenaje del hombre en presencia de la infinita grandeza de Dios.

Una página, no menos célebre, de los *Ejercicios Espirituales* de san Ignacio de Loyola describe los tres grados de humildad, las tres grandes etapas del alma resuelta a seguir a Cristo hasta la imitación perfecta.

1. Sumisión universal a la ley divina, sin jamás cometer una transgresión grave, aunque nos ofreciesen el dominio sobre todo el universo.

2. Indiferencia universal a las riquezas o a la

pobreza, a los honores o al desprecio, a una larga vida o a una existencia breve. Jamás consentir en un pecado venial, aunque se tratase de ganar el mundo entero o de salvar la propia vida.

Por este segundo grado de humildad el alma se eleva a una altísima perfección. Pero san Ignacio propone a sus hijos una santidad incomparablemente más sublime, el ideal supremo:

3. La semejanza con Cristo humillado y crucificado. Escoger su pobreza, sus oprobios, la locura de la cruz, a mayor gloria de Dios.

En la espiritualidad teresiana, la humildad hace el mismo papel universal que en el pensamiento religioso de san Agustín, de san Benito o de san Ignacio de Loyola. Sobre esta virtud fundamental reposa todo su camino de infancia. «El solo medio de hacer rápidos progresos en el camino del amor es el de quedarse siempre pequeño. Así lo he hecho yo. Puedo ahora cantar con nuestro Padre san Juan de la Cruz:

*«Y abatíme tanto, tanto,
que fui tan alto, tan alto,
que le di a la caza alcance».*

— «Basta, pues, humillarse y soportar mansamente las propias imperfecciones: he aquí, para nosotros, la verdadera santidad»¹. El amor propio de las «grandes almas» podrá entristecerse por ellas, pero su pequeñez de niño se regocija. ¿Qué importa la propia flaqueza y la propia nada, si Dios encuentra mejor en ellas su gloria? Cuanto mayor es nuestra miseria, tanto más permite a Dios manifestar su misericordia. Nada, por lo tanto, puede refrenar el vuelo del alma que se deja conducir por la humildad hacia la santidad más encumbrada. Que nadie desespere de llegar hasta las cimas más elevadas del puro amor, puesto que Dios no exige grandes obras,

¹ *Historia de un alma. Consejos y Recuerdos*, 272.

² Carta a la Madre Inés, 28 de mayo de 1897.

sino simplemente la conciencia de nuestra pequeñez y de nuestra nada, el agradecimiento y el amor. «¡Ah! Desde ahora — lo reconozco — todas mis esperanzas quedarán colmadas. Sí, el Señor hará para mí maravillas, que sobrepujarán infinitamente mis inmensos deseos»².

Para renovar el mundo moderno, endurecido por el orgullo, y que intenta prescindir de Dios, la Providencia, según su método habitual, fué a escoger el instrumento más débil, pero el más dócil: una pobre carmelita, que podía darse a sí misma este testimonio, unos momentos antes de su muerte: «Así lo siento: mi alma jamás ha buscado otra cosa que la verdad. Sí, he entendido la humildad de corazón»¹.

Dios, que «ensalza a los humildes y resiste a los soberbios», nos ha recordado, por medio de la santa de Lisieux, la condición principal de toda santidad indicada en el Evangelio: «Si no os hiciereis como niños pequeños no entraréis en el reino de los cielos»².

¹ *Novissima Verba*, 30 de septiembre de 1897. Día de su preciosa muerte.

² San Mateo, XVIII, 3.

CAPÍTULO III

PRIMACÍA DEL AMOR

«Mi vocación: es el Amor.»

SUMARIO

1. *Dos corrientes de espiritualidad en la Iglesia.* — 2. *Primacía del Amor.* — 3. *La concepción teresiana del Amor: su carácter filial.* — 4. *Sus actos esenciales: «Complacer a Jesús.» — El «puro amor.» — «Hacerlo todo por amor.»* — 5. *«Hacer amar al Amor.»* — 6. *«Mi vocación: es el Amor.»*

Dos corrientes de espiritualidad dibujan en la vida de la Iglesia como dos escuelas de perfección: una, de tendencia ascética, busca la perfección del amor en la práctica minuciosa de todas las virtudes; otra, de tendencia mística, intenta más bien transformar las menores acciones en un continuo ejercicio de amor.

1. — *Dos corrientes de espiritualidad en la Iglesia*

Frecuentemente y con excesiva insistencia y exclusivismo han sido presentados como opuestos estos dos métodos de espiritualidad, menos antagonistas que complementarios. Perteneció a los directores espirituales tener en cuenta, en el empleo de estos dos métodos, la infinita variedad de los temperamentos

humanos, las disposiciones de cada uno, las reacciones incesantes y sutiles de la naturaleza frente a la gracia, las diversas etapas de la vida espiritual: incipientes, proficientes y perfectos. No es cosa rara encontrar estos dos métodos aplicados, según las circunstancias, por un mismo santo.

La tendencia ascética muestra el papel necesario de las virtudes en el desenvolvimiento de la caridad: quien desea el «fin» toma los «medios». Esta concepción se justifica por la doctrina clásica de la *conexión* de las virtudes: las virtudes teologales tienen necesidad de las virtudes cardinales, y recíprocamente. La experiencia cotidiana nos la muestra bien fundada: cuanto más luminosa es nuestra fe, tanto más crece nuestro amor. La esperanza sostiene el amor. Una prudencia vigilante y sobrenatural, atenta a las exigencias del amor, realiza la mejor organización de la vida. La virtud de la religión, que nos postra en adoración delante de la infinita grandeza de Dios, nos dispone para colocarlo por encima de todas las preferencias de nuestro corazón. La fortaleza de ánimo conduce la fidelidad del amor hasta el martirio. Finalmente: cuanto más puro es un ser más cerca vive de Dios.

Este método tiene la ventaja de situar a las almas sobre el fundamento auténtico de toda santidad: una total abnegación de sí mismo. Una multitud de principiantes en los caminos espirituales, por falta de un guía experimentado, olvidan demasiado fácilmente esta necesidad de la virtud antes de aspirar a los éxtasis y al estado místico. Sin la práctica de la virtud, las almas viven en la ilusión, haciendo consistir la perfección en bellas fórmulas de amor, mientras descuidan de una manera imperdonable los más elementales deberes de su estado. Sin embargo, sólo la ascética conduce a la mística, y la formación del carácter debe preceder a toda preocupación por las gracias de oración. «No son los que dicen: ¡Señor! ¡Señor! los que entrarán en el reino de los

cielos, sino los que hacen la voluntad de mi Padre»¹. ¡Cuánta razón tienen los directores de conciencia al insistir — sobre todo ante los principiantes — en el ejercicio de tal o cual virtud y al ayudarles a luchar contra su defecto dominante, principal obstáculo de su unión con Dios! Cristo — y la Iglesia después — no cesan de recomendar esta práctica fiel de todas las virtudes: la humildad, la dulzura, la mutua tolerancia, una paciencia sonriente y continua bajo las formas indefinidamente monótonas y menudas de la vida cotidiana. Toda la mística cristiana estriba en la doctrina de la Cruz.

La tendencia mística de anhelo decisivo se fija en el amor, foco de toda una vida. Más y más transformadas en Dios por el amor, las almas sólo están atentas a vivir de Él. Aquí el amor es el todo. La divina caridad es considerada como el «medio supremo» — el más eficaz — para realizar en sí y en el mundo el reinado del amor. Este método se apoya en la doctrina, fundamental en la teología mística, de la caridad: «forma» de las virtudes, es decir, su inspiradora y su reina, su animadora constante aun en las más pequeñas acciones.

Según estas perspectivas, el amor se convierte en el centro de un alma. Nada, en su vida interior o en su actividad exterior, escapa a este impulso motriz y universal del amor. La vida espiritual no es una búsqueda de la propia perfección, sino el deseo de una total transformación en Dios, «en alabanza de su gloria»². El alma, magníficamente fiel y excediéndose a sí misma, atiende menos a la práctica minuciosa de cada virtud que a dejarse «consumar en la unidad» con Dios, por el amor.

Las grandes espiritualidades cristianas, en su cumbre, están todas atravesadas por el soplo de este espíritu de amor. Se encuentran sus huellas en un

¹ San Mateo, VII, 21.

² Efesios, I, 14.

san Ignacio y un san Francisco de Sales, como en un san Bernardo y en un san Agustín. La *Imitación de Cristo*, en un célebre capítulo, se complace en describir «estos maravillosos efectos del amor divino». «Gran cosa es el amor, gran bien para toda cosa. Él solo hace ligero todo lo pesado y lleva con igualdad todo lo desigual. No hay cosa más dulce que el amor, ni más fuerte, ni más ancha, ni más cumplida, ni mejor en el cielo y en la tierra, porque el amor nació de Dios, y no puede holgar sobre todo lo criado, sino en este mismo Dios. El que ama corre, vuela, alégrase, es libre. Nada le detiene. Nada cuesta al amor, nada le parece imposible; por esto realiza maravillas. Ninguna fatiga le cansa, ningún lugar le retiene, ninguna inquietud le turba; como una llama viva sube continuamente hacia el cielo»¹.

Liberada de sí misma y de esta preocupación por el «yo», tan obsesionante en una espiritualidad demasiado refleja, el alma se olvida amando.

Cada uno de estos dos métodos tiene sus ventajas y sus inconvenientes. En la práctica es menester tener en cuenta una multitud de circunstancias individuales, y saber variar, con gran espíritu de delicadeza, la dirección y los consejos. Con frecuencia es más seguro comenzar por el primer método con las almas inclinadas a un misticismo perezoso, e importa mucho formarlas bien en la práctica de la virtud antes de lanzarlas por los caminos místicos. Con todo, no se puede poner en duda la incomparable superioridad — en sí mismo — del segundo método, cumplidor, hasta el grado máximo, de las leyes más profundas de la psicología del amor. El verdadero amor se olvida de sí mismo. Es la fuente del éxtasis, es decir, de la «salidad de sí», del celo, de la continua presencia de Dios, de la infatigable abnegación, del perpetuo espíritu de sacrificio: «amar es darse». «Si

¹ *Imitación de Cristo*, lib. III, cap. VI.

me amáis, cumpliréis mis mandamientos»¹. El mismo san Juan de la Cruz lo hace notar: «Cuanto más se eleva el amor, más práctico se hace.» Cuando uno ama, nada niega. El amor es la mayor palanca de una vida.

Estas consideraciones eran necesarias para situar bien la espiritualidad teresiana; porque, en la Iglesia, nos vemos en presencia de dos métodos diferentes para ir a Dios. Una anécdota acaecida a san Francisco de Sales permite caracterizarlos. Una religiosa le dijo un día: «Quiero alcanzar el amor por la humildad»; «y yo — repuso el santo — quiero alcanzar la humildad por el amor».

Es manifiesto que Teresa de Lisieux, en su manera de pensar, se inclina hacia esta última corriente: «Al contrario de otros místicos, que se ejercitan en la perfección para alcanzar el amor, sor Teresa del Niño Jesús tomó como camino de la perfección el amor mismo»². El amor le parecía el camino más rápido para la santidad: «Me pides un medio para llegar a la perfección, no conozco más que uno: el amor»³.

Esta es la base de la espiritualidad teresiana: pequeñez y conciencia de nuestra nada; y además, que el alma se entregue sin reservas al Amor.

2. — *Primacía del amor*

Los santos de todos los tiempos han sentido por instinto que la doctrina del amor constituye la esencia misma de la religión de Cristo. Promulgado ya en el Sinaí, a la cabeza de la ley de Dios, este precepto del amor quedó sepultado bajo las innumerables prescripciones de la ley mosaica, hasta que, un día, el mismo Hijo de Dios le devolvió todo su es-

¹ San Juan, XIV, 15.

² Proceso Diocesano, 1.731, Sor Genoveva.

³ Carta a su prima Guérin, 1894.

plendor. Todos sabemos con qué solemnidad. «Escucha, Israel: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. He aquí el primero y el mayor de todos los mandamientos. En él se resumen la ley y los profetas»¹. Estas palabras de Cristo han producido la revolución más profunda en la historia religiosa de la humanidad. Toda la espiritualidad cristiana se inspirará en este precepto supremo de Jesús, y la vida de la Iglesia no será otra cosa que esta ley de la caridad puesta en acción.

Al leer las Sagradas Escrituras, también Teresa de Lisieux supo descubrir, a través de las palabras divinas, el gran mensaje del amor de Dios a su pueblo. «No tengo necesidad de los machos cabríos de vuestros rebaños: todas las bestias de la selva me pertenecen, lo mismo que los millares de animales que se apacientan en las colinas. Conozco todas las aves de las montañas. Si tuviese hambre, no lo diría a vosotros, porque mía es la tierra y todo lo que contiene. ¿Acaso he de comer la carne de los toros y beber la sangre de los machos cabríos? *Inmolad a Dios sacrificios de alabanza y de acción de gracias.*» — «He aquí lo que Dios exige de nosotros», comenta Teresa. «No tiene necesidad de nuestras obras, sino tan sólo de nuestro amor. Este mismo Dios, que reconoce que no tiene necesidad de decirnos que tiene hambre, no teme *mendigar* un poco de agua a la Samaritana. Tenía sed. Pero, al decir: «Dame de beber», era el amor de su pobre criatura lo que el Creador del universo reclamaba. Tenía sed de amor»².

Teresa entendió maravillosamente el mandato supremo de su Maestro, y cantó su ideal en su hermoso cántico: «Vivir de amor». Como en el Evangelio, en la espiritualidad teresiana el amor lo es todo. Los

¹ San Mateo, XXII, 37-40. — San Marcos, XII, 28. — San Lucas, X, 25.

² *Historia de un alma*, XI, 210.

innumerables testimonios del proceso no parecen otra cosa que una larga serie de miles de páginas sobre esta vida de amor. Al leerlas, se siente que estamos en el punto central de la espiritualidad teresiana. «El amor de Dios animaba verdaderamente todas sus acciones. No pensaba sino en Él; no respiraba sino para Él»¹. «Este amor de Dios fué, en verdad, la nota dominante» de su doctrina y de su vida, la «característica» de su santidad. Sor Teresa del Niño Jesús hubiera querido «amar a Dios como nunca ha sido amado». «Adoptó el amor como centro de su vida espiritual»², y encontró «en el amor la clave de su vocación»³. El teólogo encargado de preparar el juicio de la Iglesia sobre la heroicidad de las virtudes de la sierva de Dios hace notar muy justamente: «Entre las diversas virtudes de los siervos de Dios, no es raro descubrir una, en particular, que aparece como la nota distintiva de su fisonomía espiritual: tal es el amor en nuestra Teresa»⁴. Teresa de Lisieux fué, por excelencia, la santa del puro amor.

Durante su infancia, enseñaron a «Teresita» a vencerse, pero siempre «por un principio de amor»⁵. La historia de su alma se identifica con su vida de amor. ¿No fué a propósito que santo Tomás de Aquino reservó tan sólo para la virtud teologal de la caridad el estudio minucioso de su génesis, de sus progresos, de sus vicisitudes sobre la tierra, de su suprema floración en el cielo? Al obrar de esta suerte, el santo Doctor nos invita a descubrir en esta vida de amor el secreto verdadero de la vida pro-

¹ Proceso Diocesano, 1.730, Sor Genoveva.

² Proceso Apostólico, 936, Sor Genoveva.

³ *Historia de un alma*, XI, 216.

⁴ «Ut enim inter virtutes servorum Dei qui illarum exercitatione caeteris hominibus longe praestiterunt, haud raro una inter alias invenitur quae nota alicujus peculiaris designari potest, ita Theresiam nostram a caritate nuncupandam esse jure merito censebit.» (Núm. 56.)

⁵ Proceso Apostólico, 541, R. P. Pichon, S. J.

funda de los santos y el criterio decisivo de las fases principales de su ascensión hacia Dios.

En Teresa del Niño Jesús el amor todo lo explica: su rápida ascensión en la vida mística desde la edad de tres años, cuando ya «no negaba nada a Dios», la «fusión» de su alma con la de Cristo en el momento de su primera comunión eucarística; los «transportes de amor» que sintió hacia los catorce años¹. Una vez carmelita, se la vió elevarse rápidamente hacia la más alta perfección «aceptando con heroísmo todos los sacrificios de la vida religiosa, para demostrar a Dios su amor. Ningún sacrificio la asombró, habiéndolo previsto y aceptado todo de antemano con el único fin de amar y de hacer que fuese amado Dios»². — «Sólo hemos de hacer una cosa en este mundo: amar a Jesús con todas las fuerzas de nuestro corazón y salvarle almas para que sea amado. No le neguemos nada: ¡tiene tanta necesidad de amor!»³ Sobre el tabique de su celda, sor Teresa había escrito: «Jesús es mi único amor»⁴.

Visitas en el locutorio, recreaciones, oficios diversos que desempeñó en el Carmelo, horas de silencio y de oración, sor Teresa del Niño Jesús sabía transformar todas sus ocupaciones, aun las sencillas, en un continuo ejercicio de amor. «¿Qué importan las obras? El amor puede suplir una larga vida. Jesús no mira el tiempo, porque es eterno. Sólo mira el amor. ¡Jesús! ¡Quisiera amarle tanto! Amarle como jamás ha sido amado. A cualquier precio quiero alcanzar la palma de Inés: si no es por el martirio de sangre, ha de ser por el del amor»⁵. «Con el amor, decía Teresa, no sólo avanzo, sino que vuelo»⁶. Y, en

¹ *Novissima Verba*, 7 de julio de 1897.

² *Proceso Apostólico*, 633, Madre Inés de Jesús.

³ *Carta a Celina*, 14 de julio de 1889.

⁴ *Proceso Diocesano*, 1.730, Sor Genoveva.

⁵ *Carta a la Madre Inés de Jesús*, septiembre de 1890.

⁶ *Historia de un alma*, VIII, 137.

sus armas de carmelita, había escrito, como divisa, esta máxima de san Juan de la Cruz: «El amor no se paga sino con amor.»

Fué en el Carmelo donde sor Teresa del Niño Jesús encontró el guía providencial, que Dios le había preparado para iniciarla en esta sublime doctrina del amor. Le dieron las obras de san Juan de la Cruz. Recorrió con avidez *La subida del Carmelo* y *La noche oscura*, pero se detuvo larga y deliciosamente en el *Cántico espiritual* y en *La llama de amor viva*, llenando su memoria y su corazón con la descripción de estas maravillosas operaciones del amor divino en las almas. Durante dos años, sor Teresa no tuvo otro libro en su cabecera. «Con qué deseo y con qué consuelo repetía para mis adentros, desde el comienzo de mi vida religiosa, estas palabras de san Juan de la Cruz: «Es de la mayor importancia que el alma se ejercite mucho en el amor, para que, consumiéndose rápidamente, no se detenga acá abajo, sino que llegue pronto a ver a su Dios cara a cara»¹. La tan rápida ascensión de Teresa de Lisieux hacia la santidad fué como la realización viva de estos principios místicos de san Juan de la Cruz.

Ninguna demostración extraordinaria en sus sentimientos de fervor, ninguna ostentación, ninguna vehemencia externa. Se notaba, sin embargo, que nunca dejaba la presencia de Dios y que el amor era el móvil de todas sus acciones. El recogimiento habitual, que envolvía a toda su persona, había impresionado al jardinero, al ver pasar a sor Teresa por los claustros, con paso siempre igual y con el velo bajo. «Este recogimiento se reflejaba en su fisonomía e impresionaba vivamente a las hermanas, aun en la hora de la recreación»², de la cual era siempre la alegría. «La vimos en la sacristía, en la ropería, en el

¹ *Novissima Verba*, 27 de julio de 1897.

² Proceso Apostólico, 1.074, Sor Teresa de San Agustín.

torno, en el refectorio, desempeñando siempre su cometido con gran espíritu de fe y con una atención constante a la presencia de Dios»¹, «no dejándose jamás distraer en medio de las ocupaciones más absorbentes, ni dejando jamás escapar la menor muestra de disipación»².

Teresa no pensaba en otra cosa que en «vivir de amor». Durante su noviciado permaneció así por espacio de una semana, interiormente absorbida por el amor. «Había como un velo echado para mí sobre todas las cosas de la tierra. Me sentía enteramente oculta bajo el manto de la Santísima Virgen. En aquel tiempo estaba encargada del refectorio. Recuerdo que hacía las cosas como si no las hiciese, como si obrase con un cuerpo prestado... Estado sobrenatural, muy difícil de explicar. Sólo Dios puede introducirnos en él. Basta para desasir a un alma de la tierra para siempre»³.

Más tarde los misteriosos toques del Amor se renovaron de una manera todavía más profunda. Ciertas tardes de verano, durante las horas de riguroso silencio, Teresa sentía su alma invadida por el Amor. Al referir estas visitas de Dios, hablará de «vuelos del espíritu»⁴.

Dios la encaminaba progresivamente hacia la gracia privilegiada — única — que debía imprimir en su vida una orientación definitiva y hacer de ella la creadora de un nuevo camino de espiritualidad en la Iglesia: su ofrenda al Amor misericordioso. Todo, en su vida y en su doctrina, converge hacia este punto cumbre. Hemos de ver en este acto, no un episodio aislado, sin preparación y sin mañana, sino el término de una lenta evolución de su alma, el remate supremo de la infancia espiritual y de su camino

¹ Proceso Diocesano, 465, Sor María del Sagrado Corazón.

² Proceso Apostólico, 1.271, Sor Marta de Jesús.

³ *Novissima Verba*, 11 de julio de 1897.

⁴ *Novissima Verba*, 11 de julio de 1897.

todo de amor, el punto «culminante» de su vida.

Aquel día Dios hizo entender a Teresa su sed infinita de ser amado. «*Sitit sitiri Deus!*», había escrito ya san Gregorio Nazianceno.

El 9 de junio de 1895 señala la fecha memorable de esta total donación «al Amor misericordioso de Dios». En la fiesta de la Santísima Trinidad, con el alma recogida en la contemplación de este misterio, bajo una moción irresistible de la gracia, irradiada de luz divina, Teresa consagró su vida a este Amor infinito y abandonado, que no desea otra cosa que inclinarse sobre nuestra miseria para salvarla y abrazarnos en su puro amor.

Toda el alma y toda la espiritualidad teresiana están contenidas en esta ofrenda al amor. En la cumbre de todo, iluminando la visión teresiana del mundo, están «el Amor misericordioso de Dios» sobre cada una de nuestras almas, y la ternura infinita de su Corazón de Padre; y, en retorno a esta bondad infinitamente misericordiosa, la actitud fundamental del alma teresiana: dejarse amar por Dios, permitiéndole que haga «rebosar sobre ella los raudales de ternura infinita» encerrados en su Corazón y encontrar en esta acción purificadora el secreto de la santidad en un incesante martirio de amor.

«Después de esta ofrenda — dice Teresa — océanos de gracia inundaron mi alma.

«Desde aquel día el Amor me penetra y me rodea. A cada instante este Amor Misericordioso me renueva, me purifica y no deja en mi corazón rastro alguno de pecado»¹. Algunos días después correspondió Dios a esta donación total con «la gran herida de amor». Esta gracia extraordinaria del «dardo de fuego» indica muy bien hasta dónde conduce la espiritualidad teresiana: en las almas heroicamente fieles, todo queda rápidamente purificado y consumido por el Amor.

¹ *Historia de un alma*, VIII, 148.

En el decurso de estos dos últimos años que le quedan de su paso por la tierra brilla más y más en el alma de Teresa el triunfo del amor. Ya nada la retiene en este mundo. Teresa sólo tiene un deseo: «morir de amor»; después, «volver de nuevo a la tierra, para hacer que sea amado el Amor».

3. — *La concepción teresiana del amor: su carácter filial.*

¿Cuál fué la concepción teresiana del amor? Porque cada santo posee una manera muy peculiar de entrar en la intimidad de Dios. Para expresar con palabras humanas este misterio de la unión divina, las Sagradas Escrituras acumulan metáforas y analogías, mientras nuestro pobre lenguaje creado permanece siempre balbuciente en presencia de tan sublimes realidades. La Biblia compara, con preferencia, el alma unida a su Dios a una prometida o a una esposa. Los profetas, los salmos, el Cantar de los Cantares, vuelven con frecuencia sobre el tema del epitalamio de la unión de Israel, es decir, del almafiel con su Dios. La liturgia de la Iglesia y su tradición mística han reproducido este mismo tema bajo mil variadas formas. En pos de un san Pablo o de un san Bernardo, después de una santa Catalina de Sena o de una Teresa de Ávila, innumerables santos lo han explotado y han vivido de él. Sus escritos nos hablan profusamente de los «esponsales místicos» y del «matrimonio espiritual». Sor Teresa del Niño Jesús empleará poco esta literatura, por otra parte tan expresiva de la audacia y de la libertad del amor entre el alma y Dios.

Su actitud preferida, así en amor como en todo lo demás, seguirá siendo la del niño; es la actitud más profunda y la más verdadera, la que señala, a la vez, la trascendencia divina y los privilegios de nuestra gracia de adopción, conciliando con una

atrevida confianza los derechos de la justicia y los del amor.

Este carácter filial de la concepción teresiana del amor no es más que un corolario de su doctrina central de la infancia espiritual. Teresa querrá permanecer siempre delante de Dios con los sentimientos de un «pequeñuelo». No encontraremos en los pensamientos teresianos las descripciones de la acción divina en las almas de una Teresa de Ávila o de un Juan de la Cruz. Estamos lejos con ella de las vastas intuiciones de la mirada de san Agustín o de la síntesis gigante de un santo Tomás de Aquino, que reduce a algunos grandes principios toda la teología del amor; pero, según su peculiar gracia, con una simplicidad sin igual, la única gloria de Teresa será el haber recordado al mundo que toda la vida espiritual consiste en amar a Dios con un corazón de niño. «¡Es tan dulce llamar a Dios nuestro Padre!»¹. Ésta será su manera de enseñar los caminos de Dios. «Soy la criatura más pequeña; conozco mi miseria. Mi excusa es mi *título de niño*: los niños no reflexionan sobre el alcance de sus palabras... Lo que pido es el amor. Sólo sé una cosa: amaros, ¡oh, Jesús! Las obras brillantes me están vedadas. No puedo predicar el Evangelio ni derramar mi sangre. ¿Qué importa? Mis hermanos trabajarán en mi lugar, y yo, niña pequeña, permanezco junto al trono real: amo por los que combaten»².

4. — *Sus actos esenciales*

Uno de los criterios más seguros para analizar los más profundos móviles del alma de los santos es la distinción clásica entre los actos principales y los actos secundarios, que rige toda la economía de las virtudes. Cada virtud alcanza su ideal por el acto

¹ Proceso Apostólico, 928, Sor Genoveva.

² *Historia de un alma*, XI, 218.

suyo más encumbrado. En la fe es la adhesión sabrosísima al misterio de la Trinidad, en una contemplación enteramente iluminada por los dones del Espíritu Santo, particularmente por el don de sabiduría. Como consecuencia de esta luz suprema, todo se aclara en la mirada del creyente, cuando la dirige hacia los otros misterios sobrenaturales.

La fortaleza pone su acto supremo en presencia de los peligros de muerte. La misma ley psicológica se aplica a todas las virtudes. Es en la más encumbrada de las virtudes teologales, en la caridad, donde esta distinción se realiza en su grado máximo. Esta «reina de las virtudes» ordena toda una serie de actos del alma para con Dios y para con el prójimo, bajo la influencia directriz del acto más perfecto de la caridad: amar a Dios por Él mismo, por su mayor gloria. Amar a Dios para uno mismo es cosa legítima y nos asegura un hermoso acto de caridad, pero secundario. Amar a Dios por Él y subordinar la propia bienaventuranza a su gloria: he aquí la suma perfección.

«En cuanto a mí, adherirme a Dios, unirme a Él por el amor: he aquí mi verdadera felicidad», decía el Salmista¹. Es un verdadero amor divino el que nos impele, «a gozar de la Trinidad», a desear su presencia beatífica, a reposar deliciosamente en la contemplación de su belleza. El gozo espiritual y la paz del alma, preludios de la visión beatífica, constituyen modos diversos de estos actos secundarios de la divina caridad, así como la tristeza de los santos en vista del pecado, se cuenta entre los actos derivados de nuestro amor a Dios.

Pero hay un acto más noble, más perfecto, que, sin excluir el deseo de la bienaventuranza, se fija solamente en Dios, para no ver otra cosa que a Él, sus intereses y su gloria: es el «puro amor», acto supremo de nuestra vida espiritual, el más libre, el

¹ Salmo LXXII, 28.

más meritorio, el más divino. Cuanto más se eleva un alma en la unión con Dios, tanto más establece su morada en el puro amor. La santidad consiste en olvidarse más y más de sí mismo para ceder todo el lugar a Dios.

Acto principal y actos secundarios coexisten, por otra parte, en una misma alma y se prestan mutuo apoyo. En su corazón de Cristo, jamás Jesús separaba su amor al Padre de su amor a los hombres y de la solicitud por su redención. Además, el movimiento principal de una virtud reviste modalidades diversas según el temperamento, la educación, las circunstancias históricas y las gracias personales de cada santo. Cuando Jesús dice que «su alimento consiste en cumplir la voluntad de su Padre», trabaja también para su gloria y hace uno de los actos más elevados de caridad para con Él. Asimismo, cuando, con ademán resuelto, da la señal de partida para su Pasión: «Para que sepáis que amo a mi Padre, salgamos de aquí»¹.

«Complacer a Jesús»

En santa Teresa de Lisieux el acto principal de su vida de amor tomará el tono general de su espiritualidad. La forma preferida de su amor de niño será «complacer a Jesús». Teresa deja para los grandes santos las divisas, que recogen en un estilo muy expresivo todo un ideal de santidad: «Todo a mayor gloria de Dios» (san Ignacio). — «Ardo en celo por el Señor Dios de los ejércitos» (santa Teresa de Ávila). — «Habitan solos en la montaña: el honor y la gloria de Dios» (san Juan de la Cruz). El niño «pequeñito» no piensa en realizar grandes cosas; pretende simplemente, con una espontaneidad y una delicadeza exquisitas, «complacer» en torno suyo. «Los grandes santos han trabajado por la gloria de Dios; mas yo,

¹ San Juan, XIV, 31.

que soy un alma «pequeñita», trabajo únicamente para complacerle, y sería feliz en soportar los mayores sufrimientos, aunque esto fuese para hacerle sonreír una sola vez»¹. Que nadie se engañe: bajo estas palabras familiares, de un aire casi infantil, santa Teresa de Lisieux alcanza, en realidad, las más sublimes cumbres de la espiritualidad cristiana y la misma divisa del alma de Jesús: «Siempre hago lo que agrada a mi Padre»².

«El puro amor»

«¿Está en mi corazón el puro amor?»³, se preguntaba Teresa con angustia. Esta pregunta respondía al movimiento más íntimo de su corazón. Quería para Dios únicamente un amor desinteresado. A su alma generosa le repugnaba un amor mercenario, como lo manifiestan los numerosos testimonios, cuya fuerza de expresión tiene necesidad del contexto integral de su vida: «En Sexta hay un versículo que siempre pronuncio a regañadientes: Es éste: «*Inclinaui cor meum ad faciendas justificationes tuas propter retributionem*» (Mi corazón se inclina al cumplimiento de tus mandamientos por causa de la recompensa). Interiormente me apresuro a decir: «Sabéis muy bien, Jesús mío, que no os sirvo por la recompensa, sino únicamente porque os amo y para salvar almas»⁴. Durante el retiro que precedió a su profesión, en lugar de gemir por la sequedad de su alma, sor Teresa se siente dichosa, porque da a Dios una prueba de «amor puro». Jesús «no me dice nada, y yo tampoco digo nada a Él, sino que le amo más que a mí misma; y siento que es así, porque soy más suya que mía... Tendría vergüenza de que mi amor se pareciese al de las desposadas de la tierra, que

¹ *Novissima Verba*, 16 de julio de 1897.

² San Juan, VIII, 29.

³ *Historia de un alma*, XI, 219.

⁴ Proceso Apostólico, 1398, Sor María de la Trinidad.

siempre miran las manos de sus prometidos para ver si les traen algún presente, o bien su rostro para sorprender en ellos una sonrisa de amor que las encanta»¹.

¡Equivale esto a decir que Teresa desprecia la recompensa y que permanece indiferente a la presencia beatífica de su Dios? No. No era ella capaz de caer en las sutiles e irreales quimeras del amor puro. Teresa desea a Dios hasta el extremo. Espera el cielo. Muere del deseo de éste. «Aunque llevada por singular atractivo a la práctica del amor desinteresado, no cesaba de pensar en la recompensa, para alentarse en los sufrimientos de la vida. Con ocasión de la gran prueba de la enfermedad de nuestro padre, me escribió este billete: «Dios nos dice que, un día, enjugará todas las lágrimas de nuestros ojos. Cuantas más sean las lágrimas, tanto mayor será el consuelo»². No pidamos a sor Teresa del Niño Jesús las precisiones técnicas de un profesor de Teología. Teresa habla con el corazón. Guiada por un conocimiento sobrenatural, que recibe directamente del Espíritu de lo Alto, la santa de Lisieux nos recuerda, en términos simplicísimos y con instinto muy seguro, la ley del verdadero amor: amar es olvidarse de sí mismo. ¡Y cuánto más cuando este Amigo es Dios! Una teología rígida y quisquillosa se acomodaría mal a ciertas expresiones teresianas; pero, después de san Pablo, que deseaba ser anatema para salvar el alma de sus hermanos, los santos de todas las escuelas nos han habituado a ciertas exageraciones del lenguaje, que la Iglesia no se ha creído en el deber de condenar y que se explican fácilmente por la vehemencia de su amor. Con ellos, Teresa se atreverá a decir a Dios que, «para darle gusto, consentiría en ser sumergida en el infierno, pero con el fin de que fuese amado en este lugar

¹ Carta a la Madre Inés de Jesús, septiembre de 1890.

² Proceso Apostólico, 811. Sor María del Sagrado Corazón.

de blasfemia». A esta consideración la santa añadirá en su manuscrito: «Sabía muy bien que esto no podía glorificarle, pero cuando se ama se siente la necesidad de decir mil locuras»¹.

En definitiva, lo que Teresa desea sobre todas las cosas es amar a Dios por sí mismo, sin ningún rodeo egoísta sobre ella. «Si, por un imposible, Dios no viese mis buenas acciones, no me afligiría. Le amo tanto, que quisiera agradarle con mi amor y mis pequeños sacrificios, *sin que Él supiese nada de mí*»². Es difícil encontrar — aun entre los santos — tal pureza y tal desinterés en el amor. «Un día, al verla arrojar flores sobre el Calvario, le pregunté: «¿Es para obtener alguna gracia?» — «No», me respondió. «Nunca quiero dar para recibir. No soy egoísta. Amo a Dios; no a mí»³. Durante su enfermedad, como le hicieran notar que, sufriendo mucho, Dios se lo recompensaría abundantemente: «No, replicó; no para la recompensa, sino para agradar a Dios»⁴. Un rasgo sublime acabará de pintarnos la intensidad y la pureza de su amor. Teresa yacía enferma en su lecho. Le presentaron un Crucifijo. Cristo tenía la cabeza inclinada. Teresa lo contempló largamente y, besándolo con ternura, dijo: «Está muerto. Me gusta más que lo representen muerto; ya no padece»⁵. Si el amor es la medida del mérito, fácilmente se explica, después de un acto tal, por qué «Teresita» goza ahora ante Dios de este crédito sin límites que maravilla al universo.

«Hacerlo todo por amor»

Así, para Teresa, todo esfuerzo hacia la santidad consiste en amar. Los actos en apariencia más heroi-

¹ Proceso Diocesano, 2.348, Madre Inés de Jesús.

² *Novissima Verba*, 15 de mayo de 1897.

³ Proceso Apostólico, 641, Madre Inés de Jesús.

⁴ Proceso Diocesano, 1.953, Sor Teresa de San Agustín.

⁵ *Novissima Verba*, 19 de agosto de 1897.

cos tienen valor delante de Dios únicamente por el amor que los inspira. ¡Qué lejos estamos, con la espiritualidad teresiana, de aquella actividad ruidosa, con tanta frecuencia estéril!: «Nuestro Señor no mira tanto la grandeza de nuestras acciones, ni aun su dificultad, como el amor con el cual las hacemos»¹. A la multitud de estas «pequeñas almas», cuya vida está condenada a permanecer siempre desconocida y sin obras de relumbrón, ¿qué les queda, fuera del amor, para dar grandeza a sus insignificantes acciones? La santa de Lisieux estaba demasiado penetrada de los escritos de san Juan de la Cruz y de la doctrina mística del Carmelo, para no conservar, aun en medio de las ocupaciones cotidianas más absorbentes, el primer lugar para el amor, fuente de toda actividad apostólica. «¡Os amo, Jesús mío! Amo a la Iglesia, mi Madre. Sé que «el menor movimiento de *puro amor* le es más útil que todas las demás obras reunidas»².

«Mas ¿cómo manifestaré mi amor, si el amor se demuestra con las obras? Muy bien: la «pequeñita» echará flores... Sí, Amado mío: será así como mi vida efímera se consumirá delante de Vos. No tengo otro medio de demostraros mi amor que echar flores. No encontraré *una sola* sin que la deshoje para Vos... Y después cantaré, cantaré siempre...» He aquí cómo, bajo la inspiración del amor, los horizontes teresianos se ensanchan súbitamente hasta alcanzar las dimensiones de la misma obra de la Redención. «Mas ¿para qué, Jesús mío, servirán mis flores y mis cantos? ¡Ah! Lo sé muy bien: estos pétalos frágiles y de ningún valor, estos cantos de amor de un corazón tan pequeño os encantarán. Sí, estas no-nadas os causarán placer. Harán sonreír a la Iglesia triunfante, la cual, queriendo jugar con su pequenue-la, recogerá estas rosas deshojadas, y, haciéndolas

¹ Carta a Celina, 20 de octubre de 1888.

² *Historia de un alma*, XI, 219.

pasar por vuestras manos divinas, para revestirlas de un valor infinito, las arrojará sobre la Iglesia paciente, para extinguir sus llamas, y sobre la Iglesia militante, para darle la victoria»¹.

Para realizar tan sublime programa de santidad no es, pues, necesario recurrir a cosas extraordinarias, sino que, simplemente, hay que «hacerlo todo por amor». «Con una maestría igual a la de los más grandes varones espirituales, la joven monja de Lisieux, con sus consejos y ejemplos, enseñaba a las novicias a emprender con confianza este camino «todo de amor». «Sor Teresa del Niño Jesús transformaba todas sus acciones, aun las más insignificantes, en actos de amor. Me animaba constantemente a hacer lo mismo»². El 29 de julio de 1894, la Comunidad sacó por suertes algunas piadosas sentencias. El billete que le tocó fué éste: Si, a cada instante, os preguntasen qué hacéis, vuestra respuesta debería ser: «Amo.» ¿En el refectorio? «Amo.» ¿En el trabajo? «Amo», etc... Este billete, que guardó hasta su muerte, le causó un gran placer. Díjome: «Es el eco de mi alma. Desde hace mucho tiempo, ésta es la manera como entiendo el amor y como me esfuerzo en practicarlo»³. «Al verla tan perfecta y tan fiel en procurar en todas las cosas la gloria de Dios, le dije un día: «Lo que envidio en Vos son vuestras

¹ *Historia de un alma*, XI, 219.

² Proceso Diocesano, 2.122, Sor María de la Trinidad. Por su parte, la madre Inés de Jesús declaraba en el Proceso Apostólico, 698: «Hubiera creído pecar contra la templanza si no hubiese gozado de los encantos de la naturaleza o de la música, cuando se sentía atraída a ello por un sentimiento de amor y de gratitud para con Dios. Me decía que, siendo el amor el único fin, la acción en la cual ponemos más amor, aunque sea de suyo indiferente, ha de ser preferida a toda otra, tal vez mejor en sí misma, pero en la cual ponemos menos amor.»

³ Proceso Apostólico, 1.336, Sor María de la Trinidad.

obras. Quisiera hacer el bien, componer hermosas cosas, escritos, cuadros, etc., que hicieran amar a Dios.» — ¡Ah!, me respondió, no hay que atar el corazón a estas cosas. ¡Ah! no; no hemos de tener pena por nuestra impotencia, sino que nos hemos de consagrar únicamente al amor»¹.

Doctrina liberadora, que ha sabido llevar de nuevo la santidad a su punto esencial y hacerla accesible a todos. La santidad no consiste en penitencias y en mortificaciones extraordinarias, ni en éxtasis, ni en luces sublimes, ni en el don de milagros, sino en la constante fidelidad a los deberes cotidianos «para dar gusto a Dios» y salvarle almas. La santidad es el amor.

5. — *Hacer amar al Amor*

Amar: es vivir únicamente por aquel a quien se ama, sin pensar en otra cosa que en su bien. El amor impele a los santos a consagrar todas sus fuerzas a la dilatación del reino de Dios. «Ardo en celo por el Señor Dios de los ejércitos»².

El alma de Teresa de Lisieux estaba llena de esta solicitud ardiente de glorificar a Dios en un olvido total de sí misma: «No quiero amontonar méritos para el cielo. Quiero solamente trabajar por vuestro amor, con el único fin de complaceros y de salvar almas que os amen eternamente»³. Un poderoso espíritu misionero anima la espiritualidad teresiana; pero, a través de las almas, Teresa mira siempre a Dios.

Su celo apostólico, que hubiera querido derrocharse en el servicio de Dios y de sus hermanos, «desde el principio hasta el fin del mundo» y «en todos los continentes» a la vez, no encontró reposo sino en el amor, medio supremo, a sus ojos, para

¹ Proceso Diocesano, 1.706, Sor Genoveva.

² Reyes, XIX, 10.

³ Acto de ofrecimiento.

poder realizar ella sola todas las vocaciones de la Iglesia militante. Atraída por el deseo de consagrarse a la salvación de las almas, Teresa había soñado por un momento en una forma religiosa de vida activa, pero pronto la vocación de carmelita se le mostró como un ideal apostólico todavía superior. La futura «patrona de todas las misiones católicas» entendió, a la luz de la fe y del dogma de la comunión de los santos, que el amor contemplativo que se inmola en silencio es uno de los medios más eficaces de «hacer amar al Amor» y de difundir la vida divina por todo el cuerpo místico de Cristo.

6. — *«Mi vocación: es el Amor»*

No es cosa rara encontrar en la vida de los santos, como en la existencia de los grandes hombres, una palabra, un ademán, una página, que refleje todo su carácter o toda su santidad. San Pablo aparece todo entero en su fórmula célebre: «Mi vida es Cristo.» El ardor heroico de san Ignacio de Antioquía estalla en sus últimos acentos, en el momento en que es conducido al martirio: «Una sola cosa me atrae: gozar de Cristo. ¿Qué me importan los reinos y los confines del mundo? Prefiero morir por Cristo que mandar en toda la tierra. Es Él el único a quien busco, al que ha muerto por mí. Sólo quiero al que ha resucitado por nosotros.»

Toda el alma mariana de san Bernardo resplandece en su célebre apóstrofe a los monjes del Cister: «Tú a quien arrastran las olas de este mundo y a quien se llevan el huracán o la tempestad, no apartes jamás tu mirada de la estrella, si no quieres zozobrar. Asaltado por la tentación, presto a desaparecer entre los escollos de las tribulaciones, mira a la estrella, invoca a María: «respice stellam, voca Mariam». Anegado por el orgullo, por la ambición, por la maledicencia o por la envidia, mira a la estrella, invoca a María. Si la cólera, la avaricia o los movi-

mientos de la carne te amenazan con hacerte vacilar, vuélvete hacia María. Si los remordimientos por tu pasado, las faltas presentes, el miedo del juicio, la tristeza o la desesperación te aplastan, piensa en María. En tus peligros, en tus angustias, en tus perplejidades, piensa en María, invoca a María. Guárdala siempre sobre tus labios y en tu corazón»¹.

¡Cuántos otros ejemplos podríamos recoger en la historia del arte, de las letras y en la hagiografía, donde el genio, superándose a sí mismo en una obra privilegiada, alcanza definitivamente su apogeo! El mismo Jesús quiso someterse a estas leyes de nuestra psicología humana, y su oración sacerdotal — la Iglesia contemplativa lo sabe — encierra los más íntimos sentimientos de Cristo: «el celo primordial por la gloria de su Padre y su deseo de la consumación de los hombres en la unidad».

Hay asimismo en la *Historia de un alma* páginas sublimes, dignas de un san Pablo, que pueden contarse entre las más bellas del cristianismo, donde, con un lirismo manifiestamente inspirado por el Espíritu Santo, santa Teresa del Niño Jesús nos ha dejado el testamento de su alma, en el momento en que su vida, enteramente «entregada al Amor» y consumada en santidad, realizaba el máximo de su fecundidad espiritual sobre la Iglesia entera. Encontramos en ello la expresión suprema de su doctrina sobre la primacía del amor:

«Ser vuestra esposa, Jesús, ser carmelita, ser, por mi unión con Vos, la madre de las almas, todo esto debería para mí ser suficiente. Sin embargo, siento en mí otras vocaciones; siento la vocación de guerrero, de sacerdote, de doctor, de mártir... Quisiera realizar todas las obras más heroicas; siento el valor de un cruzado, quisiera morir en el campo de batalla en defensa de la Iglesia.

¹ San Bernardo, Homilia super «Missus est».

»La vocación de *sacerdote*. ¡Con qué amor, Jesús mío, os llevaría en mis manos, después que mi voz os hubiera hecho descender del cielo! ¡Con qué amor os daría a las almas! Mas ¡ay!, a pesar del deseo de ser sacerdote, admiro y envidio la humildad de san Francisco de Asís, y siento la vocación de imitarle, renunciando a la sublime dignidad sacerdotal. ¿Cómo compaginar estos contrastes?

»Quisiera iluminar a las almas como los *profetas* y los *doctores*. Quisiera, oh Amado mío, recorrer la tierra, predicar vuestro nombre y sembrar sobre el suelo infiel vuestra cruz gloriosa. Pero una sola misión no me bastaría; desearía anunciar, a un mismo tiempo, el Evangelio en todas las partes del mundo y en las islas más remotas. Quisiera ser *missionera*, no sólo durante algunos años, sino haberlo sido desde la creación del mundo y continuar siéndolo hasta la consumación de los siglos.

»¡Ah!, pero, sobre todas estas cosas, quisiera el *martirio*: he aquí el sueño de mi juventud. Este sueño ha crecido conmigo en mi pequeña celda del Carmelo. Pero esto es otra locura, porque no deseo un solo género de suplicio; para quedar satisfecha los necesitaría todos.

»Como Vos, Esposo mío adorado, quisiera ser azotada, crucificada... Quisiera morir desollada, como san Bartolomé; quisiera, como san Juan, ser sumergida en aceite hirviendo; quisiera, como san Ignacio de Antioquía, ser triturada por los dientes de las fieras, para convertirme en pan digno de Vos. Con santa Inés y santa Cecilia, quisiera presentar mi cuello a la espada del verdugo, y como Juana de Arco, murmurar, sobre una pira ardiente, el nombre de Jesús...

»Si mi pensamiento se posa sobre los tormentos inauditos que serán el patrimonio de los cristianos en los tiempos del Anticristo, siento que mi corazón salta de gozo; quisiera que estos tormentos me fueran reservados. Abrid, Jesús mío, vuestro libro de

la vida, donde están referidas las acciones de todos los santos. Quisiera haber realizado todas estas acciones por Vos.

»¿Qué responderéis a todas mis locuras? ¿Hay en la tierra un alma más pequeña, más impotente que la mía? Sin embargo, precisamente por causa de mi flaqueza, os habéis complacido en colmar mis pequeños deseos infantiles, y queréis hoy colmar los otros deseos más grandes que el universo...

»Siendo para mí estas aspiraciones un verdadero martirio, abrí, un día, las epístolas de san Pablo, para buscar algún remedio a mi tormento. Los capítulos XII y XIII de la primera epístola a los corintios cayeron bajo mis ojos. Leí en ellos que no todos pueden ser a un mismo tiempo apóstoles, profetas y doctores, que la Iglesia está compuesta de diferentes miembros y que el ojo no puede, a la vez, ser la mano. La respuesta era clara, pero no llenaba mis deseos y no me daba la paz. Bajando entonces hasta las profundidades de mi nada, me elevé tan alto, que pude lograr mi intento. Sin desalentarme, proseguí la lectura, y este consejo me consoló: «Buscad con ardor los dones más perfectos y os mostraré un camino todavía más excelente.» Y el Apóstol explica cómo todos los dones, aun los más perfectos, *nada son sin el amor*, y que la caridad es el camino más excelente para ir seguramente hacia Dios.

»Al fin encontré el reposo. Considerando el cuerpo místico de la Santa Iglesia, no me había reconocido en ninguno de los miembros descritos por san Pablo, o, mejor dicho, quería reconocermé en todos. La caridad me dió *la clave de mi vocación*. Entendí que si la Iglesia era un cuerpo compuesto de diferentes miembros, no podía faltarle el más necesario, el más noble de todos los órganos. Entendí que tenía un corazón, y que este corazón ardía en amor. Entendí que sólo el amor hace obrar a sus miembros; que, si este amor se extinguiese, los apóstoles no

anunciarían el Evangelio y los mártires se negarían a derramar su sangre. Entendí que el amor encierra todas las vocaciones, que el amor lo es todo; que abarca todos los tiempos y todos los lugares porque es eterno. Entonces, en el exceso de mi gozo delirante, exclamé: «Oh, Jesús, amor mío: mi vocación... al fin la he encontrado: MI VOCACIÓN ES EL AMOR. Sí, he encontrado mi lugar en el seno de la Iglesia, y sois Vos, Dios mío, quien me lo habéis dado: en el corazón de la Iglesia, mi Madre, *seré el amor...* Así lo *seré TODO*»¹.

¹ *Historia de un alma*, XI, 213-216.

CAPÍTULO IV

CONFIANZA Y ABANDONO

«Solamente para hoy».

SUMARIO

1. *El abandono teresiano.* — 2. *La santa de la confianza.* — 3. *El abandono del amor.* — 4. *«Solamente para hoy.»* — 5. *«Mi camino es todo de confianza y de amor.»*

En el alma de los santos todo se reduce a algunas perspectivas fundamentales, donde los más pequeños pormenores de su existencia entran sin esfuerzo y son los que dan a su fisonomía espiritual una tan poderosa unidad.

En el ambiente cristiano estos rasgos constitutivos nacen siempre, en definitiva, del orden teologal. De donde la mayor necesidad de entender bien la forma personal de esta vida teologal, si se quieren precisar los principios propios de su espiritualidad.

La concepción mística y contemplativa de la fe, por ejemplo, en un san Juan de la Cruz, está lejos de identificarse con las miras sobrenaturales de un san Vicente de Paúl, orientadas hacia las realizaciones prácticas. Un hombre puramente espiritual no piensa como un hombre de acción. Mientras el capellán de las galeras reales, «el santo de la caridad», sólo piensa en extender su beneficencia a todas las

miserias de la vida, el «Doctor de las noches», volviendo la espalda a todo lo creado, penetra con todo su ser en el sendero de la «nada» hacia el Absoluto. Su alma ardiente y luminosa avanza por esta ruda «subida del Carmelo», llevando tan sólo la antorcha de «la fe desnuda», enteramente divina, prescindiendo de toda otra luz.

Por lo demás, la fe, en lo concreto, no anda sola en su acción. El hombre obra simultáneamente con sus múltiples facultades. La ley de la síntesis, es decir, de la «sinergia» o colaboración de todas nuestras potencias, encuentra aquí sus más elevadas realizaciones. Las tres virtudes teologales, distintas e inseparables en el juego de la realidad, se prestan mutuo apoyo. La vida de fe no florece en un alma en toda su plenitud sin el vuelo de la esperanza y bajo el impulso alentador del amor. A su vez, la confianza en Dios, apoyándose en las promesas de la fe y en las experiencias de la caridad, hace que el hombre tienda con el mayor grado de certeza práctica hacia su propia salvación por la santidad. El mismo amor necesita las luces de la fe y las alas de la esperanza para elevarse hasta Dios. De esta manera, en nuestras más insignificantes acciones cotidianas, estas tres virtudes se ayudan entre sí, como tres hermanas que crecen en el seno de una misma familia. Dichas consideraciones pueden extenderse a toda la actividad de las virtudes.

Esta ley fundamental de la conexión de las virtudes, bajo el influjo dominante de una de ellas, ha dado origen a los complejos: estados de alma difíciles de analizar, pero muy ricos y, con frecuencia, síntesis de los elementos más característicos de una espiritualidad. Tal es el caso del abandono.

1. — *El abandono teresiano*

A los ojos de los maestros de la vida espiritual, el abandono no es una virtud especial, sino *un complejo de virtudes*.

Bossuet descubre en él «un conjunto, un compuesto de actos de la fe más perfecta, de la esperanza más entera y más abandonada y del amor más puro y más fiel»¹. El padre de Caussade define el «estado de abandono» como «una cierta mezcla de fe, de esperanza y de caridad en un solo acto, que une el corazón con Dios y con su acción»². Para el padre Piny, el «camino del abandono» es una síntesis de todas las virtudes cristianas³. San Francisco de Sales ensalza el abandono como la «virtud de las virtudes», la flor y nata de la caridad, la fragancia de la humildad, el mérito de la paciencia y el «há-gase» de la perseverancia⁴.

Mas, cuando se trata de precisar el elemento dominante de la vida de abandono, los autores espirituales vacilan. Se les ve orientarse ora hacia la esperanza, ora hacia el amor. Hablan del «abandono de la esperanza» y del «abandono en la voluntad divina». En santa Teresa del Niño Jesús, el abandono se coloca manifiestamente en la fila de la esperanza, pero bajo el impulso dirigente del amor. El abandono teresiano tiene por raíz una fe inquebrantable en la Paternidad divina, cuya Providencia, toda ella amor y misericordia, todo lo encamina al mayor bien de sus hijos; pero este abandono es

¹ Bossuet, *Instrucciones sobre los estados de oración*, tratado I, libro X, núm. 18.

² P. de Caussade, *Tratado del abandono en la Providencia*, libro II, caps. 1 y 3.

³ P. Piny, *Lo más perfecto*, cap. VII a XVIII.

⁴ San Francisco de Sales, *Pláticas espirituales*, plática segunda.

«formalmente» el acto supremo de la virtud de la esperanza y encuentra su coronación en el amor.

Esta vida de abandono, en santa Teresa del Niño Jesús, es como la síntesis de su vida teologal y el eje de su espiritualidad.

2. — La santa de la confianza

Necesitábamos que con su gracejo exquisito y su inalterable sonrisa nos recordase la santa de Lisieux el sentido de la esperanza cristiana y nos repitiese que la vida humana es una conquista de Dios. El hombre moderno, amarrado a las máquinas y hundido en la materia, ya no sabe elevar su mirada hacia el cielo. Ávido tan sólo de «manjares terrenos», no siente el sabor de las cosas de lo alto. Sin embargo, desde hace veinte siglos la Iglesia militante no cesa de cantar en su Credo su inmortal esperanza: *«Et exspecto vitam venturi saeculi.»* En medio de sus cotidianos combates, la Iglesia de la tierra aspira a los goces de la eternidad.

Es uno de los mayores beneficios de la espiritualidad teresiana el haber hecho resaltar una de las virtudes cristianas más dinámicas y —menester es confesarlo— una de las menos estudiadas por los maestros de la vida espiritual. Mientras se detienen en la humildad, en la mortificación, en el espíritu religioso, en el examen de conciencia, etc., pasan con harta frecuencia en silencio la esperanza teologal, esta virtud de «ruta» que redobla las fuerzas del hombre en su marcha hacia la santidad, asegurándole, a cada paso, el auxilio soberanamente eficaz de la Omnipotencia de Dios. Se olvidan de que la esperanza ocupa, entre las virtudes cristianas, un lugar privilegiado, por encima de la fe, íntimamente ligada a la divina caridad por una gran afinidad, utilizando la misma facultad señora, la que une al hombre con Dios y le hace tender hacia Él con todas sus fuerzas: la voluntad.

Teresa, como la Iglesia, sólo vivía para el cielo, «suspirando sin cesar por la posesión del Sumo Bien»¹, inclinada hacia «los bienes eternos y la conquista de la santidad»², sin jamás dejarse arredrar por ningún obstáculo. Apoyada en Dios, nunca retrocedió, acogiendo sonriente las pruebas que se le acumulaban: obstáculos a su vocación, incomprendiciones y oposiciones a su vida religiosa y, sobre todo, pruebas interiores, que Dios le prodigó al final, para purificar su fe y su esperanza. Los testigos del proceso se muestran inagotables cuando quieren expresar, a este propósito, su admiración. «En las dificultades de la vida, su esperanza era invencible»³. — «La confianza en Dios había llegado a ser como el sello especial de su alma»⁴. — «Era inaccesible al desaliento»⁵.

Sor Teresa del Niño Jesús mostró en todas las ocasiones una «confianza inquebrantable, una confianza de niño, jamás dudando del éxito de la oración. Pedir una gracia y tener la seguridad de alcanzarla le parecía muy natural, pues se dirigía a un Padre infinitamente bueno y omnipotente. Quería llegar a ser santa y contaba con Nuestro Señor para lograr este fin. Jamás se presentó a su espíritu la menor duda de que lo obtendría»⁶. — En efecto, la sierva de Dios aspiraba a una muy alta santidad. Sus pensamientos, a este propósito, no siempre fueron comprendidos. Muchos confesores o predicadores de los ejercicios llegaban a espantarla o a paralizar sus anhelos. «Padre mío, decía a un predicador, quiero ser santa. Quiero amar a Dios tanto como santa Teresa.» «¡Qué orgullo, le replicó, y qué presunción!»

¹ Proceso Diocesano, 1.943, Sor Teresa de San Agustín.

² Proceso Diocesano, 1.700, Sor Genoveva.

³ Procesos Diocesano, 1.711, Sor Genoveva.

⁴ Proceso Diocesano, 1.492, Madre Inés de Jesús.

⁵ Proceso Apostólico, 1.066, Sor Teresa de San Agustín.

⁶ Proceso Apostólico, 1.061, Sor Teresa de San Agustín.

«Limitaos a corregir vuestros defectos, a no ofender más a Dios, a hacer cada día pequeños progresos, y moderar vuestros deseos temerarios.» «Pero, padre mío, no veo que sean estos deseos temerarios, pues Nuestro Señor dijo: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto.» El religioso no quedó convencido, y la sierva de Dios iba siempre en busca de alguien que tuviese autoridad para decirle: «Avanzad en plena mar y echad vuestras redes.» Encontró, finalmente, a este enviado de Dios en la persona del padre Alejo, de los Recoletos de Caen¹. «Éste le devolvió la paz»². La misma Teresa, en la *Historia de un alma*, nos refiere este momento tan decisivo para su vida interior y más particularmente para su vida de abandono. — «El año que siguió a mi profesión recibí grandes gracias durante el retiro general. Ordinariamente los retiros predicados son para mí muy penosos. Esta vez ocurrió de otra manera. Me había preparado con una novena muy fervorosa; me parecía que iba a sufrir mucho. El reverendo Padre, decían, entendía más en convertir a los pecadores que en hacer avanzar a las almas religiosas. Soy, pues, una gran pecadora, porque Dios se ha servido de este santo religioso para consolarme. Tenía entonces penas interiores de todas clases y me sentía incapaz de referirlas. Mas he aquí que mi alma se dilató completamente. Fui entendida de una manera maravillosa y aun adivinada. EL PADRE ME LANZÓ A VELAS DESPLEGADAS SOBRE LAS OLAS DE LA CONFIANZA Y DEL AMOR, que me atraían tan fuertemente, pero sobre las cuales no me atrevía a avanzar. Me dijo que mis faltas no afligían a Dios. Esta seguridad me colmó de gozo... Era, por otra parte, el eco de mis íntimos pensamientos. Sí: hacía mucho tiempo que creía que el Señor es más tierno que una

¹ Proceso Apostólico, 605, Madre Inés de Jesús.

² Proceso Diocesano, 1.495, Madre Inés de Jesús.

madre y conozco a fondo más de un corazón de madre. Sé que una madre está siempre dispuesta a perdonar las indelicadezas involuntarias de su hijo»¹. ¡Retiro decisivo y liberador! No, su instinto filial no la había engañado. En adelante, Teresa podía abandonarse con toda seguridad a la eficacia de su gracia bautismal, a sus privilegios de hija de Dios, y llevar «hasta la audacia su confianza en su Bondad de Padre». Tranquilizada en sus caminos interiores, Teresa se entregó sin reserva al atractivo personal de su alma, dejando que su confianza filial se dilatase, delante de Dios, en un total abandono.

Encargada de la formación de las novicias, la joven maestra tuvo el máximo interés por desenvolver en torno suyo una confianza sin límites en la misericordia divina. «Me parece que es imposible, decía una de ellas, llevar más lejos la confianza en Dios. Gustaba de repetirnos esta máxima de san Juan de la Cruz: «Se obtiene de Dios todo lo que se espera.» Me decía sor Teresa que sentía en sí deseos infinitos de amar a Dios, de glorificarle, de hacerle amar, y que esperaba firmemente verlos realizados y superados; que era desconocer la Bondad infinita de Dios restringir estos deseos y estas esperanzas. «Mis deseos infinitos son mi riqueza. En cuanto a mí, se cumple la palabra de Jesús: «Al que posee se le dará todavía más y abundará»². — «La confianza en Dios era el tema en que más insistía en sus conferencias del noviciado»³. — «Todas sus exhortaciones a las novicias, los consejos que les daba en sus penas, las cartas que escribía a los misioneros, son una constante predicación de la confianza en Dios»⁴.

Parece que la humillante enfermedad de su padre

¹ *Historia de un alma*, VIII, 136.

² Proceso Apostólico, 1.332, Sor María de la Trinidad.

³ Proceso Apostólico, 1.428, R. P. Godefroy Madelaine.

⁴ Proceso Apostólico, 615, Madre Inés de Jesús.

había de arruinar su confianza en la Providencia. Fué para ella la ocasión de un silencioso y continuado heroísmo durante varios años. — «En el decurso de esta dolorosa prueba fué ella, confiesa una de sus hermanas, la que nos sostuvo constantemente con su invencible abandono»¹. Pero fué, sobre todo, al fin de su vida cuando esta confianza sintió los asaltos más terribles, bajo la acción divina que realizaba en ella la suprema purificación de la virtud de la esperanza. Sor Teresa del Niño Jesús nos describe en su *Historia de un alma*, de una manera a la vez sencilla y dramática, esta terrible purificación. Después de largos años de una fe luminosa y apacible, súbitamente, en un atardecer del día de Pascua, todo desapareció como en un palacio deslumbrante en que todo se apaga. — «Sueñas en la luz y en una patria embalsamada; sueñas en la posesión eterna del Creador de estas maravillas; crees salir un día de las nieblas en que languideces... Avanza... Avanza. Alégrate de la muerte, que te dará no lo que tú esperas, sino una noche todavía más profunda: la noche de la nada». Y la pobre Teresa no se atrevía a proseguir: «tenía miedo de blasfemar»...² — El sacerdote que recibió las confidencias de este período de crucifixión no pudo medir todo su alcance ni entender su sentido providencial hasta más tarde. Dios, que predestinaba a Teresa de Lisieux para ser en el mundo moderno la santa de la confianza y del abandono, acababa de purificar en ella la virtud de la esperanza y de hacerle merecer, por una heroica fidelidad, todas aquellas gracias de abandono que, por ella, debían descender sobre la tierra en el decurso de su supervivencia apostólica.

La misma «santita» confiesa que le fueron menester largos años de luchas interiores para llegar a una tal cumbre y situarse en ella: «Había de pa-

¹ Proceso Diocesano, 1.803, Sor Genoveva.

² *Historia de un alma*, IX, 160.

sar por muchos crisoles antes de alcanzar la ribera de la paz, antes de gustar los frutos deliciosos del abandono total y del perfecto amor»¹.

Una tal confianza viene de Dios. Las cualidades personales y los recursos naturales del hombre nada pueden. ¿Cómo hubiera podido olvidarlo Teresita? Demasiado conocía su flaqueza de niño, para apoyarse en sus propias fuerzas. «Contaba únicamente con el auxilio de Dios para todas las cosas»². — «Me siento muy miserable, pero mi confianza no ha disminuído, sino al contrario. Por otra parte, la palabra «miserable» no es justa, porque soy rica en todos los tesoros divinos»³. — «Su esperanza no conoció ningún desfallecimiento, ni siquiera cuando su alma fué sumida en las más profundas tinieblas, cuando sus oraciones no eran escuchadas, cuando todo se oponía a lo que hubiera querido. — «Se cansará Dios de probarme antes de que yo dude de Él», me dijo un día. Aunque me diese muerte, esperarí en Él»⁴.

Cuando Teresa no era escuchada, después de sus fervorosas oraciones a Dios o a los santos, les daba igualmente las gracias, diciendo: «Quieren ver hasta dónde llega mi esperanza»⁵. «Dios quiere que me abandone como un niño que no se inquieta por lo que harán de él»⁶. «Mide siempre sus dones según nuestra confianza»⁷. «El Evangelio de los operarios de última hora, pero remunerados como los demás, la encantaba: «Veis, decía, que, si nos abandonamos, si ponemos nuestra confianza en Dios, haciendo *todos nuestros pequeños esfuerzos* y esperándolo todo de su Misericordia, seremos recompensados y pagados

¹ *Historia de un alma*, III, 43.

² Proceso Apostólico, 1.500, Madre Inés de Jesús.

³ Proceso Apostólico, 611, Madre Inés de Jesús.

⁴ Proceso Apostólico, 1.333, Sor María de la Trinidad.

⁵ Proceso Diocesano, 1.714, Sor Genoveva.

⁶ Proceso Apostólico, 630, Madre Inés de Jesús.

⁷ Proceso Apostólico, 1.334, Sor María de la Trinidad.

como los más grandes santos»¹. — Admiraba la actitud de la Santísima Virgen en Caná, murmurando simplemente al oído de su Hijo: «No tienen vino», y remitiéndose, después, enteramente a Él. ¡Incomparable modelo de abandono!

Finalmente, en Teresa de Lisieux resplandece en sumo grado aquella inquebrantable certeza de la esperanza cristiana, que reposa, no en las riquezas personales del hombre, sino en la omnipotencia de Dios y en la gran eficacia de los medios de salvación preparados para cada uno de nosotros por su Providencia. Teresa no estriba en sí misma: «No me apoyo en mis fuerzas, sino únicamente en Dios. Conozco muy bien cuán débil soy»². — Pero creía «que no hemos de temer el desear y el pedir demasiado a Dios. Es menester decirle: «Sé muy bien que jamás seré digna de lo que espero; como una pequeña mendiga, os tiendo la mano y estoy segura de que me escucharéis plenamente. ¡Sois tan bueno!» — Esta seguridad la hacía magnánima, porque una secreta y profunda afinidad une la esperanza teologal con todas las virtudes vinculadas a la fortaleza: «No tengo miedo alguno a los últimos combates, ni a los sufrimientos, por grandes que sean, de la enfermedad. Dios me ha ayudado y llevado de la mano desde mi más tierna infancia. Cuento con Él. Estoy segura de que seguirá ayudándome hasta el fin. Podré sufrir horriblemente, pero nunca será demasiado; estoy segura de ello»³.

Las preferencias de los santos por otros santos son para nosotros preciosos indicios, particularmente reveladores de sus propias tendencias y de su profunda psicología. Ahora bien, conocemos el culto especial de santa Teresa del Niño Jesús a santa Cecilia, después de su peregrinación a Roma. «Antes de este viaje no sentía por esta santa ninguna particu-

¹ Proceso Diocesano, 1.775, Sor Genoveva.

² *Novissima Verba*, 20 de mayo de 1897.

³ *Novissima Verba*, 28 de mayo de 1897.

lar devoción. Pero, al visitar su casa, el lugar de su martirio, al oírla proclamar «reina de la armonía» por causa del canto virginal que ella dejó oír en el fondo de su corazón, sentí por ella algo más que una devoción: una ternura de amiga. Se convirtió en la santa de mi predilección, en mi confidente íntima. Lo que sobre todo me encantaba en ella era su *abandono*, su confianza ilimitada, que la hicieron capaz de «*virginizar*» a unas almas que nunca habían deseado otra cosa que los goces de la vida presente»¹.

Después de algunos años de vida religiosa, sor Teresa del Niño Jesús volvía a hablar de ello con el mismo entusiasmo en una carta a Celina: «No puedo pensar sin encanto en mi santita Cecilia. ¡Qué modelo! En medio de un mundo pagano, en el centro del peligro, en el momento de su enlace con un mortal, que sólo respira amor profano, parece que había de temblar y llorar. Pero no: «mientras los alegres instrumentos celebraban sus bodas, Cecilia cantaba en su corazón». ¡Qué abandono! Nada teme; sabe que el Príncipe de la paz está obligado a protegerla, a guardar su virginidad, a darle la recompensa. ¡Ah! ¡Qué hermosa es la generación de las almas vírgenes!»². Esto nos pinta a ella misma. También Teresa de Lisieux fué la santa de la confianza y del abandono total.

3. — *El abandono del amor*

Encontramos en santa Teresa de Lisieux un segundo aspecto, más clásico, de la doctrina del abandono, tal, por ejemplo, como aparece en san Francisco de Sales. El santo obispo de Ginebra, a quien podemos considerar como el Doctor del abandono, nos ha dejado los principios y la descripción del mismo en su *Tratado del Amor de Dios*, obra maestra de la excelencia y de la experiencia mística, que

¹ *Historia de un alma*, VI, 103.

² Carta a Celina, 20 de octubre de 1893.

nos da a conocer, a la vez, su doctrina y su alma de santo. «Si queréis ver claramente el estado de esta alma santísima, decía santa Juana de Chantal, leed los tres o cuatro últimos capítulos del libro noveno del Amor divino.» El santo «animaba todas sus acciones con el solo motivo del divino beneplácito; y, a la verdad, nada pedía sino ver cumplida la voluntad de Dios en el cielo y en la tierra. De esta unión tan perfecta procedían sus eminentes virtudes, que todos han podido observar, y aquella general y universal indiferencia, que se veía ordinariamente en él»¹.

El título de este libro noveno es, por sí solo, muy revelador: «Del amor de sumisión, por el cual nuestra voluntad se une al beneplácito de Dios.» Mas he aquí los capítulos decisivos: «Cómo, estando la voluntad muerta a sí misma, vive puramente en la voluntad de Dios» (cap. XIII). «Del ejercicio más excelente que podemos hacer entre las penas interiores y exteriores de esta vida, por efecto de la indiferencia y la muerte de la voluntad» (cap. XV). «Del perfecto despojo del alma unida a la voluntad de Dios» (cap. XVI). Léanse con atención estas páginas, que encierran la quintaesencia de la mística salesiana, y se verá con evidencia que el *abandono de amor*, que preconiza el santo, es una perfecta conformidad con la voluntad divina. En cuanto a lo demás: «desasimiento absoluto» y «santa indiferencia». «Ciertamente nuestra voluntad, como nuestra alma, nunca puede morir, pero, a veces, se levanta por encima de los límites de la vida ordinaria, para vivir toda en la voluntad divina. Entonces ya no sabe nada ni quiere nada, sino que se abandona totalmente y sin reserva al beneplácito de la divina Providencia... Vive, pero no ella, sino la voluntad de Dios en ella»

¹ Declaración de santa Juana de Chantal en el proceso de canonización. Artículo 28. Edición crítica de Annecy, tomo IV, pág. 84.

(cap. XIII). Tal es el programa de la vida de abandono: «Deberíamos ser plegables y manejables como si fuésemos de cera, no entreteniéndonos en querer o en anhelar las cosas, sino dejando que Dios quiera por nosotros lo que le pluguiere, dejando en Él todas nuestras preocupaciones, porque Él tendrá cuidado del éxito de nuestros negocios y de querer para nosotros lo que sea mejor» (cap. XIV). He aquí la fórmula preferida de este camino de abandono: «No pedir nada ni rehusar nada.»

Un mismo espíritu anima la doctrina teresiana del abandono, no porque haya una dependencia directa, sino simplemente porque estas dos doctrinas han brotado de un mismo pensamiento enteramente dominado por la preocupación de una vida de puro amor a Dios. Ahora bien, el amor produce entre dos seres una profunda identidad del querer. El abandono confiado no tarda en convertirse en conformidad absoluta con la voluntad de Dios. Es el caso del abandono teresiano. «El «caminito de confianza y de amor» llega hasta lo más alto de la doctrina mística del Evangelio, expresada por Cristo en la cruz: «Padre mío, en tus manos encomiendo mi espíritu.»

El camino de abandono es una entrega de todo nuestro ser: pasado, presente y futuro, en manos de Dios. — «Jamás sor Teresa del Niño Jesús hubiera pedido para sí el menor consuelo. Lo recibía todo de las manos de Dios con el mismo gozo»¹. — «Esta perfecta conformidad con la voluntad de Dios se leía aún en su rostro. Siempre se la veía graciosa y con una amable jovialidad. Los que no penetraban en su intimidad, hubieran podido creer que andaba por un camino muy dulce y lleno de consolaciones»². Más tarde, ya consumada en santidad, no pidió un número mayor de sufrimientos por temor de salir de su

¹ Proceso Apostólico, 918, Sor Genoveva.

² Proceso Apostólico, 919, Sor Genoveva.

camino de abandono: «Nunca pediré a Dios mayores sufrimientos. Si los aumenta, los soportaré con gozo porque vendrán de Él. Pero si los pidiese, serían sufrimientos míos. Sería menester que los soportase sola, y nunca he podido hacer cosa alguna sola»¹.

Teresa, que aspiraba tan ardientemente al martirio, prefería a todo la voluntad de Dios. — «Ahora no tengo ningún deseo sino el de amar a Jesús con locura. Sí, el abandono es lo único que me atrae. No deseo el sufrimiento ni la muerte; sólo me guía el abandono. No tengo otra brújula. No sé pedir cosa alguna con ardor, excepto el cumplimiento perfecto de la voluntad de Dios en mi alma»².

Podrían espigarse de las palabras y de los escritos de santa Teresa del Niño Jesús *máximas espirituales*, que formarían como un pequeño código práctico del perfecto abandono:

— «Le amo; jamás me abandonaré»³.

— «Soy un bebé. Me abandono. Iré adonde Dios quiera»⁴.

— «Dios todo lo ve. Me abandono en Él»⁵.

— «Una sola cosa deseo: es la voluntad de Dios»⁶.

— «Con tal que Él esté contento, me siento en el colmo de la felicidad»⁷.

— «Quiero todo lo que Dios me da»⁸.

— «La única cosa que me da contento es hacer la voluntad de Dios»⁹.

— «Estoy contenta con todo lo que Dios hace»¹⁰.

¹ *Novissima Verba*, 11 de agosto de 1897.

² *Historia de un alma*, VIII, 145.

³ *Novissima Verba*, 27 de julio de 1897.

⁴ Proceso Diocesano, 1.595, Sor Teresa de San Agustín.

⁵ Proceso Apostólico, 1.333, Sor María de la Trinidad.

⁶ Proceso Apostólico, 906, Sor Genoveva.

⁷ Proceso Apostólico, 630, Sor Inés de Jesús.

⁸ *Novissima Verba*, 14 de agosto de 1897.

⁹ *Novissima Verba*, 30 de agosto de 1897.

¹⁰ *Novissima Verba*, 10 de junio de 1897.

— «Me gusta tanto la noche como el día» ¹.

— «Cuando estéis enfermas, decidlo sencillamente; después abandonaos en Dios sin turbaros, tanto si os cuidan como si no. Habéis cumplido con vuestro deber diciéndolo, y esto basta. Lo demás no os corresponde: es negocio de Dios» ².

— «Estoy abandonada, ya sea para vivir, ya para morir» ³.

— «No me alegro de la muerte sino porque es la expresión de la voluntad de Dios» ⁴.

— «No quisiera entrar en el cielo un minuto antes por propia voluntad» ⁵.

— «No prefiero una cosa a otra. Lo que Dios prefiriere y escoge por mí: eso es lo que más me gusta» ⁶.

— «No prefiero morir a vivir. Si tuviese que escoger, preferiría morir, pero, puesto que es Dios quien escoge por mí, prefiero lo que Él quiere: *me gusta lo que Él hace*» ⁷.

4. — «Solamente para hoy»

Uno de los frutos más fecundos del camino de abandono es la santificación del momento presente. El alma fundada en la paz y en la libertad, permanece ocupada sólo en Dios, con una fe absoluta en su Providencia, sin pensar en sí misma, sin inquietud por su porvenir. ¡Cuántos seres humanos se han dissipado en su vida espiritual y paralizado en su vuelo hacia Dios por la idea obsesionante sobre el pasado y el porvenir! Sin embargo, ¿por qué gemir por un

¹ Poesía *Mi paz y mi gozo*.

² Proceso Apostólico, 1.334, Sor María de la Trinidad.

³ *Novissima Verba*, 21 de mayo de 1897.

⁴ *Novissima Verba*, 27 de julio de 1897.

⁵ Carta a Leonia, 17 de julio de 1897.

⁶ *Novissima Verba*, 4 de septiembre de 1897.

⁷ *Historia de un alma*, XII, 237.

pasado, que ya no existe, o preocuparse por un futuro, que sólo pertenece a Dios? Sor Teresa del Niño Jesús se encerraba sin reserva «en el momento presente», sin querer mirar ni el pasado ni el porvenir. Actitud dominadora de todas las contingencias de este mundo, simple corolario práctico de su vida de abandono, que condujo a su alma hasta aquel método tan inculcado por los grandes varones espirituales: «*la santificación del momento presente*». «Los que corremos por el camino del amor, no nos hemos de atormentar por nada. Si no sufriese de minuto en minuto, me sería imposible conservar la paciencia, pero SÓLO VEO EL MOMENTO PRESENTE: olvido el pasado y me guardo muy bien de mirar el porvenir»¹. — «Pensar en lo que pueda acaecernos de doloroso en el porvenir, es faltar contra la confianza y como entrometerse a crear»².

Sus «últimas confidencias», sus «*Novissima Verba*» están llenas de esta preocupación por el momento presente: fuente manante de la gracia, expresión soberana de la voluntad actual de Dios sobre cada uno de nosotros. «No sufro sino de instante en instante. Es porque se piensa en el pasado y en el porvenir que uno se desalienta y desespera»³. — «Padezco de minuto en minuto»⁴. — «Él me da en cada momento lo que puedo soportar, y no más»⁵. — «Estoy muy contenta de no haber pedido a Dios el sufrimiento; así Él se ve obligado a darme valor»⁶. — «Dios me da valor en proporción con mis sufrimientos. Siento que *de momento* no podría soportar más; pero no tengo miedo, puesto que si los sufrimientos aumentan, Dios aumentará al mismo

¹ *Historia de un alma* XII, 236.

² *Novissima Verba*, 23 de julio de 1897.

³ *Novissima Verba*, 19 de agosto de 1897.

⁴ *Novissima Verba*, 26 de agosto de 1897.

⁵ *Historia de un alma*, XII, 247.

⁶ *Novissima Verba*, 26 de agosto de 1897.

tiempo mi valor»¹. — «Dios no me hace presentir una muerte próxima, sino sufrimientos mucho mayores. Sin embargo, no me inquieto. QUIERO PENSAR TAN SÓLO EN EL MOMENTO PRESENTE»². — «Estoy segura de que en este momento únicamente se cumple su voluntad»³. El beneplácito divino se ha convertido en la regla constante de sor Teresa del Niño Jesús. Dios dispone de ella a voluntad.

Un grado tal de abandono nos eleva hasta la más alta sabiduría cristiana. Es una realización viviente de las más puras enseñanzas de Jesús. ¿No había dicho el Maestro: «No os inquietéis por nada, ni para el cuerpo ni para el alma? ¿No es más la vida que el alimento y el vestido? Mirad las aves del cielo: ni siembran ni siegan, y, sin embargo, nuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis mucho más que ellas? Mirad también los lirios de los campos: no trabajan ni hilan. Y, sin embargo, ¿vistió jamás como el más pequeño de ellos Salomón, en todo el esplendor de su gloria? No os inquietéis, pues, por el porvenir, porque el mañana ya traerá el cuidado de sí mismo. Bástale a cada día su mal»⁴.

¡Cuántas veces meditó Teresa estos pasajes del santo Evangelio! Esta última frase le inspiró la divisa de su vida de abandono: *Solamente para hoy*.

«Mi vida es un instante, una hora pasajera; mi vida es un instante, que escapa y huye de mí. Tú lo sabes, Dios mío: para amarte en la tierra, no tengo más que «hoy».

»¿Qué me importa, Señor, si el porvenir es sombrío? Pedirte para mañana... ¡Ah! No, no puedo... Conserva mi corazón puro, cúbreme con tu sombra. Solamente para hoy.

»Si pienso en mañana, temo mi inconstancia. Sien-

¹ *Novissima Verba*, 15 de agosto de 1897.

² *Novissima Verba*, 23 de agosto de 1897.

³ *Novissima Verba*, 27 de julio de 1897.

⁴ San Mateo, VI, 25-34.

to nacer en mi corazón la tristeza y el enojo. Pero bien quiero, Señor, la prueba y el sufrimiento. Nada más que por hoy.

»Pronto volaré para cantar tus alabanzas; cuando el día sin ocaso brillará para mi alma. Entonces cantaré con la lira de los ángeles el eterno hoy.»

5. — «*Mi camino es todo de confianza y de amor*»

Con su doctrina del abandono, la santa de Lisieux repuso en su lugar a una de las más altas virtudes cristianas, la que, después del amor, es el móvil más poderoso de nuestra vida espiritual. Nos ha devuelto el sentido de la esperanza. — «Es la confianza y nada más que la confianza lo que ha de conducirnos al amor»¹. Su *Historia de un alma* y sus últimas cartas a un misionero no son otra cosa que un himno de confianza al Amor Misericordioso. — «Podéis cantar las divinas misericordias. Brillan en vos con todo su esplendor. Os gustan san Agustín y santa Magdalena, estas almas a las cuales les fueron perdonados muchos pecados, porque amaron mucho. También a mí me gustan: me gusta su arrepentimiento y, sobre todo, su amorosa audacia. Cuando veo a Magdalena que avanza delante de los numerosos convidados de Simón y que riega con sus lágrimas los pies de su adorado Maestro, a quien toca por primera vez, siento que mi corazón ha comprendido los abismos de amor y de misericordia del Corazón de Jesús y que no sólo está dispuesto a perdonarla, sino también a prodigarle los beneficios de su intimidad divina y a elevarla hasta las más altas cumbres de la contemplación.

»Desde que también a mí se me ha dado a comprender el amor del Corazón de Jesús, confieso que

¹ Carta a sor María del Sagrado Corazón, 17 de septiembre de 1896.

ha echado fuera de mi corazón todo temor. El recuerdo de mis faltas me humilla, me induce a no apoyarme jamás sobre mi fuerza, que no es sino debilidad, pero este recuerdo todavía me habla más de misericordia y de amor. ¿Cómo es posible que, cuando, con una confianza filial, se echan las faltas en el brasero devorador del «Amor», no sean consumidas para siempre? Sé que muchos santos pasaron la vida haciendo maravillosas mortificaciones para expiar sus pecados, pero ¡qué queréis que os diga! «Hay muchas mansiones en la casa del Padre celestial»¹. Jesús lo ha dicho, y, por esto, sigo el «camino» que Él me ha trazado, procuro no ocuparme de mí misma en cosa alguna, y lo que Jesús se digne obrar en mi alma se lo abandono sin reservas»².

— «Esta Justicia que espanta a tantas almas. es el motivo de mi gozo y de mi confianza. Ser justo no es tan sólo ejercer la severidad con los culpables, sino también reconocer las intenciones rectas y recompensar la virtud. Espero tanto de la justicia de Dios como de su misericordia. Precisamente porque es justo, «es compasivo y está lleno de dulzura, es lento en castigar y abundante en misericordia. Porque conoce nuestra fragilidad, se acuerda de que somos polvo. A la manera que un padre siente ternura por sus hijos, así el Señor tiene compasión de nosotros»³. — He aquí lo que pienso de la justicia de Dios: MI CAMINO ES TODO DE CONFIANZA Y DE AMOR. No comprendo a las almas que tienen miedo a un Amigo tan amoroso»⁴.

A las almas desalentadas y paralizadas en su vuelo hacia Dios, la santa de Lisieux les predica incansablemente el Evangelio de la misericordia y del perdón: «El Señor tiene en cuenta nuestras flaque-

¹ San Juan, XIV, 2.

² Carta a un misionero, 21 de junio de 1897.

³ Salmo CII, 8, 13, 14.

⁴ Carta a un misionero, 1897.

zas; conoce perfectamente la fragilidad de nuestra naturaleza. ¿Qué temeré?»¹ — «*Nunca es demasiada la confianza en Dios, tan poderoso y tan misericordioso*»².

Para expresar esta confianza sin límites en el amor infinito de Dios, Teresa supo encontrar acentos inspirados, que pueden clasificarse entre los más bellos fragmentos de la literatura cristiana sobre la esperanza teologal. En estas páginas sublimes resplandece el motivo más puro de la virtud de la esperanza: Teresa no se apoya ni en sus méritos ni en su fidelidad, sino únicamente en la Omnipotencia divina y en el Amor Misericordioso de Dios, aunque hubiese cometido todos los crímenes de la tierra.

— «No es por haber sido preservada del pecado mortal que me elevo hacia Dios por la confianza y el amor. ¡Ah! Así lo siento: aunque tuviese sobre mi conciencia todos los crímenes que se pueden cometer, nada perdería de mi confianza; iría con el corazón triturado de arrepentimiento a arrojarme en los brazos de mi Salvador. Sé que amó al hijo pródigo; he oído sus palabras a santa Magdalena, a la mujer adúltera, a la Samaritana. No, nadie podría espantarme, porque sé a qué atenerme en cuanto a su amor y a su misericordia. Sé que toda esta multitud de ofensas quedarían sumergidas en un abrir y cerrar de ojos, como una gota de agua arrojada en un brasero ardiente.

»En las vidas de los Padres del desierto se cuenta que uno de ellos convirtió a una pública pecadora, cuyos desórdenes escandalizaban a una comarca entera. Aquella pecadora, tocada por la gracia, seguía al santo hacia el desierto para hacer allí una rigurosa penitencia, cuando, en la primera noche del viaje, aun antes de llegar al lugar de su retiro, sus lazos

¹ *Historia de un alma*, VIII, 147.

² *Historia de un alma*, XII, 246.

mortales fueron rotos por la impetuosidad de su arrepentimiento lleno de amor; y el solitario, en aquel mismo instante, vió a su alma llevada por los ángeles al seno de Dios. He aquí un ejemplo muy elocuente de lo que quisiera decir, pero estas cosas no pueden expresarse...»¹

«¡Que no pueda, oh Jesús, publicar a todas las pequeñas almas tu condescendencia inefable! Siento que si, por un imposible, encontrases una más débil que la mía, te complacerías en colmarla de favores, todavía más grandes, con tal que se abandonase con entera confianza en tu misericordia infinita»².

«¡Ah! Si las almas débiles e imperfectas como la mía sintiesen lo que yo siento, *ninguna* desesperaría de alcanzar la cumbre de la montaña del Amor, pues Jesús no exige grandes acciones, sino tan sólo el *abandono* y el agradecimiento»³.

¹ *Historia de un alma*, X, 205.

² *Historia de un alma*, XI, 221.

³ *Historia de un alma*, XI, 209.

CAPÍTULO V

FIDELIDAD EN LAS COSAS PEQUEÑAS

«No dejar escapar ningún pequeño sacrificio.»

SUMARIO

I. VIRTUDES RELIGIOSAS. — 1. *Pobreza.* — 2. *Castidad.* — 3. *Obediencia.* — II. CARIDAD FRATERNA. — 1. *El mandamiento nuevo.* — 2. *Las delicadezas de la caridad.* — 3. *«Un ángel de paz y de caridad.»* — III. «SANTIDAD EN MINIATURA.»

Cierta hagiografía había hipnotizado, en otro tiempo, a los espíritus sobre las penitencias de supererogación y sobre los hechos extraordinarios. La concepción teresiana de la santidad devolvió su justo valor al poder santificante de los deberes del propio estado. La tarea más humilde, la más común, ofrece materia para la más alta perfección moral. La santidad consiste ante todo en saber divinizar nuestra vida cotidiana.

Para enseñar esta verdad liberadora — de un considerable alcance espiritual —, Teresa no tomará aires de doctora. La virgen de Lisieux se contentará con llevar en su pobre monasterio una vida de carmelita, como antes la Virgen de Nazaret había sabido mantener inadvertida su existencia tan maravillosamente divina de Madre de Dios. La vida escondida

de Teresa de Lisieux es una lección de cosas, de la que se desprende sin esfuerzo un concepto enteramente nuevo del heroísmo de los santos. Nada de estigmas ni de fenómenos milagrosos, sino la crucifixión silenciosa y continua de una vida abnegada, la fidelidad a Dios en el deber cotidiano, sin brillo alguno, con frecuencia sin consuelo, el heroísmo de la pequeñez, cuyo valor, minúsculo a los ojos de los hombres, iguala, y tal vez sobrepuja, al de los más grandes santos, a los ojos de Dios.

I. — VIRTUDES RELIGIOSAS

Para ser completo, sería menester seguir a nuestra santa en la práctica minuciosa de todas las virtudes. El proceso de canonización desfilaría todo entero. Pero no se trata de decirlo todo, sino de ir desgranando algunos hechos, para deducir de ellos cuál fué el espíritu de la santa.

Los sacaremos de su fidelidad religiosa y del ejercicio de una virtud, que es el alma de toda comunidad cristiana: la caridad fraterna.

Teresa se consagrará a la realización de su ideal de vida religiosa con un esfuerzo heroico. Una joven-cita de quince años no multiplica diligencia tras diligencia, hasta acudir al Papa, en favor de su vocación de carmelita, sin haber encadenado fuertemente a ella su corazón. Como santo Tomás de Aquino, que, con sus robustos brazos, envolvió alrededor de su cuerpo la capa negra, para que no le arrebatasen el hábito de dominico, Teresa de Lisieux amará con pasión su vida religiosa. Cada vez que hablará de su vocación de carmelita, Teresa verá grandes cosas. Tiene conciencia de que un alma contemplativa debe ser una palanca que levante el mundo hasta Dios. Su vida claustral le parecerá siempre lo que es, en realidad, para las almas fieles, a saber, una auténtica escuela de santidad personal, y, en el servicio del cuerpo

místico de Cristo, un magnífico complemento de redención.

La vida religiosa tiende a la perfección del amor por la perfección del sacrificio. Teresa sólo quería dar a Dios amor, pero no se detenía en las palabras, sino que sabía encarnar esta vida de amor en la práctica cotidiana de las más pequeñas obligaciones de su vida religiosa. Es menester penetrar en los más insignificantes pormenores de esta fidelidad en las cosas pequeñas, si se quiere obtener la verdadera fisonomía moral de santa Teresa del Niño Jesús y el sentido profundo de su camino de infancia espiritual. Basta considerar su atenta aplicación a la observancia de sus votos religiosos, para darse cuenta del heroísmo de tal fórmula de vida.

1. — Pobreza

La sierva de Dios no profesará a la santa pobreza el culto radiante de un san Francisco de Asís, cuya especial misión fué conducir de nuevo al espíritu del Evangelio el mundo cristiano, arrastrado en su carrera hacia las riquezas y los placeres. La humilde carmelita imitará a Jesús en su desnudez. «Llevará la práctica de la pobreza hasta el último extremo»¹, «buscando para su uso personal los vestidos y los objetos más pobres»². «Cuanto más usados estaban, tanto mayor era su contento»³. Ella misma nos lo dice confidencialmente: «Después de mi toma de hábito recibí abundantes luces sobre la perfección religiosa, particularmente a propósito del voto de pobreza. Fuí presa, en esta época, de un verdadero amor a los objetos más ruines y más incómodos»⁴.

¹ Proceso Diocesano, 1.842, Sor Genoveva.

² Proceso Diocesano, 2.177, Sor Magdalena del Santísimo Sacramento.

³ Proceso Diocesano, Sor María de la Trinidad.

⁴ *Historia de un alma*, VII, 129.

Y, según su costumbre, nos dejó en unas máximas su concepto personal: «La pobreza consiste en verse privado, no sólo de las cosas agradables, sino también de las indispensables»¹. «No hay alegría comparable con la que goza el verdadero pobre de espíritu. Si pide con desasimiento una cosa necesaria, y no sólo se la niegan, sino que, además, intentan quitarle lo que tiene, entonces sigue el consejo de Nuestro Señor: “A quien quiere litigar contra ti para poseer tu vestido, dale también el manto.” Dar el manto es, según me parece, renunciar a los últimos derechos, considerarse como la sirvienta, la esclava de las demás. Cuando nos quitan el manto es más fácil andar y correr. Además, Jesús añade: “Si alguno te obliga a andar mil pasos, anda dos mil más con él.” No, no es bastante para mí dar a quien me pida; he de adelantarme a sus deseos, mostrándome muy obligada y muy honrada de prestar servicios, y si me quitan alguna cosa de mi uso, he de parecer feliz por quedar desembarazada de ella»². Su naturaleza de artista padecía al tener que emplear «objetos rotos o deteriorados»³. ¿Qué importa la privación de lo necesario cuando se posee a Dios?

Pobreza, pero no falta de aseo. «Me di cuenta de ello — dice una de sus novicias — un día en que hice una mancha en su delantal, y, en otra ocasión, en que los pies de una mesa recién pintada habían dejado huellas sobre el pavimento de su celda»⁴.

Nuestras concepciones modernas sobre la comodidad ¡dejan caer un peso tan duro sobre nuestras vidas regaladas! Nuestro ser de carne parece que no puede arrastrarse sino entre manjares terrenos. El alma no puede elevarse hasta Dios. ¡Dichosa pobreza la de los

¹ *Historia de un alma*, VII, 129.

² *Historia de un alma*, IX, 170.

³ Proceso Diocesano y Proceso Apostólico, 1.016, Sor Genoveva.

⁴ Proceso Apostólico, 1.016, Sor Genoveva.

santos, liberación divina, que obliga a la materia a seguir las leyes del espíritu! La obra maestra de la espiritualidad moderna, la *Historia de un alma*, fué escrita por Teresa en unos cuadernos de dos sueldos; y, al atardecer de sus jornadas de carmelita, en estas hojas sin valor alguno comercial, donde con rasgos rápidos y seguros escribía sus poesías y sus pensamientos, presentaba Teresa el puro canto de su alma y todo su ideal espiritual: «vivir de amor».

2. — Castidad

La santa de Lisieux fué un ángel de pureza. Había resuelto permanecer virgen para Cristo. Ser tan sólo de Él en la unión. Envidiaba la pureza de los serafines. «Siempre mi cuerpo me ha estorbado»¹, confesaba ella. Se la veía pasar por los claustros, con los ojos modestamente bajos, con paso igual, dejando tras sí una irradiación de castidad transfusiva. Admiraba en santa Cecilia el don de «*virginizar*» a los seres de carne que se le acercaban. *Nunca rozó con ella la menor tentación impura*². Este ser de pureza supo guardar para Cristo todo el poder de amar propio de un corazón de virgen.

3. — Obediencia

Al alma religiosa, desprendida de los bienes exteriores y de las pasiones carnales, sólo le falta liberarse del propio «yo» y olvidarse de sí misma. Teresa había llegado a este desasimiento total. Nos ha dejado, acerca de sí, este maravilloso testimonio: «Soy libre»³. Su voluntad entraba sin la menor resistencia en los más insignificantes matices de la voluntad divina, expresada a cada instante por su regla de car-

¹ *Novissima Verba*, 30 de julio de 1897.

² Proceso Apostólico, 725, Madre Inés de Jesús.

³ *Historia de un alma*, IX, 161.

melita, convertida en la forma viviente y concreta de su santidad. La trascendental misión y la universalidad católica del mensaje de santa Teresa de Lisieux no nos han de hacer olvidar a la humilde monja que tomó con empeño el dejarse amoldar, aun en los más pequeños pormenores, al ideal carmelitano. «Cuando quería recordar el texto de nuestras reglas —confesaba una novicia—, no tenía que hacer otra cosa que verla actuar»¹. Sor Teresa del Niño Jesús fué «un modelo de regularidad y de piedad»². «Había venido para obedecer, no sólo a los mandatos formales, sino también a los deseos adivinados de sus superiores»³. «A la primera señal de la campana dejaba inmediatamente todo trabajo, sin acabar la cosa más pequeña, aunque sólo fuese dar un punto»⁴. «o una palabra comenzada»⁵. «Era menester poner gran atención en lo que se decía, porque una sola indicación era para ella una orden, con la que se conformaba no sólo durante uno o quince días, sino hasta el fin de su vida»⁶.

«Obedecía a la letra, y en la autoridad no veía sino a Dios»⁷. Su espíritu de fe le descubría en la práctica de la obediencia el medio infalible de cumplir la voluntad divina y de agradar a Dios en todas las cosas. «¡De qué inquietudes, Dios mío, se libra uno por el voto de obediencia! ¡Qué felices son las simples religiosas! Siendo su única brújula la voluntad de los superiores, siempre están seguras de que andan por el recto camino. No han de temer equivocarse, aunque les parezca cierto que los superiores se

¹ Proceso Apostólico, 1.362, Sor María de la Trinidad.

² Proceso Apostólico, 535, R. P. Lemonnier.

³ Proceso Apostólico, 741, Madre Inés de Jesús.

⁴ Proceso Diocesano, 2.086, Sor Marta de Jesús.

⁵ Proceso Diocesano, 1.686, Sor María del Sagrado Corazón.

⁶ Proceso Apostólico, 1.026, Sor Genoveva.

⁷ Proceso Diocesano, 1.986, Sor María de los Angeles.

equivocan. Pero, cuando el alma deja de consultar a la brújula infalible, pronto se extravía por los áridos caminos, donde el agua de la gracia le faltará en seguida»¹.

La virtud de la obediencia va más lejos que el voto. No sólo se refiere a los preceptos de la regla y a las órdenes legítimas de los superiores, sino que, además, se inclina ante las menores señales de su voluntad, en todas las cosas permitidas, excepción hecha del pecado. Las causas segundas no son sino la expresión del plan divino sobre cada uno de nosotros. Los santos iban hasta aquí, sin creerse rebajados al someterse a los múltiples deseos de sus iguales y, a veces, aun de sus inferiores. El Espíritu de Dios, que les animaba, les hacía ver, más allá de las apariencias humanas y de las causas segundas, la voluntad de la Providencia, con la cual sabían identificar el propio querer, elevándose así hasta las alturas de la sabiduría de Dios. Todo es grande en los santos. «De esta manera santa Teresa del Niño Jesús había adquirido el hábito de obedecer a cada una de sus hermanas. Un día, durante su enfermedad, habiendo acompañado penosamente a la comunidad hasta la ermita del Sagrado Corazón, Teresa, agotada, se había sentado durante el canto de un himno. Una hermana le hizo señal de que se uniese al coro. En seguida se levantó, y como yo la reprendiese por ello, me respondió simplemente: "He adquirido el hábito de obedecer a cada una como si fuese Dios que me manifestase su voluntad"»². El espíritu de obediencia considera a todas las criaturas como mensajeras de Dios.

En un ambiente imperfecto, sor Teresa del Niño Jesús se mantuvo inviolablemente fiel a su ideal religioso. «hasta el agotamiento de sus fuerzas»³. Formaba a las novicias con la misma virilidad, dándoles esta

¹ *Historia de un alma*, IX, 161.

² Proceso Diocesano, 1.029, Sor Genoveva.

³ Proceso Diocesano, 2.158, Sor María de la Trinidad.

consigna, que hace los santos: «Aunque todas faltasen a la regla, no sería una razón para justificarnos. CADA UNA DEBERÍA OBRAR COMO SI LA PERFECCIÓN DE LA ORDEN DEPENDIESE DE SU CONDUCTA PERSONAL»¹.

II. — CARIDAD FRATERNA

La espiritualidad de santa Teresa de Lisieux, que elimina lo accidental para mejor consagrar todas las fuerzas del alma a lo esencial, y que insiste tan fuertemente en la primacía del amor en nuestras relaciones con Dios, produce el mismo saludable encauzamiento en nuestras relaciones con el prójimo, subrayando la importancia mayor del precepto de la caridad fraterna. También aquí su genio simplificador supo encontrar de nuevo el gran mandamiento del Maestro, semejante al primero e indisolublemente unido a él: «Amaos los unos a los otros.»

En ciertos tratados de la perfección espiritual, parece con harta frecuencia que la santidad queda reducida a un conjunto de ritos: se forman «devotos», se restringe la religión a la virtud de religión y se reduce inconscientemente el catolicismo a un culto. No: el catolicismo no es un culto, sino una vida. El Evangelio no es un ritual, sino un libro divino, que nos procura todos aquellos principios que han de dirigir nuestra vida individual, familiar, social, nacional e internacional. El alma de esta vida es la ley del amor, la virtud de la caridad, que rige de una manera excelente nuestra unión con Dios y todas nuestras relaciones sociales con la inmensa multitud de nuestros hermanos en Cristo. La historia comparada de las religiones da fe de ello: la caridad es la virtud distintiva de los discípulos de Jesús.

¹ Proceso Apostólico, 1.312, Sor María de la Trinidad.

1. — *El mandamiento nuevo*

Para santa Teresa de Lisieux transcurrió mucho tiempo antes de ver con plena luz el lugar eminente de la caridad fraterna en la vida de comunidad y en la espiritualidad cristiana. Sería infantil escandalizarse de ello: los santos están sujetos a la ley del progreso y encarnan su más viva realización; su vida es una ascensión continua. Fué tan sólo en el último año de su vida cuando, sobre este punto verdaderamente capital, penetró sor Teresa todo el pensamiento de Jesús. «Entre las gracias sin número que he recibido este año, no creo que sea la menor el haberme dado a entender en toda su amplitud el precepto de la caridad.» «Nunca había profundizado estas palabras de Jesús: “El segundo mandamiento es semejante al primero: amarás al prójimo como a ti mismo.” Me aplicaba principalmente a amar a Dios, *y ha sido amándole* cuando he descubierto el secreto de estas otras palabras: “No son los que dicen: ¡Señor, Señor!, los que entrarán en el reino de los cielos, sino el que cumple la voluntad de mi Padre.” Jesús me dió a conocer esta voluntad cuando en la última Cena dió su mandamiento nuevo, cuando dijo a sus apóstoles que se amaran los unos a los otros, como Él les había amado... Comencé entonces a indagar de qué manera Jesús había amado a sus discípulos. Vi que no era debido a sus cualidades naturales, pues comprobé que eran ignorantes y que estaban llenos de pensamientos terrenos. Sin embargo, les llama sus amigos, sus hermanos; desea verlos junto a Él en el reino de su Padre, y, para abrirles este reino, quiere morir en la cruz, afirmando que no hay amor más grande que el dar la vida por aquellos a quienes uno ama»¹.

Lo que más llama la atención de Teresa en las

¹ *Historia de un alma*, IX, 165.

palabras del Evangelio es la elevación enteramente divina del amor de Jesús a los suyos. El Maestro no considera las cualidades humanas y naturales de los apóstoles. Los ama a la manera de un Salvador, que viene a incorporarlos a su vida divina y a hacerlos coherederos de su reino. Los ama hasta sacrificarse por ellos. Su propia vida no cuenta: he aquí la nueva manera de amar. «Cuando el Señor, en la antigua ley, mandaba a su pueblo amar al prójimo como a sí mismo, todavía no había descendido a la tierra, y, sabedor del grado en que uno ama a su propia persona, no podía exigir más. Pero cuando Jesús da a sus apóstoles un mandamiento nuevo, su peculiar mandamiento, ya no exige tan sólo amar al prójimo como a sí mismo, sino tal como le ama Él, como le amará hasta la consumación de los siglos»¹.

Mas no basta decir esto. La amistad de Jesús para con nosotros encuentra su ejemplar ideal en el amor que el Padre tiene al Hijo, en el seno de la Santísima Trinidad. Es menester elevarse hasta aquí para entender el amor de Jesús a los suyos. «Padre Santo, ruego no sólo por mis apóstoles aquí presentes, sino también por todos los que, en adelante, han de creer en mí por su palabra, para que todos sean consumados en la unidad. Como tú, Padre, estás en Mí y Yo en Ti, así ellos sean uno en nosotros, Yo en ellos y Tú en Mí, consumados en nosotros en la unidad, para que el mundo sepa que me has enviado y que Tú les has amado como me has amado a Mí... Yo les he dado a conocer tu nombre y se lo daré a conocer, para que el amor con que me has amado permanezca en ellos y Yo también en ellos»².

Teresa había leído y releído en san Juan estas últimas confidencias de su Maestro. Bajo una ilustración repentina del don de inteligencia, su pensamiento contemplativo quedó deslumbrado. «Como mi Padre

¹ *Historia de un alma*, IX, 166.

² San Juan, XVII, 26.

me ha amado, también Yo os he amado. Permaneced en mi amor. He aquí el mandamiento nuevo que os doy: Amaos los unos a los otros *como Yo os he amado*. La mayor muestra de amor a los amigos es morir por ellos. Vosotros sois mis amigos. He aquí mi peculiar mandamiento: Amaos los unos a los otros»¹. Fácil es de adivinar la profunda impresión causada por estos textos en el corazón de Teresa. «Meditando estas palabras divinas, vi cuán imperfecto era mi amor a mis hermanas; comprendí que no las amaba tal como Jesús las ama. ¡Ah! Ahora adivino que la verdadera caridad consiste en soportar todos los defectos del prójimo, en no maravillarse de sus flaquezas, en edificarse de sus más pequeñas virtudes. Sobre todo he aprendido que la caridad no ha de estar encerrada dentro del corazón, porque nadie enciende una vela para ponerla debajo del celemín, sino para ponerla sobre el candelero, a fin de que ilumine a todos los que están en la casa. Me parece que esta vela representa la caridad que ha de iluminar y regocijar, no sólo a los que me son más queridos, sino también a todos los que viven en la casa»².

Ved, pues, otro aspecto de la caridad que impresiona a Teresa: su extensión a todos. La caridad a nadie excluye. Así lo afirma san Pablo: «La caridad es paciente, es dulce, no es envidiosa ni ambiciosa; no busca sus intereses personales»². La caridad se olvida de sí misma. Sin ella se pueden poseer las más altas luces, penetrar todos los misterios: no se es nada. Se puede entregar el cuerpo a las llamas, a todas las maceraciones, a todos los martirios: esto no vale nada. La caridad es verdaderamente el alma de la vida espiritual, la fuente del mérito, la virtud que nos hace más agradables a Dios. Una vez más ha sabido Teresa pedir la luz a las palabras de Jesús. Este acudir constantemente al Evangelio y a las fuen-

¹ San Juan, XV, 17.

² I Corintios, XIII, 4, 5.

tes más puras del pensamiento cristiano da a su espiritualidad un incomparable valor de rejuvenecimiento. Un pasaje de san Pablo le había revelado el sentido de su vocación en la Iglesia y la primacía del amor; el contacto con el Evangelio de san Juan le descubrirá el misterio de la caridad fraterna. Así los dos más grandes maestros espirituales del pensamiento cristiano le hicieron penetrar en toda su profundidad los dos puntos más esenciales de la doctrina mística de la Iglesia. De aquí la inagotable riqueza de la espiritualidad teresiana, transposición moderna del Evangelio de Jesús.

2. — *Las delicadezas de la caridad*

El genio de santa Teresa de Lisieux esencialmente intuitivo y realista, pasa siempre a la acción. Su amor es activo.

El capítulo noveno de la *Historia de un alma* ha conservado el recuerdo de las actitudes prácticas y de los procedimientos cotidianos utilizados por la sierva de Dios en el ejercicio de su heroica caridad. «Si el demonio intenta poner delante de mis ojos los defectos de tal hermana, me apresuro a considerar sus virtudes, sus buenos deseos. Me digo a mí misma que, si la he visto caer una vez, puede muy bien haber alcanzado muchas victorias, que oculta por humildad, y aun lo que me parece una falta puede ser un acto de virtud, por causa de la intención...» «Vuelvo al santo Evangelio, donde el Señor me explica muy claramente en qué consiste el mandamiento nuevo. Leo en san Mateo: «Habéis oído que se dijo: amaréis a vuestro amigo y odiaréis a vuestro enemigo. Pues yo os digo: Amad a vuestros enemigos; rogad por los que os persiguen.» Es indudable que en el Carmelo no se encuentran enemigos, pero, en fin, hay simpatías. Se siente cierto atractivo por tal hermana, mientras, al contrario, se da un largo rodeo para evitar el encuentro con otra.

Pues bien: Jesús me dice que es menester amar a esta hermana, que hay que rogar por ella, aunque su manera de conducirse me induzca a creer que no me quiere. «Si amáis a los que os aman, ¿qué mérito es el vuestro? También los pecadores aman a quienes les aman.» No es suficiente amar; hay que demostrarlo. Se siente uno naturalmente feliz complaciendo a un amigo, pero esto no es caridad, porque también lo hacen los pecadores.

»He aquí que Jesús también me dice: «Dad a quienquiera os pida, y si os quitan lo que os pertenece, no lo reclaméis.» Dar a todos los que piden es menos dulce que dar espontáneamente por impulso del corazón. Además, cuando os piden con afabilidad, nada cuesta dar; pero, si por desgracia se emplean palabras menos delicadas, en seguida el alma se subleva, cuando no está muy firme en la perfecta caridad. Encuentra entonces mil razones para rehusar lo que en tal forma se le pide, y no es sino después de haber echado en cara a la solicitante su indelicadeza, que le da por favor lo que le pide, o le presta un ligero servicio, que le quita veinte veces menos tiempo del que ha sido menester para ponderar los obstáculos y derechos imaginarios.»

«Sin embargo, no siempre puedo practicar a la letra las palabras del Evangelio. Hay ocasiones en las cuales me veo obligada a negar alguna cosa a mis hermanas. Mas cuando la caridad ha echado profundas raíces en el alma, se muestra al exterior. Hay maneras tan bondadosas de rehusar cuando no se puede dar, que la negativa causa tanto placer como la dádiva. Es verdad que es menos enojoso recurrir a las que siempre se muestran dispuestas a ayudar; sin embargo, so pretexto de que estoy obligada a negar, no debo alejarme de las hermanas que fácilmente piden algún servicio, pues el divino Maestro dijo: «No huyáis del que quiere pedir prestado.»

«No he de ser servicial con el fin de parecerlo y con la esperanza de que, en otra ocasión, la hermana

a quien ayudo me prestará, a su vez, algún servicio, porque Nuestro Señor dijo: «Si prestáis a aquellos de quienes esperáis recibir alguna cosa, ¿qué mérito hay en ello? También los pecadores dan prestado a los pecadores, para recibir otro tanto. Pero, en cuanto a vosotros, haced el bien, prestad sin esperar nada y vuestra recompensa será grande.»

— «¡Ah! Sí, la recompensa es grande, aun en la tierra. En este camino sólo cuesta dar el primer paso. *Prestar sin esperar nada*, parece duro. Sería más agradable dar, porque una cosa dada ya no nos pertenece. Cuando os dicen con aire convencido: «Hermana, tengo necesidad de vuestros servicios durante algunas horas, pero estad tranquila, porque tengo permiso de nuestra madre y os devolveré el tiempo que me dais», a la verdad, cuando se sabe que este tiempo jamás será devuelto, gusta más decir: «Os lo doy.» Esto da mayor contento al amor propio, porque es una acción más generosa dar que prestar, y además, así se hace sentir a la hermana que no se cuenta con sus servicios.

» ¡Ah! ¡Qué contrarias son las enseñanzas divinas a los sentimientos de la naturaleza! Sin el auxilio de la gracia sería imposible no sólo ponerlas en práctica, sino también entenderlas.

» Advierto que nunca me he explicado tan mal. No sé qué interés podréis encontrar en leer todos estos pensamientos tan confusos; pero no escribo para hacer una obra literaria. Si os fastidio con esta clase de discursos sobre la caridad, a lo menos veréis que vuestra hija ha dado pruebas de buena voluntad¹.

La santa tan exquisita que ha escrito estas líneas, no nos causa el menor enojo, y en su «discurso sobre la caridad» hormiguean observaciones y advertencias psicológicas de extremada utilidad para las almas que

¹ Historia de un alma, IX, 171.

viven en comunidad, donde la más grande caridad fraterna ha de ser la reina de las virtudes, el principio de unión de todos, si se quiere que los monasterios sean verdaderos paraísos en la tierra y realicen su ideal, que es el mismo de las primitivas comunidades cristianas: «un solo corazón y una sola alma en el Señor»¹.

3. — «Un ángel de paz y de caridad»

Sor Teresa daba ejemplo de la caridad más activa, con un refinamiento de delicadeza infinita. «Su caridad la llevaba a olvidarse de sí misma en todas las ocasiones»². «Se ingeniaba para dar gusto a los que la rodeaban»³, portándose con todas sus hermanas con una caridad igual, pero guardando preferencia por los caracteres más ingratos. Junto a ella «las más desheredadas podían creerse las más amadas»⁴. Una hermana, en particular, tenía el don de desagradarle en todo. Sor Teresa del Niño Jesús, por espíritu sobrenatural, con una buena gracia encantadora, se arrimó a ella y de tal manera logró cambiar su natural antipatía, que otra de sus compañeras, al ver que prodigaba a esta hermana tantas muestras de afecto, creyó en una amistad particular y quedó por ello muy contristada. Llegó hasta el punto de quejarse a la sierva de Dios, que se contentó con sonreír. Más tarde Celina, ya novicia, tuvo que luchar contra una antipatía natural. Teresa le confesó sus propios combates. «Un día, refiere aquélla, no encontrando otro medio para abrirme los ojos sobre la caridad fraterna y las luchas que exige, me confié los esfuerzos que tenía que hacer para sobreponerse a una natural antipatía contra cierta hermana... Era

¹ Actos, IV, 32.

² Proceso Apostólico, 806, Sor María del Sagrado Corazón.

³ Proceso Apostólico, 954, Sor Genoveva.

⁴ Proceso Apostólico, 980, Sor Genoveva.

precisamente aquella con la cual parecía que Teresa tenía la mayor intimidad, de tal manera que la hermana X... sentía celos»¹. Una antipatía dominada hasta el punto de dar a entender una profunda simpatía: he aquí un hermoso triunfo de la caridad.

La vida de Teresa es un tejido de pequeños ejemplos de este género, que dan testimonio de su heroica virtud. «Nunca la vi quejarse con ocasión de sus sufrimientos personales. Todo lo soportaba en silencio, evitando causar pena.» «A fin de animar a una hermana afligida por negros pensamientos, solicitó ser su ayudanta en un empleo, en el cual nadie podía sostenerse por causa del carácter difícil de la enferma»². «Una hermana nerviosa, instruida e inteligente, pero con una imaginación atravesada de mil extravagancias, era el espantajo de las enfermeras. Fué a propósito de esto que Teresa me dijo: «El empleo de enfermera es el que más me gustaría. No quiero pedirlo por temor de caer en presunción, pero si me lo dan, me consideraré muy privilegiada»³. — «Su caridad llegaba hasta sacrificar, en apariencia, sus propios intereses espirituales. Había un libro que le hacía mucho bien. Vi que, sin terminar su lectura, lo pasaba a sus hermanas, y a pesar de sus deseos, nunca lo acabó»⁴. — «Teresa poseía un particular talento para mover a risa a las hermanas en sus tristezas. Se ocupaba en ello con su aire amable, su buena gracia y con su sonrisa llena de afecto»⁵. — «A las que la estorbaban, nunca les mostraba enojo, ni fatiga, y respondía al primer llamamiento»⁶. — «Era el encanto de nuestros recreaciones»⁷.

¹ Proceso Apostólico, 980, Sor Genoveva.

² Proceso Apostólico, 949, Sor Genoveva.

³ Proceso Apostólico, 949, Sor Genoveva.

⁴ Proceso Apostólico, 950, Sor Genoveva.

⁵ Proceso Apostólico, 952, Sor Genoveva.

⁶ Proceso Apostólico, 952, Sor Genoveva.

⁷ Proceso Apostólico, 1.562, Sor Genoveva.

Hay, a veces, en las comunidades religiosas, temperamentos austeros o sombríos, a quienes parece excesiva la legítima expansión prevista con prudencia por los fundadores y ratificada por la Iglesia. Predican la soledad y sueñan para los demás el aislamiento del desierto. En esta huída misántropa de los hombres hay, con frecuencia, un secreto egoísmo. Un rostro siempre amable es una limosna espiritual, que refleja la sonrisa de Dios. Y, a ciertas horas, cuando hay que dominar los propios cuidados y las íntimas crucifixiones, sonreír es un acto heroico, una de las formas más auténticas de la caridad. Con su prudencia y su habitual discreción, santa Teresa, ante sus novicias, insistía sobre punto tan importante de la vida común. — «Me decía que hay que ir a la recreación, no para recrearse, sino para recrear a los demás. Allí, tal vez más que en otras partes, encontramos ocasiones para renunciarnos a nosotros mismos y practicar la caridad. Hacedos agradable a todas. Es verdad que no lo conseguiréis, sino renunciando a vos misma»¹. Algunas monjas, «al verla tan dulce y que nunca se quejaba, abusaban de su paciencia»². «Nunca hemos de negar nada a persona alguna, decía Teresa sonriente, aunque esto nos cueste mucho trabajo. Pensad que es Jesús quien os pide este pequeño servicio. Entonces lo prestaréis con diligencia y con rostro siempre amable»³. — «Cuando se necesitaba una hermana para un trabajo molesto o fatigoso, siempre se ofrecía para ello»⁴. — «Gustaba de hacer servicios y de complacer, aun a costa suya. Sus «silencios», sus domingos (tiempo libre en el Carmelo, del cual son todas muy avaras), los pasaba, con la mayor frecuencia, componiendo poesías, según se las

¹ Proceso Apostólico, 1.347, Sor María de la Trinidad.

² Proceso Diocesano, 483, Sor María del Sagrado Corazón.

³ Proceso Diocesano, 2.059, Sor Marta de Jesús.

⁴ Proceso Diocesano, 2.140, Sor María de la Trinidad.

pedían «y a gusto» de sus hermanas. Nunca se negó a escribir una sola. Su tiempo fué de tal manera presa de sus actos de caridad, que no lo encontraba para ella»¹. «Nosotras, las novicias, la estorbábamos oportuna e inoportunamente, desbaratándola y multiplicando las preguntas indiscretas. Siempre se mostraba sosegada y dulce»². En sus relaciones con las almas, una prudencia altísima y enteramente impregnada de misericordia divina animaba el corazón de la sierva de Dios. «¡Oh, las almas!... Con frecuencia no se piensa en ellas y se las lastima... Algunas están enfermas... Muchas están débiles... Todas sufren... Y, muchas veces, lo que parece negligencia a nuestras miradas, es heroico a los ojos de Dios»³.

— «Hacia el fin de su vida, cuando ya muy enferma escribía en el jardín, me di cuenta, un día, de que a cada instante la interrumpían las hermanas. En lugar de impacientarse o, simplemente, de rogar que la dejaran tranquila, sor Teresa dejaba la pluma y cerraba el cuaderno con una dulce sonrisa. Le pregunté de qué manera, en tales condiciones, podía hilvanar tan sólo dos ideas. Me respondió: «Estoy escribiendo sobre la caridad fraterna y éste es el momento de practicarla. ¡Ah, Madre mía! ¡La caridad fraterna! Es el todo en la tierra. Se ama a Dios en la medida que se practica»⁴.

Sí, Teresa decía la verdad, cuando escribía en su *Historia de un alma*: «Dios me ha hecho la gracia de penetrar las misteriosas profundidades de la caridad. Si pudiese expresar lo que entiendo, oiríais una melodía del cielo»⁵.

¹ Proceso Diocesano, 1.739, Sor Genoveva.

² Proceso Diocesano, 1.809, Sor Genoveva.

³ Proceso Diocesano, 1.755, Sor Genoveva.

⁴ Proceso Apostólico, Madre Inés de Jesús.

⁵ *Historia de un alma*, X, 177.

III. — «SANTIDAD EN MINIATURA»

Si fuese menester emitir un juicio de conjunto, para caracterizar la santidad y la doctrina espiritual de Teresa de Lisieux, podría decirse que encarna en la Iglesia el heroísmo de la pequeñez. Pertenecer a aquella categoría de santos, a la vez admirables e imitables, que quedan a nuestro alcance. Esto no disminuye su verdadera trascendencia. Se ha dicho y repetido después de Pascal que la infinita pequeñez no es menos sorprendente que la infinita grandeza y no menos reveladora de la omnipotencia divina. Teresa, desde las primeras páginas de la *Historia de un alma*, hace una observación parecida, cuando afirma que el «amor de Nuestro Señor igualmente se revela en el alma más sencilla que en el alma más sublime»¹. Santa Teresa del Niño Jesús entendió por intuición todo el poder glorificador, que, en el mundo de las almas, ha de subir hasta Dios, a partir de lo infinitamente pequeño. Siempre querrá clasificarse entre «estas almas sencillas», y su misión será suscitar en el mundo una multitud de otras «pequeñas almas», que, a su manera — y lo mismo que las almas grandes —, trabajarán por la gloria del Creador.

La Iglesia no se ha engañado. Ha canonizado el heroísmo de la pequeñez, este nuevo género de «santidad en miniatura». — El mismo Dios, que lanza al espacio, con maravillosa armonía, la inmensidad de los mundos de imponentes masas, se complace también en cortar en las hendiduras de las rocas cinceladuras de cristal, que proclaman con no menos elocuencia la perfección de su sabiduría. La misma mano omnipotente que da vida a animales gigantescos en

¹ *Historia de un alma*, I, 5.

la tierra y los mares, forma también el imperceptible organismo de los infinitamente pequeños.

«Lo mismo ocurre en el orden sobrenatural. El mismo Dios, que suscitó aquellos gigantes de santidad y de apostolado, tales como los santos apóstoles Pedro y Pablo, san Atanasio, san Crisóstomo, san Ambrosio y san Carlos Borromeo, el mismo Dios se ha revelado en este momento a nosotros como Aquel cuyo amor infinito ha modelado secretamente, en una miniatura de santidad finamente trabajada, esta humilde y «pequeñísima niña»¹.

Tal es el nuevo «modelo de santidad»², que la Iglesia propone a los hombres de nuestro tiempo. Este heroísmo de la pequeñez no es más que el retorno al espíritu del Evangelio, a aquella «fidelidad en las cosas más pequeñas»³ tan recomendada por Jesús.

¹ Discurso del papa Pío XI, 11 de febrero de 1923.

² Pío XI, Bula de canonización, 17 de mayo de 1925.

³ San Lucas, XVI, 10; XIX, 17. — San Mateo, XXV, 21, 23.

CAPÍTULO VI

VIDA MARIANA

«Más Madre que Reina.»

SUMARIO

1. *La Virgen de la sonrisa.* — 2. *«He entendido que era su hija.»* — 3. *La Virgen de Nazaret.* — 4. *«Más Madre que Reina.»*

El reducido número de textos marianos, esparcidos en la *Historia de un alma* y en los otros escritos de santa Teresa del Niño Jesús, dejan, en apariencia, poco lugar para una vida de intimidad con la Madre de Cristo. Pero también san Juan de la Cruz es lacónico en este punto. Apenas habla de la Madre de Dios, pero en un bello pasaje y como para aplicarle todas las leyes de la unión transformante, lo cual constituye el supremo elogio por parte del gran doctor místico del Carmelo.

En realidad, en la vida profunda de santa Teresa de Lisieux, como en la de san Juan de la Cruz, la Santísima Virgen ocupa enteramente un lugar de primera línea. Teresa fué, en el sentido más propio, un alma mariana. Pero en ella, como en las almas contemplativas, todo anda por dentro. Algunas confidencias que se le escaparon y que nosotros hemos conservado, dejan entrever con certeza la profundidad de esta intimidad. Sería desconocer uno de los aspectos más esenciales del camino de la infancia

espiritual olvidar el papel de madre que María desempeñó en él, papel insustituible y de cada momento.

Ante el misterio de María, los grandes siervos de Dios reaccionan siempre según su temperamento y con sentimientos de piedad filial, donde se encuentran los elementos más fundamentales de su vida interior. No hay alma de santo que, según su manera peculiar, no se haya consagrado al culto de María. En algunos, esta devoción adquiere el movimiento continuo de una vida. Aplicando la célebre fórmula de san Pablo, podrían decir con verdad: «Para mí, el vivir es María.»

El *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*, del beato Grignon de Montfort, es en la Iglesia la obra maestra de esta vida íntima mariana. No se trata tan sólo de pronunciar algunas oraciones marianas, sino de *vivir* «por María, con María, en María y para María». «*Por María*»: es la conciencia de que todas las gracias de la Encarnación y de la Redención nos vienen por María y de que, sin Ella, como sin Jesús, nada podemos en orden a la vida de la gracia. «*Con María*»: es la imitación de sus virtudes, el acudir a nuestros deberes cotidianos como acudiría Ella, que, después de Cristo, es el modelo y la causa ejemplar de toda santidad. «*En María*»: es la convivencia, la identificación con los sentimientos de la Madre de Dios y de los hombres; la realización de las palabras de san Ambrosio en su comentario al *Magnificat*: «Que el alma de María esté en cada uno de nosotros para glorificar a Dios.» — «*Para María*»: es desaparecer en Ella y no vivir sino para su gloria.

No vayamos a exigir a la santa de Lisieux que amolde su vida mariana a la forma de este admirable tratado. Su alma ni siquiera intentará penetrar en las perspectivas tan ricas y tan completas de estas enseñanzas marianas. Fiel al espíritu del Carmelo, Teresa vive en una atmósfera mariana, pero según su gracia personal, con toda libertad, sin fór-

mulas fijadas de antemano, sin programa, como el niño que se entretiene o reposa junto a su madre tiernamente amada, a quien lo cuenta todo.

1. — *La Virgen de la sonrisa*

Muy niña y huérfana, Teresa la escogió por Madre. Este acto inicial designa todo el sentido de su devoción a María. No se encuentran en ella largas páginas de consideraciones muy elevadas sobre las grandezas de la Madre de Dios o sobre su acción mediadora en las almas. Teresa se dirige a María como un niño pequeño corre hacia su madre. «La que familiarmente llamaba «Papá» a Dios, no podía menos de dar a la Virgen el nombre de «Mamá», que le parecía más tierno que el de Madre»¹.

En ella su devoción mariana no es más que un corolario práctico de su camino de infancia espiritual. Se encontrarán en el plan mariano los mismos sentimientos de amor filial, de conciencia de la propia debilidad, de simplicidad, de confianza y de total abandono.

Los más insignificantes pormenores de su vida cotidiana nos hacen asistir a esta intimidad, la cual no hará otra cosa que crecer con la vida. «En su tierna infancia rezaba a la Virgen delante de un pequeño altar arreglado por ella misma. Gustaba de adornar con guirnaldas y coronas de flores las imágenes de Nuestra Señora»². Leemos en la *Historia de un alma*: «Era el mes de mayo de 1878. Como que os parecía demasiado pequeña para ir a los ejercicios del mes de María todas las noches, me quedaba en casa con la niñera y hacía con ella mis devociones, delante de mi altar, que arreglaba a mi manera. Todo

¹ Proceso Diocesano, 1.649, Sor María del Sagrado Corazón.

² Proceso Apostólico, 780, Sor María del Sagrado Corazón.

era tan pequeño, los candeleros, los floreros, etc., que dos pequeñas candelas bastaban para iluminarlo perfectamente»¹.

«Poco tiempo después fui a confesarme, y recuerdo la exhortación que se me hizo: se me invitaba ante todo a la devoción a la Santísima Virgen y prometí redoblar mi ternura para con Ella, que ya ocupaba un lugar muy grande en mi corazón»².

Pero el acontecimiento que señalará un progreso decisivo en su filial devoción a la Santísima Virgen y le comunicará una confianza sin límites en su Madre de los Cielos, será su curación milagrosa a la edad de diez años. «La enfermedad de que fui atacada procedía ciertamente de la envidia del demonio... No sé cómo describir un mal tan extraño. Decía cosas que no pensaba, y hacía otras como forzada y a pesar mío; casi siempre parecía que estaba delirando y, sin embargo, estoy segura de no haber perdido un solo instante el uso de la razón. Con frecuencia permanecía desvanecida durante varias horas y el desvanecimiento era tal que me hubiera sido imposible hacer el más ligero movimiento. Sin embargo, en medio de esta extraordinaria modorra, oía distintamente lo que se decía en torno mío, aun en voz baja, y todavía lo recuerdo. ¡Qué espanto me inspiraba el demonio! Tenía miedo absolutamente de todo: el lecho me parecía rodeado de horribles precipicios; ciertos clavos, fijados en las paredes de la habitación, tomaban a mis ojos la imagen terrorífica de gruesos dedos carbonizados y me hacían prorrumpir en gritos de horror. Un día, mientras mi padre me miraba en silencio, su sombrero, que tenía en la mano, se transformó de repente en nó sé qué forma horripilante, y manifesté un pavor tan grande, que mi pobre padre salió sollozando»³.

¹ *Historia de un alma*, II, 26.

² *Historia de un alma*, II, 27.

³ *Historia de un alma*, III, 46.

Pero si Dios permitía al demonio obrar exteriormente, su omnipotencia velaba. Preparaba para el mundo una gran santa por la intervención milagrosa de la Virgen María.

«Un día vi entrar a mi padre en mi habitación. Parecía muy conmovido. Dirigióse a María y le dió varias monedas de oro, rogándole que escribiese a París para pedir una novena de misas al santuario de Nuestra Señora de las Victorias, a fin de obtener la curación de su pequeña reina. ¡Ah! ¡Qué emocionada me sentía al ver su fe y su amor! ¡Cómo hubiera deseado levantarme y decirle que ya estaba curada! Desgraciadamente mis deseos no podían hacer un milagro, y era menester uno muy grande para devolverme la vida. Sí, era necesario un gran milagro y lo hizo cumplidamente Nuestra Señora de las Victorias.»

«Un domingo, durante la novena, María salió al jardín y me dejó con Leonia, que leía junto a la ventana. Pasados algunos minutos comencé a llamar en voz muy baja: «¡María! ¡María!» Leonia, acostumbrada a oírme gemir siempre de esta manera, no hizo caso. Entonces llamé muy fuerte y María se volvió hacia mí. Vi perfectamente que entraba, pero, ¡ay!, por primera vez, no la reconocí. Buscaba en torno mío, dirigía al jardín una mirada ansiosa y comenzaba de nuevo a llamar: «¡María! ¡María!» Era un sufrimiento indecible esta lucha forzada e inexplicable, y María tal vez padecía más que la pobre Teresa. Finalmente, después de vanos esfuerzos para darse a conocer, se volvió hacia Leonia, le dijo una palabra en voz baja y desapareció pálida y temblorosa. Mi pequeña Leonia me llevó en seguida junto a la ventana. Vi en el jardín, pero todavía sin reconocerla, a María, que andaba lentamente, tendiéndome los brazos y llamándose con su más tierna voz: «¡Teresa, mi pequeña Teresa!»

«No habiendo tampoco obtenido éxito esta última tentativa, mi querida hermana se arrodilló llorando

al pie de mi cama, y, volviéndose hacia la Virgen bendita, la invocó con el fervor de una madre que *quiere* la vida de su hija. Leonia y Celina la imitaron, y fué aquello un grito de fe que forzó las puertas del cielo. No encontrando ningún auxilio en la tierra y próxima a morir de dolor, también me volví hacia mi Madre del cielo, rogándole con todo mi corazón que, al fin, tuviese piedad de mí. De repente la imagen se animó. La Virgen María apareció bella, tan bella que no encuentro palabras para expresar aquella hermosura divina. Su rostro respiraba una dulzura, una bondad, una ternura inefable. Pero lo que penetró hasta el fondo de mi alma fué su sonrisa encantadora. Entonces se desvanecieron todas mis penas; dos gruesas lágrimas saltaron de mis párpados y se deslizaron silenciosamente... La Santísima Virgen se ha adelantado hacia mí y me ha sonreído. ¡Qué feliz soy!, pensaba; pero no lo diré a nadie, porque mi dicha desaparecería. Después, sin ningún esfuerzo, bajé los ojos y reconocí a mi querida María. Me miraba con amor, se mostraba conmovida y parecía adivinar el gran favor que yo acababa de recibir. ¡Ah! Era a ella, a su oración conmovedora, que debía la gracia inexplicable de la *sonrisa de la Santísima Virgen*»¹.

En su primera visita al Carmelo la abrumaron a preguntas sobre el milagro de su curación. Teresa solamente podía responder una cosa: «La Santísima Virgen me pareció muy bella, la vi avanzar hacia mí y me sonrió»².

En el momento de la celestial visión, el rostro de Teresa, diáfano y transfigurado, aparecía marcado con una expresión sobrenatural tal, que los testigos de aquella escena quedaron presa de aturdimiento y admiración. Para ellos no había duda: la Santísima Virgen se le había aparecido en el éxtasis.

¹ *Historia de un alma*, III, 49.

² *Historia de un alma*, III, 50.

Algunos años más tarde, al partir para su viaje a Italia, recibió interiormente, en el santuario de Nuestra Señora de las Victorias de París, la confirmación del gran Milagro de María. «Fué allí donde mi Madre, la Virgen María, me dijo claramente que era ella quien me había sonreído y me había curado»¹.

2. — «Entendí que era su hija»

¿Cómo no subrayar, con los testigos del proceso de canonización, que esta gracia milagrosa provocó en su alma un nuevo vuelo, todavía más filial, hacia su devoción a la Santísima Virgen? Era a Ella a quien recurría en todas sus penas de niña. Como todas las almas vírgenes, confió a María la guarda de su pureza.

No sólo, como todas las jovencitas cristianas, siente Teresa una gran alegría, al verse designada para leer el acto público de consagración a la Santísima Virgen, el día de su primera Comunión, al inscribirse en la Congregación de Hijas de María y al rezar fielmente todos los días el «Acordaos» y el Rosario, sino que, además, habla a la Madre del cielo de toda su vida íntima: goces, tristezas y esperanzas.

«Fué también al pie de Nuestra Señora de las Victorias, en París, donde vió cesar sus penas interiores.» Ella misma lo confiesa con acentos que no engañan: «¡Ah! Lo que sentí a sus pies no podría expresarlo... *Entendí que velaba por mí, que yo era su hija*»².

En el Carmelo, cada vez más, a medida que se le acercaba el fin, esta devoción mariana se convertirá

¹ *Historia de un alma*, VI, 96.

² Proceso Diocesano, 1.649, Sor María del Sagrado Corazón.

en intimidad a cada instante. «A la Santísima Virgen nada le oculta; se lo dice todo»¹. «Habiendo entrado el día de la Anunciación, Teresa será feliz al hacer la profesión el 8 de septiembre: «¡La Natividad de María! ¡Qué hermosa fiesta para ser la esposa de Jesús!»².

«Preparaba sus comuniones en unión con la Santísima Virgen, pidiéndole que la revistiese de sus disposiciones y que Ella misma la presentase a su divino Hijo»³, y terminaba con Ella la acción de gracias⁴.

Maestra de novicias, sor Teresa desempeñaba su cargo unida constantemente con María. A una novicia, sorprendida al ver adivinados sus más íntimos pensamientos, le respondió: «He aquí mi secreto: Nunca os hago ninguna observación sin antes invocar a la Santísima Virgen y le pido que me inspire lo que ha de haceros el mayor bien»⁵. — «...Acudo a la oración, y lanzo una mirada interior sobre la Santísima Virgen, y Jesús siempre triunfa»⁶. «Cuando estaba dirigida por ella y me costaba decirle ciertas cosas, me conducía ante la imagen milagrosa, que le había sonreído en su infancia (y que había hecho colocar junto a su celda), y me decía: «No es a mí que vais a decir esto que os cuesta, sino a la Santísima Virgen.» Yo me decidía, ella escuchaba mis confidencias; después me hacía besar la mano de María, me daba sus consejos y la paz renacía en mi alma»⁷.

Cuando, el 8 de julio de 1897, Teresa entró en la enfermería, quiso que pusiesen junto a ella la «Virgen de la Sonrisa».

¹ Proceso Apostólico, 1.327, Sor María de la Trinidad.

² *Historia de un alma*, VIII, 134.

³ Proceso Apostólico, 1.053, Sor Teresa de San Agustín.

⁴ *Historia de un alma*, VIII, 140.

⁵ Proceso Diocesano, 2.364, Sor María de la Trinidad.

⁶ *Historia de un alma*, X, 186.

⁷ Proceso Apostólico, 1.327, Sor María de la Trinidad.

«Tú que me sonreíste en la mañana de mi vida, sonríeme ahora, Madre: he aquí el atardecer»¹.

Pronto se acerca la hora de la consumación suprema. Teresa, que la siente, no puede contemplar sin emoción a la que le había sonreído «en la mañana de su vida». «No puedo mirar a la Santísima Virgen sin llorar»². Entre la Madre y la hija ya no hay secretos. «Durante su última enfermedad no cesa de hablar de la Santísima Virgen»³. Con un abandono confiado le murmura sus cuitas, le pide fuerza para sufrirlo todo, le manifiesta sus últimas esperanzas: «Pido con mucha frecuencia a la Santísima Virgen que diga a Dios que no tiene por qué incomodarse conmigo. Es Ella la que hace todos mis encargos»⁴.

— «Cuando se ha rogado a la Santísima Virgen y no nos ha escuchado, hay que dejarla hacer, sin insistir ni inquietarse»⁵.

— «He sufrido mucho, muchísimo, pero es la Santísima Virgen a quien me he quejado»⁶.

— «Mi buena Santísima Virgen, quisiera marcharme»⁷.

— «Quisiera, sin embargo, tener una muerte bella... La he pedido a la Santísima Virgen. Pedir a la Santísima Virgen no es lo mismo que pedir a Dios. Ella sabe muy bien lo que ha de hacer con mis pequeños deseos, si los ha de manifestar o no los ha de manifestar... Finalmente, a Ella corresponde ver la manera de no forzar a Dios a que me escuche, para dejarle hacer en todo su voluntad»⁸.

El día 8 de septiembre de 1897, después de haber

¹ Poesías *Por qué te amo, oh María*, mayo de 1897.

² Proceso Apostólico, 2.426, Sor Genoveva.

³ Proceso Apostólico, 887, Sor Genoveva.

⁴ *Novissima Verba*, 10 de junio de 1897.

⁵ *Novissima Verba*, 23 de agosto de 1897.

⁶ *Novissima Verba*, 5 de septiembre de 1897.

⁷ *Novissima Verba*, 28 de agosto de 1897.

⁸ *Novissima Verba*, 4 de junio de 1897.

pedido la imagen de Nuestra Señora de las Victorias, escribió al dorso, con mano temblorosa: «¡Oh, María! Si yo fuese la Reina del Cielo y vos fueseis Teresa, querría ser Teresa, para que vos fuerais la Reina del Cielo.» — «Éstas fueron las últimas líneas que trazó acá abajo»¹.

El día de su muerte, durante su agonía, se la oyó murmurar: «¡Santísima Virgen, venid en mi ayuda!» Después, hacia las tres de la tarde, puso los brazos en cruz. La Madre Priora puso sobre sus rodillas una imagen de la Virgen del Carmen y Teresa detuvo en ella su mirada: «Madre mía, presentadme pronto a la Santísima Virgen; preparadme para bien morir»².

Algunos instantes después la Virgen le sonreía en el Cielo.

3. — *La Virgen de Nazaret*

En virtud de una ley psicológica muy natural, cada uno es atraído por el aspecto del misterio de María que está más en consonancia con su personalidad. Un alma de teólogo se complacerá en contemplar de qué manera la Maternidad es el principio de todas las grandezas de María, la clave de la teología mariana: Virgen e Inmaculada para ser un templo digno del Verbo encarnado; Madre de Cristo Salvador y, por consiguiente, asociada como una nueva Eva a la misma obra redentora; verdadera Corredentora, con dependencia de Cristo, pero con la misma extensión universal en el orden del mérito, de la satisfacción y de la oración omnipotente; Mediadora universal de todas las gracias de nuestra salvación. A las Congregaciones hospitalarias, que se inclinan sobre todas las miserias humanas y están consagradas a su alivio, la incansable bondad de María les parecerá la

¹ Proceso Apostólico, 2.426, Sor Genoveva.

² *Novissima Verba*, 30 de septiembre de 1897.

infalible providencia de una Madre que jamás olvida a sus hijos. A todas las almas marianas, que caminan hacia la perfección, se les ofrece como el atajo que conduce más de prisa y más alto hacia Dios.

Teresa descubre en la simplicidad de la Virgen de Nazaret el ideal de su propio camino.

Es al fin de su vida, en el momento en que su pensamiento espiritual está más desenvuelto, cuando se siente obligada a decir a las almas: «Tengo todavía alguna cosa que hacer antes de morir; siempre he soñado en expresar en un cántico a la Santísima Virgen todo cuanto pienso acerca de Ella.» Y compuso su cántico *Por qué te amo, oh María* (mayo de 1897). — «Lo que la encantaba en la Santísima Virgen era considerarla andando por los caminos trillados»¹.

«Sé que en Nazaret, Virgen llena de gracias, vives pobremente, sin querer nada más. *Ni arrobamientos, ni milagros, ni éxtasis*, embellecen tu vida, oh Reina de los elegidos. El número de los «pequeños» es muy grande en la tierra. Pueden, sin temblar, levantar los ojos hacia Ti. Por la *senda común*, incomparable Madre, te place andar, para guiarlos hacia el cielo»².

Todas sus últimas confidencias recaen sobre los mismos pensamientos. Leemos en *Novissima Verba* su reacción a propósito de la carta de un sacerdote, que escribió que la Santísima Virgen no había conocido los sufrimientos físicos: «Madre mía, al mirar esta tarde a la Santísima Virgen, he comprendido que esto no es verdad; he comprendido que padeció, no sólo en su alma, sino también en su cuerpo. Sufrió mucho en sus viajes: frío, calor, fatigas... Sí, sabe lo que es sufrir.» Después, volviendo al tema habitual de sus conversaciones, añadió: «¡Qué delicioso será conocer en el cielo todo lo que pasó en la

¹ Proceso Apostólico, 887, Sor Genoveva.

² *Por qué te amo, oh María*, mayo de 1897.

intimidad de la Sagrada Familia! ¡Qué sencilla debió de ser su vida! Las mujeres del lugar iban a hablar familiarmente con la Santísima Virgen... Lo que me hace bien, cuando pienso en la Sagrada Familia, es imaginarme *una vida enteramente ordinaria*. ¡Nada de lo que nos cuentan, nada de lo que se supone! Por ejemplo, que el Niño Jesús moldeaba pájaros de barro, soplabá sobre ellos y les daba vida. No, el Niño Jesús no hacía milagros inútiles... De lo contrario, ¿por qué no fueron trasladados a Egipto por un milagro mucho más natural y fácil a Dios? En un abrir y cerrar de ojos hubieran llegado allí... Pero no: *todo, en su vida, se hizo como en la nuestra*»¹.

«Me habló también de la Santísima Virgen, diciéndome que todos los sermones que sobre Ella había oído no la habían conmovido.» ¡Cuánto me hubiera gustado ser sacerdote para predicar sobre la Santísima Virgen! Me parece que una sola vez hubiera bastado para dar a entender mi pensamiento a este propósito: hubiera mostrado, en primer lugar, hasta qué punto la vida de la Santísima Virgen es poco conocida. No hay que decir de Ella cosas inverosímiles o que no se saben...; por ejemplo, que, cuando era muy pequeña, a los tres años, se fué al Templo, a ofrecerse a Dios con ardientes sentimientos de amor y con un fervor extraordinario, siendo así que tal vez fué simplemente para obedecer a sus padres. Para que un sermón sobre la Santísima Virgen produzca fruto, es menester que dé a conocer *su vida real*, tal como la deja entrever el Evangelio, y no *su vida supuesta*. Fácil es de adivinar que su vida real en Nazaret, y también después, fué *enteramente ordinaria*... «Les estaba sujeto.» ¡Qué sencillo es esto! Nos muestran la Santísima Virgen inaccesible, y sería menester presentarla imitable, practicando las virtudes ocultas; decir que vivía de fe como nos-

¹ *Novissima Verba*, 20 de agosto de 1897.

otros y dar de ello pruebas sacadas del Evangelio, donde leemos: «No entendieron lo que Él les decía», y también: «Su padre y su madre estaban maravillados de las cosas que de Él se decían.» ¿No os parece, Madre, que esta admiración denota cierto asombro?

Me gusta cantarle:

«El camino estrecho del cielo, Tú lo has hecho visible, *practicando siempre las más humildes virtudes*»¹.

En el proceder de su vida interior, sor Teresa del Niño Jesús se modelaba sobre la actitud y los sentimientos de la Virgen de Nazaret. «No cesaba de admirarla y de promoverla por modelo en su reserva con el Ángel, en su silencio con san José, en sus penas y sus goces de la vida, en su manera de «guardar fielmente todas las cosas en su corazón», tal como nos lo cuenta el Evangelio»².

Lo que particularmente conmovió a Teresa de Lisieux en el misterio de María no fué la deslumbradora grandeza de la Madre de Dios, sino la vida sencillísima, pero divina, de la humilde Virgen de Nazaret. En Ella, su genio espiritual supo descubrir un modelo perfecto para la inmensa multitud de «pequeñas almas», que quieren ir a Dios por el «camino común» y aprender de María el secreto de la más alta santidad, bajo las apariencias más ordinarias.

4. — «Más Madre que Reina»

Con su inteligencia tan profunda de los misterios de Dios, sentía Teresa que la Maternidad divina era «la grandeza suprema» de la Virgen María. Pero, si

¹ *Novissima Verba*, 23 de agosto de 1897.

² «Admiraba principalmente su silencio, cuando la Virgen prefirió incurrir en sospecha a excusarse ante san José, revelándole el misterio de la Encarnación. Me hablaba con frecuencia de ello, para hacerme apreciar esta conducta tan simple y, al mismo tiempo, tan heroica.» (Proceso Apostólico, 959, Sor Genoveva.)

la mirada de su alma contemplativa había sabido descubrir esta «gloria sublime, que sobrepuja al resplandor de todos los bienaventurados», su corazón también sabía que «para que un niño pueda querer a su madre, es menester que ésta lllore con él y participe de sus dolores». Es, sobre todo, a la luz concreta del Evangelio que contemplará a la Madre de Dios viviendo en medio de nosotros, y así «se atreverá a mirarla y a acercarse a Ella» para repetirle con ternura: «Yo soy tu hija»¹.

Este sentimiento filial resume muy bien toda su devoción a María. «¡Qué gozo pensar que esta Virgen es nuestra Madre! Puesto que Ella nos ama y conoce nuestra debilidad, ¿qué hemos de temer?»² — Sus relaciones con María eran las de un niño con la madre más querida»³.

Un mes apenas antes de su muerte, una de sus últimas conversaciones nos indica muy bien esta manera enteramente práctica de considerar el misterio de María. «Sabemos que la Santísima Virgen es la Reina del Cielo, pero es más Madre que Reina. No hemos de hacer creer — como lo he oído muchas veces — que, por causa de sus prerrogativas, eclipsa la gloria de todos los santos, como el sol, al salir, hace desaparecer las otras estrellas. ¡Qué extraño es esto, Dios mío! ¡Una madre que hace desaparecer la gloria de sus hijos! Yo creo todo lo contrario: creo que Ella acrecentará en mucho el resplandor de los elegidos. Bien está hablar de sus prerrogativas, pero no hay que limitarse a esto. *Es menester amarla*. Si al escuchar un sermón de la Santísima Virgen se siente uno impelido, desde el principio hasta el fin, a prorrumpir interiormente en exclamaciones, diciendo: ¡Ah! ¡Ah...! Esto fatiga y no conduce al amor ni a la imitación. ¿Quién sabe si alguna alma

¹ Poesías: *Por qué te amo, oh María*, mayo de 1897.

² Carta a un misionero, 9 de mayo de 1897.

³ Proceso Apostólico, 1.327, Sor María de la Trinidad.

llegaría aún a sentir cierto alejamiento hacia una criatura tan superior? El único privilegio de la Santísima Virgen es el haber quedado exenta del pecado original y el ser Madre de Dios. Y aun acerca de este último punto, nos dijo Jesús: «El que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, éste es mi hermano, mi hermana y mi madre.» — Por otra parte, nosotros somos más felices que Ella, pues Ella no tuvo una Santísima Virgen a quien amar... ¡Es una dulzura de más para nosotros y una dulzura de menos para Ella!...»

«¡Ah! Cuánto amo a la Santísima Virgen!»¹.

Aquella cuyo ensueño y misión era «hacer amar al Amor» no se detiene en largas especulaciones abstractas sobre las grandezas de la Madre de Dios; quiere arrastrar a las almas al «amor y a la imitación» de María. Se encuentra en su genio todo el realismo práctico del Evangelio. Esta fórmula «MÁS MADRE QUE REINA»: que le pertenece como propia, precisa admirablemente el carácter de su espiritualidad mariana y encaja con el testamento del divino Maestro en el Calvario, que llamó a todos los cristianos a ser hijos de María. Jesús no dijo: He aquí a tu Reina, sino: «He aquí a tu Madre»: *Ecce mater tua*².

¹ *Novissima Verba*, 23 de agosto de 1897.

² San Juan, XIX, 27.



CAPÍTULO VII

EL ÁNGEL DEL SACERDOCIO

«He venido al Carmelo... sobre todo para los sacerdotes.»

SUMARIO

1. *«He venido al Carmelo... sobre todo para los sacerdotes.»* — 2. *Su respeto al sacerdocio.* — 3. *«Quiero ser misionera por el amor y la penitencia.»*

1. — *«He venido al Carmelo... sobre todo para los sacerdotes.»*

La virgen de Lisieux, cuya acción maravillosa se extiende a toda la Iglesia, se inclina sobre el sacerdocio con una predilección muy señalada. Atiende a los sacerdotes fieles a Dios, les acompaña en su ministerio, multiplica por ellos — sobre todo por los misioneros — sus más brillantes milagros, sus intervenciones más frecuentes. Merece verdaderamente el título de *Ángel del Sacerdocio*¹.

¹ Una Pía Unión con el nombre y el patronato de santa Teresa del Niño Jesús está canónicamente erigida en Lisieux. Consta de tres secciones: 1.^a Sección de sacerdotes (Unión Sacerdotal). 2.^a Sección de niños. 3.^a Sección de adultos.

Pueden inscribirse en esta Unión Sacerdotal todos los sacerdotes que se proponen trabajar por su propia santificación y por el apostolado, según el espíritu y la doctrina de santa Teresa del Niño Jesús.

Durante mucho tiempo, su pensamiento apostólico anduvo absorbido por su preocupación por la salvación de los pecadores. Día y noche rogaba y se inmolaba para salvar a estas pobres almas, muertas a los ojos de Dios. Su viaje a Roma descubrió a su celo un nuevo campo de conquista y fué para ella la revelación de su vocación personal de carmelita: la santificación de los sacerdotes. Cuenta en la *Historia de un alma* cómo, después del espectáculo de las ruinas romanas, que le hizo palpar la vanidad de las grandezas humanas y «la nada de todo lo que pasa»¹, Dios le reservó otra gracia, que había de orientar de una manera decisiva su vida de oración y de inmolación silenciosa en el Carmelo. «La segunda cosa que sentí se refiere a los sacerdotes. Hasta entonces no había podido entender la finalidad de la reforma del Carmelo. Rogar por los pecadores me encantaba, pero rogar por los sacerdotes, cuyas almas me parecían más puras que el cristal, me parecía desconcertante. ¡Ah! Entendí mi vocación en Italia. No había para qué buscar más lejos un tan útil conocimiento.

»Durante un mes encontré muchos santos sacerdotes y vi que si su sublime dignidad los levanta por encima de los ángeles, no por esto dejan de ser hombres débiles y frágiles. Luego, si los santos sacerdotes, a quienes Jesús, en el Evangelio, llama «la sal de la tierra», muestran que tienen necesidad de oraciones, ¿qué hemos de pensar de los que son tibios? ¿No dijo también Jesús: «Si la sal se desvirtúa, ¿con qué será sazonada?»?

»¡Qué hermosa es, Madre mía, nuestra vocación! A nosotras, al Carmelo, corresponde conservar la sal de la tierra. Ofrecemos nuestras oraciones y nuestros sacrificios por los apóstoles del Señor. También nosotras hemos de ser sus apóstoles, mientras con sus palabras y sus ejemplos evangelizan las almas de

¹ *Historia de un alma*, VI, 93.

nuestros hermanos. ¡Qué noble misión la nuestra! Pero he de detenerme aquí. Advierto que, sobre este tema, mi pluma jamás se pararía...»¹.

Que nadie crea en exageraciones de jovencita o en hipérboles de escritor. Para esta alma de una pureza tan virginal, el contacto con el mundo y los peligros del sacerdote fueron una dolorosa revelación. «¡Tenía una idea tan elevada del sacerdocio!»². Hasta entonces había vislumbrado al eclesiástico en un sacerdocio inmaculado, como «otro Cristo» en la tierra, mediador entre las almas y Dios, sin nada mancillado ni humano. En la inocencia de su fe, solamente conocía al sacerdote ideal, imagen de Jesús, viviente de pureza y amor en el servicio de Dios y de los hombres. Su infancia privilegiada sólo había tratado con santos sacerdotes, fieles a Dios y consagrados a la salvación de las almas. Hermoso candor de niña, que sólo veía a Jesús en el hombre y que, en el momento de su primera confesión, en su fe viva, acudía al representante de Dios como a Dios mismo. «Me decíais: «Mi Teresita, no es a un hombre, sino a Dios, a quien vas a confesar tus pecados.” Quedé de ello tan persuadida, que os pregunté muy seriamente si era menester decir al sacerdote que le amaba de todo corazón»³.

El contacto brutal con la realidad es siempre una decepción para un ser virgen. Teresa quedó sorprendida por la libertad de continente comprobada alrededor de ella. Su concepción enteramente ideal del sacerdocio la inducía a creer, en todo sacerdote, una santidad eminente, una virtud perfecta. Es cierto que muchas almas sacerdotales tienen gran cuidado de esta perfección suprema de identificación con Cristo Mediador. Su desprendimiento los eleva por encima

¹ *Historia de un alma*, VI, 95.

² *Proceso Apostólico*, 591, Madre Inés de Jesús.

³ *Historia de un alma*, II, 27.

de las miserias corrientes, su fervor se derrama generosamente en servicio de la Iglesia. Estos sacerdotes son verdaderamente los continuadores de Cristo, sus testigos más fieles, sus amigos más seguros. Pero la santidad es rara en la tierra. Aun entre las filas de los sacerdotes se desliza lo humano, y las miras egoístas no quedan siempre eliminadas; el «yo» está todavía demasiado vivo en el servidor de Cristo. También entre los mejores se atrinchera el amor propio y hay fluctuaciones de la sensibilidad, que empañan en ellos la perfecta semejanza con Cristo, el Pontífice «puro y sin mácula, separado del mal, que no tiene necesidad, como los otros sacerdotes, de ofrecer todos los días el sacrificio ante todo por sus propios pecados»¹. Esta experiencia de un sacerdocio frágil, no exento de todo mal, fué dolorosa para el alma virginal de Teresa. Su fe no disminuyó — no por esto son menos ministros de Cristo —, pero no pudo ocultar su desconcierto, del cual la *Historia de un alma* nos guarda el eco. No retirará su resolución: dar a su vida de carmelita un sentido de reparación y de redención, inmolarse por la santificación de los sacerdotes, consagrarles su vida. Esta vocación fué muy personal. No hay que olvidar que las grandes Órdenes religiosas, en el seno de una vocación común, encierran una infinita variedad de almas. Dentro del marco de una misma corriente de vida espiritual, cada una ha de cumplir la voluntad particular de Dios sobre ella, ha de hacer que sea una realidad el nombre propio que le ha sido asignado en el plan divino y que es la síntesis de todo el misterio de su vocación personal y de su íntima predestinación. «El buen Pastor conoce a sus ovejas y llama a cada una por su nombre»².

En el Carmelo, como en toda comunidad, se pro-

¹ Hebreos, VII, 27.

² San Juan, X, 3.

duce la misma distinción de almas. Hay grandes almas contemplativas, ávidas de silencio y de recogimiento, que quieren vivir enteramente ocultas en Dios con Cristo, «*abscondita in Deo*»; otras, excediéndose a sí mismas, en un olvido total de todo lo que no es Dios, quieren vivir ya en la tierra con un alma de eternidad en la única preocupación por las cosas del Padre, en la alabanza de la gloria de la Trinidad. Santa María Magdalena de Pazzis se había propuesto como ideal ser imitadora del Verbo. Hay almas que quieren consolar al Corazón de Jesús por todas las ingratitudes de los hombres, particularmente de sus amigos más íntimos: almas reparadoras, almas aniquiladas en este horno ardiente de caridad, donde la vida se consume en el más puro amor.

Más fiel que otras en secundar las intenciones de su santa Madre, cuyo fin principal, en la reforma del Carmelo, fué la santidad del clero, Teresa de Lisieux consagró su vida a la santificación de los sacerdotes. «Declaró resueltamente esta intención en el examen canónico que precedió a su profesión: "He venido para salvar a las almas y sobre todo con el fin de rogar por los sacerdotes." Esta respuesta — subraya un testigo del proceso — fué especialmente suya, pues en esta ocasión, cada una responde lo que quiere»¹. «Llamaba a este género de apostolado "comerciar al por mayor", pues por la cabeza alcanzaba los miembros.» «Este deseo de la santificación de los sacerdotes fué su atractivo dominante, el verdadero móvil de su vida»². «Prescindía de su fatiga cuando se trataba de venir en su ayuda, ya por su bien personal, ya por el bien de las almas, que han de convertir o guiar por el camino de la perfección; seguía en esto un atractivo especial, que la llevaba a rogar particularmente por las almas puras y por las almas peca-

¹ Proceso Diocesano, 474, Sor Genoveva.

² Proceso Apostólico, 946, Sor Genoveva.

doras. Deseaba ardientemente ver al Padre Jacinto Loison abjurar sus errores y me pedía que me uniera a las oraciones que ella hacía para obtener su conversión. Hubiera querido tener parte en los trabajos de los misioneros y lanzarse a lejanas regiones, para convertir a los infieles. Para suplirlo, ofrecía numerosos sacrificios, con el fin de acudir en su ayuda»¹. «Después de su viaje a Roma, rogaba constantemente por los sacerdotes y hablaba de la necesidad de obtenerles gracias. A los dieciséis años me escribía: «Vivamos por las almas, seamos apóstoles... Salvemos *sobre todo las almas de los sacerdotes*; estas almas deberían ser más transparentes que el cristal. ¡Ay! ¡Cuántos malos sacerdotes, sacerdotes que no son santos! Roguemos, padezcamos por ellos»»².

Durante toda su vida la perseguirá este deseo por la santificación de los sacerdotes, y, a veces, hasta la angustia: «Deberíamos gustar de sufrir por los sacerdotes... Dios nos pedirá cuenta de los sacerdotes que hubiéramos podido salvar con nuestras oraciones y nuestros sacrificios y no hemos salvado por causa de nuestra infidelidad y nuestra negligencia»³. «Durante los breves instantes que nos quedan, salvemos almas. Oigo que nuestro Esposo nos pide almas, *sobre todo almas de sacerdotes*. Es Él quien desea que te diga esto»⁴. Durante la gran prueba de la enfermedad de su padre, la idea de la utilidad de sus sufrimientos para el sacerdocio la sostenía: «En medio de este gran dolor olvidémonos de nosotras mismas y roguemos por los sacerdotes. Que nuestra vida les sea consagrada»⁵.

Entre los sacerdotes caídos hubo uno hacia el

¹ Proceso Apostólico, 1.081, Sor Teresa de San Agustín.

² Carta a Celina, 14 de julio de 1889.

³ Proceso Diocesano, 2.201, Sor María Magdalena del Santísimo Sacramento.

⁴ Carta a Celina, 14 de julio de 1889.

⁵ Carta a Celina, 18 de julio de 1890.

cual se dirigían particularmente todos sus pensamientos y todos sus sacrificios: fué éste el expadre Jacinto. Tomaba tal interés en esta conversión, que me hablaba sin cesar de ella de palabra y en sus cartas. En 8 de julio de 1891 me escribía: «Es muy culpable, tan culpable como tal vez lo ha sido jamás pecador alguno que se haya convertido. Pero ¿no puede Jesús hacer una vez lo que nunca haya hecho? Si no lo desease, ¿infundiría en el corazón de sus pequeñas y pobres esposas lo que no pudiese hacer? Día vendrá en el cual abrirá los ojos... La confianza hace milagros. No nos cansemos de rogar para que nuestro hermano, un hijo de la Santísima Virgen, vuelva vencido a cobijarse bajo el manto de la más misericordiosa de las madres.» Nunca olvidó esta intención y su última comunión en este mundo fué para este pobre pródigo. El padre Jacinto murió en 9 de febrero de 1912, aparentemente en la impenitencia final, pero en una carta se nos asegura que, al morir, el pobre pecador murmuró estas palabras: «Mi dulce Jesús»¹.

Este pensamiento del sacerdocio la obsesionaba. Hubiera querido ser sacerdote. «En el decurso del año 1897, sor Teresa del Niño Jesús me dijo que esperaba morir aquel año. He aquí la razón que me dió, en el mes de junio, cuando se sintió presa de tuberculosis pulmonar: "Como veis —me dijo—, Dios va a tomarme en una edad en la cual no tendría tiempo para ser sacerdote. Si hubiese podido ser sacerdote, lo sería en este mes de junio; recibiría las sagradas órdenes en esta ordenación. Para que nada eche de menos, Dios permite que esté enferma; no hubiera, pues, podido acercarme a ella y hubiera muerto antes de haber ejercido mi ministerio". El sacrificio de no haber podido ser sacerdote ocupaba su corazón... El pensamiento de que santa Bárbara había llevado la sagrada comunión a san Estanislao de Kostka la en-

¹ Proceso Apostólico, 947, Sor Genoveva.

cantaba. “¿Por qué no un sacerdote, ni un ángel, sino una virgen? ¡Ah! En el cielo veremos maravillas. Ando con la idea de que los que lo hayan deseado en la tierra participarán en el cielo del honor del sacerdocio”»¹.

2. — *Su respeto al sacerdocio*

Sor Teresa del Niño Jesús, afirman los testigos, tenía una idea elevadísima del sacerdocio. Su sentir con la Iglesia le daba conciencia del papel primordial del sacerdote en la vida de las almas. Llama la atención el ver cómo Teresa, en todos los momentos decisivos de su vida, gusta de recurrir al ministerio del sacerdote. Ésta será su manera personal de manifestar su devoción al sacerdocio. No ignora la grandeza suprema del sacerdote en el altar, en el momento en que, en nombre de la Iglesia, ofrece a la Santísima Trinidad la Hostia pura, santa, inmaculada, agradable a los ojos de Dios, que perpetúa en el ara el único sacrificio del Calvario y aplica a cada una de nuestras almas, según el grado de nuestra devoción, todos los frutos saludables de la Encarnación redentora. Pero su alma contemplativa se detendrá menos que la de santa Catalina de Sena o la de santa Teresa de Ávila en este aspecto, el más profundo del sacerdocio cristiano. Sin embargo, llegará a entrever a la luz de la fe toda la eminente dignidad del sacerdote en el altar, su oficio de Pontífice sacrificador, su potestad de orden, de donde dimana toda la acción sacerdotal sobre el Cuerpo místico. «¡La vocación de sacerdote! ¡Con qué amor, Jesús mío, os llevaría en mis manos, cuando mi voz os hiciera descender del cielo!»; pero el pensamiento apostólico de Teresa corre en seguida hacia la salvación del mundo: «¡Con qué amor os daría a las almas!»².

¹ Proceso Diocesano, 2.741, Sor Genoveva.

² *Historia de un alma*, XI, 214.

Su alma de niña o de carmelita, en marcha hacia la perfección, ve en el sacerdote el guía seguro y enviado por la Iglesia para conducirla a Dios. «A la edad de diez años le consulta acerca de algunas inquietudes de conciencia: “Lo dije al confesor, que procuró tranquilizarme”, se lee en la *Historia de un alma*. Llegado el momento de su primera Comunión, se confía al R. P. Pichon, director de su hermana mayor. Cuatro años más tarde, el mismo padre jesuita es puesto al corriente de su vocación y la alienta en sus pasos. En el Carmelo se aprovecha con diligencia cada tres meses del confesor extraordinario. Con ocasión de los retiros, o cuando pasaba algún religioso, buscaba con avidez los consejos del predicador. Hace mención del gozo que sintió cuando el R. P. Pichon le aseguró “que había conservado la inocencia bautismal”, y la paz que llenó su corazón cuando el P. Alejo “la lanzó a velas desplegadas sobre las aguas de la confianza y del amor”. Su deferencia también se manifestó siguiendo los consejos de un director, que le sugirió la idea de copiar el *Credo* y de ponerlo sobre su corazón para combatir sus tentaciones contra la fe»¹. Aunque, según propia declaración, no siempre se sentía comprendida en su dirección por parte de los confesores ordinarios o extraordinarios, no por esto dejaba de manifestarles sus pensamientos y de seguir sin restricción alguna sus consejos. Así, habiendo compuesto su *Acto de ofrecimiento al Amor misericordioso*, no quiso mostrármelo antes de haber recibido la aprobación de un sacerdote ilustrado. Un testigo resume de esta manera: «Gustaba mucho de consultar a los sacerdotes y les obedecía punto por punto»¹.

Recuérdese con qué insistencia multiplicó Teresa sus pasos ante el obispo de Bayeux, llevando, al mis-

¹ Proceso Apostólico, 969, Sor Genoveva.

² Proceso Apostólico, 882, Sor María del Sagrado Corazón.

mo tiempo, su audacia hasta el extremo de acudir al Papa para obtener su entrada en el Carmelo. Como todos los grandes santos, Teresa esperaba de la Iglesia la respuesta de Dios.

»Cuando Teresa del Niño Jesús decía en su vida que su camino era tan luminoso que no sentía la necesidad de acudir a otro guía que a Jesús; cuando añadía que los directores son espejos que reflejan a Dios en las almas, pero que, en cuanto a ella, Dios la iluminaba directamente, no sentaba el principio de que siempre era iluminada por Dios y de que no tenía necesidad de directores; hablaba de un momento determinado de su vida, en el cual ninguna obscuridad hacía incierto su camino; se trataba de los años que habían precedido a su entrada en el convento. Pero, en el Carmelo, el sol se enturbió para la sierva de Dios y buscó ávidamente ser iluminada, desconfiando, por otra parte, de sus propias luces... Sé que lo confiaba todo a los sacerdotes: sus temores de ofender a Dios, sus deseos de ser santa, las gracias que recibía del cielo»¹.

Santa Teresa de Lisieux supo, por lo tanto, conservar aquel hermoso equilibrio espiritual que la desconfianza de sí mismo y el desprendimiento total da a las almas de los santos. Nunca se la veía correr de director en director, como ciertas almas que sólo se detienen en aquellos cuyo juicio coincide con sus propias miras. Esto no es dejarse dirigir, sino dirigirse a sí mismo. ¡Cuántas almas no hay para las cuales la dirección espiritual no es, en el fondo, otra cosa que buscarse a sí mismo y, con frecuencia, piedra de escándalo para el mismo director! Todas estas confidencias íntimas, con mil sutiles rodeos, tienen sus profundas raíces en un amor propio y en una sensibilidad embozados. «La sierva de Dios nunca tuvo, propiamente hablando, director espiritual, es

¹ Proceso Apostólico, 683, 684, Madre Inés de Jesús.

decir, una dirección habitual distinta de la confesión, tal como se practica frecuentemente»¹.

Como en todas las cosas, el abuso no ha de condenar el uso, y la dirección de las almas es uno de los privilegios y deberes más importantes del sacerdocio. Corresponde al sacerdote, a la luz de los principios rectores de la teología espiritual, enriquecidos por una experiencia personal de los caminos de Dios, conducir a las almas hacia las más altas cumbres de la unión divina. La Iglesia siempre ha tenido, y todavía tiene, sacerdotes a la vez santos y sabios, tales como gustaban y los deseaba para sus hijas Teresa de Ávila, y cuya misión sublime es formar aquella porción escogida de almas heroicas que, por su santidad de vida y puro amor de Dios, tan útiles son al Cuerpo místico de Cristo. La misma Teresa lo hace notar cuando dice: «¡Cuántas almas llegarían a una muy alta santidad si estuviesen bien dirigidas!»². Es verdad que, por parte de las almas, se imponen una docilidad perfecta y un desasimiento absoluto. La historia de la Iglesia atestigua los beneficios de la dirección espiritual en el alma de los santos. Conocidas son sobre este punto capital las confesiones de santa Teresa de Ávila y las consignas de san Ignacio de Loyola. ¿Quién podrá decir todo lo que debía una santa Juana de Chantal a la dirección de san Francisco de Sales? He aquí, por otra parte, la manera de ver de santa Teresa del Niño Jesús sobre la utilidad de los directores: «Sé que Dios no tiene necesidad de nadie para realizar sus obras; pero, así como permite a un hábil jardinero que cuide las plantas raras y delicadas, y le da, para esto, la ciencia necesaria, reservándose para sí el cuidado de fecundarlas, de la misma manera Jesús quiere ser ayudado en el divino cultivo de las almas»³.

¹ Proceso Apostólico, 967, Sor Genoveva.

² *Historia de un alma*, V, 88.

³ *Historia de un alma*, V, 88.

El mismo sacerdote que, en la Misa, ofrece el Cristo a la Trinidad, con su tarea cotidiana sobre el Cuerpo místico acaba de formar en la Iglesia el Cristo total.

3. — *«Quiero ser misionera por el amor
y la penitencia.»*

Si las almas tienen necesidad del sacerdote, para ser conducidas a Dios, el sacerdote, a su vez, ha de poder contar con ellas para que le ayuden en su labor apostólica. Generalmente, no se considera bastante la colaboración necesaria entre el sacerdote y los fieles en la economía de la Redención. La edificación de la Iglesia es fruto de sus méritos comunes. Si la constitución de la Iglesia y el bien general de esta sociedad espiritual exigen diversidad de funciones y de estados, el dogma de la Comunión de los santos implica una acción mutua, un esfuerzo colectivo en una misma obra de salvación. Mientras el sacerdote, en el ejercicio de su ministerio, atiende a las almas por la ofrenda del sacrificio y la administración de los sacramentos, por la enseñanza doctrinal, la dirección espiritual, la defensa de los derechos de la Iglesia ante los poderes públicos, en una palabra, por la organización de la sociedad cristiana, los fieles deben ayudarle no sólo con su acción, sino también con su oración y sus sacrificios. ¿Acaso el apóstol san Pablo no pedía a los primitivos cristianos el auxilio de sus súplicas ante Dios? Y los *Actos de los Apóstoles* ¿no evocan el espectáculo de la «Iglesia entera en oración, para liberar a su jefe, entonces en la cárcel»? ¹.

La misma Iglesia, en el misterio de su vida contemplativa, se mantiene perpetuamente en adoración y en oración, como Jesús en presencia del Padre; y, en el misterio de su misión apostólica de Iglesia mi-

¹ Actos, XII, 5.

litante, no cesará de combatir hasta que quede completo el número de los elegidos. Una misma caridad cristiana inspira a los doctores, a los apóstoles, a los mártires, a los sacerdotes y a los fieles. Un mismo amor retiene a las almas silenciosas o contemplativas ante Dios o las conduce hacia todas las formas del apostolado. Esta consideración práctica es un corolario de la gran doctrina de san Pablo, clásica en la tradición cristiana, de la unidad del Cuerpo místico donde todos son «miembros los unos de los otros»¹.

La vida solitaria del Cartujo o de la Carmelita, en el orden de los valores espirituales, son tan útiles a la Iglesia como la abnegación apostólica de los hombres de acción o de los misioneros. ¿No es santa Teresa del Niño Jesús patrona de las misiones católicas como san Francisco Javier? Un mismo espíritu animaba al infatigable apóstol de las Indias y a la humilde monja de Lisieux. Pensaba últimamente, decía Teresa, en lo que podría emprender para salvar almas, y estas sencillas palabras del Evangelio me dieron luz: «Jesús decía a sus discípulos, mostrándoles los trigales maduros: "Levantad los ojos y ved: los campos blanquean prestos para la siega"; y poco después: "La mies es abundante, pero los operarios son pocos. Rogad, pues, al Dueño que envíe operarios a sus mieses"»².

«¡Qué misterio! ¿No es Jesús omnipotente? ¿No son suyos los seres que ha creado? ¿Por qué se rebaja hasta decir: «Pedid al dueño que envíe operarios»? Esto es debido a que nos tiene un amor tan incomprensible, tan delicado, que no quiere hacer obra alguna sin asociarnos a ella. El Creador del universo escucha la oración de una pobre y pequeña alma, para salvar una multitud de otras, rescatadas como ella con el precio de su sangre. Nuestra vocación no es ir a cosechar en los campos del padre de

¹ I Corintios, XII, 27.

² San Juan, IV, 35; San Lucas, X, 2.

familias. Jesús no nos ha dicho: «Cosechad en los campos»; nuestra misión es aún más sublime: he aquí las palabras del Maestro: «Levantad los ojos y ved...» Ved cómo en el cielo hay lugares vacíos. A vosotros corresponde llenarlos: vosotros sois mi Moisés que ruega en la montaña. Pedidme operarios y os los enviaré; sólo espero una plegaria, un suspiro de vuestro corazón. ¿No es el apostolado de la oración más elevado, por decirlo así, que el de la palabra? A nosotros toca formar obreros evangélicos, que salvarán millares de almas, de las cuales seremos las madres. ¿Qué hemos, pues, de envidiar a los sacerdotes del Señor?»¹.

Uno de los rasgos más llamativos de la vida espiritual de Teresa es la extensión universal de su oración apostólica. No era ella para vivir aislada en el claustro, egoístamente replegada en sí misma; sus ardientes súplicas tenían necesidad de desplegarse sobre todos los campos del apostolado cristiano. Soñaba en ser misionera hasta el fin del mundo. «Puesto que el celo de una carmelita ha de abrazar al mundo, ruego por todos los misioneros, sin dejar a los sacerdotes, cuyo ministerio es, a veces, tan difícil como el de los apóstoles que predicán a los infieles. Quiero ser "hija de la Iglesia", como nuestra santa Madre Teresa, y rogar por todas las intenciones del Vicario de Jesucristo. Es el objetivo general de mi vida»².

Hacia los años 1895 y 1896, por orden de la Madre Priora, se estableció una verdadera hermandad espiritual entre ella y dos misioneros: el padre Bellière, de los Padres Blancos, y el padre Roulland, misionero de Su-Tchuen.

La *Historia de un alma* nos cuenta cómo fué inducida a ofrecer por ellos sus oraciones y sus sacrificios.

¹ Carta a Celina, 15 de agosto de 1892.

² *Historia de un alma*, X, 199.

«Hacía mucho tiempo que sentía un gran deseo, que me parecía irrealizable: el de tener un hermano sacerdote. Pensaba muchas veces que, si mis hermanitos no hubiesen volado al cielo, hubiera tenido la dicha de verlos subir al altar; esta dicha la echaba de menos. Y he aquí que Dios, pasando más allá de mi ensueño — pues deseaba tan sólo un hermano que cada día pensara en mí en el altar —, me unió con los lazos del alma a dos de sus apóstoles. Quiero, mi muy querida Madre, contaros, con todos sus pormenores, de qué manera el divino Maestro colmó mis deseos.

»Fué nuestra Madre Santa Teresa quien me envió como ramillete de fiesta, en 1875, mi primer hermano. Era día de colada y estaba yo muy ocupada en mi trabajo, cuando la madre Inés de Jesús, entonces Priora, me llamó a solas y me leyó una carta de un joven seminarista, el cual, inspirado, según decía, por Santa Teresa, pedía una hermana que se consagrara a su salvación y a la salvación de las almas de las cuales se había de ocupar en adelante. Prometía dedicar siempre un recuerdo a la que se constituyese en hermana suya, cuando pudiese ofrecer el santo sacrificio. Fui escogida por hermana de este futuro misionero. No sabría deciros, Madre mía, cuál fué mi felicidad. Mi deseo, así colmado de una manera inesperada, hizo nacer en mi corazón un gozo que llamaría infantil, porque sería menester que me remontara a los días de mi infancia para dar con el recuerdo de aquellos gozos tan vivos que el alma es demasiado pequeña para contenerlos. Jamás, desde hacía largos años, había gustado tal género de felicidad. Sentía, bajo este aspecto, que mi alma era nueva, como si hubiesen tocado en ella cuerdas musicales relegadas ya al olvido. Conociendo las obligaciones que me imponía, puse manos a la obra, intentando renovar el fervor, y escribí, de vez en cuando, algunas cartas a mi nuevo hermano. Es indudable que, con oraciones y sacrificios, pueden los misione-

ros ser ayudados, pero, a veces, cuando place a Jesús unir dos almas para Su gloria, permite que puedan comunicarse sus pensamientos a fin de excitarse a amar más a Dios»¹.

Después, dirigiéndose esta vez a la madre María de Gonzaga, prosigue: «El año pasado, a fines de mayo, tocó a vos el turno de darme mi segundo hermano, y a mi consideración, a saber, que, habiendo ya ofrecido mis pobres méritos por un futuro apóstol, creía que no podía hacer lo mismo por las intenciones de otro, me disteis por respuesta, «que la obediencia doblaría mis méritos». En el fondo de mi alma también pensaba esto... De la misma manera que hubiera permanecido especialmente unida a las obras de mis queridos hermanitos, si hubiesen vivido, así estoy particularmente unida a los nuevos hermanos que Jesús me ha dado, sin desamparar, por esto, los grandes intereses de la Iglesia, que abarcan el universo»².

Una correspondencia se entabló entre sor Teresa y sus dos hermanos misioneros, en un plano espiritual muy elevado, donde aparece todo el ardor de su celo apostólico. «Me siento muy indigna de estar especialmente asociada a uno de los misioneros de nuestro adorable Jesús; mas, puesto que la obediencia me confía esta dulce tarea, estoy segura de que Él suplirá mis débiles méritos — en los cuales en modo alguno me apoyo — y de que escuchará los deseos de mi alma fecundando vuestro apostolado. Sería verdaderamente feliz trabajando con vosotros para la salvación de las almas. Con este fin me hice carmelita: *«No pudiendo ser misionera por la acción, he querido serlo por el amor y la penitencia, como santa Teresa, mi seráfica Madre»*³. — «Trabajemos juntos por la salvación de las almas. Tenemos úni-

¹ *Historia de un alma*, X, 198.

² *Historia de un alma*, X, 199.

³ Carta de 23 de junio de 1896.

camente el día de esta vida para salvarlas y dar así al Señor pruebas de nuestro amor. El día que seguirá a éste será el día de la eternidad; entonces Jesús os dará en un cien doblado los goces tan dulces que le habréis sacrificado. Conoce la amplitud de vuestra inmolación y sabe que el sufrimiento de los que os son queridos aumenta también el vuestro, pero Él quiso sufrir este martirio para salvar las almas. Dejó a su Madre, vió a la Virgen Inmaculada de pie junto a la cruz, con el corazón traspasado por una espada de dolor; espero, pues, que nuestro divino Salvador consolará a vuestra buena madre, y esto le pido con insistencia. ¡Ah! Si el divino Maestro dejase entrever a los que habéis dejado por su amor la gloria que os reserva y la multitud de almas que formarán vuestro cortejo en el cielo, serían ya recompensados del gran sacrificio que vuestra ausencia les impone»¹.

La santa no ignora todas las dolorosas resonancias de la cruz en estos corazones de hombres. Su alma, a la vez tan humana y tan divina, sabe dar con la nota justa del sufrimiento cristiano, alejado, a la vez, del estoicismo impasible y de todo sentimentalismo. «Nuestro Señor nunca nos pide sufrimientos superiores a nuestras fuerzas. Es verdad que, a veces, este divino Salvador nos da a sentir toda la amargura del cáliz que nos presenta. Cuando exige el sacrificio de todo lo que es más querido en este mundo, es imposible, fuera del caso de una gracia particular, no exclamar como Él en el huerto de la agonía: «Padre mío, que pase de mí este cáliz...» Pero apresurémonos a añadir también: «Hágase vuestra voluntad y no la mía.» Es muy consolador pensar que Jesús, el divino Fuerte, conoció todas vuestras flaquezas, que tembló a la vista del cáliz amargo, de aquel cáliz que otras veces había tan ar-

¹ Carta a un misionero, 1896.

dientemente deseado. Vuestro patrimonio es verdaderamente hermoso, pues Nuestro Señor os lo ha escogido, y Él ha sido el primero en mojar sus labios en el cáliz que os ofrece. Ha dicho un santo: «El mayor honor que Dios puede hacer a un alma es no darle mucho y exigirle mucho.» Jesús os trata como a un privilegiado. Quiere que deis ya comienzo a vuestra misión y que salvéis almas por el sufrimiento. ¿Acaso no fué padeciendo y muriendo que Jesús rescató el mundo? Sé que aspiráis a la dicha de sacrificar vuestra vida por Él, pero el martirio del corazón no es menos fecundo que el de la efusión de sangre, y, desde ahora, es éste vuestro martirio. Tengo, por lo tanto, razón, cuando digo que es hermoso vuestro patrimonio y que es digno de un apóstol de Cristo»¹.

Toda su correspondencia se convierte muy naturalmente en una conversación sobre el martirio, el gran sueño de su vida. «En esta tierra, donde todo cambia, una sola cosa es estable: el proceder del Rey de los cielos con respecto a sus amigos. Desde que levantó el estandarte de la cruz, es a la sombra de ésta donde todos han de combatir y alcanzar la victoria. «Toda vida de misionero es fecunda en cruces», decía Teófanos Vénard, y añadía: «La verdadera dicha es sufrir, y, para vivir, es menester morir.» Hermano mío, los comienzos de vuestro apostolado están marcados con el sello de la cruz; el Señor os trata como un privilegiado. Es más bien por la persecución y el sufrimiento que por brillantes sermones que quiere afianzar su reinado en las almas. — Decís: «Soy aún un niño pequeño, que no sabe hablar.» El padre Mazel, ordenado sacerdote el mismo día que vos, no sabía hablar, y, sin embargo, ya ha alcanzado la palma. ¡Ah! ¡Cuán por encima de los nuestros están los pensamientos divinos! Al

¹ Carta de 26 de diciembre de 1895.

enterarme de la muerte de este joven misionero, de quien oía hablar por primera vez, me sentí movida a invocarle. Me parecía verle en el cielo, en el glorioso coro de los mártires. Sé que, a los ojos de los hombres, este martirio no lleva tal nombre; pero, a los ojos de Dios, este sacrificio sin gloria no es menos fecundo que el de los primeros cristianos, que confesaban su fe delante de los tribunales. La persecución ha cambiado de forma, pero los apóstoles de Cristo no han cambiado de sentimientos, por lo que el divino Maestro no cambiará sus recompensas, si no es acrecentándolas, en compensación de la gloria que ahora se les niega en este mundo. No entiendo por qué parece que dudáis de vuestra inmediata entrada en el cielo, si los infieles os quitan la vida... ¿Cómo dudar de que Dios pueda abrir las puertas del cielo a aquellos hijos que le han amado hasta el extremo de sacrificarlo todo por Él, no sólo dejando su familia y su patria, para darlo a conocer y a amar, sino también deseando dar su vida por Aquél a quien aman? Jesús dijo con razón que no hay mayor amor que éste. ¿Cómo, pues, se dejará vencer en generosidad? ¿Cómo podrá purificar en las llamas del purgatorio a las almas consumidas ya por el fuego del amor divino?»

«He aquí cuántas frases para expresar mi pensamiento. Quería simplemente decir que, según me parece, todos los misioneros son mártires con el deseo y la voluntad y que, por consiguiente, ni uno solo debería ir al purgatorio»¹. «Si en el momento de comparecer delante de Dios queda en sus almas algún rastro de la flaqueza humana, la Santísima Virgen les alcanza la gracia de hacer un acto de perfecto amor y, después, les da la palma y la corona que tienen bien merecidas»².

Podría sacarse de toda esta correspondencia un

¹ Carta a un misionero, 1897.

² Carta de 9 de mayo de 1897.

código práctico del alma de todo apostolado. La santa subraya fuertemente la primacía de la vida interior y de la unión con Dios por el amor; pero con criterio discreto sobre las necesidades de la Iglesia militante, no opone la oración contemplativa a la acción. Con su audacia acostumbrada, muy en su punto en la línea de su genio apostólico, reproduce el célebre pasaje de san Juan de la Cruz sobre la fecundidad del amor puro, para extenderlo a todas las almas que se afanan en los duros trabajos del apostolado. San Juan de la Cruz ha dicho: «El más pequeño movimiento de puro amor es más útil a la Iglesia que todas las obras juntas.» «Siendo esto así, ¡cuán provechosas deben ser para la Iglesia vuestras penas y vuestras pruebas, puesto que las padecéis con gozo únicamente por amor a Jesús»¹.

«Todo es puro para los puros.» La atmósfera toda divina en que se mueve el alma de los santos, los mantiene por encima de las fluctuaciones de una sensibilidad donde muchas almas mediocres encuentran acogida. Santa Teresa del Niño Jesús nos lo advierte en la *Historia de un alma*: «Dios puede servirse de esta fraternidad espiritual para el bien de las almas; mas para esto se requiere la voluntad expresa de quien tiene autoridad. Me parece que de otra manera esta correspondencia *solicitada* haría más daño que bien, si no a los misioneros, a lo menos a la carmelita, continuamente movida por su género de vida a recogerse en sí misma. En vez de unirla con Dios, este intercambio de cartas — aunque espaciado — ocuparía inútilmente su espíritu. Tal vez se imaginaría que hace maravillas y, en realidad, no haría otra cosa que procurarse — su color de celo — una distracción superflua»².

Al fin de su vida repetía con más fuerza la misma advertencia: «Me previno, nos dice la madre

¹ Carta de 19 de mayo de 1897.

² *Historia de un alma*, X, 198.

Inés, que más tarde, un gran número de sacerdotes jóvenes, sabedores de que ella había sido dada como hermana espiritual de dos misioneros, pedirían el mismo favor. Me advirtió que esto podría ser un peligro para ciertas almas. «No importa quien sea la que escriba, ni que escriba lo mismo que yo escribo, ni que reciba los mismos cumplidos y la misma confianza. Únicamente por *la oración y el sacrificio* podemos ser útiles a la Iglesia. La correspondencia ha de ser muy rara. Hay que prohibirla enteramente a ciertas religiosas, que andarían preocupadas, creerían que hacen maravillas, y, realmente, no harían otra cosa que lesionar su alma y caer, tal vez, en las redes del demonio. Esto que os digo, Madre mía, es muy importante; no lo olvidéis más tarde»¹.

* * *

La que había resuelto consagrar su vida a la santificación de los sacerdotes, les ha consagrado su supervivencia en la eternidad. Sus intervenciones milagrosas en su favor — particularmente de los misioneros — no pueden ya contarse. «Donde me parece más admirable — afirma su hermana — es en lo que atañe a las almas sacerdotales»². Ayuda a los sacerdotes en sus luchas íntimas, en los progresos de su vida interior, en todas las funciones de su ministerio.

Su Santidad Benedicto XV pudo decir con toda la autoridad de su cargo apostólico: «Su vocación es enseñar a los sacerdotes a amar a Jesucristo».

¹ *Novissima Verba*, 8 de julio de 1897.

² Proceso Diocesano, 2.913, Madre Inés de Jesús.

CAPÍTULO VIII

LOS DONES DEL ESPÍRITU SANTO

La más alta vida mística bajo las apariencias más ordinarias.

SUMARIO

I. PAPEL DE LOS DONES DEL ESPÍRITU SANTO. — II. DON DE TEMOR. — 1. Delicadeza de alma. — 2. Al servicio de la esperanza. — III. DON DE FORTALEZA. — 1. Heroísmo de pequeñez. — 2. Heroísmo de grandeza. — IV. DON DE PIEDAD. — 1. Su vida de oración. — Su devoción a Cristo. — 3. Su culto a la Eucaristía. — 4. El oficio divino. — 5. Los vasos sagrados. — 6. El culto de los santos. — 7. Sus santos preferidos. — 8. La Comunión de los santos. — V. DON DE CONSEJO. — 1. El gobierno de sí mismo. — 2. La dirección de los demás. — 3. Creadora de un «nuevo camino» de espiritualidad. — VI. DON DE CIENCIA. — 1. La nada de las criaturas. — 2. Los vestigios de Dios en la creación. — VII. DON DE ENTENDIMIENTO. — 1. El Maestro interior. — 2. Intuiciones de Dios. — 3. Inteligencia de las Escrituras. — VIII. DON DE SABIDURÍA. — 1. Sabiduría contemplativa. — 2. Sabiduría práctica. — Papel director del don de sabiduría.

Cuando un gran artista, como Miguel Ángel, se dispone a realizar una obra maestra, deja, primero, que sus operarios desbasten la piedra y que obren a su manera. Después toma el cincel, se inclina so-

bre el mármol, se apodera de él, lo trabaja despacio aun en sus más pequeños detalles, y cuando, al fin, después de una última mirada de maestro, el artista deja el mármol, una estatua aparece ante él, surgida de su potencia, animada de su soplo, expresión de su propio genio: una obra inmortal ha salido de sus manos.

I. — EL PAPEL DE LOS DONES DEL ESPÍRITU SANTO

De la misma manera, cuando Dios quiere imprimir su semejanza en un alma y elevarla a la más encumbrada santidad, comienza por dejar que obren las causas segundas, según las leyes generales de la Providencia; después, en el momento señalado por su amor, entra Él mismo en lo más íntimo de esta vida, mediante toques sucesivos, cada vez más frecuentes, hasta la hora bendita en que establece en ella su morada y nada puede escapar a su empresa divina. Dios se apodera de esta alma, de todas sus facultades, de todos sus actos; dirige todos sus movimientos interiores y todas sus actividades externas. Lo inspira todo, sin jamás violentar el libre albedrío de esta voluntad humana, conduciéndola, al contrario, con suma libertad, hacia la realización de sus eternos designios, obrando en ella y por ella prodigios de gracia, con una soltura y una perfección tan acabadas, que sólo son propias de Dios. Causa maravilla el espectáculo de estas vidas humanas, tan enteramente divinas hasta en sus más menudos actos y que realizan el dicho del Apóstol: «Ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí»¹. Bajo la acción transformadora de Cristo, el hombre se convierte «en otro Cristo», no viviendo ya sino por la gloria del Padre y la redención del mundo, asocia-

¹ Gálatas, II, 20.

do a la vida íntima de toda la Trinidad. Este milagro de santidad es la obra propia del Espíritu Santo.

El Dios de amor, que habita dentro de nosotros, se muestra perpetuamente activo. Nuestra alma, divinizada por la gracia, llega a ser el teatro incesante de operaciones divinas, todas las cuales, en definitiva, tienden a grabar en ella una perfecta semejanza con Dios. Cuanto más nos entregamos a esta acción creadora, tanto más Dios nos transforma en Él. La santidad no tanto consiste en multiplicar los esfuerzos personales, cuanto en dejarse formar por Dios a imagen de Cristo. Para un gran número de almas, la vida interior se reduce a las preocupaciones del «yo», que se inquieta por su perfección y por sus imperfecciones. No: la santidad es el triunfo de la gracia por la desaparición cada día más total del «yo» humano, bajo la acción transformadora y liberadora de Dios.

Esta acción alcanza su grado máximo y se manifiesta con más esplendor en la actividad de los dones del Espíritu Santo. De aquí la gran importancia del estudio de estos dones para una inteligencia profunda del alma de los santos. A esta luz, la santidad de Teresa de Lisieux aparece ante nosotros como una verdadera obra maestra de la acción divina en un alma de niña.

Por lejos que nos remontemos en su vida consciente, la encontramos ya prevenida por la gracia divina, conducida por Dios a la práctica de la virtud y elevada directamente por Él a la más alta santidad. En desquite, ¡qué perfecta docilidad por parte de Teresa! «Desde la edad de tres años, nada he negado a Dios»¹, nos dice, y sabemos por los testigos del proceso de canonización que esta fidelidad «jamás quedó desmentida»². — «EL ESPÍRITU SANTO LA CONDU-

¹ Proceso Diocesano, 2.236, R. P. Godefroy Madelaine.

² Proceso Diocesano, 2.235, R. P. Godefroy Madelaine.

cia»¹, la guardaba contra toda ilusión y todo peligro, velando con amor por esta alma tan pura, tan cuidadosa de no ofender nunca a Dios y de complacer en todas las cosas a Jesús. Bajo la influencia bienhechora de una educación profundamente cristiana, por sus oraciones, por la frecuencia de sacramentos y la fidelidad en las cosas pequeñas, la gracia bautismal, durante tanto tiempo dormida en otros niños, tomó en ella un maravilloso desarrollo. Su primera comunión fué una verdadera «fusión» con Jesús, seguida muy de cerca de la gracia de la Confirmación. Teresa se preparó para este sacramento de una manera excepcional, mostrándose «*muy aplicada al estudio de los dones del Espíritu Santo*»². «Ella, de ordinario tan sosegada, no parecía la misma: una especie de entusiasmo y de embriaguez asomaban al exterior. Uno de los días del retiro preparatorio en que le manifesté mi extrañeza al verla en aquellas disposiciones, me explicó lo que entendía acerca de la virtud de este sacramento y de la toma de posesión de todo su ser por el Espíritu de Amor. Había en sus palabras una tal vehemencia y en su mirada una tal llama, que yo misma, penetrada toda de una impresión sobrenatural, me alejé de ella profundamente conmovida. Veo todavía su ademán, su actitud, el lugar que ocupaba. Este recuerdo no se borrará»³.

Teresa nos refiere en su *Historia de un alma* estas impresiones de la gracia: «Poco tiempo después de mi primera comunión entré de nuevo en retiro para mi confirmación. Me había preparado con mucho cuidado para esta visita del Espíritu Santo. No podía entender por qué no se hacía gran caso de la recepción de este sacramento de amor. No habiéndose podido celebrar la ceremonia el día señalado, tuve el consuelo de ver mi solitud algún tanto

¹ Proceso Apostólico, P. Pichon, S. J.

² Proceso Diocesano, 343, Sor San Francisco de Sales.

³ Proceso Diocesano, 256, Sor Genoveva.

prolongada. ¡Ah! ¡Qué gozosa estaba mi alma! Como los Apóstoles, esperaba como una dicha al Consolador prometido, me alegraba de ser muy pronto una perfecta cristiana y de tener sobre la frente, eternamente grabada, la cruz misteriosa de este sacramento inefable. No sentí el viento impetuoso de la primera Pentecostés, sino más bien aquella «brisa ligera», cuyo murmullo oyó el profeta Elías en la montaña de Horeb. En este día recibí la fuerza para sufrir, fuerza que me era muy necesaria, porque el martirio de mi alma había de comenzar poco después»¹.

Un cuidado tan extraordinario en prepararse para el sacramento de la Confirmación, denota en una niña un conocimiento precoz y raro del papel del Espíritu Santo en la vida de la Iglesia y en la santificación de las almas. Teresa sentía como por instinto el lugar que este Espíritu de Amor había de ocupar en su propia vida. Privada de dirección, siempre acudía a Él con la confianza de ser escuchada. «En aquel tiempo no me atrevía a decir nada de mis sentimientos interiores. El camino por el cual andaba era tan recto y tan luminoso, que no sentía la necesidad de otro guía que Jesús. Comparaba los directores con los espejos fieles, que reflejaban a Nuestro Señor en las almas, y pensaba que, en cuanto a mí, Dios no se servía de intermediarios, sino que obraba *directamente*»².

Después de su entrada en el Carmelo, el Maestro interior la iluminaba en todas las cosas: «Jesús no tiene necesidad de libros ni de doctores para instruir a las almas. Él, el Doctor de los doctores, enseña sin ruido de palabras. Nunca le he oído hablar, pero siento que está en mí. A CADA INSTANTE, *me guía y me inspira*. En el momento preciso en que tengo necesidad de ellas, veo claridades hasta entonces desconocidas. No es lo más frecuente que brillen a mis

¹ *Historia de un alma*, IV, 62.

² *Historia de un alma*, V, 30.

ojos en las horas de oración, sino en medio de las ocupaciones cotidianas»¹. «Un día, refiere una de sus novicias, le hablaba de los extraños fenómenos producidos por el magnetismo en las personas que quieren someter su voluntad al magnetizador. Estas noticias parecieron interesarle vivamente. Al día siguiente me dijo: «¡Cuánto bien me ha hecho vuestra conversación! ¡Ah! ¡Cuánto quisiera hacerme magnetizar por Nuestro Señor! Es el primer pensamiento que me ha asaltado al despertarme. ¡Con qué dulzura le he entregado mi voluntad! Sí, quiero que se apodere de mis facultades, de tal suerte, que no haga ya en adelante acciones humanas y personales, sino acciones todas ellas divinas, INSPIRADAS Y DIRIGIDAS POR EL ESPÍRITU DE AMOR»².

Estas últimas palabras caracterizan maravillosamente la actividad de los dones del Espíritu Santo en las almas. Bajo el imperio de estos dones, es Dios quien toma personalmente la iniciativa de todos nuestros actos: pensamientos, deseos, acciones exteriores. Se «apodera» verdaderamente de nuestra alma y de sus facultades, poniéndose, por decirlo así, al frente de nuestra vida espiritual, de la cual viene a ser el animador constante. Pero el alma, bajo la acción divina, no permanece inactiva como el mármol bajo la dirección del artista. No es un instrumento inerte en las manos de Dios. Después de la primera fase de docilidad pasiva, se muestra, bajo el influjo divino, enteramente activa, realizando así aun los actos más meritorios y más perfectos. Esta vida se asemeja a la de la Madre de Dios o a la del Verbo encarnado, que caminaba entre nosotros con la simplicidad de un hombre y la santidad de un Dios.

Cuando la teología mística se esfuerza en definir este estado de vida perfecta de un alma guiada personalmente por el Espíritu Santo, insiste en «la ma-

¹ Historia de un alma, VIII, 146.

² Historia de un alma, Consejos y recuerdos, 290.

nera, deiforme y sobrehumana» de su actividad. No es ella quien obra, sino Dios *en ella y por ella*. Liberada de las condiciones humanas y limitadoras que todavía le imponía el ejercicio ordinario de las virtudes, *inspirada y guiada directamente por el mismo Dios*, se mueve en el plano sobrenatural con la suma perfección de un Dios que vive y obra en medio de nosotros, sobre la tierra¹. Piensa, quiere y obra «a la manera de Dios». Su vida de fe se transforma en una contemplación continua y penetrante de los misterios divinos, un poco «a la manera» de la mirada intuitiva y comprensiva de Dios sobre sí mismo y sobre todo el universo. Su vida de amor tiende a convertirse en un verdadero reposo en el bien divino. Todos los demás actos se conforman más y más con las costumbres de la Santísima Trinidad. El alma «ya no tiene acciones personales y humanas, sino acciones enteramente divinas, inspiradas y dirigidas por el Espíritu de Amor».

San Juan de la Cruz, en una página célebre de la *Subida al monte Carmelo*, nos ha dejado la descripción clásica de esta actividad superior de las almas que han llegado a la unión transformadora y viven bajo la moción casi continua del Espíritu Santo: «En este estado de unión, todas las operaciones de la memoria y las demás facultades son divinas: Dios, en efecto, las posee como Dueño absoluto, por efecto de su transformación en Él. Es Él quien las mueve y las manda divinamente según su espíritu y su voluntad; pero esto se realiza de tal manera que las operaciones de Dios y las del alma ya no son distintas: la actividad del alma y la de Dios no forman sino una sola. Estas operaciones son verdaderamente divinas, según las palabras de san Pablo: «El que se une con Dios forma un solo espíritu con Él»². Resulta de

¹ Santo Tomás, 3 Sent., D. 34, q. 1, a. 3: «ut jam non humanitus sed quasi Deus factus participatione operetur».

² Corintios, VI, 17.

aquí que las operaciones del alma que ha llegado a este estado de unión provienen del Espíritu Santo y, por esta causa, se llaman divinas. Se sigue de aquí que estas actividades del alma llevan el sello de la razón, sin posibilidad de desviación... Así todos los primeros movimientos de estas almas son por sí mismos divinos. ¿Qué tiene de sorprendente este carácter deiforme en las operaciones de un alma transformada en Dios...? Tales eran las operaciones de la augusta Madre de Dios. Desde el principio de su existencia fué elevada a este estado supremo. Jamás hubo en su alma la menor impresión de criatura alguna, que pudiese separarla de Dios. Siempre era movida por el Espíritu Santo»¹.

¡Y qué riqueza infinita existe en el juego de los dones del Espíritu Santo en las almas! Dios tiene en cuenta la edad, el temperamento, los hábitos pasados y las gracias recibidas. la vocación de cada uno en el cuerpo místico de Cristo y en el conjunto del plan divino. ¡Qué diferencia entre la actividad de los dones del Espíritu Santo en un hombre de acción y en un puro contemplativo! Y, en el interior de una misma forma de vida contemplativa — en el seno de una misma congregación religiosa —, ¡qué maravillosa variedad entre los santos! ¿Puede haber dos almas carmelitanas más distintas que santa Teresa del Niño Jesús e Isabel de la Trinidad? En el estudio psicológico de los dones hay que guardarse mucho de toda concepción *a priori*, de toda rigidez excesivamente geométrica, y hay que imitar la infinita flexibilidad de Dios en el gobierno de las almas.

En santa Teresa del Niño Jesús todo es sencillo como en una vida de niño. Los que concibiesen la vida mística como indisolublemente ligada a fenómenos extraordinarios — en realidad puramente concomitantes y accidentales — desviarían su mirada de

¹ Subida al monte Carmelo, lib. III, cap. 2. Silverio, páginas 243-244.

la esencia profunda de la espiritualidad teresiana. Al ver la manera de vivir de Teresa, se entiende toda la verdad de la fórmula clásica empleada por los teólogos para definir la gracia santificante y tantas veces repetida por el genio de santo Tomás de Aquino: «*gratia virtutum et donorum*», «la gracia de las virtudes y de los dones», como para hacer notar con fuerza la continuidad y la unidad de nuestra vida espiritual, desde el ejercicio de las virtudes más ordinarias hasta la más subida actividad de los dones del Espíritu Santo en la unión transformadora. Es en el bautismo donde el cristiano recibe, con la gracia santificante, los gérmenes de una vocación mística, que, un día, se ha de abrir «en la unidad» de la Trinidad¹.

La espiritualidad de la gran santa de Lisieux nos lleva de nuevo, en este punto capital, a la doctrina a la vez más tradicional y más profunda. Ningún fenómeno místico extraordinario, ningún éxtasis, ningún arrobamiento en el «caminito», sino la floración perfecta de aquella gracia «de virtudes y de dones», que, bajo la influencia del Espíritu que habita en nosotros, nos hace decir con la más filial ternura: «¡Abba, Padre!» ¿No es una cosa normal que «los hijos de Dios sean conducidos por su Espíritu?»² En santa Teresa del Niño Jesús la actividad de los dones del Espíritu Santo se mueve en la más pura línea de la infancia espiritual y de la gracia de adopción. Pertenece a aquella raza espiritual de santos que pasan entre nosotros heroicos y sonrientes, sin querer eclipsar a ninguno de los que les rodean ni intentar jamás deslumbrarlos. De ella, como de san Juan Berchmans, podría decirse que «hizo de una manera extraordinaria las obras ordinarias». — «He conocido y conozco muchas religiosas — leemos en su proceso —, pero sor Teresa tenía una manera de

¹ San Juan, XVII, 23.

² Romanos, VIII, 14.

obrar diferente y superior. Esta diferencia se echaba de ver *no tanto en el objeto de sus actos de virtud cuanto en la manera más perfecta de practicarlos*¹. — «Se mostraba en todo un prodigio de perfección»².

«Al intentar un sacerdote persuadir al santo papa Pío X de que nada había de extraordinario en la vida de santa Teresa del Niño Jesús, recibió esta respuesta: «¡Ah! Lo que hay de más extraordinario en esta alma es precisamente su extremada simplicidad... Consultad vuestra teología»³. He aquí la verdad. Santa Teresa de Lisieux aparece en la Iglesia como el prototipo de la más alta mística, bajo las apariencias más ordinarias. Para elevarse hasta la más alta santidad le bastó vivir simplemente, pero a fondo, la gracia de su bautismo: su vocación sublime de hija de Dios.

II. — EL DON DE TEMOR

La condición preliminar de la acción del Espíritu Santo en las almas es una entera sumisión a Dios. Es el don de temor, el primero que asegura esta conducción total del hombre por el Espíritu de Dios. Consciente el hombre de su fragilidad, teme substraerse a esta acción divina por su propia culpa. Se esfuerza en permanecer, como un instrumento dócil, en manos de Dios. Así, el don de temor ocupa, en el plano de la vida mística, el mismo lugar fundamental que la humildad en la economía de las virtudes. Sitúa las almas en aquella *actitud de sumisión y de docilidad sin resistencia*, que es la disposición indispensable de su perfecta unión con Dios.

¹ Proceso Apostólico, 1.137, Sor Teresa de San Agustín.

² Proceso Diocesano, 1.614, Sor María del Sagrado Corazón.

³ *Historia de un alma*, pág. XXIII.

1. — *Delicadeza de alma*

Bajo el impulso de este sentimiento primordial nacen otros actos secundarios. El alma tiene cuidado de eliminar de su vida cualquier obstáculo que pudiera alejarla de Dios, y de apartar de su camino todo cuanto pudiera detener, o simplemente disminuir, su vuelo hacia Él: faltas graves o leves, y aun las más pequeñas imperfecciones. El dominio del don de temor se extiende a la universalidad de nuestras faltas y de nuestras deficiencias, y a todas nuestras posibilidades de caer.

Su intervención se manifiesta con particular actividad al principio de la vida espiritual, para alejar del pecado estos comienzos; pero, lejos de desaparecer cuando el alma se eleva hacia la perfección, crece según la medida de su amor y la acompaña hasta las más altas cumbres de la unión divina. Los mismos espíritus puros, asegurados en el Bien inmutable y sin que tengan que temer ni el infierno, ni el pecado, ni mal alguno, tiemblan en presencia del Eterno: *«tremunt Potestates»*. Este temor reverencial, que tiene su expresión suprema en el alma del Verbo encarnado delante de la Infinita Majestad del Padre, constituye la actitud fundamental de toda criatura en la presencia de Dios.

Pero el Espíritu de Dios se acomoda con una flexibilidad maravillosa a las múltiples necesidades de las almas y a cada tipo de santo. De una manera obra en un vicioso convertido y de otra en un alma virgen. Hemos visto a este mismo Espíritu de temor matizarse indefinidamente desde las formas trágicas de la angustia y de la condenación, hasta los vuelos de la confianza más audaz, y revestirse, a veces, en un mismo santo, de las expresiones más diversas. Recordemos a san Jerónimo, el rudo asceta del desierto, tentado, primero, de desesperación, y después, bajo una inspiración repentina de la gracia, volverse, con

un ademán familiar y sublime hacia el Salvador del pesebre de Belén, para ofrecerle sus pecados.

En Teresa de Lisieux, este Espíritu de temor se manifiesta dentro de la línea de su gracia peculiar, bajo la forma del temor filial y confiado del «pequeñuelo», a quien se le escapa una multitud de minúsculas faltas, pero que, lejos de alarmarse, se lanza con ternura en brazos de su padre o de su madre, para volverse en seguida con el gozo en el corazón y con la certeza de estar enteramente perdonado.

«Desde los primeros años de su infancia, Teresa se preocupaba de saber si Dios estaba contento de ella o si tenía alguna cosa que reprocharle. Como que yo era para ella una madre, todas las noches me preguntaba lo que de ella pensaba»¹. «¿He sido buena hoy? ¿Está Dios contento de mí?»² «Cuando le decía: Tal cosa no está bien, ponía gran atención en evitarla». Si cometía, aun involuntariamente, la más leve falta, derramaba torrentes de lágrimas»³. «Este temor de ofender a Dios llegó a ser tan grande, que, a la edad de los 12 a los 13 años, la sierva de Dios fué asaltada de escrúpulos, que no le daban punto de reposo, sobre su conducta»⁴. «Liberada de esta prueba después de año y medio, su alma se situó para siempre en el temor filial de causar pena a Dios»⁵. *Jamás, según parece, santa Teresa del Niño Jesús cometió la menor falta voluntaria con propósito deliberado.* Antes de su viaje a Roma, «temerosa de descubrir el mal»⁶, fué a arrojarse a los pies de Nuestra Señora de las Victorias para confiarle su pureza.

Esta delicadeza de alma no hizo sino purificarse en la vida religiosa. Sor Teresa de Lisieux nos cuen-

¹ Proceso Diocesano, 1.511, Madre Inés de Jesús.

² *Historia de un alma*, II, 30.

³ Proceso Apostólico, 621, Madre Inés de Jesús.

⁴ Proceso Apostólico, 917, Sor Genoveva.

⁵ Proceso Apostólico, 621, Sor Inés de Jesús.

⁶ Proceso Apostólico, 1.007, Sor Genoveva.

ta su gozo delirante, cuando, dos meses después de su entrada en el Carmelo, su confesor le dió la seguridad de que había conservado la inocencia bautismal: «En la presencia de Dios, de la Santísima Virgen, de los Ángeles y de todos los santos, declaro que nunca habéis cometido un solo pecado mortal. Dad gracias al Señor por lo que ha hecho en vos gratuitamente y sin mérito alguno por vuestra parte.» «El temor de haber mancillado la vestidura de mi bautismo me daba *mucho que sufrir*, y esta seguridad, salida de labios de un director como lo deseaba santa Teresa, es decir, tal que “uniese la ciencia a la virtud”, me parecía que venía del mismo Dios»¹. Los goces, y también las tristezas del alma, son reveladores de su amor: los santos sólo se regocijan en Dios. Estas palabras colmaron de felicidad a Teresa. Avanzó con nuevos vuelos hacia la perfección. El día de la profesión llevaba sobre su corazón un billete, en el cual había escrito: «Haced, Jesús, que la vestidura de mi bautismo no sea jamás manchada. Llevadme antes que permitir que manche aquí mi alma cometiendo *la más pequeña falta voluntaria*»². Es al espíritu de temor a quien hay que atribuir la increíble delicadeza del alma de los santos.

El espectáculo del pecado, que les causa sufrimientos indecibles, arrancando gritos de angustia y sollozos a un santo Domingo y a una santa Catalina de Sena, trastornaba también el alma de Teresa del Niño Jesús. «Durante las instrucciones de los retiros, padecía mucho cuando los predicadores hablaban de la facilidad con que se puede caer en el pecado mortal, aun por un simple pensamiento. ¡Le parecía tan difícil ofender a Dios cuando se le ama! En el decurso de estos ejercicios se la veía pálida y deshecha. No podía comer ni dormir, y hubiera caído enferma si ello hubiese durado. El retiro dado por el padre Alejo la

¹ *Historia de un alma*, VII, 119.

² *Historia de un alma*, VIII, 134.

liberó de estas penas, pero, hasta su muerte, veló mucho sobre sí misma para evitar la menor falta»¹.

No nos maravillemos de que este espíritu de temor, inspirado por el amor, ejerza cada vez mayor influencia en un alma elevada por la gracia a los estados místicos superiores. Entonces precisamente triunfa, en el momento en que los santos, a la luz de la santidad de Dios, descubren, por contraste, toda la malicia del pecado. Por nada del mundo consentirían en cometer el más pequeño pecado venial, ni que fuera para salvar a todo el universo. Si supiésemos juzgarlo todo a la luz de la fe, veríamos que, en el orden de las cosas y para la mayor gloria de Dios, ha de ser de esta manera. Los santos deben la paz del alma a esta convicción, acompañada de una fidelidad absoluta. Sor Teresa del Niño Jesús lo confesaba al fin de su vida: «Sé que, si cometiese la menor infidelidad, la pagaría en seguida con espantosas turbaciones y ya no podría aceptar la muerte. Así, no ceso de decir a Dios: Os suplico que preservéis a mi alma de la desdicha de ser infiel»².

2. — *Al servicio de la esperanza.*

El pensamiento cristiano ha colocado, con razón, el temor filial en la base de toda santidad. «El temor de Dios es el principio de la sabiduría», y la huída del mal es el primer paso que conduce a Dios. Pero éste no es más que un papel secundario. El oficio principal del don de temor — tan resplandeciente en el camino de la infancia espiritual — es servir a la esperanza teologal. El genio de santo Tomás de Aquino vió muy bien que el temor y la esperanza, lejos de oponerse, se prestan mutua ayuda. Cuanto menos un alma se apoya en sí misma, más cuenta únicamente con el auxilio de Dios; más divina es su esperanza.

¹ Proceso Apostólico, 622, Madre Inés de Jesús.

² Proceso Apostólico, 619, Madre Inés de Jesús.

«Jamás he podido hacer cosa alguna sola»¹. «Dios me tomó en sus brazos y me puso allí»². El espíritu de temor filial, manteniendo al alma en el sentido de su «pequeñez», le inspira un abandono total. Pero ¿no está precisamente aquí todo el movimiento de la espiritualidad teresiana? Consciente de su debilidad y de su «impotencia para todo bien», en lugar de desalentarse, sino más bien regocijándose de su pobreza, Teresa prefiere como un «pequeñuelo» acurrucarse en los brazos de su Dios. De esta manera, el don de temor se convierte en ella en el gran auxiliar de su camino de confianza y de abandono.

III. — EL DON DE FORTALEZA

«La gracia de adopción, que hace de nosotros verdaderos hijos de Dios, también, si es menester, nos hace fieles hasta la muerte. Lejos de ser incompatible con el camino de infancia espiritual, la fortaleza de alma fué uno de los rasgos característicos de la fisonomía moral de santa Teresa del Niño Jesús. En su embeleso por la «santita» de Lisieux, el mundo moderno se ha engañado extrañamente sobre la significación de su sonrisa, y una multitud de devotos superficiales no se han dado cuenta de que la santa de la perpetua sonrisa y del Crucifijo cubierto de rosas había puesto «el amor a la cruz por base de su doctrina»³. «Han hecho insulsa su espiritualidad: es un alma viril, es una gran persona», afirmaba Pío XI⁴.

Los testigos del proceso de canonización insisten también en el vigor heroico de la sierva de Dios, poniendo así la verdadera fisonomía de la santa bajo la

¹ *Novissima Verba*, 11 de agosto de 1897.

² *Novissima Verba*, 7 de julio de 1897.

³ Proceso Diocesano, 1.779, Sor Genoveva.

⁴ Al obispo de Bayeux con ocasión del Congreso de Lisieux, en 1932.

luz de la cruz. Sor Teresa del Niño Jesús había dejado en su hermana Celina una impresión tal de fortaleza de alma, «que antes de haber aprendido a clasificar las virtudes por la lectura de los artículos del vicepostulador, las hubiera agrupado todas en la fortaleza»¹. «Desde la noche de Navidad de 1886, en que Dios la «revistió de su fortaleza divina», Teresa no fué vencida en ningún combate». Henos, pues, bien situados en la verdad: el retrato de conjunto de la fisonomía moral de santa Teresa del Niño Jesús revela un extraordinario vigor. El espíritu de fortaleza anima toda su espiritualidad.

Para mejor analizar las manifestaciones de este espíritu de fortaleza en el alma de Teresa, importa mucho entender bien la diferencia irreductible que distingue el régimen de las virtudes del régimen de los dones. En el ejercicio ordinario de la virtud de la fortaleza, el ser humano tiembla todavía ante el peligro y está aún en lucha con sus pasiones. Siente los pobres límites de la resistencia humana en presencia del sufrimiento y de la muerte. Hay una manera superior, enteramente divina, de triunfar sobre el miedo paralizador o sobre una audacia demasiado impetuosa e irreflexiva: pasar entre las dificultades, como jugando, apoyándose en la misma fuerza de Dios. Los santos avanzan en medio de las agitaciones y de las más temibles resistencias por parte de los hombres, fundados en la Fuerza Inmutable y dominadora de Dios. La fragilidad caduca de estas resistencias, en apariencia formidables, les deja en una inalterable paz. Saben que nada es obstáculo para los que quieren vivir de amor, y que los guarda la Fuerza invencible de Dios. Se han visto mártires saltar de gozo en medio de las peores torturas, y grandes siervos de Dios concebir una increíble alegría al solo anuncio de nuevos reveses, que parecían amenazar la obra de toda su vida. Iban gozosos como los Apóstoles, y feli-

¹ Proceso Diocesano, 1.685, Sor Genoveva.

ces por haber sido hallados dignos de padecer por Cristo, como santo Domingo, que cantaba con mayor ardor según eran más puntiagudos los guijarros que encontraba en su camino.

El don de la fortaleza tiene por medida, no los límites de la resistencia humana, sino la Omnipotencia de Dios. Por el don de fortaleza el *alma utiliza como suya la misma Fuerza de Dios*, por una especie de participación de la inmutabilidad divina. Apoyada en Dios, que vive en ella, triunfa de cualesquiera dificultades y escapa de todos los peligros. Puede repetir la expresión de san Pablo: «¿Quién me separará de la caridad de Cristo? Ni la tribulación, ni la angustia, ni el hambre, ni peligro alguno, ni la persecución, ni la espada.» Está segura de que «ni la vida, ni la muerte, ni ninguna criatura visible o invisible, ni las cosas presentes o futuras podrán jamás separarla del amor de Dios en Cristo Jesús»¹.

El don de fortaleza se extiende, no sólo a los peligros de muerte como la virtud de la fortaleza, sino a todos los actos de las virtudes anejas: la magnificencia, la magnanimidad, la perseverancia, la paciencia; a todas las dificultades que se pueden encontrar en una existencia humana. Se comprende entonces que estas manifestaciones revistan matices tan variados como cada una de nuestras vidas. El espíritu de fortaleza, que lanza a los hombres de acción hacia proyectos de gran envergadura en servicio de la Iglesia y de la sociedad humana, anima también la oración de los grandes contemplativos, ansiosos de redención para el conjunto del cuerpo místico de Cristo. El mismo espíritu que acompaña a los hombres de acción en su ardor militante y los mantiene pacientes bajo los fracasos de su apostolado, sostiene a los solitarios y a los moradores de los claustros en el dédalo de las purificaciones pasivas y corredentoras, que los con-

¹ Romanos, VIII, 35-39.

sumen en el puro amor, para la mayor utilidad de la Iglesia.

Este espíritu de fortaleza puede manifestarse bajo dos formas distintas, pero igualmente divinas: el heroísmo de pequeñez y el heroísmo de grandeza.

1. — Heroísmo de pequeñez

Santa Teresa del Niño Jesús encarna en la Iglesia el heroísmo de pequeñez. La veremos consagrarse con una fidelidad sin desfallecimiento a la práctica de las virtudes ocultas. Las grandes mortificaciones de otros santos no tienen atractivo para su alma, por otra parte magnánima. Su gracia personal la aleja de lo extraordinario. Teme que la multitud de las «pequeñas almas» se desvíe del deseo de la santidad, si se ve obligada a seguir el camino, para muchas inaccesible, de las «grandes austeridades». Escoge, con preferencia, el sendero oscuro de la fidelidad a los más humildes deberes de su estado. Dejando para las grandes almas y para los gigantes de la santidad las acciones de relumbrón, se esforzará «en complacer a Jesús» con pequeños sacrificios, sólo de Él conocidos. Pero en este camino ¡qué incomparable modelo! Teresa no dejará escapar ningún sacrificio, ninguna ocasión de practicar la virtud, y se elevará por aquí hasta el más crucificante heroísmo, haciendo de su vida religiosa un verdadero martirio. Se la verá desplegar una fortaleza sobrehumana en los actos «microscópicos», pero sin espíritu minucioso, a mil leguas de un formalismo sin alma, rivalizando con los más grandes santos de otros tiempos en hacer de su vida una obra maestra de la gracia, un modelo de puro amor. Agotada de fatiga, seguirá su marcha, devorada por un increíble ardor de redención: «Ando para un misionero. Todavía puedo andar; he de cumplir con mi deber»¹. Sus novicias recogerán de sus

¹ Proceso Apostólico, 1.115, Sor Teresa de San Agustín.

labios consignas tan austeras como las de san Juan de la Cruz: «Ir hasta el extremo de las propias fuerzas antes de quejarse». «Jamás pedir permisos que puedan suavizar el martirio de la vida religiosa»¹.

El proceso de canonización de santa Teresa del Niño Jesús está lleno de rasgos, que hacen resplandecer este heroísmo oscuro. «Aprovechaba habitualmente, sin dejarlo entretener, todas las ocasiones de sufrir»². «Tomaba parte activa, la más penosa posible, en los trabajos comunes, escogiendo para sí el lugar más incómodo, para evitarlo a los demás. Por ejemplo, durante el verano, en el lavadero se ponía en el sitio donde menos corría el aire. Todos se acuerdan tan bien de ello, que le llaman “el lugar de sor Teresa”, y las hermanas jóvenes se ponen en él para imitar su mortificación y su caridad»³. «La vi, un día, durante su enfermedad, beber gota a gota un repugnante medicamento. Le dije: “Pero acabad pronto; bebed esto de un sorbo.” “¡Ah! — me respondió —. Lo saboreo a propósito. ¿Acaso no he de aprovechar todas las pequeñas mortificaciones que se presenten, cuando no se me permite hacer las grandes?”»⁴.

Bastaría sacarlos del proceso de canonización, para acumular hasta el infinito los rasgos de pormenor. «La sierva de Dios ponía gran atención en no tomarse comodidades. Nunca se reclinaba cuando estaba sentada, ni cruzaba los pies; cuando hacía calor evitaba el secarse ostensiblemente el rostro, y cuando hacía frío, no se frotaba las manos ni andaba encorvada. Reprendió severamente a una novicia porque, en invierno, sujetó con un alfiler las mangas, para no tener tanto frío»⁵. «Sor Teresa del Niño Jesús sopor-

¹ Proceso Diocesano, 1.675, Sor María del Sagrado Corazón.

² Proceso Diocesano, 1.575, Madre Inés de Jesús.

³ Proceso Apostólico, 649, Madre Inés de Jesús.

⁴ Proceso Apostólico, 988, Sor Genoveva.

⁵ Proceso Apostólico, 989, Sor Genoveva.

taba con heroica paciencia que la estorbasen... ¡Ah! Ved, nos decía: tener pensamientos sublimes, componer libros, escribir vidas de santos, no vale tanto como la acción de responder cuando os llaman. Lo he practicado así, y he sentido la paz que de ello se deriva»¹. «Desde que en nada me busco a mí misma, llevo la vida más feliz que cabe imaginar»². «Teresa soportaba con paciencia, sin procurar librarse de ellos, los sufrimientos que se le imponían»³. «Me contó que, estando en el refectorio, una hermana que quiso sujetarle el escapulario, le atravesó, al mismo tiempo, la espalda con una aguja muy grande. Le pregunté durante cuánto tiempo había sufrido esto. «Varias horas, me respondió; fuí a la bodega a llenar las botellas y las llevé en las canastas. ¡Estaba tan contenta! Pero, al fin, temí andar fuera de la obediencia, pues nuestra madre nada sabía»⁴. «Por nada del mundo se hubiera aprovechado la joven carmelita de la presencia de su hermana Paulina al frente de la comunidad para obtener algún favor. Entre todas las religiosas fué Teresa la que más raras veces vió a la madre priora»⁵. Tenía por principio no dejar pasar ningún sacrificio por pequeño que fuese. «Desde pequeña la vi entregada a la obediencia. No recuerdo que hubiese desobedecido una sola vez, ni aun en las cosas más pequeñas»⁶. Y esta confesión formidable: «DESDE LA EDAD DE TRES AÑOS NADA HE NEGADO A DIOS»⁷. «A la verdad, jamás se ha visto cosa igual»⁸, decían las hermanas ancianas. No le faltaban las ocasiones para esta fidelidad sonriente y absoluta.

¹ Proceso Apostólico, 993, Sor Genoveva.

² Proceso Apostólico, 994, Sor Genoveva.

³ Proceso Apostólico, 702, Madre Inés de Jesús.

⁴ Proceso Apostólico, 702, Madre Inés de Jesús.

⁵ *Historia de un alma*, XII, 225.

⁶ Proceso Apostólico, 733, Madre Inés de Jesús.

⁷ *Historia de un alma*, 266.

⁸ Proceso Apostólico, 1.187, Sor María de los Angeles.

He aquí el cuadro de este heroísmo de pequeñez trazado por una de sus novicias: «Sor Teresa del Niño Jesús era muy mortificada, pero con una mortificación muy amable, que no se hacía notar. Los consejos que daba sobre la mortificación, me permitieron observar más fácilmente la suya, porque nunca daba un consejo sin que antes lo hubiese practicado perfectamente. Me recomendaba que no hiciera mezclas con los manjares para hacerlos más sabrosos; que no me apoyase contra la pared (esto exigía gran atención, porque los bancos, bastante estrechos, estaban adosados a ella); que acabase siempre las comidas con alguna cosa que no halagase el gusto, como un bocado de pan. Todas estas pequeñeces, me decía, no dañan a la salud, no son vistosas y mantienen a nuestra alma en un estado de sobrenatural fervor»¹.

Tal fué el método simple y constante de sor Teresa del Niño Jesús: «Amar, sufrir y siempre sonreír.» Esta fidelidad en las cosas más pequeñas desarrollaba en ella una actividad continua de las virtudes y de los dones del Espíritu Santo, un incesante progreso. En particular el don de fortaleza, triunfando a cada momento, le daba un dominio perfecto sobre todas sus acciones. Cuando llegaron los grandes sufrimientos, Dios la encontró dispuesta: el heroísmo de pequeñez había formado en ella un alma de mártir.

2. — Heroísmo de grandeza

El heroísmo de pequeñez conduce al heroísmo de grandeza. La fidelidad silenciosa y perseverante temple las almas para la hora de los grandes combates. Declárese la patria en peligro, y se verá al obrero y al campesino, habituados a duros trabajos, alzarse pronta y espontáneamente hasta el heroísmo del soldado que muere por su nación. ¡A cuántos sacerdotes y simples cristianos ha preparado Dios para el marti-

¹ Proceso Apostólico, 1.370, Sor María de la Trinidad.

rio por medio de las más humildes tareas de la vida común! Llega un día en el cual el alma, fiel en cumplir todos sus deberes, se encuentra cara a cara con una u otra de aquellas acciones heroicas que hacen la grandeza de la vida.

Este heroísmo de grandeza aparece en santa Teresa del Niño Jesús bajo sus dos formas más clásicas: la audacia en las grandes empresas y una paciencia invencible en medio de las más duras crucifixiones de la vida.

En otras circunstancias, su *grandeza de alma* hubiera hecho de ella una santa Catalina de Sena o una Juana de Arco. «Leyendo las acciones patrióticas de las heroínas francesas, particularmente de Juana de Arco, sentía un gran deseo de imitarlas... Pensando entonces que había nacido para la gloria y buscando la manera de llegar a ella, me fué revelado interiormente que mi gloria consistiría en ser santa. Este deseo podría parecer temerario, si se considera cuán imperfecta era y cuánto lo soy todavía, después de tantos años pasados en la religión. Sin embargo, siento la misma audaz confianza de llegar a ser una *gran santa*»¹. Y, después de haber recordado el conocido episodio de su infancia: «lo escojo todo», añade la santa: «Este rasgo de mi infancia es como el resumen de mi vida entera. Más tarde, cuando se me mostró la perfección, entendí que, para llegar a ser santa, era menester padecer mucho, buscar lo más perfecto y olvidarse de sí mismo. Entendí que en la santidad los grados son numerosos, que cada alma es libre para responder a las solicitudes del Señor, para hacer poco o mucho por su amor, en una palabra, para “escoger” entre los sacrificios que nos pide. Entonces, como en los días de mi infancia, exclamé: “¡Dios mío, lo escojo todo! No quiero ser santa a medias. No me da miedo padecer por Vos”»².

¹ *Historia de un alma*, IV, 55.

² *Historia de un alma*, I, 15, 16.

De hecho, apenas hubo entrado en el convento, se la vió andar en pos de la perfección religiosa con indomable energía. Esto no ocurrió sin lucha. «Postulante, tenía a veces tan violentas tentaciones de satisfacerme y de encontrar algunas gotas de gozo, que me veía obligada a pasar rápidamente por delante de la celda de la madre priora y de agarrarme fuertemente a la barandilla de la escalera para no volver atrás. Acudía a mi mente una gran cantidad de permisos que pedir y mil pretextos para dar la razón a la naturaleza y contentarla. ¡Qué feliz soy ahora por haberme vencido desde el principio de mi vida religiosa!»¹.

Más tarde, habiendo ya llegado a una vida espiritual muy elevada, atravesará todavía horas difíciles, y, para triunfar, le será menester toda su sobrenatural energía, asistida por la fuerza misma de Dios. Con ocasión de una lamparilla de noche que le habían mandado preparar, santa Teresa del Niño Jesús tuvo que sostener una lucha íntima vivísima. «El diablo me tentaba violentamente de rebeldía, no sólo contra la lámpara, que me hacía perder un tiempo precioso, sino también contra la autoridad. Vi claramente que iba a ofender a Dios y le pedí la gracia de que calmase la tempestad que se había levantado contra mí. *Hice un gran esfuerzo sobre mí misma*, y comencé a preparar la lámpara, como si estuviese destinada a iluminar a la Santísima Virgen y al Niño Jesús, y puse gran cuidado en no dejar ni el más menudo granito de polvo. Mi corazón se sosegó y me sentí en disposición de prestar todos los servicios que se me hubiesen pedido»².

Este incidente nos pinta al vivo sus combates espirituales, en los cuales se han visto comprometidos aun los más grandes siervos de Dios, en lucha contra sus pasiones y contra las resistencias de la natura-

¹ *Historia de un alma*, X, 182.

² Proceso Apostólico, 717, Madre Inés de Jesús.

leza. Dios así lo quiere, para mantenerlos en la humildad y en la conciencia de su nada; después, cuando le place, a la hora fijada por su misericordia, su Espíritu los arrebatara de una manera irresistible hacia el término de su predestinación, transformándolos más y más en la imagen de Cristo. Así la santidad aparece ante todo como el triunfo de la gracia de Dios.

Teresa poseía un alma magnánima. Una imagen de Juana de Arco le había inspirado esta ardiente invocación: «Señor, Dios de los ejércitos, que nos habéis dicho en el Evangelio: “No he venido a traer la paz, sino la espada”, armadme para la lucha. Ardo en deseos de combatir por vuestra gloria... ¡Ah, Jesús mío! Por vuestro amor batallaré hasta el ocaso de mi vida»¹.

He aquí con qué plan utilizaba los instrumentos de penitencia. «Decíale yo —nos cuenta Celina— que un sentimiento natural induce a evitar ciertos movimientos cuando se lleva cilicio o a erguirse bajo la disciplina para padecer menos. Sor Teresa me miró extrañada y repuso: “En cuanto a mí, creo que no merece la pena hacer las cosas a medias. Tomo la disciplina para hacerme daño, y quiero que me haga el mayor daño posible. Asimismo me inclino de manera que tenga el cuerpo muy en forma para mejor sentir los golpes”. La sierva de Dios iba tan de prisa que llegaba a alcanzar trescientos golpes durante un *Miserere*. Me dijo también que cuanto más vivamente sentía el dolor, tanto más sonreía, para que Dios viese bien, aun en su rostro, que era feliz de sufrir por Él»². «Hablabamos un día de la felicidad de los mártires y de nuestra esperanza de serlo por causa de las persecuciones religiosas. Entonces me dijo: ¡Cuando pienso que vivimos la era de los mártires! ¡Qué gozo! Dios va a realizar el más bello ensueño de mi vida.

¹ *Historia de un alma*, «Oraciones», 310.

² *Proceso Apostólico*, 990, Sor Genoveva.

¡Ah! No nos preocupemos por las pequeñas miserias de la vida. Apliquémonos a sobrellevarlas generosamente para merecer una gracia tan grande»¹.

Nos queda ahora seguirla en la fase más sublime de su heroísmo de grandeza: su última enfermedad y su muerte.

El punto culminante de la fortaleza no es la audacia de las grandes empresas, sino una paciencia invencible en la hora dolorosa de la crucifixión. Se requiere más energía para permanecer clavado en cruz, sobre el suelo, por puro amor, que andar delante en la conquista de las almas. «Sostenerse hasta el fin», he aquí la expresión suprema del espíritu de fortaleza.

«Sor Teresa aceptó, sin endulzarlo, el martirio de su vida religiosa. La Providencia la conducía siempre por el sendero del sufrimiento y de la fe pura. Grandes penas visitaron su vida: el retraso de su profesión religiosa, la humillación de la enfermedad de su padre; después, los esputos de sangre del jueves y viernes santos; el agotamiento de un cuerpo que ella había arrastrado a todas las austeridades del Carmelo. Se dirigía, ardiendo de fiebre, al lavadero, al tendedero, con la espalda o el pecho desgarrados por unos vejigatorios no curados. Todavía la veo, después de una visita del médico, que le aplicó más de quinientos botones de fuego en el costado (yo los conté), subir a su celda y tomar el descanso en un duro jergón»². «A todas estas pruebas particulares, se juntaba un estado habitual de aridez y de desamparo interior. Ahora bien, lo que siempre me pareció en extremo notable fué su fortaleza de ánimo para soportar todas estas penas. Su jovialidad, su buen humor, su amabilidad con todos eran tan constantes, que nadie, en la comunidad, sospechaba lo que tenía que sufrir»³.

¹ Proceso Diocesano, 2.166, Sor María de la Trinidad.

² Proceso Diocesano, 1.811, Sor Genoveva.

³ Proceso Diocesano, 2.260, R. P. Godefroy Madelaine.

«A pesar de su estado de enfermedad, sor Teresa del Niño Jesús nunca se dispensaba de los ejercicios comunes y de los trabajos penosos. Iba, sin compadecerse, hasta lo último de sus fuerzas»¹. «Llegada la noche, la pobre criatura había de subir sola la escalera del dormitorio; se detenía en cada grada para tomar aliento, alcanzaba penosamente su celda y llegaba a ella tan agotada, que a veces — ella misma lo confesó más tarde — necesitaba una hora para desnudarse. Y, después de tanta fatiga, era sobre un duro jergón donde había de pasar el tiempo de su descanso»². «Con frecuencia, durante el Oficio divino, el corazón le fallaba por la violencia que se hacía para cantar los salmos y permanecer de pie, pero sacudía su cansancio con estas palabras: "Si muero, ya lo verán"»³.

A todos estos sufrimientos vinieron a juntarse las espantosas purificaciones, por las cuales Dios hace pasar el alma de los santos en el ocaso de su vida, para acabar de grabar en ellos la imagen perfecta del Crucificado. Los que quieran darse cuenta de estos supremos refinamientos del dolor — los más terribles de una existencia humana — lean, sobre este punto, las páginas clásicas del *Castillo del alma* o las de la *Noche oscura*. Teresa conoció simultáneamente este doble martirio del cuerpo y del alma. Ella, que deseaba la muerte sin consuelo de Cristo en la cruz, fué plenamente escuchada. Un sufrimiento implacable se dejó caer sobre su cuerpo, conduciéndolo lentamente hacia la destrucción, al mismo tiempo que, a los ojos de su alma, el cielo se cubría como bajo un muro de bronce. Pero Teresa, aun con sus labios moribundos, murmuraba el cántico de la fuerza heroica y del amor puro: «No quisiera sufrir menos.» «Tan sólo cuenta

¹ Proceso Apostólico, 1.115, Sor Teresa de San Agustín.

² *Historia de un alma*, Consejos y recuerdos, 234.

³ Proceso Apostólico, 1.380, Sor María de la Trinidad.

el amor.» «No me arrepiento de haberme entregado al Amor»¹.

Teresa hubiera querido «morir en un campo de batalla con las armas en la mano». Dios prefirió para ella la muerte silenciosa y redentora del Crucificado, una muerte de amor, señal de la más elevada caridad, acto supremo del don de fortaleza. Su martirio fué el martirio del amor. Ella encarna en la Iglesia el tipo del alma contemplativa, que lo inmola todo por amor.

IV. — EL DON DE PIEDAD

El camino de infancia espiritual no podía dejar de producir en el alma de Teresa la magnífica floración de aquel don del Espíritu Santo, que nos coloca en una actitud de la más filial ternura, ante nuestro Padre celestial: el don de piedad.

1. *Su vida de oración*

El espíritu de piedad filial que siempre guardaba el alma del Verbo Encarnado con respecto a su Padre, y que movía al alma de san Pablo y de los primeros cristianos a murmurar con amor, como verdaderos hijos de adopción: «Abba! ¡Padre!», hacía decir a santa Teresa del Niño Jesús con un candor ideal: «Papá, el buen Dios»². Este espíritu de Dios, que sopla en las almas con tan gran libertad, se adapta maravillosamente a la diversidad de raza y de cultura que se encuentra en los santos, donde la gracia y la naturaleza, lejos de destruirse, concurren a establecer en ellos una perfecta armonía. La piedad mística y estática de los esclavos dista mucho

¹ *Novissima Verba*, 30 de septiembre de 1897.

² Proceso Apostólico, 770, Sor María del Sagrado Corazón.

de parecerse a la fogosidad española, al ardor italiano o al equilibrio de los santos franceses. Sería desconocer el genio propio e irreductible de santa Teresa de Lisieux, querer hacer penetrar por la fuerza su oración de niño dentro del cuadro de las siete moradas del *Castillo del alma* o bajo las perspectivas místicas de la *Subida al monte Carmelo*. Su vida de oración, a imagen de su espiritualidad, se sitúa en la línea más pura de su «caminito de infancia».

Desde la edad de los siete u ocho años, la vida eremítica la atraía. «Se aislaba en un rincón de su cuarto, y allí, agazapada entre las cortinas de su cama, conversaba con Dios»¹. «Cuando su padre se la llevaba a pescar, con frecuencia Teresa se retiraba aparte y se dirigía a un lugar desierto.» «Entonces — dice — mis pensamientos eran cada vez más profundos, y, sin saber qué era meditar, mi alma se sumergía en una verdadera oración»². Sin método y sin fórmulas, su alma se elevaba hasta Dios. Ésta será siempre su manera de hacer oración. Una organización sabia y metódica no concordaría con su genio libre como el amor.

Cuando se han leído varios libros modernos sobre la vida de oración y se ha descubierto el intrincado laberinto, donde la mayor parte de las almas interiores se pierden en los dédalos de su propio «yo», entonces se aprecia esta simplicidad enteramente evangélica. ¿No era ésta la manera como el divino Maestro enseñaba a los Apóstoles a orar? Cuando queráis hacer oración, no compliquéis las cosas. Decid simplemente: «Padre, santificado sea el tu nombre. Venga a nos el tu reino. Hágase tu voluntad. El pan nuestro de cada día dánosle hoy. Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. No nos dejes caer en la tentación, mas líbranos de mal». Todos los deseos del verdade-

¹ Proceso Apostólico, 469, Sor Genoveva.

² *Historia de un alma*, II, 24.

ro amor están expresados en esta oración perfecta enseñada al mundo por el mismo Señor. Ante todo el interés por la gloria del Padre y la manifestación de su nombre. Después nuestra propia gloria y nuestra bienaventuranza en Dios por el triunfo de su reino en nuestras almas. Y he aquí el más corto sendero de toda santidad, el medio más rápido para llegar al último fin: el «fiat», el abandono total en la voluntad divina, realizada ya «en la tierra como en el cielo». Con el auxilio de la gracia, estaremos bien seguros, a pesar de las tentaciones que nos acosan, pidiendo a Dios que nos libre de todo mal. ¿Qué cosa se puede desear más sencilla y más sublime? La gran Teresa de Ávila ¿no insertará en su *Camino de la perfección* todo un comentario del *Padrenuestro*, como para enseñar a sus hijas que esta plegaria es todavía la mejor escuela de oración? Sobre este punto capital de toda vida espiritual, el alma de Teresa se sentía irresistiblemente atraída por la sencillez del Evangelio: «Cuando mi espíritu está sumido en tan grande sequedad, que no puedo tener ni un buen pensamiento, rezo muy lentamente el *Padrenuestro* o el *Avemaría*. Estas oraciones solas me encantan»¹. — «Un día, refiere su hermana Celina, la encontré en su celda cosiendo con gran rapidez, y, sin embargo, con el alma profundamente recogida. Le pregunté la causa, y me respondió: «Estoy meditando el *Padrenuestro*. ¡Es tan dulce llamar a Dios nuestro Padre!»². Toda la vida de oración de santa Teresa de Lisieux se mantiene en este rasgo. «Fuera del oficio divino, que, aunque indigna, tengo la dicha de rezar todos los días, no tengo ánimo para andar buscando en los libros oraciones a cual más hermosa. No pudiendo, pues, rezarlas todas y no sabiendo cuáles escoger, *hago lo que los niños que no saben leer: digo sencillamente a Dios lo que quiero*

¹ *Historia de un alma*, X, 188.

² Proceso Apostólico, 928, Sor Genoveva.

decirle, y siempre me entiende. Para mí, la oración es un *vuelo del corazón*, una simple mirada hacia el cielo, un grito de agradecimiento y de amor, así en medio de las pruebas como en el seno de los goces»¹. A sus ojos, la vida de oración es simplemente la intimidad continua y familiar del hijo para con Dios.

2. — Su devoción a Cristo

El don de piedad, que nos hace vivir con una libertad enteramente filial en la intimidad de Dios, nos inclina por un mismo instinto de gracia a acercarnos a Cristo, nuestro Dios Salvador. Pero también aquí, aquí sobre todo, ¡qué infinita variedad en la familiaridad de las almas con Cristo! La historia de la espiritualidad cristiana hace resplandecer las múltiples formas que ha tomado en la Iglesia la devoción al Verbo Encarnado. La figura de Cristo permanece en el más íntimo centro de la vida de los santos; pero cada uno de ellos lo considera de un modo personal muy original.

Santa Catalina de Sena iba y venía, dentro de su celda, salmodiando el Oficio, y alternando los versículos con Cristo. El alma de san Bernardo estaba continuamente vuelta hacia dos grandes aspectos del misterio de Jesús: Navidad y la dolorosa Pasión. La Edad Media lo había formado desde este punto de vista contemplativo sobre la humanidad del Salvador. Más tarde asistimos a una evolución de la piedad de la Iglesia hacia el culto del Sagrado Corazón, símbolo del Amor infinito del Hijo de Dios a los hombres, sus hermanos. Acentuando este movimiento hacia el Corazón de Cristo, las almas modernas se complacen en considerarlo bajo una forma nueva: el Corazón Eucarístico de Jesús, que en el silencio de la Hostia nos comunica todas las riquezas espirituales del alma de Cristo y de la Personalidad del Verbo.

¹ *Historia de un alma*, X, 188.

Un mismo Espíritu de soplo multiforme, pasa por las almas y por la Iglesia, según las diversas necesidades de los tiempos y lugares. En santa Margarita María, el don de piedad revestirá una forma adoradora y reparadora, mientras que, en santa Teresa de Lisieux, guardará, en su vida de intimidad con Jesús, el carácter de una amistad de niño. Había deseado llevar en el Carmelo el nombre de Teresa del Niño Jesús y, con una gracia encantadora, se había ofrecido al Niño Jesús para ser su «juguetito», consagrándole una de sus más bellas poesías: *La rosa deshojada*.

Pero «la Santa Faz fué su *devoción suprema*»¹, con la cual «ni siquiera puede compararse su devoción al Niño Jesús»². «Había pintado la Santa Faz en las casullas y en las estampas, compuesto en su honor una consagración para sus novicias y para ella misma, y dedicado a su *devoción preferida* un cántico especial»³. «Sor Teresa llevaba siempre la imagen de la Santa Faz delante de ella en el libro del oficio y en su silla de coro durante la oración. Quiso que la colgasen en las cortinas de su lecho durante su enfermedad: su vista la ayudaba a soportar su largo martirio»⁴. — «La Santa Faz fué el libro de meditación de donde sacó la ciencia del amor»⁵. — «¡Cuánto bien me ha hecho esta Santa Faz durante mi vida!»⁶, decía un mes antes de su muerte. Recordaba a su hermana de qué manera había bebido en Isaías la idea de esta devoción, que la impelía interiormente, con tanta fuerza, a reproducir en su propia vida el misterio de la Faz velada del Hombre Dios. — «Estas palabras de Isaías: No tiene brillo ni hermosura, su rostro estaba oculto y nadie lo reconoció,

¹ Proceso Apostólico, 1.176, Sor María de los Angeles.

² Proceso Apostólico, 580, Madre Inés de Jesús.

³ Proceso Apostólico, 580, Madre Inés de Jesús.

⁴ Proceso Apostólico, 1.176, Sor María de los Angeles.

⁵ Proceso Diocesano, 1.724, Sor Genoveva.

⁶ *Novissima Verba*, 5 de agosto de 1897.

han sido todo el fondo de mi devoción a la Santa Faz o, mejor dicho, el *fondo de toda mi piedad*»¹

Por su devoción a la Santa Faz, Teresa alcanzó la gran tradición mística de los santos: la contemplación de la Pasión del Salvador, revelación suprema de su amor. El apóstol san Pablo «no quería saber otra cosa que Jesús, y Jesús crucificado». En pos de Él una multitud de almas cristianas se volvieron con amor ardiente hacia este misterio de nuestra redención. Santa Catalina de Sena, santa Teresa de Ávila, san Juan de la Cruz, san Francisco de Asís rivalizaron en fervor para llegar a ser discípulos apasionados de Cristo crucificado. Todas las semanas veremos a Teresa de Lisieux recorrer fielmente las estaciones del Vía Crucis. Fué en el curso de uno de estos ejercicios, cuando recibió del Amor Misericordioso una de sus más grandes gracias místicas: «La herida de amor». Pero la forma verdaderamente personal de honrar el misterio del Hombre de dolores estriba en la devoción a la Faz humillada y escarnecida del Salvador. «Hablaba continuamente de parecersele»². — El día de su profesión, Teresa escribió sobre un billete que llevaba sobre su corazón: «Seré esposa de Aquel cuyo rostro está velado y nadie ha reconocido»³.

En una palabra, «fué meditando la Faz martirizada de Jesús, cuando la sierva de Dios aprendió la humildad, el amor a los sufrimientos, la generosidad en el sacrificio, el celo por las almas, el desasimiento de las criaturas, en fin, todas las virtudes activas, fuertes y viriles que le hemos visto practicar»⁴. Luego, la devoción a la Santa Faz fué para Teresa de Lisieux lo que el Calvario es para otras almas: una verdadera escuela de santidad y de transformación en Cristo.

¹ Proceso Apostólico, 580, Madre Inés de Jesús.

² Proceso Diocesano, 2.151, Sor María de la Trinidad.

³ *Historia de un alma*, VII, 121.

⁴ Proceso Apostólico, 937, Sor Genoveva.

Teresa no escapó a la ley suprema y universal de los santos: «toda su piedad» tuvo por centro al Crucificado.

3. — Su culto a la Eucaristía

El don de piedad se extiende a las múltiples manifestaciones de la virtud de religión, particularmente al misterio eucarístico, que domina al culto cristiano y anima a toda la liturgia de la Iglesia. ¿Cómo una santa tan católica como Teresa del Niño Jesús hubiera podido substraerse al atractivo que ejerce la Eucaristía sobre las almas auténticamente cristianas? Desde su más tierna infancia el espíritu de piedad la empujaba hacia Jesús-Hostia. «Cuando, al paso de la procesión, echaba flores delante del Santísimo Sacramento, su mirada se fijaba en la Hostia. Teresita arrojaba muy alto los pétalos de las rosas, para que tocasen, como ella decía, la sagrada custodia y acariciasen a Jesús»¹. ¡Y qué precoces deseos de la comunión eucarística! «¡Cuando pienso que si hubiese nacido dos días antes hubiera adelantado un año mi primera comunión!»² — «Finalmente, el día más hermoso entre todos los días amaneció para mí. ¡Qué inefables recuerdos dejaron en mi alma los más pequeños pormenores de aquellas horas de cielo! Desde hacía mucho tiempo Jesús y Teresita se habían ya mirado y comprendido... Aquel día, nuestro encuentro no podía llamarse una simple mirada, sino una *fusión*. Ya no éramos dos: Teresa había desaparecido como una gota de agua que se pierde en el océano. Sólo quedaba Jesús...»³ Al comulgar por segunda vez, el día de la Ascensión, la misma embriaguez de presencia divina: «mis lágrimas se deslizaron de nuevo con inefable dulzura. Re-

¹ Proceso Apostólico, 585, Madre Inés de Jesús.

² Proceso Apostólico, 876, Sor Genoveva.

³ *Historia de un alma*, IV, 59.

cordaba y repetía sin cesar las palabras de san Pablo: «No soy yo quien vivo, sino que es Cristo quien vive en mí»¹. Causa maravilla que una niña entendiese, desde el primer momento y hasta tal grado, el sentido divino de la comunión eucarística: una *transformación* del alma en Cristo por el amor. Manifiestamente el espíritu de Dios guiaba su piedad eucarística. En adelante su vuelo hacia la Eucaristía ya no se detendrá.

Pedía con fervor para su alma la gracia de comulgar, y suplicaba a los santos del cielo que acudiesen en su auxilio y le alcanzasen este favor. Exhortaba a su prima a no abstenerse de la comunión a la vista de sus miserias. «Comulga con frecuencia, con mucha frecuencia; he aquí el único remedio si quieres curarte»². Fué también ésta una de las razones que movieron al papa Pío X a acelerar la causa de la beatificación de la sierva de Dios, llamándola «muy oportuna». «*Opportunissimos!*»

Una comunión suplementaria la «hacía delirar de gozo»³. En los últimos meses de su enfermedad se la veía *arrastrarse hacia la sagrada mesa*: «No me parece que sea sufrir demasiado para una comunión»⁴. Acerca de este punto, predijo «un cambio en la práctica de la Iglesia»⁵, anunciando la vuelta de los fieles a la comunión diaria, y diciendo a la madre María de Gonzaga, que permanecía inflexible y obstinada: «Cuando esté en el cielo os haré cambiar de parecer»⁶. Así aconteció. Sin embargo, la sierva de Dios no conoció jamás, por decirlo así, los consuelos

¹ *Historia de un alma*, IV, 61.

² Carta a su prima Guerin, 1888.

³ Proceso Diocesano, 1.786, Sor Genoveva.

⁴ Proceso Apostólico, 722, Madre Inés de Jesús.

⁵ Proceso Apostólico, 775, Sor María del Sagrado Corazón.

⁶ Proceso Apostólico, 775, Sor María del Sagrado Corazón.

sensibles de la comunión. ¿Qué importaba esto a su fe? Teresa tenía la certeza de que comulgando poseía a Cristo. Un testigo del proceso tuvo razón de concluir: «Su amor a la Eucaristía fué uno de los rasgos característicos de su piedad»¹.

Santa Teresa del Niño Jesús puede ser considerada como un verdadero modelo de vida eucarística. Su deseo de la comunión, su presentimiento profético del próximo retorno de la Iglesia a la práctica de la comunión frecuente, son sorprendentes para aquella época. Por un instinto muy seguro de los dones de inteligencia y de piedad, Teresa había comprendido el sentido primordial de la Eucaristía en la vida cristiana y mística de la Iglesia. Veía en ella el medio por excelencia para realizar esta unión transformadora con Cristo, que se consuma en el amor. Sus intuiciones eucarísticas llegan a alcanzar la doctrina fundamental de santo Tomás de Aquino, asignando como un efecto propio de la Eucaristía «la transformación del hombre en Cristo por el amor»².

4. — *El oficio divino*

El Espíritu de piedad que en sus oraciones secretas «arranca de las almas gemidos inenarrables», las acompaña todavía más en la hora de la oración colectiva de la Iglesia, «en la asamblea de los santos». Mientras los labios cantan las alabanzas divinas, el alma se eleva sin esfuerzo hasta Dios. El Espíritu de amor, que habita en todos los cristianos desde su bautismo, distribuye sus gracias y sus inspiraciones a cada uno según la línea propia de su vocación. Conduce al cartujo a la soledad del desierto para

¹ Proceso Diocesano, 1.647, Sor María del Sagrado Corazón.

² «Virtute hujus sacramenti fit quaedam transformatio hominis in Christum per amorem, et hoc est proprius ejus effectus.» (IV Sent., D. 12, q. 2, art. 2, sol. 1.)

hablar más íntimamente a su corazón. En medio de las obras múltiples de su sacrificio cotidiano conserva a la religiosa de vida activa en el recogimiento del amor. Mantiene al benedictino atento a la «obra de Dios» por excelencia: *el opus Dei*. Santa Teresa del Niño Jesús pertenecía a una familia espiritual, donde la vida coral ocupa un gran lugar del día y de la noche. Su alma de carmelita sentía el culto de la vida litúrgica y de la alabanza de Dios. Poseía en un grado muy elevado la idea de la primacía de la vida de coro en la organización de la disciplina religiosa de los monasterios contemplativos. «La sierva de Dios estaba tan recogida en el oficio divino, que me decía que, a veces, hacía más fácilmente oración durante él que en la misma oración»¹. — «Su continente era irreprochable»². — «Parecía toda absorta y como perdida en Dios»³. — La joven maestra «multiplicaba sus recomendaciones a sus novicias acerca de este punto, no permitiéndoles el menor descuido y dándole gran importancia»⁴. — «Si fueseis recibidas en audiencia en la corte de un rey de la tierra, todos nuestros movimientos serían estudiados. ¡Cuánto más comedidas debéis ser en presencia del Rey de reyes! Hacía los menos movimientos posibles, sin llevar la mano ni a su cara ni a los vestidos»⁵. Enteramente penetrada de su oficio, que, en nombre de la Iglesia, desempeñaba en el coro, su alma se llenaba de júbilo. «¡Qué feliz y ufana me sentía cuando estaba de semana en el oficio y decía las oraciones, en voz alta, en medio del coro! Pensaba entonces que el sacerdote decía las mismas oraciones en la misa y que, como él, tenía la dicha de hablar

¹ Proceso Apostólico, 1325, Sor María de la Trinidad.

² Proceso Apostólico, 1325, Sor María de la Trinidad.

³ Proceso Apostólico, 1325, Sor María de la Trinidad.

⁴ Proceso Apostólico, 1326, Sor María de la Trinidad.

⁵ Proceso Apostólico, 1326, Sor María de la Trinidad.

alto delante del Santísimo Sacramento, de dar las absoluciones y las bendiciones, de leer el Evangelio. Puedo decir que el oficio fué, a la vez, mi dicha y mi martirio.»¹

5. — Los vasos sagrados

El don de piedad que orienta instintivamente a las almas cristianas hacia el sacrificio eucarístico, centro de la vida litúrgica de la Iglesia, donde Cristo, ofreciéndose en medio de los suyos y ofreciendo su Iglesia con Él, hace que se eleve hacia el Padre una gloria infinita, se extiende también a todo lo que atañe al culto divino. «Sor Teresa del Niño Jesús sintió siempre por la misa un particular atractivo. Cuando estaba libre ponía toda su felicidad en oír todas las misas que se celebraban en la capilla del Carmelo»². El mismo espíritu de piedad la animaba en el desempeño de sus funciones de sacristana. «No tocaba los vasos sagrados sino redoblando su fervor, acordándose de estas palabras de los Libros Sagrados: «Sed santos vosotros los que tocáis los vasos del Señor»³. — «¡Con qué cuidado preparaba los ornamentos y los demás objetos sagrados, pero de un modo particular el sagrado copón y las hostias!»⁴ — «Fui testigo del espíritu de fe con que la sierva de Dios desempeñaba su oficio. Me hablaba de su felicidad al tener que tocar, como los sacerdotes, los vasos sagrados. Los besaba respetuosamente y me hacía besar la hostia grande, que iba a ser consagrada. Pero su dicha llegó al colmo un día en que, al retirar del comulgatorio la bandejita dorada, vió que una partícula bastante considerable había caído en ella. La encontré en el patio llevando el precioso tesoro, que cuidadosamente sostenía: «Seguidme, me dijo, llevo

¹ Proceso Apostólico, 589, Madre Inés de Jesús.

² Proceso Apostólico, 589, Madre Inés de Jesús.

³ Proceso Diocesano, 1.554, Madre Inés de Jesús.

⁴ Proceso Diocesano, 2.014, Sor María de los Angeles.

a Jesús.» Al llegar a la sacristía depositó con todos los honores la bandejita, y me hizo poner en oración a su lado, hasta que el sacerdote, avisado por ella, llegó»¹. — «Si encontraba en el copón o en los corporales alguna pequeña partícula, manifestaba el más vivo gozo. Habiendo descubierto, en una ocasión, una partícula bastante grande, corrió al lavadero, donde estaba la comunidad, e hizo seña a muchas para que acudieran. La sierva de Dios se arrodilló la primera para adorar a Nuestro Señor, metió los corporales en la bolsa y nos los hizo besar en seguida. Sentía una emoción indecible»². — «Otra vez, el sacerdote, al darle la comunión, dejó caer la hostia fuera de la reja. La sierva de Dios tendió el escapulario y luego me dijo con alegría: «He llevado al Niño Jesús en mis brazos, como la Santísima Virgen»³. — «Durante su última enfermedad le mostraron el cáliz de un joven sacerdote que acababa de celebrar su primera misa. Tomó el cáliz, se inclinó hacia el interior del vaso sagrado y nos dijo: «Cuando era sacristana me gustaba reflejarme en los cálices. Me imaginaba que luego la sangre de Jesús, al caer sobre el punto donde se había reflejado mi rostro, purificaba mi alma»⁴. ¡Admirable libertad de los santos! Teresa sabía, a la vez, mantenerse en una respetuosa reverencia delante de la infinita grandeza de Dios y conservar en sus relaciones con Él la franqueza exquisita de su alma de niña.

6. — *El culto de los santos*

Bajo la inspiración del Espíritu de Amor, el don de piedad nos mueve a llamar a Dios nuestro Padre, a Jesús nuestro Salvador, a María nuestra Madre, a

¹ Proceso Diocesano, 2110, Sor María de la Trinidad.

² Proceso Diocesano, 2.110, Sor María de la Trinidad.

³ Proceso Diocesano, 1.556, Madre Inés de Jesús.

⁴ Proceso Apostólico, 587, Madre Inés de Jesús.

⁴ Proceso Apostólico, 587, Madre Inés de Jesús.

los ángeles nuestros conciudadanos en la ciudad de Dios y a todos los santos nuestros hermanos en Cristo. Un mismo espíritu de familia une con las tres Personas divinas y entre ellos, a todos los hijos de Dios del cielo y de la tierra. Este espíritu de adopción, que hacía decir a sor Teresa, con una espontaneidad de niño, «Papá» a Dios, también la hacía llamar «Mamá» a la Santísima Virgen. Como verdadera hija de santa Teresa, amaba con particular afecto «al buen san José». Vivía en íntima familiaridad con su Ángel custodio, al que llamaba «su consolador, su amigo, su hermano». Teresa se sentía con verdad de la familia de todos los santos, a los que pedía, en una oración sublime, su «doble amor». — «Con frecuencia, decía, las gracias que recibimos son debidas, sin que lo sepamos, a un alma escondida, porque Dios quiere que los santos se comuniquen entre sí las gracias por medio de la oración, a fin de que en el cielo se amen con un gran amor, con un amor superior al de la familia, aun de la familia ideal en la tierra... Una pequeña centellita puede hacer que nazcan grandes lumbreras en la Iglesia entera. En el cielo no se encuentran miradas indiferentes, porque todos los elegidos reconocen que se deben mutuamente todas las gracias que les han merecido la corona»¹. «Todos son parientes nuestros allá arriba»².

7. — *Sus santos preferidos*

El orden de la caridad admite legítimas preferencias. Cuanto más cerca están de Dios los santos y más cerca de nosotros, más debemos amarles. Conocidos son los santos preferidos de Teresa. «Entre ellos distinguía a sus protectores y a sus amigos. En el número de los primeros ponía sus santos patronos: santa Teresa, san Francisco de Sales, san Martín y,

¹ Proceso Apostólico, 614, Madre Inés de Jesús.

² *Novissima Verba*, 12 de julio de 1897.

después de su entrada en el Carmelo, san Juan de la Cruz. Entre sus «amigos» aparecen santa Cecilia, santa Inés, santa Juana de Arco, el beato Teófanos Venard y los santos Inocentes. En primer lugar, santa Cecilia, a la cual quería «con ternura de amiga», «la santa del abandono», que recibió en herencia el don de «virginizar» a las almas carnales que se le acercaban. Inés, la santa de la pureza hasta el martirio. Juana de Arco, encarnación del heroísmo femenino, «la joven de gran corazón», la santa de la patria. «Amaba también al beato Teófanos Venard, porque, como decía, es un santito muy sencillo, que amaba mucho a la Santísima Virgen, que amaba mucho a su familia y vivía en un amoroso abandono en Dios»¹ — «Es un alma que me gusta... Hay santos que siempre nos los muestran serios, aun durante los recreos, pero él siempre estaba alegre»². — «Su retrato y sus reliquias, recibidas providencialmente durante su última enfermedad, no la dejaron más. — En cuanto a los santos Inocentes, su admiración por las virtudes de la Infancia hizo que los tomara por modelos»³.

8. — *La Comunión de los santos*

Con una simplicidad de niño, Teresa extiende sus sentimientos de piedad familiar a todos los miembros del cuerpo místico de Cristo. En la medida que la caridad va divinizando su alma, su corazón humano se ensancha hasta el infinito. Hija de Dios por adopción, su amor filial florece en afectos fraternales sobre todas las almas y sobre todos los espíritus de los cuales Dios es el Padre. Teresa no se repliega con egoísmo dentro de los mezquinos horizontes de su comunidad y mucho menos de una vida personal dirigida toda a sí misma. Es la hermana de todos

¹ Proceso Apostólico, 891, Sor Genoveva.

² *Novissima Verba*, 28 de mayo de 1897.

³ Proceso Apostólico, 890, Sor Genoveva.

los santos del cielo y de la tierra; su familia espiritual es la misma familia de Dios. Este sentimiento de la Comunión de los santos, que es uno de los efectos más consoladores del don de piedad, dilataba el alma de Teresa hasta los más vastos horizontes de la redención. Nada de cuanto se refería a la vida de la Iglesia la dejaba indiferente o extraña. Se regocijaba de esperanza ante el pensamiento de la reciprocidad de méritos, que pone en común los méritos de todos los santos, y repetía con admiración esta consideración de Tauler: «Si amo el bien que hay en mi prójimo tanto como lo ama él mismo, este bien es mío por el mismo título que es suyo. Por esta comunión puedo ser rico en todos los bienes que hay en el cielo y en la tierra, en los ángeles, en los santos y en todos los que aman a Dios»¹.

En presencia de tales sentimientos entendemos muy al vivo cuánto han cambiado, en la humanidad, nuestras relaciones con Dios merced al espíritu del Evangelio. El don de piedad, que nos hace pronunciar con amor de hijo el nombre de nuestro Padre del cielo y nos echa en brazos de un abandono filial en el corazón de nuestro Dios, enmienda lo que podría haber de excesivamente rígido y excesivamente hierático con la sola virtud de religión en nuestras relaciones de simples criaturas con Dios, a causa de la infinita distancia que nos separa de Él, y podría anonadar al alma de terror. La piedad teresiana está enteramente penetrada de este espíritu filial de adopción, que es la esencia misma de la vida de oración, según el Evangelio y las enseñanzas de Jesús. No tenía miedo a Dios. Un día en que, bromeando, le predecían que en el cielo estaría entre los serafines, repuso en seguida: «Si es así, no los imitaré. Todos se cubren con las alas ante Dios. ¡Yo me guardaré bien de cubrirme con mis alas!»². La piedad

¹ Proceso Apostólico, 900, Sor Genoveva.

² *Historia de un alma*, Consejor y recuerdos, 302.

teresiana es la del niño que sabe que es infinitamente amado, y que, para corresponder al Amor con el amor, se arroja con audaz confianza en los brazos de Dios, considerado como el más tierno de los padres.

V. — EL DON DE CONSEJO

El Espíritu de Dios, de soplo multiforme, que guardaba al alma de Teresa en una pureza absoluta, que la sostenía en sus combates cotidianos con su fortaleza inmutable y que la animaba con el espíritu de piedad, la asistía también con sus luces y con sus consejos. Es menester atribuir a estas inspiraciones divinas aquella prodigiosa facilidad de nuestra santa en descender de los horizontes contemplativos más elevados al dominio ordinario de las realizaciones prácticas. En ella las altas luces místicas siempre iban a parar a la acción.

Pertenece precisamente al don de consejo el hacer pasar por nuestra vida las luminosas claridades de la fe. Para caminar hacia Dios con paso seguro, sin jamás desviarse, en medio de las dificultades de todas suertes que nos rodean y de las inextricables complicaciones en que se enredan nuestras existencias humanas; para escapar absolutamente de las emboscadas de los hombres y de las acometidas no menos temibles de nuestras pasiones, necesitaríamos la clarividencia y la rapidez de la mirada de Dios. La prudencia ordinaria no basta. Por más que reflexionemos, aun a la luz de la fe, sobre los fines que se han de obtener y sobre los medios para llegar a ellos; por más que calculemos el alcance de nuestros actos y computemos las contingencias del éxito, advertimos en seguida que la lógica de las cosas echa por tierra nuestros razonamientos mejor fundados y que los acontecimientos de este mundo nos dominan. La experiencia cotidiana nos lo recuerda: en las horas difíciles y desesperadas, no nos podemos fiar de

las provisiones humanas, es menester confiar en la Providencia. Los conocimientos humanos son tímidos e inciertos. Sólo el Espíritu creador conoce con certeza el lugar de cada uno en el plan divino; sólo Él puede dictar a cada uno el trazado de su camino. Es para suplir estas deficiencias inevitables de nuestra fe y de nuestra prudencia, que el Espíritu de consejo acude oportunamente para iluminarnos en el camino que hemos de seguir y sugerirnos las decisiones que mantendrán a nuestras almas de niño en la línea de la voluntad de Dios, eje de toda santidad.

1. — El gobierno de sí mismo

¿Es menester repetir que esta actividad del don de consejo, como la de los otros dones, varía infinitamente según las necesidades de las almas y según su lugar en la Iglesia de Dios? Brillante en los hombres de acción y de gobierno, este don de consejo acompaña con una claridad apacible los menores pasos de los hijos de Dios, solícitos tan sólo por cumplir la voluntad de su Padre del cielo y por complacer a Jesús. Es en este sentido de una fidelidad silenciosa y sonriente, siempre dócil a las más pequeñas inspiraciones de la gracia, que el don de consejo conducía al alma de «Teresita» hacia las más altas cumbres de la santidad por el camino de la infancia espiritual. Las luces divinas penetraban en su alma sin éxtasis, sin ruido, sin deslumbramiento fulgurante, dejando a Teresa dentro del cuadro tan sencillo de la vida ordinaria de carmelita. El Espíritu de Dios le descubría su camino de día en día, utilizando, con frecuencia, el fruto de sus indagaciones personales y de su experiencia cotidiana, sin permitir a su alma preocuparse por el mañana. «He notado muchas veces que Jesús no quiere darme provisiones. Me alimenta a cada instante con un manjar nuevo, que encuentro en mí, sin saber cómo está allí. Creo sencillamente que es el mismo Jesús, oculto en el fondo de

mi corazón, quien obra en mí de una manera misteriosa y me inspira lo que quiere que haga en el momento presente»¹.

El mismo Dios, que se complace en rodear a santa Teresa de teólogos y de hombres experimentados en los caminos interiores, que confía una santa Juana de Chantal a san Francisco de Sales, una santa Catalina de Sena a un bienaventurado Raimundo de Capua y tantas otras santas a sabios directores, deja que la pequeña Teresa de Lisieux ande sola, sin guía, por el camino de la perfección. «Propiamente hablando, nunca tuvo director espiritual»². — «Apenas el P. Pichon se había hecho cargo de mi alma, cuando los superiores lo enviaron al Canadá»³. — Jesús fué su único director⁴. ¿Por qué quiso Dios esta ausencia de dirección regular? Tal vez porque la destinaba a ser la patrona y el modelo de una multitud de «pequeñas almas», llamadas también a pasar por el mundo, ignoradas y desconocidas del sacerdote, acometidas por mil dificultades cotidianas, con sus incertidumbres de conciencia, sus escrúpulos, sus remordimientos, sus angustias, solas en la vida, no pudiendo dar con un sacerdocio desbordado y absorbido por tareas más urgentes y más esenciales al servicio de la cristiandad. En lugar de gemir y desesperar, que estas pobres almas se vuelvan, como Teresa, hacia Jesús, «el Director de los directores». Sin embargo, dichas las almas privilegiadas, a las que el Señor ha procurado el apoyo inesperado de un buen director. «¡Ah! ¡Cuántas almas llegarían a una alta perfección, escribía Teresa, si, desde el principio, hubiesen estado bien dirigidas!»⁵

El sacerdote es, en nombre de Cristo, el guía ha-

¹ *Historia de un alma*, VIII, 132.

² *Proceso Diocesano*, 1.763, Sor Genoveva.

³ *Historia de un alma*, VII, 120.

⁴ *Historia de un alma*, VII, 119.

⁵ *Historia de un alma*, V, 88.

bitual de las almas por los caminos de la salvación. Es verdad que Dios suple siempre con las luces interiores de su gracia la ausencia del sacerdote en nuestra vida; pero no es menos cierto que los cristianos han de hacer cuanto es posible para ponerse bajo la dirección de la Iglesia en la persona del sacerdote. El Espíritu de Dios impele a las almas a pedir consejo a los demás. Así procedió en Teresa del Niño Jesús. A la edad de diez años refería ya sus inquietudes a un confesor para encontrar junto a él la tranquilidad de su conciencia¹. En el monasterio vi que consultaba, no sólo a los sacerdotes, sino también a quienes tenían autoridad sobre ella, y aun a las madres más antiguas, y que seguía sus consejos. Sé que lo comunicaba todo a los sacerdotes: sus temores de ofender a Dios, sus deseos de ser una gran santa, las gracias que recibía del cielo. Pidió al padre Alejo que aprobase su camino de abandono y de confianza; sometió a los sacerdotes su acto de ofrecimiento al Amor Misericordioso y, finalmente, pidió a muchos ayuda y consuelo para conducirse con prudencia en su gran prueba contra la fe. Decía en el lecho de muerte: «No hay persona que esté menos segura de sí misma que yo»². «Siempre fué como un «libro abierto» para sus superiores.»

Todo esto cae dentro del orden y es perfectamente equilibrado. Es cierto que, en la dirección espiritual, pueden deslizarse abusos y que una multitud de almas devotas se buscan a sí mismas a través de su director; pero el abuso no condena el uso. A sus novicias, que le preguntaban cómo se habían de portar en lo tocante a la dirección espiritual, les respondía sin ilusiones: «Con gran simplicidad, sin contar demasiado con un auxilio que os puede faltar en el último momento. Pronto seríais forzadas a decir con la esposa de los Cantares: “Los guardianes me han quitado mi manto;

¹ Proceso Apostólico, 968, Sor Genoveva.

² Proceso Apostólico, 684, Madre Inés de Jesús.

me han herido, y sólo ha sido dejándolos atrás que he encontrado a Aquel a quien amo." Si preguntáis humildemente y sin apego dónde está vuestro Amado, los "guardianes" os lo indicarán. Pero lo más frecuente será que no encontréis a Jesús sino después de haber dejado atrás a todas las criaturas»¹.

2. — La dirección de los demás

El don de consejo es por excelencia el don de gobierno, como la prudencia es la virtud propia de un jefe. Su acción se deja sentir bajo mil formas diferentes, según sean los sujetos que poseen la autoridad. Este espíritu de consejo ayuda con sus luces divinas a la madre de familia encargada de «formar a Cristo» en su hogar; ilumina al sacerdote en la dirección de las almas, asiste a los obispos y al Papa en el gobierno de la Iglesia, acompaña a los príncipes y a los jefes temporales en la conducción de su pueblo hacia la Ciudad de Dios. En una palabra, quienquiera que, con título legítimo posea la menor partecita de la autoridad de Cristo sobre las almas, tiene derecho a las luces especiales del Espíritu Santo; porque, si el gobierno de sí mismo es un arte difícil, ¡cuánto más debe serlo el gobernar a los demás!: *Ars artium*. Sólo Dios es un guía suficientemente entendido en todos los caminos de la salvación para conocer y señalar todos los peligros. Es el único que conoce «el sendero angosto» y el «atajo» que, en sus designios eternos, ha fijado a cada alma para hacerla llegar a la santidad por el camino más corto.

Es, por lo tanto, necesario que todos aquellos cuya misión es conducir las almas en nombre de Dios sean ilustrados por las luces de lo alto.

Santa Teresa del Niño Jesús, maestra de novicias a los veintiún años, con la misión de imprimir en el alma de sus hermanas la forma de la santidad del

¹ Proceso Diocesano, 1.765, Sor Genoveva.

Carmelo, no tardó en darse cuenta de que esta tarea era superior a sus fuerzas. Levantar un alma hasta Dios es una obra divina. «Desde lejos parece fácil hacer bien a las almas; hacer que amen más a Dios, modelarlas según las propias miras y los propios pensamientos. De cerca, al contrario, se nota que hacer el bien es una cosa tan imposible sin el auxilio divino, como llevar sobre nuestro hemisferio el sol durante la noche. Se siente que es absolutamente necesario olvidar los propios gustos, las ideas personales y guiar las almas, no por el propio camino, por el camino de uno mismo, sino por el camino particular que Dios les indica»¹. «Entendiendo, pues, que me era imposible hacer cosa alguna por mí misma, la tarea me pareció simplificada. Me ocupaba interior y únicamente en unir me con Dios, sabedora de que lo demás se me daría por añadidura. En efecto, jamás mi esperanza salió fallida; mi mano apareció llena cuantas veces fué menester para alimentar el alma de mis hermanas. Os lo confieso, Madre; si me hubiese apoyado en mis propias fuerzas, os hubiera devuelto las armas sin tardanza»².

Se comprende fácilmente el carácter sobrenatural, propiamente místico, de este método de formación de las almas. «Era en la oración y en la unión con Dios donde sor Teresa adquiría aquella prudencia y aquel discernimiento de las almas», que maravillaba a las novicias confiadas a su cuidado. «Su alto grado de perfección, de unión con Dios, y también su gran inteligencia natural, la hacían muy perspicaz, de suerte que muchas veces creí que tenía el don de leer en mi alma. Se lo hice notar, y me respondió: No tengo absolutamente este don; mas he aquí mi secreto: jamás hago una observación sin antes invocar a la Santísima Virgen. Le pido que me inspire lo que ha de haceros mayor bien. Después de esto, os confieso que,

¹ *Historia de un alma*, X, 183, 184.

² *Historia de un alma*, X, 183.

con frecuencia, yo misma me he maravillado de ciertas cosas que os he dicho sin reflexión alguna precedente. Siento tan sólo que no me engaño y que es voluntad de Dios que os lo diga»¹.

Se desprendía de la joven maestra una tal irradiación de sabiduría sobrenatural, que sus hermanas habían de reconocer que todo lo que decía era inspirado por Dios. Sin embargo, no vayamos a imaginar a sor Teresa como una monja contemplativa, con los ojos cerrados, esperándolo todo de la luz interior. El don de consejo eleva la actividad personal sin suprimirla. La gracia no destruye a la naturaleza, como el ejercicio de los dones no suprime la práctica de las virtudes. La acción de Dios no dispensa del esfuerzo; al contrario, el alma nunca es más activa que cuando está bajo el influjo directo del Espíritu Santo, que lleva esta actividad hasta el grado máximo, inspirándole los actos más libres y más perfectos. Santa Juana de Arco, convertida en jefe de guerra, observaba con vigilancia las posesiones enemigas, el estado de resistencia de sus tropas; medía la fatiga de sus hombres, el esfuerzo que podían procurar, previendo los descansos necesarios. Esto no le impedía consultar sus voces interiores y obedecer a las luces superiores, cuyas inspiraciones enteramente divinas le sugerían las decisiones victoriosas: «Seguid vuestro parecer; yo seguiré el mío». La misma clarividencia realista en Teresa de Lisieux. Ninguna exageración ficticia en su apreciación de las personas y cosas. Juzga rectamente de una situación, pesa con discernimiento el pro y el contra, sabe raciocinar sobre su caso con rara prudencia, como lo haría un consumado teólogo, pero bajo una luz superior, que le comunica con certeza la respuesta de Dios. «En ella, nada hay de imprudente ni de inconsiderado; nada que sepa a exageración o a movimiento de la naturaleza. En todas sus palabras y aun en la expresión de su rostro se descubría un

¹ Proceso Apostólico, 2.347, Sor María de la Trinidad.

equilibrio maravilloso»¹. «Nada había que reprenderle; todo era perfecto»². «Hubiera sido capaz de desempeñar cualquier oficio de la comunidad, incluso el cargo de priora»³.

3. — *Creadora de un nuevo camino de espiritualidad*

Dios, que predestinaba a santa Teresa de Lisieux, no para el gobierno de un monasterio, sino para una acción mucho más vasta en el mundo, le concedió el don de consejo bajo una forma incomparablemente superior, acompañada, por otra parte, de todos los carismas necesarios para el cumplimiento de su misión excepcional de creadora de un «nuevo camino» de espiritualidad. Bajo este aspecto, el don de consejo la hace igual a los más grandes santos. ¿No es, acaso, el don de consejo — al mismo tiempo que el don de sabiduría — el que dicta a los fundadores de las órdenes religiosas las reglas llamadas a formar generaciones de santos? Esta perfecta organización práctica de medios nuevos, adaptados, a la vez, a las necesidades de la Iglesia y a los temperamentos de los hombres, arguye manifiestamente una prudencia del todo sobrenatural, iluminada por el espíritu de Dios. Los grandes maestros de la espiritualidad cristiana, como un san Benito, un santo Domingo, un san Ignacio y muchos otros, se han beneficiado de esta luz divina, haciendo de sus instituciones como una emanación viva de las leyes de la Providencia. Una sabiduría práctica análoga se encuentra en los escritos de san Francisco de Sales y de san Juan de la Cruz. Es en esta línea de los grandes hombres espirituales donde se manifiesta la actividad del don de consejo de santa Teresa del Niño Jesús. Supo hacer

¹ Proceso Apostólico, 543, R. P. Pichon, S. J.

² Proceso Diocesano, 519, María Elisa Guérin.

³ Proceso Apostólico, 407, Sor María de los Angeles.

pasar bajo una forma práctica, accesible a todos, las reglas de la más alta santidad; y el «camino de infancia espiritual», al revelarnos el secreto de la vida interior de santa Teresa del Niño Jesús y los «pequeños medios» de que se sirvió para elevarse hasta la cumbre del heroísmo, nos descubre, al mismo tiempo, una de las formas a la vez más sencillas y más eminentes que ha revestido en la Iglesia el don de consejo.

VI. — EL DON DE CIENCIA

El don de ciencia nos introduce en nuevas perspectivas. A su luz, de inspiración enteramente divina, la mirada del santo, elevándose de grado en grado sobre toda criatura, reposa en la contemplación de Dios a través de sus obras.

Un doble movimiento inspira el don de ciencia frente a las criaturas: un sentimiento de tristeza y de *repulsión*, al pensar que, a pesar de su nada, hechizan y pierden a las almas; y un sentimiento de fraternal afecto y de *apoyo*, en el corazón de los santos que saben considerarlas en su fundamental destino de vestigio e imagen de Dios. El don de ciencia nos hace pasear a través de la creación con la mirada de hijos de Dios, llamados a una herencia eterna y que sienten la vanidad de un mundo que pasa. Pero ¡desdichado el hombre que pone su mirada en la criatura fuera de la luz de Dios! Como la mariposa que corre tras la claridad engañosa, perecerá. Miseria de un mundo sin Dios; belleza divina de un universo restaurado en Cristo: tal es la doble visión del don de ciencia.

Fácilmente se adivina el lugar central que tal don ocupa en la ascensión hacia Dios de una naturaleza como la nuestra, herida por el pecado y perpetuamente solicitada al mal. Pensar en una evasión es imposible: el hombre forma cuerpo con el universo.

De buena o de mala gana, nuestro destino está ligado al de la creación entera. La verdadera mística de la Encarnación nos ha procurado la única solución razonable: ni mutilación de nuestro ser, a la vez sensible y espiritual, ni negación del mundo exterior, sino consagración de nosotros mismos y de todo el universo a Dios.

El don de ciencia no se coloca como el don de sabiduría en la cumbre de la creación y en el Pensamiento eterno de Dios, para juzgar de todo el universo. Más modesto, observa las cosas en la red de las causas segundas y en la trabazón de sus contingencias y de sus mutuos enlaces; pero sabe también referirlas a los atributos invisibles del Creador. Su dominio se extiende tan lejos como el del don de sabiduría, pero es *una visión desde abajo*, a partir de las criaturas, y no una visión desde lo alto, que domina al mundo y lo explica todo por la esencia del mismo Dios.

Su papel es considerable en una existencia de forma contemplativa: libera al alma de la vanidad y de la nada de las criaturas, permitiéndole apreciar y saborear mejor el todo de Dios. Es superior en mucho al don de consejo y a los demás dones afectivos. Si es inferior al don de entendimiento, no es menos que éste el más precioso auxiliar del don de sabiduría que pone en la tierra el acto supremo de nuestra vida contemplativa.

1. — *La nada de las criaturas*

Se comprende que en este mundo, las primeras manifestaciones del don de ciencia sean, en los santos, maldiciones contra aquellas criaturas que pierden a los hombres y que, con frecuencia, han arrastrado a ellos mismos al mal. Convertidos a Dios, el puro amor, que, en adelante, habita en su corazón, les hace sentir dolorosamente toda la miseria de una vida sin Dios y los espantosos estragos del pecado en las al-

mas. De aquí los gemidos sin fin de un san Jerónimo o de un san Agustín. De aquí las lágrimas amargas y los perpetuos remordimientos de los pecadores convertidos, ante el recuerdo de las criaturas engañosas que los sedujeron por un instante. ¿No hemos oído al mismo santo Domingo, este santo siempre fiel, «rugir» con gritos y sollozos, por la noche, al pensar en los pecados ajenos y aun en los de los condenados al infierno: «¡Señor! ¡Qué será de los pobres pecadores!»

No se encuentran en santa Teresa de Lisieux estas lágrimas de los grandes convertidos, ni estos clamores apostólicos; pero la visión de su miseria y de la misericordia de Dios le arrancan, aun al fin de su vida, lágrimas de agradecimiento y de amor. «¡Qué nueva gracia he recibido esta mañana cuando el sacerdote ha comenzado el *Confiteor*, antes de la comunión!... Me he sentido, como el publicano, gran pecadora. ¡Me ha parecido Dios tan misericordioso!... Cuando la sagrada Hostia há estado sobre mis labios he quedado muy emocionada... ¡Qué extraordinario es haber sentido esto durante el *Confiteor*!... Cuando pienso en todas las gracias que Dios me ha hecho, me domino para no derramar sin cesar lágrimas de gratitud. Me parece que las que he derramado esta mañana han sido lágrimas de contrición perfecta. ¡Ah! ¡Cuán imposible es darse a sí mismo tales sentimientos! Es el Espíritu Santo quien los da, Él, que sopla hacia donde quiere»¹.

El don de ciencia hace sentir a las almas la nostalgia del cielo. «Oía los ruidos lejanos, el murmullo del viento. A veces la banda militar enviaba desde la ciudad algunas notas indecisas y “ponía dulcemente melancólico” mi corazón. La tierra me parecía un lugar de destierro y soñaba en el cielo»². Los domingos por la tarde, a la hora de completas, un mismo «sentimiento de tristeza invadía mi alma». «Pensaba

¹ *Novissima Verba*, 12 de agosto de 1897.

² *Historia de un alma*, II, 24.

en que al día siguiente sería menester comenzar de nuevo la vida, trabajar, aprender las lecciones, y mi corazón sentía el destierro de la tierra. Suspiraba por el reposo del cielo, por el domingo sin ocaso de la verdadera patria»¹. Una vez en el Carmelo, durante el retiro de la toma de hábito, dirige este escrito a la madre Inés: «¡Ah, madre mía! ¡Si supieseis hasta qué punto quiero ser indiferente a las cosas de la tierra! ¡Qué me importan todas las bellezas creadas? ¡Qué desgraciada sería si las poseyese! ¡Ah! Mi corazón me parece grande cuando lo considero con relación a las cosas del mundo, pues todas juntas no podrían darle contento. Pero cuando lo considero con relación a Jesús, ¡qué pequeño me parece! ¡Qué bueno es para mí el que pronto será mi desposado! ¡Qué divinamente amable es al no permitir que me deje cautivar por ninguna cosa de acá abajo! Sabe muy bien que, si me enviase tan sólo una sombra de felicidad, me abrazaría a ella con toda la energía, con toda la fuerza de mi corazón, y me niega esta sombra. Prefiere dejarme en las tinieblas a darme una falsa claridad, que no sería Él. No quiero que las criaturas posean un solo átomo de mi amor. Quiero darlo todo a Jesús, pues me da a entender que sólo Él es la felicidad perfecta»². «Tengo necesidad de olvidar la tierra. Aquí todo me fatiga. Encuentro un solo gozo: el de sufrir, y este gozo no sentido está por encima de todo gozo. La vida pasa; la eternidad avanza; pronto viviremos la misma vida de Dios»³. En el decurso de los años de su vida religiosa se la oye repetir con frecuencia la expresión preferida del don de ciencia: «Todo pasa». «La muerte pasará también, y entonces gozaremos de la vida por millones de siglos, para siempre»⁴. Hasta el fin

¹ *Historia de un alma*, II, 29.

² Carta a la Madre Inés de Jesús, enero de 1889.

³ Carta a Celina, 14 de octubre de 1890.

⁴ Carta a Celina, 14 de octubre de 1890.

de su vida el mismo desprendimiento total, el mismo sentido de lo efímero y de lo eterno. «Este pensamiento de la brevedad de la vida me da aliento; me ayuda a soportar las fatigas del camino. ¿Qué importa un poco de trabajo en la tierra? Pasamos, y no tenemos aquí morada permanente»¹.

2. — *Los vestigios de Dios en la creación*

Por un singular contraste, bajo las reacciones instintivas de un mismo amor, el don de ciencia inspira al alma de los santos dos actitudes contrarias con respecto a las criaturas. Las aman como mensajeras de Dios, que las invitan a alabar al Creador, y, por otra parte, maldicen sus voces tentadoras y su poder de seducción. No se apoyan en ellas sino temblando.

No era así en el estado de inocencia, cuando cada criatura representaba ante el hombre un vestigio, una imagen de Dios. El pecado original y sus consecuencias rompieron este hermoso equilibrio de nuestras facultades. Mas este desorden es accidental, y todo el trabajo de la gracia consiste en restituir nuestra vida espiritual a esta armonía primitiva. Si el don de ciencia llora y gime ante el espectáculo de la vanidad y de la nada de las criaturas, canta también la gloria de Dios ante la visión de sus obras y descubre en ellas un espejo de las perfecciones divinas y un medio de ir hacia Él.

Este aspecto del desasimiento y de la «felicidad de las lágrimas», que con tanta frecuencia reviste el don de ciencia en los santos de la tierra, no ha de hacernos olvidar su destino principal, que es hacernos percibir en la creación un reflejo de las grandezas de Dios. A los ojos purificados de los santos, las criaturas no son tan sólo ocasiones de pecado, sino ante todo vestigios e imágenes de Dios. Cuanto más puras son las almas, más saben descubrir en todas las

¹ Carta a Leonia, enero de 1895.

cosas el rostro de Dios. Después de la resurrección, cuando «Dios lo será todo en todos» y el estado de los bienaventurados habrá alcanzado su perfección suprema, los elegidos pasearán por todo el universo, maravillados de encontrar en todas las cosas la huella de Dios. A sus ojos deslumbrados brillará en todas las cosas la Presencia creadora de Dios. El hombre encontrará de nuevo su mirada de rey de la creación.

Ya en la tierra, saben los santos descubrir este sentido divino de las cosas, y el alma mística de san Juan de la Cruz gustaba de contemplar en las criaturas la «huella del Verbo», quien, «con sólo mirarlas, vestidas las dejó de su hermosura»¹. San Francisco de Asís, pobre por Cristo, pero rico de toda la creación, llamaba en su ayuda a todas las criaturas para cantar la gloria del Altísimo: «Bendito seas tú, Señor, por nuestro hermano el sol, por nuestras hermanas la luna y las estrellas, por el agua y la tierra, por todas las flores, por todos los árboles, por todos los frutos... Bendito seas tú, Señor, por nuestra hermana la muerte»². Y la misma Iglesia pone todas las mañanas en labios del sacerdote, después de la ofrenda del sacrificio a Dios, el cántico de alabanza de toda la creación: «Cielos y tierra, bendecid al Señor; bendecidle vosotras todas, las obras de sus manos. Alabadle, ensalzadle para siempre».

Santa Teresa del Niño Jesús era uno de esos santos privilegiados, a quienes la vista de cualquier criatura acerca a Dios. «Todo la elevaba hacia Dios, aun el mal»³. «Veía a Dios en la naturaleza, cuyas bellezas le descubrían el amor infinito de su Dios, arras-trando a su alma hacia Él»⁴. «La vista de una flor, la belleza de la creación: todo la llevaba a la oración»⁵.

¹ *Cántico Espiritual*, estrofa 5.

² *Cántico del Sol*.

³ *Proceso Apostólico*, 862, Sor Genoveva.

⁴ *Proceso Apostólico*, 1.150, Sor María de los Angeles.

⁵ *Proceso Apostólico*, 1.432, R. P. Godefroy Madelaine.

«Tenía apenas cinco años, y ya, en sus paseos, detenía a su padre para hacerle notar la hermosura del cielo y de toda la creación»¹. «Siento todavía las impresiones profundas que nacían en mi corazón a la vista de los campos de trigo esmaltados de amapolas, acianos y margaritas. Gustaba ya de los lejanos espacios, de los grandes árboles; en una palabra, toda la bella naturaleza me encantaba y transportaba a mi alma a los cielos»². «Un día el hermoso cielo azul de la campiña se cubrió de nubes. En seguida el huracán comenzó a rugir con furia, acompañado de rayos centelleantes. Miraba a derecha y a izquierda para no perder nada de aquel majestuoso espectáculo. Vi, finalmente, caer un rayo en un prado cercano, y, lejos de sentir el menor espanto, quedé encantada; me parecía que Dios estaba muy cerca de mí»³. Pero prefería a todo, el espectáculo del mar; los vastos horizontes dilatan a las almas. «Hacia los seis o siete años vi el mar por primera vez. Este espectáculo me causó una impresión profunda; no podía apartar de él los ojos. Su majestad, el bramido de las olas, todo hablaba a mi alma de la grandeza y del poder de Dios»⁴.

Infinitamente más que el mundo material, el mundo de las almas nos revela Dios. Ahora bien, en este dominio del análisis interior, la tradición mística del Carmelo se muestra con una riqueza sin igual. ¿Hay en la literatura cristiana páginas que describan la acción de Dios dentro de nosotros con más verdad y vida que los escritos de santa Teresa de Ávila? Santa Teresa de Lisieux supo también leer profundamente en este mundo espiritual con ocasión de su dirección en el noviciado, de su experiencia cotidiana en la comunidad y, sobre todo, repasando en su cora-

¹ Proceso Apostólico, 1.432, R. P. Godefroy Madelaine.

² *Historia de un alma*, I, 17.

³ *Historia de un alma*, II, 25.

⁴ *Historia de un alma*, II, 34.

zón los innumerables beneficios de que Dios había colmado a su alma. Nos ha trazado de ello la historia, pero sin jamás detenerse en sí misma.

A través de las gracias recibidas, sabía, en la conciencia de su nada, elevarse siempre hasta la fuente suprema de todos los bienes. El don de ciencia descubre al alma de los santos la miseria del hombre y la grandeza de Dios.

VII. — EL DON DE ENTENDIMIENTO

El don de entendimiento nos hace leer «en el interior» de los misterios de Dios. No es todavía el «cara a cara» con la belleza divina; sin embargo, las inquietudes y las fluctuaciones de la fe se desvanecen, para dar lugar a una apacible claridad. El alma ve. El Dios de bondad le confía sus secretos más íntimos en el silencio del amor. Todo se ilumina: los textos de la Escritura hablan, los signos de la revelación divina surgen resplandecientes, los símbolos religiosos y los ritos litúrgicos manifiestan los esplendores de Dios.

Existen, en efecto, dos maneras muy diferentes de penetrar en un conocimiento profundo de los misterios de Dios: el estudio sabio y la intuición de amor.

El conocimiento científico del Dios de la Revelación es fruto del método teológico. Supone una vasta cultura filosófica, un sentido avisado de la historia, dotes de análisis y de síntesis, mirada de historiador, de filósofo y de sabio. Tales resultados exigen el esfuerzo de una vida. Pero en el decurso de estos pasos racionales, y en el interminable sendero discursivo del pensamiento humano, ¡cuántas vacilaciones y tanteos! El genio de santo Tomás de Aquino desespera de acabar la sabia construcción que su mirada de santo había llegado a entrever: su Suma Teológica le pareció un día una paja sin valor. Sólo Cristo ha podido hablar a los hombres de una manera digna de Dios. Y aún, es tan sólo «en el seno del Padre»

donde el Verbo eterno puede expresar con una Palabra substancial e infinita todo el misterio de Dios. A mayor abundamiento, estas visiones profundas de la ciencia y de la sabiduría teológicas requieren raras aptitudes intelectuales, una larga serie de años de reflexión y excepcionales condiciones de trabajo. Son la coronación de una vida. Cuando un hombre comienza a gozar de esta síntesis, ha llegado para él la hora de dejar las obscuridades de la fe por la luz de la eternidad. Si no hubiese otra cosa que este método para investigar la verdad divina, el común de los hombres pasaría por esta tierra en una ignorancia casi completa de los misterios de Dios.

1. — *El Maestro interior*

Felizmente hay otra fuente de luz para el cristiano de buena voluntad que camina con confianza y amor hacia la casa del Padre. El Dios de la gracia acude en auxilio de sus hijos. Él mismo les ayuda a dirigirse hacia Él. Su Espíritu de verdad los conduce. El Espíritu de ciencia les describe sus huellas a través de las criaturas, el Espíritu de entendimiento los introduce «dentro» de todos los misterios divinos, y el Espíritu de sabiduría les comunica, a la luz del Verbo, la explicación de todo.

Esta luz de inspiración divina no es el privilegio carismático de algunos pocos contemplativos. Acompaña normalmente a todos los bautizados que viven en estado de gracia, «infundiéndoles» aquel «sentido de Dios» y de «Cristo», que los mantiene en la pura línea del Evangelio y de la Revelación. Sacerdotes y educadores saben por la experiencia cotidiana a qué seguridad infalible y a qué profundidad pueden llegar de esta manera, bajo la dirección del Dios de su bautismo, las almas puras de niños.

Desde su más tierna infancia, este sentido de lo sobrenatural había llenado de admiración a los que rodeaban a «Teresita». Su fe cándida y luminosa pe-

netraba en el cielo. Una multitud de rasgos y reflexiones revelan ya en ella una inteligencia precoz y sorprendente de los misterios de Dios. Apenas tenía tres años, cuando su madre escribía: «Hasta Teresa, que quiere hacer sacrificios. María ha dado a sus hermanas unos rosarios hechos a propósito para contar los actos de virtud. Celebran juntas verdaderas conferencias espirituales muy entretenidas. Celina decía el otro día: “¿Cómo es posible que Dios esté en una pequeña hostia?” Teresa le respondió: “No es de maravillar, pues Dios es omnipotente”. “¿Y qué quiere decir omnipotente?” “Quiere decir que hace todo lo que quiere”»¹. En la educación de nuestros hijos no pensamos lo bastante en la acción personal del Educador invisible, que trabaja «dentro» de esas almas puras, que aun conservan en toda su frescura la inocencia bautismal. Sin embargo, el Maestro interior está allí y encuentra sus delicias en los pequeñuelos, y los colma de sus gracias. ¿No era Pío X quien afirmaba: «Habrán santos entre los niños»? La vida actual de la Iglesia nos da de ello numerosos ejemplos: el Espíritu de Dios, por los toques de sus siete dones, realiza en las almas de los niños maravillas de santidad. Nos cuenta «Teresita» de qué manera las «fiestas» religiosas, las procesiones y las Misas del domingo le hablaban ya de Dios. «Un sermón sobre la Pasión de Nuestro Señor fué el primero que comprendí y me conmovió profundamente. Tenía entonces cinco años y medio. Desde entonces, ya pude entender el sentido de todas las instrucciones»². El Espíritu de luz, que ilumina a los grandes genios con resplandecientes fulgores, con una pedagogía divina, sabía también adaptarse, con toques de una delicadeza exquisita, a su psicología de niña. Ya carmelita, un día que pasaba por delante de una biblioteca, dijo sonriendo a su hermana Celina: «¡Ah! ¡Qué triste me

¹ *Historia de un alma*, I, 14.

² *Historia de un alma*, II, 28.

sentiría si hubiese leído todos estos libros! Hubiera perdido un tiempo precioso que he empleado simplemente en amar a Dios»¹. Entendamos el alma de los santos. No es esto desprecio de la ciencia, ni del trabajo, ni del estudio. Teresa, niña todavía, estudiaba el catecismo con tanto ardor, que las luces infusas ayudaban a las lecciones aprendidas, de tal suerte que el capellán del colegio la llamaba familiarmente su «pequeño doctor». Más tarde nos dirá: «Si hubiese sido sacerdote, hubiera aprendido el griego y el hebreo para conocer el pensamiento divino tal como Dios se dignó expresarlo en nuestro lenguaje terreno»². Pero su vocación, en la Iglesia, no era la de un Bolandista o de un Dominico. Su gracia de carmelita la mantenía atenta a las enseñanzas divinas por el espíritu de sacrificio y la vida de oración. «Sin mostrarse, sin dejar oír su voz, Jesús me instruye secretamente. No por medio de libros, porque no comprendo lo que leo. A veces, unas palabras como éstas — que he sacado esta tarde al final de una oración pasada en la sequedad — me han consolado: “He aquí el Maestro que te doy. Él te enseñará lo que has de hacer. Quiero hacerte leer en el Libro de vida, donde está encerrada la ciencia del amor”. ¡Ah! Estas palabras resuenan dulcemente a los oídos de mi alma. No deseo otra ciencia que ésta. “Habiendo dado por ella todas las riquezas”, como la esposa de los Cantares, me parece que no he dado cosa alguna»³. Durante toda su vida, será Teresa la dócil discípula del Maestro interior.

2. — Intuiciones sobre Dios

Al don de entendimiento pertenecen las profundas intuiciones de un alma sobre Dios y la penetración

¹ Proceso Apostólico, 930, Sor Genoveva.

² Proceso Apostólico, 880, Sor Genoveva.

³ *Historia de un alma*, XI, 208.

de todos los misterios divinos. Su objeto preferido es el mismo Dios en el secreto de su naturaleza y de sus perfecciones infinitas. Su cuestión fundamental es la que proponía el joven Tomás de Aquino a los monjes de Montecasino: «¿Qué es Dios?» El santo doctor, que había de pasar toda su vida de estudio en responder a esta pregunta, nos asegura que, en este mundo, toda nuestra ciencia sobre Dios consiste en saber cada vez mejor *lo que Él no es*. Cuanto más negamos en Él las modalidades limitadas de las criaturas, más y más nos acercamos a su ser infinito, y es en esta suprema intuición negativa del don de entendimiento que el hombre, en esta tierra, conoce mejor la naturaleza inaccesible «del que es».

El alma contemplativa de los grandes doctores se complacía en estas sabias meditaciones, donde su genio humano encontraba las vastas perspectivas, necesarias a su pensamiento, al mismo tiempo que su mirada de santo permanecía en la sabrosa presencia del Dios de Amor. No pidamos a la humilde carmelita de Lisieux elevaciones sublimes sobre los atributos divinos. Su misión no es la de un san Atanasio o de un san Agustín, que sumergieron su mirada en los abismos de la Trinidad, a fin de salvaguardar la fe cristiana en las almas frente a las herejías, y para ilustrar a la Iglesia sobre este misterio de los misterios. En ella el Espíritu de Dios se manifiesta por visiones profundas, pero sencillas, que le descubren los dogmas vitales, que servirán de base a su vida espiritual: la paternidad divina y las riquezas sin límites del Amor Misericordioso, la maternidad espiritual de María, el sentido filial de nuestra gracia de adopción, la elevada santidad, a la cual llama Dios a las almas religiosas; en una palabra, todas aquellas grandes verdades de la fe, que la ayudarán a conducir las almas a Dios por su «caminito de confianza y de amor».

Su genio práctico y místico la lleva hacia Dios, no para descubrir en Él una Divinidad abstracta, sino

para contemplarlo en su Bondad de Padre y en las infinitas ternuras de su corazón.

3. — *Inteligencia de las Escrituras*

Se encuentra en santa Teresa del Niño Jesús uno de los rasgos más característicos del don de entendimiento: una penetración pasmosa de las Sagradas Escrituras. — «Interpretaba con una facilidad inaudita los libros de la Sagrada Escritura. Dijérase que estos libros divinos no tenían un sentido oculto para ella; de tal manera sabía descubrir todas sus bellezas»¹. — «Jamás andaba embarazada en la elección de los pasajes que más convenían a las almas»². «En la dirección que de ella recibía, siempre algunos pasajes de estos libros divinos brotaban como de una fuente, en apoyo de lo que me decía»³. — «La citaba continuamente y tan a propósito, que se hubiera dicho que sus conversaciones no eran otra cosa que un comentario de los Libros Santos»⁴.

En busca de un camino de perfección que la conduzca rápidamente a la más elevada santidad, abre el Evangelio, y, en las palabras de Jesús, encuentra la solución que pretende, desde hace largo tiempo: «Si no os hacéis como niños pequeños, no entraréis en el reino de los cielos». En san Pablo descubrirá su lugar en la Iglesia: «Mi vocación es el amor».

Hay una página admirable del padre Lacordaire, maravillosamente evocadora de la actividad del don de entendimiento en el alma de los santos: «Después de la comida, santo Domingo se retiraba a una habitación para leer el Evangelio de san Mateo o las Epístolas de san Pablo, que siempre llevaba consigo. Se sentaba, abría el libro, hacía la señal de la cruz

¹ Proceso Diocesano, 2.128, Sor María de la Trinidad.

² Proceso Apostólico, 1.055, Sor Teresa de San Agustín.

³ Proceso Apostólico, 1.324, Sor María de la Trinidad.

⁴ Proceso Diocesano, 2.155, Sor María de la Trinidad.

y leía atentamente. Pero pronto la divina palabra lo sacaba fuera de sí. Hacía ademanes, como si hablase con alguien. Parecía escuchar, disputar, luchar. Sonreía y lloraba alternativamente. Miraba fijamente, después bajaba los ojos; hablaba, se golpeaba el pecho. Pasaba incesantemente de la lectura a la oración, de la meditación a la contemplación. De vez en cuando besaba el libro con amor, como para darle las gracias por el placer que le causaba, y sumergiéndose más y más en estas delicias, se cubría el rostro con las manos o con la capucha»¹.

Parecidos sentimientos animaban a santa Teresa del Niño Jesús, en presencia de Cristo oculto en el Evangelio. «En cuanto a mí, decía, nada encuentro en los libros, si no es en el Evangelio. Este libro me basta. ¡Qué dulzura no aprender nada sino de labios de Jesús!»² Los santos gustan de pertenecer ante todo a la escuela de Dios.

VIII. — EL DON DE SABIDURÍA

Por el don de sabiduría tocamos la más alta vida divina a que el hombre puede llegar en este mundo. Equivocadamente imaginan muchos este estado divino acompañado de un inevitable cortejo de fenómenos místicos extraordinarios. En realidad, nada hay tan simple como esta vida en Dios, de la cual santa Teresa de Ávila nos ha dejado la clásica descripción en la séptima morada de su *Castillo interior*. Bajo los toques del Espíritu Santo el alma no vive en sí misma, sino en Dios y Dios en ella, en la familiaridad de las tres divinas Personas, ávida de silencio y de soledad, en el gozo purísimo de poseer a su Dios, olvidada de sí misma, fiel a todos sus deberes, ardiente en participar de los sufrimientos de

¹ *Vida de santo Domingo*, cap. XIV.

² Proceso Apostólico, 589, Madre Inés de Jesús.

Cristo, para ser corredentora con Él. Cuando la acción del Espíritu Santo ha llegado a ser constante y a dominar, entonces tenemos la unión transformante, es decir, el triunfo de Dios en el alma de los santos.

Pero el alma no se eleva en un solo día a este grado de unión divina. El soplo de la sabiduría de lo alto sólo aparece, al principio, por intermitencias. Después, en visitas cada vez más frecuentes, Dios encamina a las almas heroicamente fieles hacia un estado permanente de unión, en el cual los actos más pequeños revisten una tal perfección que parecen enteramente divinos. El alma no ve sino a Dios, no gusta sino de Dios, sólo hace caso de lo eterno y divino. Acción y contemplación, sufrimientos y goces, todas estas modalidades, que preocupan a las almas menos elevadas, no son a sus ojos otra cosa que ocasiones providenciales, para dar a Dios testimonio de la solidez y del fervor del amor que la consume por dentro. A través de todas las cosas, prosigue su único oficio de amar.

Causa maravilla ver con qué simplicidad de niño santa Teresa del Niño Jesús supo alcanzar esta suprema sabiduría de los santos. En ella, ninguno de aquellos éxtasis o de aquellos arrobamientos tan habituales en una santa Catalina de Sena. Sin embargo, la Iglesia, el mismo día de su canonización, afirmó solemnemente que Dios, que se oculta a los sabios y a los orgullosos, «se complació, en su divina bondad, en enriquecer a «Teresita» con un don de sabiduría enteramente excepcional»¹.

1. — *Sabiduría contemplativa*

El don de sabiduría se manifiesta en el alma de los santos bajo una doble forma: contemplativa y activa.

Cuando el Espíritu de Dios sopla en un alma con-

¹ Pío XI, Homilía de la misa de canonización, 17 de mayo de 1925.

templativa, todo se ilumina en ella bajo la claridad de Dios. Los artículos de la fe conservan siempre su misterio, pero resplandecen con una perfecta armonía. Trinidad, Encarnación, Redención, Eucaristía y misterio de la Iglesia, todo está encadenado en el plan de Dios de una manera irresistible. Sin esfuerzo, bajo la dirección del Espíritu, el alma escudriña las profundidades de Dios. «¡Oh abismos de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Qué incomprensibles son vuestros juicios y qué impenetrables vuestros caminos!»¹ — ¿Quién podría decir las grandiosas perspectivas y la deslumbrante conexión de los misterios cristianos en el alma contemplativa de san Agustín, de san Bernardo, de santo Tomás de Aquino? Sus escritos sublimes no son más que pálidos reflejos de aquella luz de amor que les iluminaba por dentro.

El don de sabiduría es, por excelencia, el don de la experiencia mística. Es el don de la morada de la Trinidad en el alma: «¡Dios mío, Trinidad, a quien adoro! Ayudadme a olvidarme enteramente de mí, para establecerme en Vos, inmóvil y sosegada, como si mi alma estuviese ya en la eternidad... ¡Oh mis Tres, mi Todo, mi Bienaventuranza, Soledad infinita, Inmensidad donde me pierdo, me entrego a Vos como una presa! Sepultaos en mí para que yo me sepulte en Vos, en espera de contemplar, en vuestra luz, el abismo de vuestras grandezas»². Esta forma mística del don de sabiduría no es rara en las almas carmelitas. La gracia personal de santa Teresa del Niño Jesús le dará otro sentido: la sabrosa contemplación de la Paternidad divina. Se entregará sin cesar al Amor.

El espíritu de sabiduría se extiende también a la consideración de los atributos divinos en el gobierno del mundo. Bajo su influencia, nuestra fe,

¹ Romanos, XI, 33.

² Oración de Isabel de la Trinidad.

iluminada por Dios, contempla todas las cosas a la luz de la Esencia divina, centro invisible de todas las perfecciones increadas y de la irradiación de Dios en el universo. Situada en la cumbre de la creación, en el mismo seno de la Trinidad, el alma hecha «deiforme» lo ve todo en la luz misma del Verbo, participada en el más alto grado bajo el régimen de la fe. Se adivina fácilmente la infinita variedad de matices que tales visiones de síntesis pueden revestir, según el temperamento, el grado de cultura y la gracia propia de los santos. Las altas especulaciones de san Agustín no se parecen a las intuiciones de amor de santa Hildegarda o de Ángela de Foligno. En santa Teresa de Lisieux es una mirada de niño, que contempla maravillada las infinitas riquezas de su Padre que está en los cielos. Para quien sabe ir más allá de la forma familiar de sus breves confidencias, ¡qué asombrosas visiones de sabiduría sobre la paternidad divina, sobre la bondad de Dios, sobre su justicia tan equitativa y tan comprensiva de nuestra flaqueza, particularmente sobre las inagotables riquezas del amor misericordioso de Dios! Tales luces han brotado de esta alma de niño, que la Iglesia entera ha quedado iluminada para siempre.

2. — *Sabiduría práctica*

Hay otra forma todavía más brillante del don de sabiduría en la vida de santa Teresa del Niño Jesús: su carácter eminentemente práctico y su papel director en los menores actos de la vida.

Tocamos aquí uno de los aspectos menos estudiados y más fecundos de la teología mística. Los autores espirituales han multiplicado sus sabias disertaciones sobre el lugar preponderante de los dones intelectuales en la vida contemplativa. No han advertido lo bastante que, en la prolongación de estas mismas perspectivas de nuestra fe, la sabiduría cristiana, bajo el soplo de un mismo Espíritu, implica

una orientación práctica de la vida. La oración contemplativa se convierte espontáneamente en fuente de acción. El don de sabiduría es, a la vez, el don real de la vida contemplativa y de la vida activa. Existe bajo estas dos formas en todos los santos, con una dominante claramente vuelta hacia las realizaciones concretas en los hombres de acción. Pero aun en los puros contemplativos desempeña una función práctica, que determina en sus ocupaciones más sencillas aquel sentido superior que les hace encontrar a Dios en todas partes. No pueden permanecer inmutablemente fijos en Dios. Es para ellos un gran bien el tener que descender de nuevo a la tierra, aunque tan sólo sea para buscar el alimento y entregarse a sus ocupaciones cotidianas, en compañía de sus hermanos humanos. Nada, en este mundo, puede substraerse totalmente a la acción, y el ejercicio de las virtudes morales es necesario para asegurar, aun a los contemplativos, la unidad de vida y el recogimiento de las potencias en Dios.

Es manifiesto que esta forma eminentemente práctica del don de sabiduría no se realiza de la misma manera en un obispo misionero y en un alma de carmelita. Un doctor de la Iglesia o un teólogo gustará de escudriñar en la Santísima e Indivisible Trinidad, para descubrir en este misterio de los misterios la regla suprema de las acciones humanas y para basar su mística en este dogma fundamental del cristianismo. «La visión de la Trinidad en la Unidad: he aquí el fin y el delicioso coronamiento de nuestra vida», escribe santo Tomás, reproduciendo un pensamiento de san Agustín¹.

También «Teresita» sabrá entender a su manera el aspecto más vital de los dogmas cristianos para acomodar a ellos su itinerario hacia Dios. Penetrará muy pronto la sobrenatural grandeza de la gracia

¹ Santo Tomás: I Sent., D. 2, q. 1. Exposición del texto. (Cf. San Agustín: *De Trinitate*, I, VIII, 17-18.)

de su bautismo, que la orientaba hacia esta visión de Dios: «Conocerle como Él se conoce y llegar nosotros a ser dioses. ¡Oh! ¡Qué destino! ¡Qué grande es nuestra alma! ¡Elevémonos por encima de lo que pasa! ¡Más arriba! ¡Más arriba!, murmuraba en una bella moción de sabiduría»¹. Sabe apreciar en su justo valor santificador y redentor el precio del sufrimiento: «A todos los éxtasis prefiero la monotonía del sacrificio obscuro»². Apenas entrada en el Carmelo, manifiesta una extraordinaria intuición de la vida religiosa y de sus obligaciones. He aquí las grandes visiones de sabiduría de su doctrina espiritual: infancia espiritual y primacía del amor, empeño en «complacer a Jesús», confianza ilimitada en su Amor Misericordioso. Todas estas intuiciones, simples y decisivas, que sirven de principios rectores a su «caminito», son efectos del don de sabiduría y le inspiraron aquellas consignas y aquellas máximas, dignas de un san Juan de la Cruz, donde santa Teresa de Lisieux supo condensar las más altas luces de su espiritualidad.

3. — *Papel director del don de sabiduría*

El peligro de todo análisis está en disociar los elementos distintos pero complementarios, inseparables en la realidad. Particularmente en los místicos, *todo está en todo*, y la ley de la síntesis, que domina nuestra actividad humana, toma en ellos un aspecto sorprendente. Aman a Dios con toda su alma y con toda su potencia de amar. La menor de sus acciones pone en conmoción todo el armonioso equilibrio de sus facultades; alguna vez también, en un solo acto, pasa resumida la síntesis de una vida. Así el *fiat* de la Virgen, en la Encarnación, expresa todo el misterio de María, y la oblación de Jesús en la

¹ Carta a Celina, 8 de mayo de 1888.

² Carta a la Madre Inés de Jesús.

Cruz, todo su misterio de Redentor. De la misma manera «Teresita» de Lisieux está toda entera en su ofrecimiento al Amor Misericordioso. Esta ley universal de la conexión de nuestras facultades y de nuestros actos al servicio de una misma personalidad se encuentra en el plano de nuestra psicología religiosa.

La síntesis viviente del alma de san Juan de la Cruz encontraba su principio supremo en el Todo de Dios, donde su amor permanecía inmutablemente fijo. De allí saltaba hasta sus ojos la nada de la criatura y la necesidad de un desasimiento total por el sendero de la «nada», su devoción extraordinaria a las Tres Personas divinas, la fuerza de ánimo que le era necesaria para seguir resueltamente los pasos de Cristo Crucificado, en una desnudez absoluta. En santa Teresa del Niño Jesús las perspectivas personales de su síntesis cambian. A la verdad, como todos los santos y como verdadera hija de san Juan de la Cruz, posee en un grado raro la conciencia experimental del «Todo» de Dios, pero ella no parte deliberadamente de este principio supremo en su camino hacia Dios. *Su sabiduría sobrenatural es una sabiduría de niño. El sentimiento de la Paternidad divina es el verdadero principio inspirador de la espiritualidad teresiana, y es en esta elevadísima visión de sabiduría donde es menester situarse siempre, para juzgar los diversos elementos constitutivos de su camino de infancia espiritual.* Todo se le aparece bajo esta luz: la justicia de un Dios esencialmente Padre, que conoce nuestra flaqueza, su providencia tutelar tan poderosa y tan atenta en su solicitud por las más insignificantes necesidades de sus hijos, su comprensión de los misterios sobrenaturales, la conciencia de su «pequeñez» y de su «nada». Estas visiones de sabiduría inspiraban, hasta en sus pormenores, las más pequeñas decisiones de su vida personal y de su dirección de almas. Era siempre la Bondad de un Dios Padre la que le dictaba su actitud en su vida de piedad, en sus pruebas cotidianas, en

su cuidado constante por no desagradar a Jesús. La potente e irreductible personalidad de un santo está formada de este juego tan complejo y tan variado de las diversas virtudes cristianas bajo la moción de los dones del Espíritu Santo.

Mas, para la explicación última de su vida, es menester remontarse al amor. El mismo don de sabiduría no desempeña su papel universal de dirección sobre nuestros más pequeños actos, sino bajo el impulso constante de la virtud teologal de la caridad. Cuanto más se ama, más se siente a Dios, mejor se juzga acerca de todo el universo. La misma acción nace de este amor. ¿Debemos, pues, maravillarnos de que la Iglesia haya reconocido en Teresa de Lisieux «el don de sabiduría en un grado excepcional»? ¿No es por excelencia la santa del amor? ¿Son los dones del Espíritu Santo otra cosa que los toques multi-formes de un mismo Espíritu de Amor?

CAPÍTULO IX

UNA NUEVA ERA DE ESPIRITUALIDAD

«Omen novum»
«Un mensaje nuevo»

SUMARIO

I. «UN CAMINO ENTERAMENTE NUEVO.» — II. CARACTERES NEGATIVOS DE LA ESPIRITUALIDAD TERESIANA. — 1. Ausencia de mortificaciones extraordinarias. — 2. Ausencia de carismas místicos. — 3. Ausencia de método de oración. — 4. Ausencia de acciones brillantes. — III. CARACTERES POSITIVOS DE LA ESPIRITUALIDAD TERESIANA. — 1. El dogma de la paternidad divina. — 2. El Amor Misericordioso. — 3. Las virtudes de la infancia espiritual. — IV. LA INFANCIA ESPIRITUAL ES UN COMPENDIO DEL EVANGELIO. — 1. Pequeñez y grandeza. — 2. Amor y sacrificio. — 3. Abandono y fidelidad. — 4. Simplicidad y sublimidad. — V. CONCLUSIÓN: LA SANTIDAD ACCESIBLE A TODOS

El Espíritu de Dios, que asiste a la Iglesia militante en su misión santificadora ante los hombres, suscita, en períodos decisivos de su historia, grandes genios creadores, cuya misión providencial es conducir a las almas hacia la más alta perfección por caminos enteramente nuevos, siempre inspirados en el Evangelio. Su acción sorprende al principio, pero pronto su influencia bienhechora se extiende a la Iglesia entera y su ejemplo heroico constituye para

las generaciones futuras los tipos clásicos de santidad.

Tales fueron san Benito, santo Domingo, san Francisco de Asís, san Ignacio de Loyola, san Francisco de Sales, san Juan de la Cruz, santa Teresa, y, más cerca de nosotros, san Juan Bosco y santa Teresa del Niño Jesús. Porque «Teresita» de Lisieux pertenece a aquella raza de los grandes hombres espirituales que han marcado con su potente originalidad la espiritualidad católica. La Iglesia no ha vacilado en acercar su genio místico al de san Agustín, de san Francisco de Asís y de santo Tomás de Aquino¹. Es cierto que no se trata de igualar el simple trazado del «caminito» de infancia con las intuiciones de Agustín o con la vasta síntesis científica de Tomás de Aquino; pero en su orden, dentro del plan de la perfección cristiana, santa Teresa de Lisieux es una de las más grandes lumbreras de la Iglesia.

¹ Discurso de S. E. el cardenal Pacelli, secretario de Estado y Legado *à latere* del papa Pío XI, en Lisieux, el día 11 de julio de 1937. «El brillante genio de Agustín, la sabiduría luminosa de Tomás de Aquino, han proyectado sobre las almas rayos de una claridad imperecedera; merced a ellos, Cristo y su doctrina son mejor conocidos. El poema divino vivido por Francisco de Asís ha mostrado al mundo una imitación, aun no igualada, de la vida de Dios hecho hombre; por él, legiones de hombres y de mujeres han aprendido a amarle más perfectamente. Pero una pequeña carmelita, apenas llegada a la edad adulta, ha conquistado, en menos de medio siglo, innumerables falanges de discípulos. Los Doctores de la Ley han vuelto a ser niños en su escuela; el Pastor supremo la ha ensalzado y rogado en humilde y asidua súplica; y, en este momento, de un extremo a otro del mundo, hay millones de almas cuya vida interior ha sentido la influencia bienhechora de este librito: *Historia de un alma*. ¡Sois grande, oh pequeña santa!, e innumerable es vuestra familia espiritual.»

I. — «UN CAMINO ENTERAMENTE NUEVO»

Fué en contacto con la Escritura y bajo una especial ilustración del Espíritu Santo que este «genio, todo él de invención y de creación», descubrió este nuevo camino de santidad. Soñaba en un «caminito muy recto y muy corto, en un caminito enteramente nuevo»¹, preferible, por su simplicidad y su carácter accesible a todos, a la «ruda escalera de la perfección» de los santos de otros tiempos. «Estamos en un siglo de inventos, escribía. Ya no es menester subir las gradas de una escalera; un buen ascensor lo reemplaza ventajosamente. Yo quisiera también un ascensor para elevarme hasta Jesús, porque soy demasiado pequeña para subir la escalera de la perfección. Entonces pedí a los Libros Santos que me indicasen el ascensor, objeto de mis deseos, y lei estas palabras salidas de labios de la Sabiduría Eterna: «Si alguno es *pequeñito* que venga a mí». Me acerqué, pues, a mi Dios, adivinando que había descubierto lo que buscaba»². La lectura del Evangelio acabó de iluminarla: «En verdad, en verdad os digo que, si no os hacéis como estos *pequeñuelos*, no entraréis en el reino de los cielos». «El reino de los cielos es para los que se les parecen»³.

Con una audacia que nos confunde, la joven carmelita será la iniciadora de un «nuevo estilo de santidad». Movida por un instinto que le viene de lo Alto, segura de su propio camino, se entrega, en adelante, sin reserva, a las inspiraciones del Espíritu de Dios, que la guía.

Sin vanidad, pero sin timidez, a la manera de los maestros que están en posesión de un método ya

¹ *Historia de un alma*, IX, 154.

² *Historia de un alma*, IX, 154.

³ San Mateo, XVIII, 3; San Marcos, X, 14.

aprobado, juzgará con modestia pero con soberana libertad a los autores espirituales, tan numerosos y tan fecundos, a quienes falta, con frecuencia, la inspiración divina o el soplo del genio: «A veces, cuando leo ciertos tratados, donde la perfección es mostrada a través de mil dificultades, mi pobre y pequeño espíritu se fatiga muy pronto. Cierro el libro sabio, que me quiebra la cabeza y me seca el corazón, y tomo la Sagrada Escritura. Entonces todo me parece luminoso: un solo pensamiento descubre a mi alma horizontes infinitos. La perfección me parece fácil, y veo que basta reconocer la propia nada y *abandonarse como un niño* en los brazos de Dios. Dejando para las grandes almas y para los espíritus sublimes los bellos libros que no acierto a entender, y mucho menos a poner en práctica, me alegro de ser pequeña, porque «sólo los niños y los que se les parecen serán admitidos en el banquete celestial». Felizmente el reino de los cielos consta de muchas moradas, porque si únicamente hubiese aquellas cuya descripción y camino me parecen incomprensibles, ciertamente jamás entraría en él»¹.

Teresa de Lisieux ha encontrado en el Evangelio «un camino enteramente nuevo» y enteramente sencillo, al cual siente que Dios la llama, y, en pos de ella, a una multitud casi infinita «de pequeñas almas» predestinadas como ella a llegar a la más alta perfección cristiana por el camino de una vida absolutamente ordinaria.

La Iglesia no se ha engañado: al canonizar su vida ha canonizado su doctrina. La infancia espiritual es un auténtico camino de santidad. El papa Pío XI así lo ha proclamado al decir que la humilde carmelita ha llevado al mundo un «mensaje nuevo», «OMEN NOVUM»². El camino de la infancia espiritual señala en la Iglesia una nueva época al hacer la

¹ Carta a un misionero, 1897.

² Pío XI, 18 de mayo de 1925.

santidad accesible a todos. Santa Teresa de Lisieux pertenece a la fila de los más grandes maestros de la perfección cristiana.

Teresa de Lisieux no ha aportado al mundo un nuevo evangelio. La espiritualidad cristiana, tomada en su esencia invariable, es una vida de unión con Dios Padre por Cristo Mediador, que todos los santos, desde la primitiva Iglesia, han conocido y practicado. Pero, si por «espiritualidad cristiana» queremos designar una exposición de conjunto de los medios de unión con Dios, ha habido, históricamente, verdaderas renovaciones, fórmulas nuevas de espiritualidad, mejor adaptadas a las circunstancias tan variadas de la vida de la Iglesia. Ante las desviaciones del pensamiento humano, el papel providencial de los santos ha sido conducir de nuevo a los hombres al espíritu del Evangelio, o desenvolver las verdades cristianas hasta entonces inexploradas¹.

El mundo moderno, el catolicismo francés en particular, padecía de ciertos resabios de jansenismo, de una rigidez fría en las relaciones de las almas con Dios, de un cierto conformismo jurídico, de un cierto individualismo en la devoción. Aguardaba el «nuevo descubrimiento» de la Paternidad divina y del Amor Misericordioso; y, en nuestras relaciones con Dios, la actitud de amor filial, de confianza y de abandono, que conviene a los hijos de adopción.

No ha sido Teresa de Lisieux quien ha descubierto que Dios es nuestro Padre, ni que la santidad consiste en el amor; tampoco ha sido ella quien ha inventado la infancia espiritual. Sin embargo, ha dado a todo esto una vida nueva y ha derribado con fuerza decisiva todo lo accidental de la santidad. Ha vivido ante nuestros ojos la santidad pura y simple, con todo el encanto y la seducción de un alma moderna muy humana y muy cercana a nosotros.

¹ Los santos obran lo que hoy se llama «resurgimiento».

Sobre todo ha hecho la santidad accesible a todos. Ya habíamos visto a san Francisco de Sales invitar a todos los cristianos a buscar la perfección: «a los que viven en las ciudades, en casa, en la corte, los que, por su condición, están obligados a llevar una vida común en el exterior»¹, considerando como «un error y aun como una herejía el querer desterrar la vida devota de la corte de los príncipes, de los ejércitos, del taller de los artesanos, de la casa de las personas casadas»². Pero este llamamiento a la santidad no fué escuchado y el jansenismo triunfó.

Al canonizar a santa Teresa de Lisieux, la Iglesia ha tenido cuidado de subrayar que esta suprema glorificación «iba más allá de la persona de Teresa»³ y que, por ella, Dios proponía a los hombres de nuestro tiempo un nuevo modelo de santidad»⁴, imitable así por los seglares como por las almas religiosas, enseñando a todos, sea cual fuere su condición, el medio para ser santos. «Siento que mi misión va a comenzar, mi misión de hacer amar a Dios como yo le amo, y de dar a conocer mi «caminito» a las almas...»⁵ «Quiero enseñarles los «pequeños medios, que, en mí, han obtenido un resultado tan perfecto, y decirles que una sola cosa hemos de hacer en este mundo: echar a Jesús las flores de los pequeños sacrificios»⁶.

Lo singularmente significativo que hay en el caso de santa Teresa del Niño Jesús es la aprobación de su doctrina. Cuando la Iglesia, tan vigilante en todo lo que atañe a la doctrina, canoniza a un santo, ensalza el heroísmo de sus virtudes, pero sin declarar auténticas todas sus ideas. Ahora bien, aquí, como

¹ Prólogo de la *Introducción a la vida devota*.

² Decreto de tuteo para la canonización, 29 de mayo de 1925.

³ Decreto de tuteo para la canonización, 29 mayo 1925.

⁴ Bula de canonización.

⁵ *Novissima Verba*, 17 de julio de 1897.

⁶ *Novissima Verba*, 17 de julio de 1897.

cuando se trata de los doctores, la *Iglesia*, al canonizar la vida de santa Teresa del Niño Jesús, *ha canonizado su doctrina*, asegurando que había recibido de Dios «un don de sabiduría absolutamente excepcional» y «había adquirido tal ciencia de las cosas sobrenaturales, que pudo trazar a los demás un camino seguro de salvación». Este hecho es capital. Según el juicio de la Iglesia, la infancia espiritual es una escuela de santidad.

El mensaje teresiano, esencialmente evangélico por sus orígenes y por su espíritu, presenta un contraste tan vivo con las ideas y maneras de ver en boga sobre la santidad, que el Padre Santo pudo decir que era verdaderamente un «mensaje nuevo»¹. El precepto de Jesús: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial»², se ha hecho inteligible para muchos. La santidad ha dejado de aparecer como el privilegio de una predestinación excepcional. Teresa del Niño Jesús ha dado a conocer, en un lenguaje inteligible para todos, la universalidad de la vocación a la santidad.

Tal es el sentido de este «nuevo mensaje». La infancia espiritual es una presentación nueva del Evangelio de Jesús.

II. — CARACTERES NEGATIVOS DE LA ESPIRITUALIDAD TERESIANA

Para fijar los rasgos distintivos de una espiritualidad se impone una doble tarea: primero, separar los caracteres que la diferencian de las otras espiritualidades; después, señalar con precisión los caracteres positivos que constituyen su naturaleza propia. Procediendo por eliminaciones sucesivas, se conoce cada vez mejor la realidad que se ha de definir.

¹ Discurso de Pío XI, 18 de mayo de 1925.

² San Mateo, V, 48.

Cuando se trata de naturalezas superiores de orden espiritual, de Dios en particular, ningún método es más eficaz para establecer su radical diferencia con los otros seres creados y para hacer resaltar su trascendental grandeza.

Lo mismo ocurre con la espiritualidad teresiana, la cual muestra con asombroso vigor los caracteres negativos que la distinguen de otras formas, en apariencia más clásicas, de la santidad: ausencia de mortificaciones extraordinarias, ausencia de carismas místicos, ausencia de método de oración, ausencia de obras brillantes. Este haz de caracteres negativos le pertenecen como cosa peculiar suya y trazan en ella una fisonomía aparte en la espiritualidad católica¹.

1. — Ausencia de mortificaciones extraordinarias

La antigua hagiografía se había complacido muchas veces en describirnos las escalofriantes mortificaciones de los santos, y el bueno del pueblo cristiano todavía identifica fácilmente la santidad heroica con las austeridades sangrientas. Un santo es un ser que no come, ni bebe, ni duerme; que se agota en vigiliass y en flagelaciones de todas clases; que mata su cuerpo o lo reduce a servidumbre, en beneficio tan sólo de la vida del alma. Ningún error es más funesto. Muchos cristianos, que no pueden ayunar, ni prescindir del sueño, ni andar revestidos de cilicios, se creen dispensados de tender hacia la santidad.

Este prejuicio tenaz explica la sonrisa escéptica con que fué acogida la *Historia de un alma* en ciertos monasterios y en ciertos medios devotos, por parte de venerables eclesiásticos y de superiores meritisimos: «santidad de agua de rosas», pensaban, y «que pasará».

¹ Los caracteres negativos han sido muy bien sacados a luz por el P. Petitot, O. P., en su obra maestra: *Santa Teresa de Lisieux. Un renacimiento espiritual*.

La Iglesia ha juzgado de otra manera. Teresita está en nuestros altares y su llamamiento a la santidad, aprobado por la voz de los Papas, se ha extendido por todo el mundo. En pos de ella, multitudes de «pequeñas almas» generosas, sonrientes, heroicas, han avanzado con valentía hacia las más altas cumbres de la perfección cristiana y han encontrado en su mensaje de amor el eco fiel de las enseñanzas de Cristo.

Ahora bien, la gran santa de Lisieux dejó resueltamente de lado lo que ella, empleando un lenguaje usual, llamaba «maceraciones de los santos». Desconfía de ellas; más aún, salvo en casos excepcionales, se muestra claramente opuesta. Teresa creyó al principio que había de emprender el camino de las penitencias de supererogación. «Sentí el atractivo por la penitencia, nos dice, pero nada me era permitido para darle satisfacción. Las únicas mortificaciones que se me concedían consistían en mortificar mi amor propio, lo cual me hacía mayor bien que las penitencias corporales»¹. Más tarde obtuvo permiso para entregarse a mortificaciones más rudas. No contenta con las disciplinas de regla y en uso en el Carmelo, que tomaba gozosamente hasta derramar sangre, quiso llevar sobre su pecho «una cruz armada de puntas de hierro»². La pobre criatura cayó enferma. En lugar de sentir despecho, al comprobar su impotencia, como muchas almas soberbias llenas de sí mismas, con una intuición profunda de los caminos de la Providencia, se contenta con decir: «Como veis, las grandes penitencias no son para mí. Dios sabe que las deseo, pero nunca ha querido su realización; de lo contrario, no hubiera estado enferma por tan poca cosa. ¿Qué es esto comparado con las maceraciones de los santos? Por otra parte, hubiera encontrado en ello demasiado gozo, y las satisfaccio-

¹ *Historia de un alma*, VII, 129.

² *Proceso Diocesano*, 1.578, Madre Inés de Jesús.

nes naturales pueden andar mezcladas con las penitencias más austeras. *Hay que desconfiar*. Creedme, madre, no os lancéis por este camino, que no es el de todas las «pequeñas almas» como las nuestras»¹.

Teresa tuvo la prudencia de ver en esta prueba — y en esta impotencia — una indicación providencial para ir en busca de la santidad por otro camino. Se apartará cada vez más del camino de las grandes mortificaciones. «La vi aplicada a la mortificación, cada día con mayor simplicidad y moderación, según se iba acercando al fin de su destierro», declarará la madre Inés. «No quería ninguna mortificación que la preocupase y que fuese capaz de impedir a su espíritu aplicarse a Dios. Me decía que el demonio engaña, con frecuencia, a las almas generosas, pero imprudentes, llevándolas a excesos que dañan la salud y les impiden cumplir con su deber. También veía en esto el deseo de complacerse a sí misma. Me confesó que, en los comienzos de su vida religiosa, había creído que, para imitar a los santos, obraba bien ingeniándose para hacer insípidos los manjares; pero añadió que, desde hacía mucho tiempo, había dejado esta práctica. Cuando la comida me gusta, bendigo a Dios; cuando es mala, entonces acepto la mortificación. Esta mortificación no buscada me parece *la más segura y la más santificadora*»².

Estos textos no admiten réplica. Manifiestan con evidencia que la santa de Lisieux excluyó del camino de la infancia espiritual las mortificaciones extraordinarias, las grandes «maceraciones de los santos». La observación de las almas que vivían alrededor de ella y sus propias luces interiores le habían descubierto el peligro de este ascetismo violento, cuando en él se establece el amor propio. En aquel tiempo, en

¹ Proceso Diocesano, 1.579, Madre Inés de Jesús.

² Proceso Apostólico, 698, Madre Inés de Jesús.

el Carmelo de Lisieux, las ortigas crecían libremente en el jardín como medio de penitencia extraordinaria para la comunidad. Después de haber visto con sus propios ojos los efectos de estas penitencias en la vida espiritual de las almas, sor Teresa del Niño Jesús buscó un medio más rápido y más seguro para elevarse a la santidad.

Nada más característico, en este punto, que las reacciones de su alma ante las espantosas maceraciones del beato Enrique Suzo. Le habían dado a leer la vida de este célebre místico dominico¹. Apenas convertido de su mediano fervor a la más heroica santidad, Fray Enrique esculpió sobre su pecho, con un cuchillo y con gruesos caracteres, el nombre de Jesús, que, después de su muerte, encontraron profundamente grabado en su carne. No era aquello otra cosa que el preludio de un increíble ardor para entregarse a la penitencia. Pronto el Beato se revistió de cilicios y de cadenas de hierro, que maceraban su cuerpo y dejaban en él surcos sangrientos. Estos instrumentos de penitencia también le torturaban de noche, cuando, después de agotadores sermones, aceptaba tomar un poco de sueño. Entonces todo su ser se contraía; tenía que permanecer replegado sobre sí mismo, atenazado por el dolor. Los gusanos que salían de sus llagas purulentas le devoraban. Para resistir a la tentación invencible de calmar el escozor de sus llagas y de dulcificar los agudos sufrimientos, el Beato sujetaba las manos con una correa pendiente del cuello y las ataba con un candado. No consintió en poner freno a este suplicio hasta que sus manos comenzaron a paralizarse. Mas, para no perder nada de sus dolores, con un refinamiento de crueldad, se procuró unos guantes guarnecidos de puntas de hierro, que exasperaban sus sufrimientos en el decurso de interminables insomnios. Cuando las llagas esta-

¹ Utilizó la edición de las *Obras del B. Enrique Suzo*, por CARTIER.

ban demasiado abiertas y se hacían insoportables, se curaba durante varios días, pero después, en seguida, abría de nuevo sus heridas con violencia, desgarrándolas con los terribles guantes. Se dice que soportó este horrible martirio durante más de veinte años, hasta el momento en que un ángel fué a avisarle que Dios no quería verle proseguir en tales penitencias. El santo obedeció en seguida y echó todos sus instrumentos al río.

Después de maitines, fué arrebatado en éxtasis. Un ángel de Dios se le apareció de nuevo y le invitó a entrar en la escuela de una perfección más elevada y de una mayor prudencia, a pasar de la penitencia corporal a una total abnegación de sí mismo, a una perfecta conformidad con la voluntad divina y a una absoluta igualdad de ánimo. «A pesar de todas estas maceraciones escogidas por tu voluntad, todavía no has hecho nada: *no has renunciado a ti mismo*. Entrégate sin reservas en manos de Dios en las penas exteriores e interiores que le plazca enviarte. *Ven a una más alta escuela.*»

Algunos días más tarde, mientras el hermano Enrique estaba en oración, he aquí que un ángel se le apareció otra vez, con armadura de caballero. El bienaventurado miraba estas armas con admiración. El ángel de Dios le dijo:

—Hasta ahora has combatido como un simple soldado; en adelante combatirás como un caballero.

—¿Qué es esto? —preguntó Enrique.

—Dios te ha liberado de las penitencias corporales para imponerte otras de otro género mucho más terribles.

—Sin embargo —repuso el beato—, me parece, Señor, que veintidós años de tales sufrimientos deberían bastar.

—No —respondió el divino Maestro—. Levanta tus ojos al firmamento. Si llegas a contar el número de las estrellas, podrás entrever la multitud de sufrimientos que te tengo destinados. Pero es mejor que

los ignores. Te desalentarían. Quiero simplemente descubrirte tres en particular.

»He aquí la primera cruz. Antes te herías con tus propias manos. En adelante estarás en manos de otros. Te maltratarán, sin que puedas defenderte. Perderás toda estima y toda consideración a los ojos de los demás, y esta prueba será más penosa que la cruz armada de clavos que desgarraba tus espaldas. Te alababan. Te admiraban por tus grandes mortificaciones voluntarias. Ahora serás abatido, despreciado, objeto de irrisión para todos.

»He aquí la segunda cruz. A pesar de tus crueles torturas, has conservado tu corazón de hombre: gozas con el afecto de muchos. Encontrarás en adelante oposiciones, ingratitud, deslealtad y el reducido número de tus amigos caerá en la desesperación.

»He aquí la tercera cruz. Te retiraré mis consolaciones y mis gracias sensibles. Te dejaré en la pobreza espiritual y en la aridez. Serás abandonado de los hombres y de mí. Toda busca de apoyo y de alivio se volverá contra ti.

El Beato, aplastado por el anuncio de todos estos males, cayó rostro en tierra y permaneció largo tiempo brazos en cruz. Entonces le dijo Dios: «Ten buen ánimo. Yo estaré contigo. Saldrás victorioso».

¿Cuáles fueron los sentimientos de sor Teresa de Lisieux al leer este relato típico de las grandes maceraciones de los santos de otros tiempos? La madre Inés recibió de ello sus confidencias en la enfermería, en el momento en que la santa de Lisieux había llegado a las más altas cumbres de la unión divina: «En la vida del beato Enrique Suzo — le dijo —, un pasaje me ha impresionado particularmente: *la superioridad del combate espiritual* sobre las mortificaciones de la carne. Pues bien, madre mía, Dios no ha querido en mí un simple soldado. He sido en seguida armado caballero y he partido hacia la guerra contra mí misma en el *dominio espiritual por la abnegación y los pequeño sacrificios ocultos*. He encontrado la

paz y la humildad en este combate obscuro, donde no hay botín para la naturaleza»¹.

RESPUESTA CAPITAL, reveladora del verdadero espíritu de la infancia espiritual. Lo que más conmovió a Teresa al leer la *Vida del beato Enrique Suza* fué la indiscutible superioridad de la mortificación del espíritu sobre la penitencia corporal y el cambio de método enseñado por Dios al gran místico renano. En cuanto a ella, por una gracia insigne de Dios, desde el principio de su vida religiosa, había entrevisto y practicado esta manera superior de combatir como «caballero». Convencida por su experiencia personal de que la multitud de «pequeñas almas» jamás podrían elevarse hasta la perfección si tuviesen que pasar por el camino de las mortificaciones extraordinarias, y se detendrían desalentadas, con una audacia asombrosa y con la libertad propia de una santa inspirada por Dios, santa Teresa del Niño Jesús reemplazó voluntariamente el «ascetismo de grandeza» por el «ascetismo de pequeñez», persuadida, por las luces de Dios, de que con estas «nonadas», pero fielmente aceptadas, el alma llega con mayor rapidez al desprendimiento total y al puro amor. «Si todas las almas llamadas a la perfección hubiesen tenido que practicar, para entrar en el cielo, aquellas maceraciones, Nuestro Señor nos lo hubiera dicho y nosotros nos las hubiéramos impuesto de buena gana. Pero Él nos anunció que hay muchas moradas en su casa. Si hay allí las moradas de las grandes almas, las de los Padres del desierto y de los mártires de la penitencia, debe de haber también las de los «pequeñuelos». Nuestro lugar está aquí»². Al canonizar la santidad de Teresa, la Iglesia ha aprobado esta doctrina. Sin dejar de respetar las formas legítimas de la ascética del pasado, nos ha garantizado de una manera infalible que este nuevo «ascetismo de pequeñez» es un

¹ *Novissima Verba*, 3 de agosto de 1897.

² *Historia de un alma*, Consejos y recuerdos, 278.

verdadero camino de santidad con los mismos títulos que el «ascetismo de grandeza»¹.

2. — Ausencia de carismas místicos

El segundo aspecto negativo, que caracteriza al «caminito» de infancia espiritual, es la ausencia total de carismas, en oposición a la mayor parte de las vidas de los santos, que insisten en las gracias místicas de todas clases: éxtasis, visiones y revelaciones, estigmas, levitaciones, intervenciones diabólicas o apariciones de ángeles, discreción de espíritus, clarividencia profética y don de milagros.

Sin salir de la tradición mística del Carmelo, sor Teresa del Niño Jesús sólo tenía que abrir al azar la autobiografía y los demás escritos de su santa Madre, para contemplar en ellos el espectáculo de una existencia enteramente llena de fenómenos místicos extraordinarios. El éxtasis sorprendía a santa Teresa en cualquier lugar: en el coro, en el locutorio, en medio de sus hijas, tocando el tamboril. En cierta ocasión, el arrobamiento la sorprendió en la cocina, con la sartén en la mano. Durante estos éxtasis no veía, no oía ni sentía nada. Su cuerpo no tocaba el suelo, se enfriaba, quedaba inerte; y, después del favor divino de aquellos estados más elevados, la

¹ El mensaje de Fátima confirma el sentido de este nuevo estilo de santidad. Lucía de Fátima, la vidente, escribía, en 20 de abril de 1943 a S. E. el obispo de Leiria, bajo cuya jurisdicción están las peregrinaciones de Fátima: «Dios, para mortificación, no quiere otra cosa que el cumplimiento simple y honesto de las tareas cotidianas y la aceptación de las penas y los enojos. Desea que se muestre claramente este camino a las almas, porque muchos se imaginan que la penitencia significa «grandes austeridades», y, no teniendo fuerza ni magnanimidad para emprenderlas, se desalientan y caen en una vida de indiferencia y de pecado.» Nuestro Señor me ha dicho: «El sacrificio de cada uno consiste en el cumplimiento del propio deber y en la observancia de mi Ley: he aquí la penitencia que ahora exijo.»

santa, durante dos o tres horas, permanecía como fuera de sí, con las potencias absorbidas.

A los éxtasis seguían las visiones y las revelaciones. Nuestro Señor se le aparecía colmándola de felicidad. Un día, habiéndole Cristo mostrado sus manos de extraordinaria belleza, esta visión de la humanidad de Jesús dejó en su alma una huella imborrable. Otro día, vió su lugar en el infierno si su voluntad se hubiese mostrado infiel. Hablas interiores y visiones de lo sobrenatural, vista profética del porvenir, iluminaciones carismáticas y dones del Espíritu Santo, que le daban a saborear la felicidad indecible de un alma elevada al matrimonio espiritual y que vivía ya en la tierra en compañía de las Tres Personas de la Santísima Trinidad, vuelos del espíritu, recogimiento profundo de todas las potencias en Dios, toques de silencio y de paz divina... Santa Teresa conoció por experiencia todas las formas de los carismas místicos, con los cuales la liberalidad divina se complace en colmar a los siervos de Dios en este mundo.

Estos favores divinos acarrearán al alma heroica, que camina hacia Dios, insignes beneficios: el sentido del poder soberano de Dios y de su grandeza, y un desprendimiento total. El alma se hace extraña a todo lo creado. Para ver a Dios, el ser humano quisiera morir. Esta experiencia de las cosas divinas también le comunica un ardor apostólico infatigable al servicio de la Iglesia y de la obra de la redención. Estos carismas abundan en los fundadores de las órdenes religiosas y en una multitud de santos canonizados.

Ahora bien, en santa Teresa del Niño Jesús el movimiento de su espiritualidad excluye todo éxtasis, todo estigma, toda visión, toda intervención diabólica, todo milagro. La que había de llegar a ser el mayor taumaturgo de los tiempos modernos no hizo, durante su vida, ningún milagro, ningún prodigio. Es menester observarla atentamente para descubrir

en ella la huella de fenómenos extraordinarios. Apenas se consigue desgranar cinco o seis rasgos de este género. Los testigos del proceso de canonización no podían dejar de subrayar este aspecto negativo tan característico de su santidad. «Sor Teresa del Niño Jesús *no se parece, en cuanto a los dones sobrenaturales* o, a lo menos, en cuanto a sus manifestaciones, a la mayor parte de los santos canonizados por la Iglesia. Excepción hecha de su visión de la Santísima Virgen, y de aquella que le descubrió de antemano la enfermedad de su padre; excepción hecha también de la «llama de amor» por la que, según afirma, fué herida una vez, y, finalmente, del éxtasis de su muerte, **NO VEO NADA EN SU VIDA QUE SALGA DE LO ORDINARIO.** Salvo también, quizá, ciertas predicciones de lo que ocurriría después de su muerte. Es indudable que gozó muchas veces de un profundísimo recogimiento, pero este estado de oración andaba envuelto de simplicidad, *sin manifestaciones extraordinarias.* Luego es menester concluir que los fenómenos místicos extraordinarios ocurrieron, en su vida, **como casos enteramente excepcionales.** La simplicidad era la regla. Pensar de otra manera sería cambiar la fisonomía tan alentadora que Dios se complació en dar a su pequeña sierva, exprofeso para llamar a su amor a las «pequeñas almas» que quisieran seguirle»¹. La frecuencia de estos dones extraordinarios en su vida hubiera sido contraria a lo que ella dice de los designios de Dios sobre su alma. Su vida había de ser sencilla, para servir de modelo a las «pequeñas almas»², tan numerosas, que andan *por el camino común en la noche de la fe*³.

La concordancia unánime, la claridad y la fuerza de estos testimonios no necesitan comentario. No entra en los designios de la Providencia que santa

¹ Proceso Apostólico, 2.332, Madre Inés de Jesús.

² Proceso Apostólico, 2.341, Sor Genoveva.

³ Proceso Apostólico, 2.346, Sor María de la Trinidad.

Teresa del Niño Jesús se beneficiase de los carismas místicos tan frecuentes en los santos. Dios, que la destinaba para ofrecer al mundo un nuevo modelo de santidad accesible a todos, prefirió conducirla hasta Él por un camino ordinario. Por preciosas que, en efecto, sean las gracias místicas, su presencia anda envuelta en emboscadas. ¡Es tan difícil, en esta materia, el discernimiento de lo verdadero y de lo falso! San Juan de la Cruz, tan colmado de favores divinos, nos lo advierte en unas páginas severas, que han llegado a ser clásicas. ¿Cuál es el director de conciencias que no se haya encontrado con almas que pretenden que han sido llamadas por Dios para una gran misión en bien de la Iglesia y del mundo, a las cuales el Señor habla interiormente, y que, en realidad, son simplemente pobres víctimas de su sensibilidad y de su imaginación?

Todos los maestros de la vida espiritual están de acuerdo en exigir, en estas materias, una vigilante circunspección. San Vicente Ferrer, el más grande taumaturgo de su siglo, y cuya prodigiosa vida apostólica desfila ante nuestros ojos como un carisma perpetuo, no es menos severo, y formula los mismos consejos en su *Tratado de la vida espiritual*: «No deseéis, no pidáis visiones, ni revelaciones, ni sentimientos excepcionales. Estos deseos proceden, con frecuencia, de una vana curiosidad o de un fondo de vanidad, a las que el alma, ilusionada y tentada por el diablo, se deja arrastrar por falsas visiones y falsas revelaciones»¹.

Aun cuando son verdaderos, estos favores divinos están expuestos a reales peligros: el alma que se ve marchando hacia Dios por caminos extraordinarios corre el riesgo de no fundarse en una profunda humildad. Se imagina que es la preferida de Dios: vedla satisfecha de sí misma y llena de orgullo. Es mejor

¹ San Vicente Ferrer: *Tratado de la vida espiritual*, capítulo XI.

ir a Dios por el «caminito» de infancia espiritual, con la conciencia de la propia debilidad, con fe pura y total abandono. «A todos los éxtasis —decía Teresa— prefiero la monotonía del sacrificio obscuro»¹. Esta doctrina aleja todo peligro de ilusión.

3. — Ausencia de método de oración

Un tercer carácter negativo distingue a la espiritualidad teresiana: su ausencia de método de oración. Tocamos aquí un punto muy importante, porque la vida de oración es el alma de toda espiritualidad. Más que otro elemento, nos revela en los santos el secreto de su unión con Dios.

A los ojos de santa Teresa de Ávila, la gran reformadora del Carmelo, la oración lo era todo. Sor Teresa del Niño Jesús había leído y releído en los escritos de su santa Madre las admirables descripciones que nos ha dejado: oración vocal o mental, oración de recogimiento, oración de quietud, oración de unión y, con ocasión de las siete moradas del alma, las etapas principales de esta vida de oración y de unión desde las formas elementales de la oración activa hasta los más sutiles análisis de los estados superiores del matrimonio espiritual. Ahora bien, en «Teresita» ninguna huella de estas moradas ni de estas etapas, ninguna posibilidad de clasificación. Nada se parece menos al *Castillo del alma* que la *Historia de un alma*. A pesar de pertenecer ambas a una misma familia religiosa, su genio es diferente.

Lo mismo ocurre con todos los santos que han marcado con su potente originalidad el pensamiento y la vida de la Iglesia. Los Apóstoles tenían su manera peculiar de ir a Dios por la oración. La Iglesia primitiva vivía también de los salmos y de los cánticos espirituales de la Sinagoga, pero animados por el soplo carismático del Espíritu del Padre y del sen-

¹ Carta a la Madre Inés de Jesús, 1889; Proceso Apostólico, 708, Madre Inés de Jesús.

tido filial de la oración de Jesús. Indefinidamente veremos florecer formas nuevas de la vida de oración. El Espíritu sopla como quiere, según las necesidades de las almas y de los tiempos.

Con la oración monástica, el alma se eleva hacia Dios con toda simplicidad. El alma del solitario o del cenobita pasa, sin esfuerzo, de la lectura a la meditación, de la meditación discursiva a la meditación contemplativa, al contacto con la naturaleza o al ritmo de los salmos, con entera libertad, adaptándose con maravillosa flexibilidad a los temperamentos más variados. He aquí cómo la describe uno de los más grandes maestros de la vida espiritual de nuestro tiempo: «Para el monje, la oración mental no es otra cosa que esas pausas en la lectura de la Sagrada Escritura o de los libros piadosos, durante las cuales el alma se eleva hacia Dios, se une a su voluntad y, en esta visión, descubre sus defectos y los designios de Dios sobre ella. Dice san Benito que, en general, estas pausas han de ser "breves", a no ser que la unción del Espíritu Santo las prolongue; pero, en seguida que cesa la moción de la gracia, que nos lleva a la unión con Dios, hay que emprender de nuevo la lectura o el rezo de los salmos. Ésta era la única oración mental conocida y practicada por aquellos gigantes de santidad que fueron los Padres del desierto; y los monjes de Occidente no hicieron otra cosa que continuar esta tradición. ¡Cuántos contemplativos y cuántos santos no formó aquella simplicidad de los antiguos! Este método tiene la ventaja de estar al alcance de todo el mundo, de disminuir mucho las distracciones y, a la manera que en el pasado elevó hasta la más alta contemplación a millares de almas, puede asimismo conducirnos a nosotros a esta misma gracia»¹.

Con san Ignacio de Loyola todo cambia. Bajo el

¹ Texto encontrado entre los manuscritos de Dom Marmion y publicado con el beneplácito de Dom Thibaut.

impulso de nuevas necesidades en la Iglesia, surge un nuevo método que, en precisión, deja atrás a todas las formas del pasado, ya en cuanto a la marcha exterior de los ejercicios, ya en el juego íntimo y en la disciplina de las diversas facultades. Nada se deja a la ventura. Con una maravillosa comprensión de las leyes más profundas de nuestra psicología, todas las fuerzas del hombre son utilizadas en servicio de Cristo.

Es en la *meditación* donde se concentran los rasgos más característicos de este método, llamado a generalizarse en la Iglesia con modificaciones complementarias, según los diversos genios que lo utilicen. La meditación comprende, habitualmente, una oración preparatoria, dos preludios, con composición de lugar, consideraciones sobre tres o cinco puntos, la aplicación sistemática de los cinco sentidos y de las tres facultades del alma: memoria, entendimiento y voluntad; finalmente, los coloquios seguidos de las resoluciones, y todo acompañado de un examen rápido sobre los frutos de la oración.

Todos los métodos tienen sus ventajas y sus peligros. So pretexto de libertad y docilidad al soplo del Espíritu, ciertas almas llamadas «místicas» tienen tendencia a dispensarse de todo esfuerzo, y permanecen ociosas. Al contrario, un método demasiado rígido mecaniza excesivamente el juego de las facultades, el cual debe ser espontáneo como la vida y accesible a las menores inspiraciones del Espíritu de Amor. Los comentaristas de segunda categoría siempre tendrán dificultad en seguir la libertad creadora de los grandes maestros. Es la condición de la grandeza sobrehumana de los santos el no poder expresar con fórmulas adecuadas toda la realidad divina vislumbrada. He aquí por qué es menester entenderlos más según el espíritu que según la letra, situando sus consignas dentro del contexto de su vida. Esta comprensión superior de sus directrices, a la luz de sus actos y de su espíritu, permite apreciarlos en la rica complejidad de su naturaleza y en la variedad de su misión en la

Iglesia. Entonces no sorprende tanto ver a un san Benito, modelo del puro contemplativo, dejar a sus hijos una *Regla* que penetra aun en los pormenores más materiales de la vida de un monasterio, y que es una obra maestra de discreción, verdadero código de santidad del monacato occidental, mientras que un san Ignacio de Loyola, el creador de los «Ejercicios», prototipo de la espiritualidad moderna, se muestra, en ciertas horas de su vida, arrebatado en éxtasis, pronunciando en sus arrobamientos: «*O beata Trinitas.*»

Santa Teresa del Niño Jesús nunca pudo someterse a un método demasiado sistemático de oración. Todavía muy niña, en los paseos con su padre, gustaba de retirarse «aparte sobre la hierba». «Entonces — dice — mis pensamientos eran muy profundos, y, sin saber qué era meditar, mi alma se sumergía en *una real oración*»¹. Toda la vida de oración de la santa de Lisieux está contenida en esta primera confidencia. Su pensamiento contemplativo jamás podrá aceptar marcos demasiado rígidos, demasiado adornados. «Un día, en la Abadía, una de mis maestras me preguntó cuáles eran mis ocupaciones de los días de fiesta, cuando estaba en los Bouissonnets. Respondí tímidamente: «Señora, con mucha frecuencia me oculto en un pequeño espacio de mi habitación, que es fácil de cerrar con las cortinas de mi cama, y allí *pienso...*» «Pero ¿en qué piensas?», me dijo la religiosa riendo. «Pienso en Dios, en la brevedad de la vida, en la eternidad; en fin, *pienso.*» Hoy entiendo que hacía entonces una *verdadera oración*, durante la cual el divino Maestro instruía dulcemente mi corazón»².

«Tenía fama de que seguía bastante mal la misa del domingo; pero, como hace notar el capellán del pensionado, esto requiere una explicación. Se exige, generalmente, a las niñas que sigan los diferentes puntos

¹ *Historia de un alma*, II, 24.

² *Historia de un alma*, IV, 57.

de la misa leyendo en su libro. Se exigía, pues, esto a Teresa, como a las demás; pero mi querida niña no lo hacía... Cuando se le indicaba lo que había de leer, daba las gracias con una graciosa sonrisa, bajaba los ojos sobre el libro durante algunos segundos, pero en seguida levantaba la cabeza, como si estuviese distraída. Hacía una oración mucho mejor que la de sus compañeras, entregándose a la oración contemplativa»¹.

Sentía horror por las devocioncitas, y, fuera del oficio divino, su gran oración era el *Padrenuestro*. «Algunas veces, cuando mi espíritu siente una sequedad tan grande que no puedo tener un solo buen pensamiento, rezo muy lentamente el *Padrenuestro* o el *Avemaría*. Estas solas oraciones me encantan, alimentan divinamente mi alma y me bastan»².

Desconfiemos, sin embargo, de toda simplificación extremada. So pretexto de alejar todo método demasiado rígido y de transformar la acción en oración, la actividad moderna corre el riesgo de desviar a las almas de aquel contacto profundo y directo con Dios, sin el cual se arrastra una vida interior empobrecida. La esencia de toda vida de oración, eterna como el Evangelio, consiste, según la hermosa fórmula clásica de san Juan Damasceno, en una «ascensión del alma a Dios, para amarle, adorarle, ensalzarle, alabarle o para pedirle su gracia y su auxilio en todas nuestras necesidades». La plegaria de petición se deriva de esta alta vida de oración, en que el alma, fundada en Dios por una intensa actividad de las virtudes teologales, le habla familiarmente de su gloria y de las propias necesidades, con toda espontaneidad, «de corazón a corazón». Son todas las facultades del hombre, en sus actos más elevados, las que entran en juego en esta vida de oración y de unión.

A cada uno corresponde seguir su vocación perso-

¹ Proceso Diocesano, 329, abate Domin.

² Historia de un alma, X, 1888.

nal, según las luces de la gracia y los alicientes del alma, con una docilidad enteramente filial al soplo del Espíritu de Dios, que inspira a sus hijos de adopción los verdaderos sentimientos que deben animarles en su vida de intimidad con su Padre del cielo. «Por encima de todo, es el Evangelio el que me instruye durante mis oraciones — decía Teresa de Lisieux —. De allí saco todo lo que es necesario a mi pobre y pequeña alma»¹.

Sobre este punto capital de la vida de oración, como sobre el de la mortificación y de los carismas místicos, Teresa es un modelo accesible a todas las «pequeñas almas». Para ella y para la multitud de almas cristianas que caminan hacia Dios por la «vía ordinaria», la oración ha de ser un «vuelo del corazón», «una simple mirada al cielo, un grito de gratitud y de amor, así en medio de la prueba como en el seno del gozo. Es una cosa elevada, sobrenatural, que dilata el alma y la une con Dios»².

Su vida de oración será la plegaria simple y profunda del hijo que se acerca a Dios como a su padre. «Hago como los niños que no saben leer: digo sencillamente a Dios lo que quiero decirle, y siempre me entiende»³.

4. — Ausencia de acciones brillantes

Un postrer aspecto negativo acaba de caracterizar la espiritualidad teresiana: la ausencia de acciones brillantes.

Muchos santos canonizados han pasado entre los hombres «poderosos en obras y en palabras», a imagen de su Maestro, modificando profundamente el destino de su siglo, realizadores fecundos, a quienes se deben las más caritativas instituciones de la hu-

¹ *Historia de un alma*, VIII, 146.

² *Historia de un alma*, X, 188.

³ *Historia de un alma*, X, 188.

manidad. San Agustín, san Alberto Magno, santo Tomás de Aquino nos maravillan por su prodigioso saber; san Vicente Ferrer, por la acción de su palabra y el brillo de sus milagros; santa Juana de Arco, por su admirable epopeya guerrera; san Francisco Javier, por su celo misionero; el santo Cura de Ars, por el movimiento de multitudes, suscitado por la irradiación de su santidad. No sería difícil traer también el testimonio de un gran número de fundadores de órdenes religiosas y de una multitud de apóstoles, de mártires y de santos. Su vida, toda ella divina, aparece, por añadidura, como un incomparable triunfo humano.

En la existencia de la humilde carmelita de Lisieux no encontramos ninguna acción brillante ni obras exteriores. Es una página muy pobre aquella que, en el proceso de canonización, nos refiere los insignificantes empleos que sor Teresa desempeñó en el decurso de su existencia en el convento, donde ejerció sucesivamente las ocupaciones de ropera, refitolera, sacristana y portera. Sus funciones más elevadas, en el monasterio, fueron su cargo, no bien definido, de submaestra de tres o cuatro postulantes y novicias, harto difíciles, a las cuales se consagró, sin reserva y siempre con sonrisa, la gran santa de Lisieux. Queda uno confundido ante el contraste que existe entre la trivialidad de las ocupaciones habituales de santa Teresa del Niño Jesús y la perfección enteramente divina con que hacía sus acciones ordinarias, y cabe preguntar si, después de la Virgen de Nazaret, se ha encontrado una existencia tan sublime bajo las apariencias más comunes.

La Providencia se ha complacido en recordar al mundo moderno, ávido de vanagloria y de ostentación, que la verdadera grandeza no consiste en el brillo exterior, sino en la fidelidad silenciosa de una vida toda en Dios. La santa de Lisieux es un modelo imitable por la gran multitud de hombres y mujeres que llevan en esta tierra una existencia oscura y

trabajosa, condenada a permanecer siempre desconocida. «Teresita» les dice, como antes a sus novicias: «No creáis que para llegar a la perfección sea menester hacer grandes cosas»¹. «Nuestro Señor no tiene necesidad ni de obras brillantes ni de hermosos pensamientos. Si quiere conceptos sublimes, ¿no tiene a los ángeles, cuya ciencia sobrepasa a la de los más grandes genios del mundo? No es, pues, el genio ni los talentos lo que viene a buscar en este mundo... Gusta de la sencillez»². Teresa no se deja deslumbrar por las grandes acciones que el mundo admira. Su humildad profunda y las luces de la fe le revelaron que «las obras más brillantes nada son sin el amor»³. Indudablemente, «los santos han hecho locuras. Han hecho grandes cosas, pues han sido águilas. En cuanto a mí soy demasiado pequeña para hacer grandes cosas y mi locura es esperar que tu amor me acepte como víctima; mi locura es contar con los ángeles y con los santos, para volar hasta Ti con tus propias alas, ¡oh mi Águila adorada!»⁴ — «Las obras brillantes me están vedadas. No puedo predicar el Evangelio ni derramar la sangre... ¿Qué importa? Mis hermanos trabajan en mi lugar, y yo, niña pequeña», estoy junto al trono real; amo por los que combaten»⁵. — «Soy un alma muy pequeña, que sólo puede ofrecer a Dios cosas pequeñas. Con frecuencia me ocurre todavía que dejo escapar los pequeños sacrificios que tanta paz dan al corazón. Pero esto no me desalienta. Soporto el tener un poco menos de paz y me esfuerzo en ser otra vez más vigilante...»⁶ «Soy muy feliz porque voy al cielo, pero cuando pienso en estas palabras del Señor: «Vendré pronto, llevando mi recompensa conmigo,

¹ Proceso Apostólico, 1277, Sor María de Jesús.

² Carta a Celina, 5 de abril de 1893.

³ Historia de un alma, VIII, 142.

⁴ Historia de un alma, XI, 221.

⁵ Historia de un alma, XI, 218.

⁶ Historia de un alma, X, 196.

para dar a cada uno según sus obras», digo que se verá muy apurado ante mí, porque no tengo obras... Pues bien, Él me dará según sus obras»¹.

Verdaderamente, ninguna espiritualidad había arremetido con tanta fuerza y con tal ejemplo, para derribar lo accidental de la santidad. Ni mortificaciones extraordinarias, ni carismas excepcionales, ni método sabio de oración, ni obras brillantes: nada, nada, nada, nada. ¿Qué queda, pues, para explicar tal santidad? — El amor. «Amar, ser amada y volver otra vez a la tierra para hacer amar al AMOR»².

III. — CARACTERES POSITIVOS DE LA ESPIRITUALIDAD TERESIANA

Por preciosos que sean los caracteres negativos para discernir una espiritualidad, no bastan para descubrirnos su profunda naturaleza. Ésta sólo se nos muestra a la luz de la intuición creadora, de donde ha manado. En la espiritualidad teresiana, esta intuición directriz es el *espíritu de infancia* en todas nuestras relaciones con Dios. Considerar a Dios como el más tierno de los padres y practicar las virtudes de la infancia espiritual, tal es el principio original de este «caminito enteramente nuevo», llamado a difundirse por el mundo entero con tanta rapidez y amplitud, haciendo accesible a todos la más sublime perfección cristiana.

1. — *Dogma de la paternidad divina*

En la cumbre de la concepción teresiana del mundo, como de la visión cristiana del universo, aparece luminosa una verdad suprema: la paternidad de Dios sobre nosotros. Bajo esta luz todo aparece claro, así

¹ *Historia de un alma*, Consejos y recuerdos, 302.

² *Novissima Verba*, 18 de julio de 1897.

en la espiritualidad teresiana como en la doctrina del Evangelio. Esta idea domina la predicación de Jesús a partir del sermón de la montaña, que contiene en compendio toda la esencia del cristianismo. Jesús habla familiarmente de este Padre celestial, que hace salir el sol sobre los buenos y sobre los malos, que escudriña las más secretas disposiciones de los corazones, que alimenta a las aves del cielo y viste de esplendor los lirios de los campos, que conoce en todos sus pormenores nuestras necesidades. La gran oración que Jesús enseña a los hombres es el «Padrenuestro», la súplica confiada de los hijos de la tierra al Padre del cielo. En su prólogo resume san Juan todo el mensaje del Evangelio de esta manera: «El Verbo se hizo carne» a fin de «que también nosotros seamos hijos de Dios»¹. San Pablo añadirá: El Hijo unigénito del Padre se ha hecho el «primogénito de una multitud de hermanos»². El poder conquistador del mensaje teresiano proviene de haber sabido encontrar esta verdad central de la mística cristiana. «¡Qué es dulce llamar a Dios Padre y ser su hijo!»³

Como consecuencia de este dogma fundamental de la paternidad divina, la actitud moral del alma teresiana será en extremo sencilla: vivir en la intimidad del Padre con alma de hijo.

2. — *El Amor Misericordioso*

Teresa también supo entender que en un corazón de padre no hay otra cosa que amor y misericordia. Su concepción del misterio de Dios no tiene los vuelos de una teodicea sabia que se esfuerza en referir a la Esencia divina todos los atributos físicos y metafísicos de la Divinidad. Pero su mirada de niño

¹ San Juan, I, 12-14.

² Romanos, VIII, 29.

³ Poesía *Mi cielo y yo*.

sondeó los sentimientos más íntimos del corazón de Dios. Ningún rasgo en ella de aquellas sublimes elevaciones que hacen la grandeza de los escritos de santa Ángela de Foligno; nada de las grandes palabras de la teología clásica: inmutabilidad, incomprensibilidad, inefabilidad. Pero a sus ojos resplandecen con luz divina la ternura infinita y la misericordiosa bondad del Padre del cielo. Estas visiones infantiles, tan sencillas en apariencia, son, en realidad, las más profundas. Se armonizan, por vía de ciencia infusa, con las más altas visiones de sabiduría científica de un santo Tomás de Aquino, y nos enseñan de qué manera el Amor y la Misericordia dominan sobre las otras intervenciones de Dios *ad extra*.

En efecto, el Amor es «la raíz» de toda la acción de Dios sobre las criaturas. El Amor creador ha hecho surgir el mundo de la nada. El Amor salvador y glorificador conduce todas las cosas a la realización de los fines superiores de la Encarnación redentora. Por parte de la criatura, dejarse amar por Dios, es dejarse salvar y divinizar. Cuanto más un alma se deja amar por Dios, tanto más rápidamente se eleva hacia la santidad.

Esta doctrina teológica explica y justifica la ascensión tan rápida de Teresa de Lisieux por los caminos del amor. Había entendido que el secreto de la santidad para los seres de nada y pecado como nosotros, consiste, ante todo, en dejarse amar, es decir, en dejarse colmar por Dios de sus dones gratuitos. Dejando para otras almas el deseo de ofrecerse como víctima a la divina Justicia, Teresa escogerá el ofrecerse al Amor y a la Misericordia. Notémoslo bien: se consagrará, no al sufrimiento, sino al amor. Es también en esto donde se resume el movimiento más profundo de la espiritualidad teresiana: entregarse continuamente al Amor como a un fuego, para ser rápidamente consumida en él. El acto de ofrecimiento al Amor Misericordioso no sólo es el término y la sublime coronación del camino de infancia espiritual, sino que, además, constituye el *medio más esen-*

cial. «Para vivir en un acto de perfecto amor»: he aquí el fin; «me ofrezco como víctima de holocausto a vuestro Amor Misericordioso»: he aquí el medio. Ofrecimiento no de labios, sino de toda una vida. Teresa renueva, con frecuencia, este acto de ofrecimiento. Había hecho de él «la base de su vida»¹. Lo llevará consigo hasta su muerte.

Y he aquí, según la misma Teresa, que tenía experiencia de ello, los maravillosos efectos de esta consagración al Amor: «Desde aquel día, el Amor me penetra, me rodea. A cada instante, este Amor Misericordioso me renueva, me purifica y no permite en mi corazón ningún resabio de pecado»². Luego, ofrecerse como víctima de holocausto en pos de Teresa, es confiarse sin reserva a la acción creadora y santificadora del Dios del Amor y dejarle desplegar libremente, sobre nuestra miseria y sobre nuestra nada, los efectos infinitos de su Misericordia.

Tal es el sentido profundo, único en la Iglesia, de este ofrecimiento como «víctima de amor».

Mas este amor, a los ojos de Teresa, es inseparable de las perspectivas de la misericordia: su ofrenda se dirige al Amor Misericordioso. Con sorprendente fuerza de penetración, y con una seguridad doctrinal que maravillan en una jovencita, Teresa ha vislumbrado por instinto el plan de misericordia impuesto por la obra redentora de Cristo y todo el sentido providencial del gobierno del mundo. Estas visiones contemplativas acarrearán importantes consecuencias prácticas para las almas que quieran seguir el «caminito» de infancia espiritual. Como que la misericordia divina, para desplegarse, no necesita otra cosa que nuestra fragilidad de pecadores y nuestra nada, «cuanto más débiles y miserables somos, más al alcance estamos de las operaciones de este Amor, que consume y transforma... Sólo el deseo de ser

¹ Proceso Diocesano, 1.527, Madre Inés de Jesús.

² *Historia de un alma*, VIII, 148.

víctima basta»¹. Dios hará que resplandezca mejor su gloria en nuestra nada.

Este sentimiento de la misericordia divina había echado profundas raíces en el alma de Teresa. La santa de Lisieux será de ella apóstol incansable. «No es por haber sido preservada del pecado mortal que me elevo hacia Dios por la confianza y el amor. ¡Ah! Así lo siento: aunque tuviese sobre mi conciencia todos los crímenes que se puedan cometer, nada perdería de mi confianza. Iría, con el corazón partido de arrepentimiento, a echarme en brazos de mi Salvador... Sé que toda esta multitud de ofensas desaparecería, en un abrir y cerrar de ojos, como una gota de agua en un brasero ardiente»². — «A mí me ha dado su misericordia infinita, y es a través de este espejo inefable que contemplo los demás atributos»³.

3. — *Las virtudes de la infancia espiritual*

A estos aspectos dogmáticos de la espiritualidad teresiana corresponde la práctica de las virtudes de la infancia espiritual. El dogma es siempre el fundamento de la moral, que se modela sobre él. El camino de infancia espiritual, que tiene su origen en este «nuevo descubrimiento» de la paternidad divina, nos dicta en cada uno de nuestros actos, una actitud de niño con respecto a Dios. Esta infancia espiritual «consiste en sentir y en obrar bajo la influencia de la gracia, a la manera que un niño siente y obra naturalmente»⁴. La armonía que existe entre el mundo de la naturaleza y el de la gracia justifica esta transposición. Las almas, a quienes el niño

¹ Carta a Sor María del Sagrado Corazón, 17 de septiembre de 1896.

² *Historia de un alma*, X, 204.

³ *Historia de un alma*, VIII, 147.

⁴ Pío XI, *Homilía de la misa de canonización*, 17 de mayo de 1925.

es propuesto como modelo, son invitadas a imitar, en el plano sobrenatural, las cualidades y las disposiciones de la infancia, excepto sus defectos. Porque la infancia tiene sus defectos, sus deficiencias y sus caprichos. Pero posee eminentes cualidades de franqueza, de confianza, de ternura y de simplicidad.

En un célebre discurso, verdadero código de la infancia espiritual, el papa Benedicto XV definió de una manera magistral sus principios directivos.

El niño tiene conciencia de su debilidad y acerca de este punto nos da una gran lección. Nos recuerda la condición indispensable de toda santidad: el sentimiento de nuestra fragilidad y de nuestra impotencia para todo bien. La infancia espiritual «excluye todo sentimiento de soberbia, de presunción de poder alcanzar por medios humanos un fin sobrenatural, y la falaz veleidad de bastarse a sí mismo en la hora del peligro y de la tentación. Por otra parte, supone una fe viva en la existencia de Dios, un homenaje práctico a su poder y a su misericordia, un recurso confiado en la Providencia de Aquel que nos otorga la gracia para evitar el mal y hacer el bien. Las cualidades de esta infancia espiritual son, por lo tanto, admirables, ya se las considere desde un punto de vista negativo, ya se las mire desde un punto de vista positivo. Se comprende, pues, que Nuestro Señor Jesucristo la haya indicado como condición *necesaria* para alcanzar la vida eterna. «En verdad os digo que, si no os convirtiereis y no os hiciereis como pequeñuelos, no entraréis en el reino de los cielos»¹. ¡Oh! Elocuente lección que aniquila el error y la ambición de aquellos que, considerando el reino de los cielos como un imperio de la tierra, sueñan en ocupar los primeros lugares y preguntar quién será el mayor. Y para mejor establecer la preeminencia de la infancia espiritual, prosigue el Señor en estos términos: «El que se hiciere pequeñic

¹ San Mateo, XVIII, 2.

como un niño será el mayor en el reino de los cielos.» Otro día, habiéndole presentado muchas madres sus hijos para que los bendijera, y habiendo intentado los discípulos apartarlos, Jesús se indignó y les dijo: «Dejad que los niños se acerquen a mí. No los rechacéis, porque de ellos es el reino de los cielos.» Y concluyó: «En verdad, en verdad os digo que el que no recibe el reino de los cielos como un pequeñuelo, no entrará en él»¹.

«Importa, prosigue el Papa, hacer notar la fuerza de este divino lenguaje. No le basta al Hijo de Dios afirmar de una manera positiva que el reino de los cielos pertenece a los niños o que el que se hiciere semejante a un pequeñuelo será el mayor en el reino de los cielos, sino que, además y de una manera explícita, señala la *exclusión* de este reino para los que no se asemejen a los «pequeñuelos». Ahora bien, cuando un maestro expone una lección bajo variadas formas, ¿no quiere significar con esta multiplicidad de formas que su lección le es particularmente querida? Si procura tanto inculcarla a sus alumnos, ello es debido a que quiere, mediante una u otra expresión, hacérsela entender con mayor seguridad. Luego es menester concluir que el divino Maestro intenta expresamente que sus discípulos vean en la *infancia espiritual* la condición *necesaria* para obtener la vida eterna.

«Ante la insistencia y la firmeza de estas enseñanzas, parece imposible que una sola alma sea todavía capaz de descuidar el seguir este camino de confianza y de abandono, tanto más cuanto que las palabras de Cristo, no sólo de una manera general, sino también de una manera especialísima, declaran obligatoria esta línea de conducta, aun para los que han perdido el candor de la infancia. Algunos quisieran creer que este camino de infancia está reservado únicamente a las almas cándidas, que nunca

¹ San Marcos, X, 15.

han sido privadas de su primera inocencia. No conciben la posibilidad de la práctica de la infancia espiritual para los que han perdido la simplicidad original. Pero las palabras del divino Maestro: Si no os convirtiereis e hiciereis como niños, «¿no indican, acaso, la absoluta necesidad de un cambio y de un esfuerzo?» «Si no os convirtiereis»: he aquí indicado el «cambio» necesario, que los discípulos de Cristo han de procurar para «volver a ser niños». ¿Y quién ha de volver a ser niño sino aquel que ya no lo es? «Si no os hiciereis como pequeñuelos»: he aquí la indicación del «esfuerzo» que se ha de realizar porque se comprende que es un verdadero trabajo para el hombre maduro volver a ser lo que ya no es desde hace mucho tiempo. Luego, las palabras de Jesús: «Si no os hiciereis como pequeñuelos» implican la obligación de trabajar para reconquistar los dones de la infancia»¹.

Para remediar los males tan graves de la hora actual, la Iglesia no encuentra otro remedio más eficaz que prescribir con insistencia a todos los cristianos que pongan en práctica estas enseñanzas tan formales de Cristo en el Evangelio, convencida de que el ejercicio fiel e inteligente de este camino de infancia conducirá de nuevo a la sociedad humana al cumplimiento de las principales virtudes cristianas.

IV. — LA INFANCIA ESPIRITUAL ES UN COMPENDIO DEL EVANGELIO

En la base: la conciencia de nuestra pequeñez y de nuestra nada delante de Dios; *en el término:* el triunfo del amor; y, *como medios* para llegar a él, el abandono en la Providencia, es decir, la fe más con-

¹ Nos hemos visto obligados a citar estos textos tan luminosos de Benedicto XV.

fiada y más audaz en la paternidad divina y, como respuesta al Amor Misericordioso, una fidelidad absoluta y sonriente a los deberes de nuestro estado, dentro del marco sencillísimo de la vida ordinaria y en el lugar donde Dios nos ha colocado, pero bajo el impulso constante y cada vez más imperioso del Amor.

Hasta las caídas, que escapan a su debilidad, ayudan al alma a elevarse a Dios.

1. — *Pequeñez y grandeza*

El primer consejo de Jesús al llamar a sus discípulos fué recomendarles la humildad: «Entrad en mi escuela. Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón»¹. La doctrina espiritual del divino Maestro comienza con una lección de humildad. La espiritualidad cristiana ha oído, sobre este punto, las enseñanzas de Jesús y todas las grandes espiritualidades católicas han tenido gran cuidado en poner en la base del edificio de la perfección esta virtud fundamental. La gran preocupación de Teresa siempre será guardar en las almas la conciencia de su «pequeñez y de su impotencia para el bien». Con aquella fuerza y aquella potente originalidad, la santa de Lisieux procura sentar en el alma la conciencia de su nada. Sus preferencias, como las de Jesús, se inclinan siempre hacia los «pequeñuelos». Luego, la forma característica de la humildad teresiana será la fragilidad y la debilidad de un niño pequeño. Para Teresa, ser humilde es ser pequeñuelo, es decir, «reconocer la propia nada y esperarlo todo de Dios, como un niño lo espera todo de su padre. Ser pequeño es no atribuirse a sí mismo las virtudes que uno practica, creyéndose capaz de alguna cosa, sino reconocer que es Dios quien pone este tesoro de virtud en manos de su pequeñuelo. Finalmente, ser pequeño es no desalentarse por las faltas, porque los

¹ San Mateo, XI, 29.

niños caen con frecuencia, pero son demasiado pequeños para hacerse mucho daño»¹. Como se ve, es la actitud del niño consciente de su debilidad y la gratitud de su gracia de adopción, pero la fragilidad del cual debe también contribuir a la gloria de su Padre omnipotente. Disposición fundamental, que nos mantiene en nuestra condición de «pobres pecadores», y nos prepara así para recibir la plenitud de los dones de Dios, que hace los santos.

Liberada del «yo», el alma teresiana se lanza hacia Dios. Esta conciencia de su nada y esta amada visión de su pequeñez no le impiden ver lo grande, porque «la humildad es la verdad»². Sabe que es hija de Dios por el bautismo y, a la luz del dogma de la Paternidad divina, comprende la grandeza de su destino. «¡Conocerse tal como Él se conoce a sí mismo y llegar nosotros a ser dioses! ¡Oh! ¡Qué destino! ¡Qué grande es nuestra alma! Levantémonos por encima de lo que pasa»³. El hijo de adopción no quiere vivir sino en Dios, en la intimidad del Padre, a imagen del Hijo y en un mismo Espíritu.

Sería desconocer el profundo sentido de la espiritualidad cristiana verla tan sólo bajo las perspectivas tan poco dilatadoras de nuestra miseria y de nuestra nada. El cristianismo es una síntesis de virtudes complementarias: concilia, en una armonía superior, los movimientos del alma en apariencia más opuestos. Es, en teología mística, una doctrina capital, que desempeña un papel decisivo en la economía de la infancia espiritual, como en las más vastas síntesis de la espiritualidad católica: el carácter a la vez distinto y complementario del juego de todas las virtudes. Esta verdad tan preciosa, tan brillante para una psicología integral del alma de los santos, encuentra su punto de apoyo y su explicación

¹ *Novissima Verba*, 6 de agosto de 1897.

² *Proceso Apostólico*, 1.032, Sor Genoveva.

³ *Canto a Celina*.

profunda en las propiedades esenciales, que acompañan necesariamente al perfecto ejercicio de nuestras virtudes adquiridas o infusas: su sentido del justo medio, su íntima conexión, su acrecentamiento simultáneo y proporcional bajo el impulso creador y unificador del amor.

Todas nuestras virtudes cristianas se prestan mutua ayuda, impidiendo que el alma se fije de una manera demasiado exclusiva en una posición extrema, ya sea por exceso, ya por defecto, conservándola siempre, en medio de las más desconcertantes complejidades de la existencia humana, en aquel equilibrio tan flexible y tan variado del alma de los santos.

Una humildad demasiado solícita de ocultarse en cualesquiera circunstancias caerá fatalmente en la pusilanimidad. La magnanimidad ha de estar pronta para alejar este peligro y para lanzar audazmente a las almas hacia las más grandes empresas y las más grandes aventuras, para la gloria de Dios. Estas dos virtudes complementarias aparecen con brillo en el alma y en la espiritualidad teresianas. El cuidado de «pasar inadvertida» en el monasterio y su ensueño de ser «como el grano de arena, hollado bajo los pies de los transeúntes», no impedían que su alma de carmelita desplegara su ardor apostólico bajo los más amplios horizontes de la redención. «El celo de una carmelita ha de abrazar el mundo»¹. Jamás monja alguna se mantuvo menos encerrada tras las rejas de la clausura como el alma de esta hija de la Iglesia, que, por su ardiente celo por la salvación de las almas, había de merecer ser la patrona de todas las misiones. No le bastaba «ser carmelita.» Su alma contemplativa, amplia como toda la catolicidad, quería realizar simultáneamente todas las vocaciones: «ser sacerdote», para llevar a Cristo en las manos y darlo a las almas; iluminar a las almas, como los

¹ *Historia de un alma*, X, 199.

profetas y los doctores; recorrer la tierra y plantar sobre el suelo infiel la cruz de Cristo; anunciar el Evangelio por todas las partes del mundo, hasta en las islas más remotas; ser misionera, no sólo durante algunos años, sino haberlo sido desde la creación del mundo y continuar siéndolo hasta la consumación de los siglos», y sobre todo ser mártir. Pero no le bastaba un solo martirio. «Hubiera querido realizar por Cristo todas las obras de los santos»¹.

He aquí cómo la pequeñez puede conciliarse, en el camino de la infancia espiritual, con la audacia más magnánima. En la escuela de la santa de Lisieux, el alma teresiana, consciente de su pequeñez, pero hija de Dios y orgullosa de tenerlo por Padre, sueña en elevarse hasta las más altas cumbres de la montaña del amor, en trabajar por la salvación del mundo, hasta que el ángel venga a decir «ya no hay más tiempo», y se complete hasta el último el número de los elegidos»².

2. — Amor y sacrificio

El valor supremo, único, de la espiritualidad teresiana lo recibe de la primacía absoluta del amor. Nada cuenta a los ojos de Teresa, si no es amar y entregarse por amor. Las obras, de suyo, no son nada. «No levantaría una paja, ni para evitar el purgatorio. TODO LO HE HECHO POR AMOR»³.

El amor es el principio, el centro y el término del camino de la infancia espiritual, el sentimiento primordial del hijo de Dios. Nada hay más evangélico que esta primacía del amor. Cristo vino a recordárnoslo y, en pos de Él, sus apóstoles repitieron con fuerza que «el amor es la plenitud de la ley»⁴.

Pero después que Cristo murió por nosotros en

¹ *Historia de un alma*, XI, 214.

² *Novissima Verba*, 17 de julio de 1897.

³ *Novissima Verba*, 22 y 30 de julio de 1897.

⁴ Romanos, XIII, 10.

la cruz, el sacrificio es la ley suprema del amor. Las almas teresianas saben que «el amor sólo se paga con amor». La única respuesta del hombre a la locura del amor de un Dios, es el don de sí mismo por amor. Amar es darse.

Sería singularmente engañarse sobre la significación profunda de la espiritualidad teresiana desconocer el sentido del sacrificio. «Han hecho insulsa la espiritualidad de la santa», gemía el papa Pío XI. Las rosas no han de hacernos olvidar el crucifijo, y la santidad de la sonrisa no deja de estar marcada con el sello auténtico de la cruz. El alma teresiana es un alma víctima; no rehusa nada. «Desde la edad de tres años, decía «Teresita», jamás he negado cosa alguna a Dios»¹. «Ofrecerse al amor es ofrecerse al sufrimiento»², afirmaba. Y, en pos de su santa patrona, las almas teresianas saben que toda santidad se consume en la cruz.

La gracia propia de la santa de Lisieux consiste precisamente en conducir a las almas hacia las más altas cumbres de la unión divina por los «pequeños

¹ Proceso Diocesano, 2.744, Sor Genoveva, e *Historia de un alma*, 266.

² Un día le dije que iba a explicar su «caminito de amor» a todos mis parientes y amigos, y a hacerles hacer el «Acto de ofrecimiento» para que fueran derechamente al cielo. «¡Ah!, me dijo, si es así, tened cuidado, porque «nuestro caminito» mal explicado o mal comprendido podría ser tomado por «quietismo o iluminismo». Estas palabras, desconocidas para mí, me maravillaron, y le pregunté su significación. Me habló entonces de una tal señora Guyón, que se había extraviado por un camino equivocado, y añadió: No se crea que seguir nuestro «caminito» es seguir un camino de reposo, todo él dulzura y consolación. ¡Ah! Es todo lo contrario. Ofrecerse como víctima de amor es ofrecerse al sufrimiento, porque el amor sólo vive del sacrificio, y cuando uno se entrega totalmente al amor, ha de esperar ser sacrificado sin reserva alguna.»

Proceso Diocesano, 2.127, Sor María de la Trinidad.

sacrificios» cotidianos, no buscados ni por el amor propio, ni por una voluntad personal, sino escogidos para nosotros por el Padre del cielo, desde toda la eternidad. Un alma fiel al espíritu del camino de infancia espiritual se eleva de sacrificio en sacrificio hasta el heroísmo del don de sí mismo, escondido bajo una sonrisa. «No deja pasar ningún sacrificio, ninguna mirada, ninguna palabra. Aprovecha las más pequeñas acciones y las hace con amor»¹. Nada de espectacular en estas existencias inmoladas por amor, donde todo se parece a la vida de los seres que las rodean, pero donde Dios reconoce sus «víctimas de amor.»

3. — Abandono y fidelidad

Toda gran espiritualidad lleva consigo una visión universal. La concepción teresiana del mundo nos descubre desde su cima, una Paternidad divina que conduce todas las cosas con una Providencia tutelar, que vela «por las aves del cielo y por los lirios de los campos», inclinándose con particular ternura sobre todos los hijos de adopción. «A la manera que un padre siente ternura por sus hijos, así Dios siente compasión por nosotros»². Estos textos de la Sagrada Escritura eran familiares al pensamiento de Teresa. Había fundado su vida espiritual en su fe en la Providencia. Avanzaba hacia Dios «con el amor y el abandono del niño que sabe que su padre le quiere»³. En lugar de agitarnos en ridículos proyectos para el porvenir, tan vanos como querer meterse a crear, hemos de emplear toda nuestra prudencia en afianzarnos en el momento presente con el máximo de amor. Esto basta para llenar una vida. Todo lo demás es vano. El alma teresiana, como el niño que duerme en paz en los brazos de su padre, no mira

¹ *Historia de un alma*, II, 28.

² Carta a un misionero, 1897.

³ Proceso Apostólico, 630, Madre Inés de Jesús.

ni el pasado ni el porvenir, segura de que, a través de todo, Dios conduce a Dios. «Sólo el abandono la guía»¹. Ha tomado por divisa: «Solamente para hoy.»

Este abandono total, que introduce tan profundamente al alma de Teresa en las miras de la Providencia, supone, de parte nuestra, una colaboración sin reserva bajo la forma de una fidelidad de cada instante. Otras espiritualidades tenderán a desenvolverse con más fuerza la iniciativa personal; el camino de la infancia espiritual, sin descuidar la parte necesaria de nuestros esfuerzos humanos, hace resaltar más la primacía de Dios en nuestra vida y en los medios escogidos por la Providencia para realizarla. Ningún rastro de iluminismo en esta vida de «puro amor», donde el único temor del alma es el de substraerse a la influencia omnipotente de Dios. El camino de infancia espiritual exige esta fidelidad absoluta. «Nunca he hecho mi voluntad en la tierra»². El alma atenta a las menores manifestaciones de la voluntad de Dios se deja conducir por la Providencia, siguiendo el hilo de los acontecimientos, bien persuadida de que la conformidad con la voluntad divina ha de ser su regla suprema en este mundo. ¿No era así como se conducía siempre Jesús «en las cosas de su Padre, sin otra preocupación que hacer lo que le agradaba?»³ De la misma manera, Teresa no quería otra ley de santidad que la voluntad divina. «Esto hace que yo ame»⁴. Toda su atención se fijaba en el cuidado de «complacer a Jesús» en las cosas más pequeñas⁵. — Nada escogía: «Quiero sufrir y también gozar por amor.» No desea más la muerte que la vida. Una sola cosa tiene valor a sus ojos: la voluntad divina. Una sola respuesta da a las perspectivas del plan divino: ser fiel y morir.

¹ *Historia de un alma*, VIII, 145.

² *Novissima Verba*, 17 de julio de 1897.

³ San Juan, VIII, 29.

⁴ *Novissima Verba*, 28 de mayo de 1897.

⁵ Proceso Apostólico, 2.450, Sor Francisca-Teresa.

La grandeza de esta espiritualidad enteramente evangélica proviene precisamente de haber sabido elevar esta fidelidad en las cosas pequeñas a la altura sublime de la voluntad divina. Entonces, al hacer las acciones más ordinarias, el alma nunca es vulgar: es la ejecutora consciente del plan eterno de Dios.

4. — *Simplicidad y sublimidad*

He aquí la antonomia suprema: la vida más sublime bajo las apariencias más sencillas.

A muchos cristianos la complejidad de la vida les presenta un temible problema. ¿Cómo conciliar, en una existencia agitada, acción y contemplación, vida interior y apostolado, actividad entre los hombres y reposo del alma en Dios? ¿Cómo realizar este equilibrio?

Con la simplicidad de niño, responde Teresa. No hay que complicar nada; nos hemos de tomar según somos y andar derechamente hacia Dios. Ningún esfuerzo demasiado tenso; ninguna actitud afectada. Un día pidieron a sor Teresa del Niño Jesús, que estaba indispuesta en la enfermería, que dijese algunas palabras edificantes al médico de la comunidad. «¡Ah, madre, no es ésta mi manera! Amo la simplicidad. Tengo horror a lo contrario»¹. Por la noche sueña en bosques, en flores, en riachuelos. — «Casi siempre — añade ella — veo hermosos niños, cazo mariposas y pájaros. Como veis, mis sueños distan mucho de ser místicos. Me pregunto cómo es posible que, pensando durante todo el día en Dios, no me ocupe de Él durante el sueño»². En la oración, si su vecina es molesta y la incomoda con ruidos, no se enfada. En lugar de una oración consolada, se contenta con una oración de sufrimiento.

¹ *Novissima Verba*, 7 de julio de 1897.

² *Historia de un alma*, VIII, 138.

«En ella todo era sencillo y natural», repiten a porfía los testigos del proceso de canonización. «Había en ella tanta sencillez, que nadie hubiera podido sospechar los sacrificios que imponía a su viva y ardiente naturaleza para vencer sus repugnancias»¹. «No tenía una virtud forzada»². «Su trato era muy agradable y desempeñaba todas sus ocupaciones con gran libertad de espíritu»³. Obraba con tanta simplicidad que su vida parecía ordinaria.

«Los dones sobrenaturales, milagros, éxtasis, etc..., que ordinariamente se admiran en las vidas de los santos, no fueron patrimonio de la sierva de Dios: su vida no salió de lo ordinario; éste es su sello particular, que la hace imitable y accesible a todos. Dios le hacía sentir que la quería así, para darla por modelo a las numerosas almas, que andan por el camino común, en la noche de la fe. Me hablaba de ello algunas veces con su simplicidad habitual»⁴. También la heroicidad de sus virtudes pasó «inadvertida» a la mayor parte de las hermanas⁵. «Jamás, confiesa la madre Inés, hubiera podido adivinar que se llegara a tratar de la canonización»; «hasta tal punto su vida se parecía a la de todo el mundo»⁶. Cono-

¹ Proceso Apostólico, 645, Madre Inés de Jesús.

² Proceso Apostólico, 1.045, Sor Genoveva.

³ Proceso Apostólico, 1.045, Sor Genoveva.

⁴ Proceso Apostólico, 2.346, Sor María de la Trinidad.

⁵ Proceso Apostólico, 1.264, Sor Amada de Jesús.

⁶ Notemos este testimonio tan revelador: «Si las religiosas que vivían con ella la tenían en una estima y una veneración que no sentían por ninguna otra, no creían, sin embargo, que llegaría un día en que se propondría su beatificación. Yo misma, que entonces la miraba como una santa, sobre todo después de su última enfermedad, NO PENSABA ENTONCES EN QUE SE OCUPASEN JAMÁS DE SU CANONIZACIÓN, persuadida de que para ello era menester que hubiese hecho milagros y obras brillantes durante su vida.

»Las religiosas contemporáneas tuyas, que aun viven, entienden perfectamente a la luz de los acontecimientos, todo

cida es la consideración de la hermana conversa de la cocina, la cual se preguntaba qué podría decirse en la circular de sor Teresa del Niño Jesús con ocasión de su muerte, pues apenas la juzgaba como una buena religiosa¹. «La santa más grande de los tiempos modernos» pasa por no ser en su convento ni siquiera una buena religiosa: es el colmo de la simplicidad y de la ocultación sonriente. He aquí, pues, una santa auténtica, que vive como todo el mundo, que encuentra oposiciones e incomprensiones en su comunidad y cuyas compañeras de cada día no sospechan, en su mayoría, la heroica grandeza hasta después de su muerte, ante el ruido de sus milagros y la admiración del mundo entero.

Fué verdaderamente una de las intuiciones más fecundas del genio teresiano, iluminado por Dios, el haber simplificado todos los métodos y el haber hecho comprender a las almas que para ser santo — y santo muy grande — no es menester desentenderse de las ocupaciones cotidianas ni de los deberes del propio estado, aun de los más agotadores, sino aceptarlo todo por amor, únicamente para agradar a Dios. No son las grandes acciones las que hacen los santos, sino que son los santos los que hacen grandes aun las menores acciones, por el amor que anima sus secretas intenciones. Hay cristianos que realizan acciones enteramente divinas con ánimo vulgar, mientras que hay santos que saben realizar las acciones más vulgares con ánimo enteramente divino. Aquí está el secreto de su santidad. Los santos lo santifican todo. El modelo preferido de Teresa fué siempre la familia de Nazaret, es decir, la vida más divina bajo las apariencias más ordinarias. Ésta fué, en la tierra, la santidad de un Dios.

cuanto había de heroísmo oculto en aquella vida, de la cual fueron testigos.»

(Proceso Apostólico, 2.833, Madre Inés de Jesús.)

¹ Proceso Apostólico, 2.863, Sor Teresa de San Agustín.

V. — CONCLUSIÓN: LA SANTIDAD ACCESIBLE A TODOS

El «huracán de gloria», que siguió a la muerte de «Teresita», haciendo popular su culto, no sólo en los pueblos católicos, sino también en todas las partes del mundo, aun entre los mahometanos, tiene un sentido. La Providencia confió a la santa de Lisieux una misión excepcional, particularmente adaptada a las necesidades actuales de la Iglesia y del mundo. Su misión esencial es un mensaje de santidad. Ha venido muy oportunamente a recordar al mundo que tenemos un Padre que vela por cada uno de nosotros y quiere santificarnos a título de hijos de adopción.

Para llegar a la más alta santidad no son menester milagros, ni éxtasis, ni realizar ninguna obra extraordinaria; basta aceptar cada día la tarea señalada por Dios y hacerla por amor.

«Dios no nos pide grandes cosas, sino simplemente el abandono y el agradecimiento»¹. Él mismo quiere conducirnos a la más encumbrada santidad. Basta abandonarse a los designios de su Misericordia y de su Amor con la confianza filial de un «pequeñuelo». Nada es obstáculo para la santidad. Todos los temperamentos, todas las situaciones humanas, todas las formas de los deberes del propio estado, pueden llegar a ser materia de santidad. Basta con amar y entregarse a Dios a través de todas las cosas por amor. La santidad no consiste en largas fórmulas de devoción, ni «en tal o cual práctica. Consiste en una *disposición del corazón*, que nos hace humildes y pa-

¹ *Historia de un alma*, XI, 209.

queños en brazos de Dios, conscientes de nuestra debilidad, y confiados hasta la audacia en su bondad de Padre»¹.

He aquí, según la misma Teresa, un mes antes de su muerte, lo esencial de toda santidad. La humildad en la base, y, a través de los deberes del propio estado, una vida teologal intensa, en la intimidad de un Dios esencialmente Padre. «Mi vida es toda ella de confianza y de amor»². «En mi «caminito» sólo hay cosas ordinarias»³. La santidad tere-siana es simplemente la vida cotidiana divinizada por el amor; una santidad que se puede encontrar y practicar en todas partes: en las calles, en la oficina, en el taller, en el almacén, en familia, en medio de las cargas más pesadas, en el silencio del claustro, en la soledad del desierto. Se puede llegar a la más alta perfección de la caridad sin mortificaciones corporales extraordinarias, sin carismas, sin obras de relumbrón. El rasgo del genio de Teresa fué haber reducido la santidad a su pura esencia y haber mostrado un ideal de perfección accesible a todos, «por el camino común». Un santo o una santa pueden vivir entre nosotros, llevar nuestros trajes, nuestro calzado de ciudad, de montaña, de trabajo, parecerse a nosotros, y ser todos de Dios.

«Santidad al alcance de todos, pero sin que disminuya el ideal cristiano. Teresa ha simplificado la búsqueda de la santidad reduciéndola a sus elementos esenciales: la práctica de las virtudes ordinarias llevadas a la suma perfección por una vida de puro amor. Todo es equilibrio en esta doctrina; todo se sostiene: «pequeñez» y grandeza de alma; vida de amor y de sacrificio, abandono total y fidelidad absoluta; mara-

¹ *Novissima Verba*, 3 de agosto de 1897. Según la madre Inés, esta frase es la fórmula sintética que mejor resume el movimiento del alma de Teresa.

² Carta a un misionero, 1.897.

³ *Historia de un alma*, XII, 246.

villosa conexión de todas las virtudes teologales y cardinales en una sublime simplicidad. Las más humildes tareas cotidianas, las necesarias funciones de la vida material encuentran su lugar en la vida de hijos de Dios. Realismo simple y profundo, donde se encuentran las exigencias complementarias de una verdadera mística de la encarnación, cualidades de sentido común, de equilibrio, de abnegación sonriente, de perpetuo olvido de sí mismo, en el lugar señalado a cada uno por la Providencia: tal es esta nueva fórmula de santidad, capaz de conducir a las almas a las más altas cumbres de la perfección cristiana por la simplicidad del deber. Podemos creer a la Iglesia: el «caminito es seguro»¹. Teresa se ha revelado «maestra» de espiritualidad².

Los que, apenas hace treinta años, no concebían otra santidad que la que iba acompañada de milagros y maceraciones extraordinarias, se vieron obligados a reconocer que andaban equivocados. La aprobación por la Iglesia del «camino de infancia espiritual» exige una revisión, una ampliación del concepto de la santidad. El santo no es solamente el asceta que ayuna y se azota hasta derramar sangre, o que maravilla al vulgo con sus prodigios de austeridad, sino también el humilde de corazón, que camina simplemente sobre el surco que la Providencia le ha traza-

¹ Pío XI, discurso de 11 de febrero de 1923.

² Pío XI, carta a S. E. el cardenal Vico, de 30 de mayo de 1923.—El cardenal Gasparri escribía al R. P. Martin, superior de los misioneros de Vendée, dándole las gracias por su libro (tan fiel al espíritu teresiano), sobre *El caminito de infancia espiritual*: «El Padre Santo (Pío XI) ha agradecido particularmente el envío del encantador librito compuesto para poner al alcance de las almas cristianas el medio que santificó en tan poco tiempo a la bienaventurada Teresa del Niño Jesús. Su Santidad agradece de corazón este homenaje filial, y os felicita por haber puesto de manifiesto una vez más el error de los que creen que para santificarse es menester hacer cosas extraordinarias.» (2 de junio de 1924.)

do, cuya labor cotidiana, con frecuencia obscura y muy dura, no tiene otro testigo que Dios, en medio de miradas hostiles e indiferentes. Para la mayor parte de nuestros temperamentos modernos, debilitados y nerviosos, no es ya la hora de las grandes mortificaciones de los santos de otros tiempos. ¿Hay que desesperar y hay que restringir a una porción escogida el llamamiento a la santidad que Cristo, en sus enseñanzas, considera como la vocación de todos los hijos de Dios, a imitación del Padre celestial? Dios, que ha hecho a las estrellas de dimensiones distintas, encuentra su gloria en la infinita variedad de sus santos.

Este es, para nosotros, el momento de volver, con Teresa, a la simplicidad del Evangelio. Nada de pretender maravillarse con una virtud sobrehumana, sino pasar simplemente por el lugar donde Dios nos ha colocado: ser fiel a la voluntad del Padre hasta el más pequeño ápice, por amor, y «hacer bien todas las cosas» a la manera de su Hijo.

El supremo beneficio de la espiritualidad teresiana es haber conducido de nuevo la santidad a su invariable esencia: *el triunfo del amor*. No hay tal vez en la Iglesia ninguna santidad que haya insistido con tanta fuerza sobre este elemento primordial. Textos y documentos teresianos, escritos de la santa, actos de su vida, testimonios del proceso de canonización, conducen a esta evidencia: el mensaje teresiano es, ante todo, un mensaje de amor.

Todo se explica por aquí. La misma Teresa nos lo advierte. «He encontrado en el amor la clave de mi vocación.» — «He comprendido que si la Iglesia tiene un cuerpo compuesto de diferentes miembros, no puede faltarle el más necesario y el más noble de todos los órganos; he comprendido que tiene un corazón y que este corazón arde de amor. He comprendido que únicamente el amor hace obrar a sus miembros; que si el amor llegase a extinguirse, los apóstoles no anunciarían el Evangelio y los mártires se negarían a derramar su sangre. He comprendido

que el amor es el todo, y que abarca todos los tiempos y todos los lugares, porque es eterno.»

«Entonces, en un exceso de mi gozo delirante, exclamé: «¡Oh, Jesús, amor mío! Al fin he encontrado mi vocación: mi vocación ES EL AMOR. Sí, he encontrado mi lugar en el seno de la Iglesia, y este lugar, Dios mío, me lo habéis dado Vos: en el corazón de la Iglesia, mi madre, yo seré el amor... Así lo seré todo»¹.

Después de veinte siglos de cristianismo, el gran mandamiento de Cristo al mundo, «*Diliges*» es decir, «vivirás de amor», encuentra un eco siempre vivo en el hermoso cántico donde Teresa de Lisieux expresa el sueño de su alma: «vivir de amor». Para «Teresita», como para todos los santos después de Cristo, el deber esencial del hombre consiste en amar a Dios. Todo lo demás es accidental. El apóstol san Pablo formuló esta enseñanza, extendiéndola al amor al prójimo. «Aunque hablara el lenguaje de los ángeles y de los hombres, si no tengo amor, soy como un metal que suena o como una campana que retiñe. Aunque poseyera el don de profecía y conociera todos los misterios y toda la ciencia; aunque tuviera una fe que transportase las montañas; aunque entregara mi cuerpo para ser quemado, sin el amor, todo esto de nada serviría. Ahora tres cosas permanecen: la fe, la esperanza y el amor; pero la mayor de las tres es el amor»². En la lectura de este célebre pasaje encontró Teresa del Niño Jesús la clave de su vocación. A sus ojos, como en el pensamiento de san Pablo, el amor lo es todo: la esencia de toda santidad; el principio del mérito, la fuente animadora de toda abnegación, el único camino que conduce al heroísmo de las vírgenes, de los doctores y de los mártires, el criterio supremo según el cual, en el ocaso de la vida y del mundo, seremos todos juzgados.

¹ *Historia de un alma*, XI, 216.

² I. Corintios, XIII.

¿No es a esto adonde iba encaminado el lenguaje de Jesús? «He venido a la tierra para encender el fuego del amor, ¿y qué quiero sino que se abrase el universo?»¹ Es ésta la línea evangélica donde se sitúa la misión providencial de la santa de Lisieux. «Siento que mi misión va a comenzar: mi misión de hacer amar a Dios como yo le amo... y mostrar mi «caminito» a las almas.» — «Amar, ser amada y volver a la tierra para hacer amar al Amor»². Tal fué el sueño supremo de Teresa del Niño Jesús.

El camino de infancia espiritual es una escuela de puro amor. Enseña a las almas a multiplicar los actos de amor a Dios y «a transformar las acciones más indiferentes en actos del amor más puro.» No todos pueden ayunar, ni azotarse, ni hacer obras brillantes, pero todo el mundo puede amar y Dios no exige otra cosa. Para ser santo no es necesario hacer cosas extraordinarias, sino hacerlo todo por amor. El amor teresiano es humilde, activo, confiado hasta la audacia, fiel en las cosas pequeñas hasta el heroísmo, sencillo, sublime como la vida de los hijos de Dios, que pasan por la tierra con la mirada puesta en el Padre de los cielos.

La Iglesia, por su magisterio infalible, ha proclamado el poder santificador de esta doctrina y ha ratificado las intuiciones de una santa de carácter, suscitada por Dios para establecer en el mundo el triunfo del amor.

La infancia espiritual señala, en la Iglesia, una nueva era de espiritualidad. El mensaje teresiano no pasará. La infancia espiritual, como la doctrina de los más grandes santos, está llamada a iluminar a las almas hasta el último atardecer de la Iglesia militante. Esta Iglesia de Cristo, asistida por el Espíritu de Dios, ha entendido la profundidad renovadora y el alcance universal del mensaje de Lisieux. Ha

¹ San Lucas, XII, 49.

² *Novissima Verba*, 18 de julio de 1897.

hecho suya esta suprema súplica de Teresa: «TE RUEGO, JESÚS, QUE DIRIJAS TU MIRADA DIVINA SOBRE UN GRAN NÚMERO DE PEQUEÑAS ALMAS. TE SUPLICO QUE ESCOJAS EN ESTE MUNDO UNA LEGIÓN DE PEQUEÑAS VÍCTIMAS, DIGNAS DE TU AMOR»¹.

¹ Súplica final de la homilía de S. S. Pío XI en la misa de canonización, en 17 de mayo de 1925.

ACTO DE OFRECIMIENTO DE MÍ MISMA COMO VÍCTIMA DE HOLOCAUSTO AL AMOR MISERI- CORDIOSO DE DIOS ¹

¡Oh Dios mío, Trinidad Beatísima!, deseo amaros y hacer que os amen, y trabajar en la glorificación de la Santa Iglesia, salvando las almas que viven en la tierra, y libertando a las que sufren en el Purgatorio. Deseo cumplir con toda perfección vuestra voluntad y conseguir el grado de gloria que me habéis preparado en vuestro reino; en una palabra, deseo ser santa, pero conozco mi debilidad, por lo que os pido, Dios mío, que seáis Vos mismo mi santidad. Puesto que vuestro amor ha llegado al extremo de darme a vuestro único Hijo para que sea mi Salvador y Esposo, los tesoros infinitos de sus méritos me pertenecen; me complazco, pues, en ofrecéroslos, suplicándoos que no me miréis sino a través de la Faz de Jesús y dentro de su Corazón abrasado de amor.

Os ofrezco también todos los méritos de los Santos que están en el cielo y en la tierra, sus actos de amor y los de los santos Ángeles. En fin, os ofrezco ¡oh Trinidad Beatísima! el amor y los méritos de la Virgen Santísima, mi querida Madre; a Ella entrego mi ofrenda, suplicándole que os la presente.

Su divino Hijo, mi amadísimo Esposo, en los días

¹ Este escrito fué encontrado después de su muerte, en el libro de los Evangelios, que llevaba noche y día sobre el corazón.

de su vida mortal, nos dijo: *Cuanto pidiereis al Padre en mi nombre, os lo concederá* (Juan, XVI, 23). Estoy, pues, segura de que escucharéis mis deseos... Lo sé, Dios mío: *cuanto más queréis dar, más hacéis desear*. Mi corazón tiene deseos inmensos; por esto, con toda confianza, os pido que vengáis a tomar posesión de mi alma. ¡Ah! no puedo recibir la sagrada Comunión con la frecuencia que deseo; pero, Señor, ¿no sois omnipotente? Permaneced en mí como en el Sagrario; no os alejéis jamás de vuestra pequeña hostia.

Quisiera consolaros de la ingratitud de los malos, y os ruego que me quitéis la libertad de ofenderos. Si caigo a veces por debilidad, vuestra divina mirada purifique al momento mi alma, consumiendo todas mis imperfecciones, como el fuego que todo lo transforma en sí mismo.

Gracias, Dios mío, por todas las gracias que me habéis otorgado, y especialmente por haberme hecho pasar por el crisol del sufrimiento. Con alegría os contemplaré en el día del Juicio llevando en las manos el cetro de la cruz; y puesto que me habéis hecho participante de esta tan preciosa cruz, espero asemejarme a Vos en el cielo y ver brillar impresas en mi cuerpo glorificado las llagas sagradas de vuestra Pasión.

Después de este destierro, espero ir a gozar de Vos en la patria celestial; pero no quiero atesorar méritos para el cielo, sino trabajar sólo por vuestro amor, con el único fin de agradaros, de consolar vuestro Sagrado Corazón y salvar almas que os amen eternamente.

En el ocaso de la vida me presentaré ante Vos con las manos vacías, pues no os pido contéis mis obras... *Todas nuestras justicias están manchadas a vuestros ojos*. Quiero, pues, revestirme de vuestra propia justicia y recibir de vuestro amor la posesión eterna de Vos mismo. ¡Oh Amado mío, no deseo otro trono ni corona que a Vos mismo!

Ante vuestros ojos el tiempo nada es: *un solo día*

es tanto como mil años. Podéis, pues, prepararme en un instante a presentarme ante Vos.

Para vivir en un acto de perfecto amor: ME OFREZCO COMO VÍCTIMA DE HOLOCAUSTO A VUESTRO AMOR MISERICORDIOSO, suplicándoos que me consumáis continuamente, dejando desbordar en mi alma los raudales de infinita ternura que en Vos se encierran. Sea yo de este modo ¡oh Dios mío! mártir de vuestro amor.

Este martirio, después de haberme preparado a comparecer ante vuestra presencia, hágame por fin morir y arrójese mi alma sin demora en el abrazo eterno de vuestro misericordioso amor.

Quiero ¡oh Amado mío! en cada latido de mi corazón, renovaros esta ofrenda infinitas veces, hasta que *desvanecidas las sombras*, pueda expresaros de nuevo mi amor cara a cara eternamente!...

María-Francisca-Teresa
del Niño Jesús y de la Santa Faz,
religiosa carmelita indigna

Fiesta de la Santísima Trinidad, 9 de junio del año
de gracia 1895.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

FUENTES Y MÉTODO	7
1. — Manera de estudiar el alma de los santos	7
2. — El caso de santa Teresa de Lisieux	13

CAPÍTULO PRIMERO

«LA SANTA MÁS GRANDE DE LOS TIEMPOS MODERNOS	17
I. — El medio familiar	17
II. — El Carmelo	28
1. — Formación espiritual	29
2. — El encuentro con san Juan de la Cruz	30
3. — El descubrimiento del Evangelio	32
4. — En busca de un «nuevo camino»	34
5. — Su alma de carmelita	37
III. — La Consumación en el Amor	43
1. — La ofrenda al Amor	43
2. — El dardo de fuego	44
3. — La muerte de Amor	47
IV. — El huracán de gloria	51

CAPÍTULO II

PEQUEÑEZ 55

1. — Humildad: fundamento de toda
santidad y base de la espiritua-
lidad teresiana 56
2. — La concepción teresiana de la
humildad 59
3. — «Ser pequeñuelo» 60
4. — «Reconocer la propia nada» 62
5. — «La humildad es la verdad» 66
6. — «Me regocijo de ser imperfecta» 69
- «Estoy apasionada por el olvido» 74
- «Si no os hicieréis como niños...» 77

CAPÍTULO III

PRIMACÍA DEL AMOR 81

1. — Dos corrientes de espiritualidad
en la Iglesia 81
2. — Primacía del amor 85
3. — La concepción teresiana del
amor: su carácter filial 92
4. — Sus actos esenciales 93
- «Complacer a Jesús» 95
- «El puro amor» 96
- «Hacerlo todo por amor» 98
5. — Hacer amar al Amor 101
6. — «Mi vocación: es el Amor» 102

CAPÍTULO IV

CONFIANZA Y ABANDONO	107
1.—El abandono teresiano	109
2.—La santa de la confianza	110
3.—El abandono del amor	117
4.—«Solamente para hoy»	121
5.—«Mi camino es todo de confian- za y de amor»	124

CAPÍTULO V

FIDELIDAD EN LAS COSAS PEQUEÑAS.	129
I.—Virtudes religiosas	130
1.—Pobreza	131
2.—Castidad	133
3.—Obediencia	133
II.—Caridad fraterna	136
1.—El mandamiento nuevo	137
2.—Las delicadezas de la caridad	140
3.—«Un ángel de paz y de caridad»	143
III.—«Santidad en miniatura»	147

CAPÍTULO VI

VIDA MARIANA	149
1.—La Virgen de la sonrisa	151
2.—«Entendí que era su hija»	155
3.—La Virgen de Nazaret	158
4.—«Más Madre que Reina»	161

CAPÍTULO VII

EL ANGEL DEL SACERDOCIO 165

1. — «He venido al Carmelo... sobre todo para los sacerdotes» 165
2. — Su respeto al sacerdocio 172
3. — «Quiero ser misionera por el amor y la penitencia» 176

CAPÍTULO VIII

LOS DONES DEL ESPÍRITU SANTO 187

- I. — El papel de los dones del Espíritu Santo 188
- II. — El don de temor 196
 1. — Delicadeza de alma 197
 2. — Al servicio de la esperanza 200
- III. — El don de fortaleza 201
 1. — Heroísmo de pequeñez 204
 2. — Heroísmo de grandeza 207
- IV. — El don de piedad 213
 1. — Su vida de oración 213
 2. — Su devoción a Cristo 216
 3. — Su culto a la Eucaristía 219
 4. — El oficio divino 221
 5. — Los vasos sagrados 223
 6. — El culto de los santos 224
 7. — Sus santos preferidos 225
 8. — La Comunión de los santos 226
- V. — El don de consejo 228
 1. — El gobierno de sí mismo 229
 2. — La dirección de los demás 232

3. — Creadora de un nuevo camino de espiritualidad	235
VI. — El don de ciencia	236
1. — La nada de las criaturas	237
2. — Los vestigios de Dios en la creación	240
VII. — El don de entendimiento	243
1. — El Maestro interior	244
2. — Intuiciones sobre Dios	246
3. — Inteligencia de las Escrituras	248
VIII. — El don de sabiduría	249
1. — Sabiduría contemplativa	250
2. — Sabiduría práctica	252
3. — Papel director del don de sabiduría	254

CAPÍTULO IX

UNA NUEVA ERA DE ESPIRITUALIDAD	257
I. — «Un camino enteramente nuevo»	259
II. — Caracteres negativos de la espiritualidad teresiana	263
1. — Ausencia de mortificaciones extraordinarias	264
2. — Ausencia de carismas místicos	271
3. — Ausencia de método de oración	275
4. — Ausencia de acciones brillantes	280
III. — Caracteres positivos de la espiritualidad teresiana	283
1. — Dogma de la paternidad divina	283
2. — El Amor Misericordioso	284
3. — Las virtudes de la infancia espiritual	287

IV. — La infancia espiritual es un compendio del Evangelio	290
1. — Pequeñez y grandeza	291
2. — Amor y sacrificio	294
3. — Abandono y fidelidad	296
4. — Simplicidad y sublimidad	298
V. — Conclusión: La santidad accesible a todos	301
Acto de ofrecimiento de mí misma como víctima de holocausto al Amor Misericordioso de Dios	309

